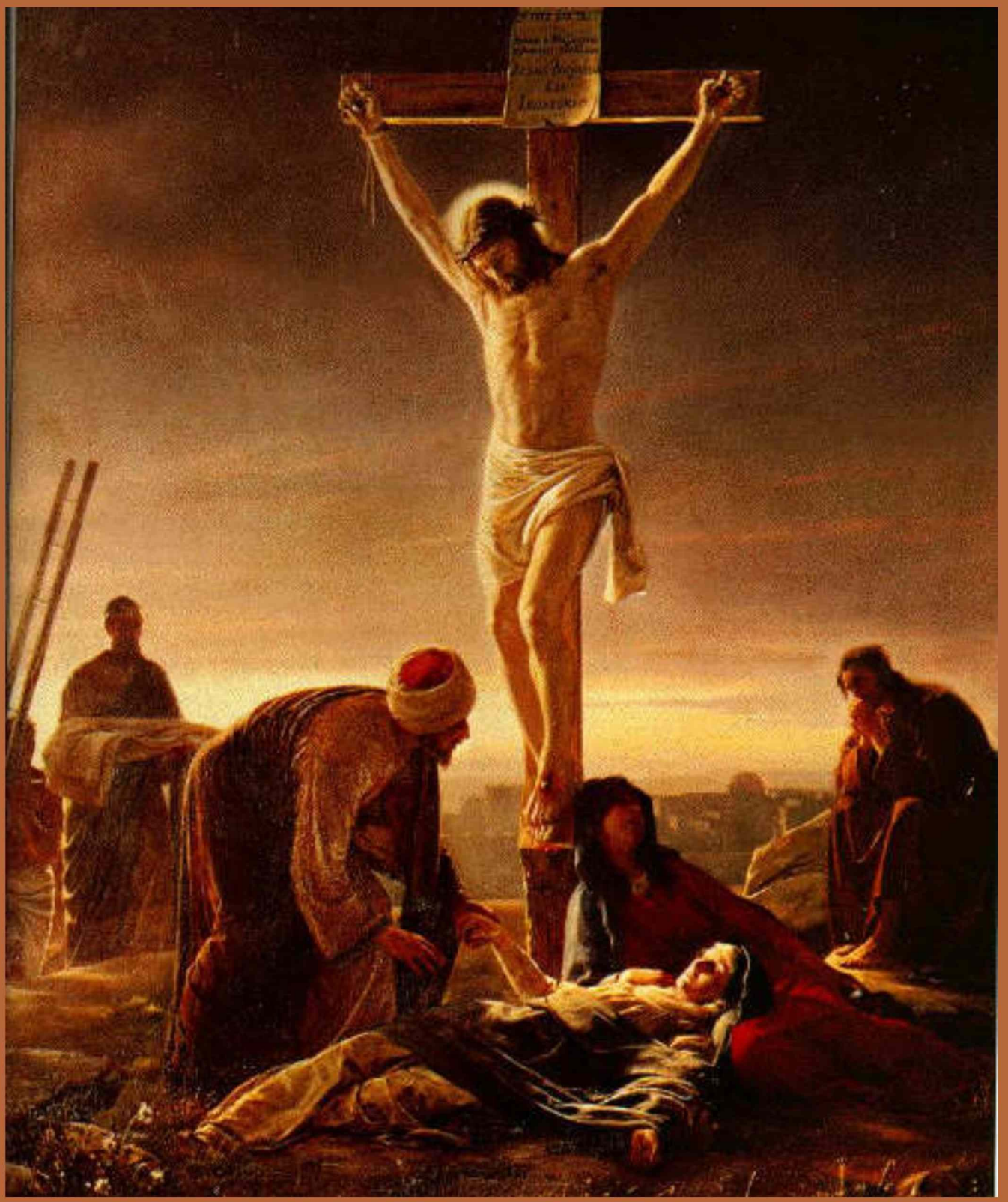
Creo en Jesucristo
EL REDENTOR



Mons. Tihamer Toth

Mons. Tihamer Toth

Creo en Jesucristo: El Redentor

Creo en Jesucristo: El Redentor
Autor: Monseñor Tihamer Coth, Obispo de Veszprém (Hungría)

Resumen adaptado por Alberto Zuñiga Croxatto.

2004

ÍNDICE

I. ¿POR QUÉ SE HIZO HOMBRE EL HIJO DE DIOS?.....6
II. LA TRAGEDIA DEL HOMBRE.....14
III. CRISTO, ¿FUE PESIMISTA U OPTIMISTA?.....21
IV. LECCIONES QUE SE DERIVAN DEL PECADO ORIGINAL.....28
V. LA PERSONA DEL REDENTOR.....34
VI. LA OBRA DE LA REDENCIÓN.....43
VII. LA SERPIENTE Y EL CORDERO.....49
VIII. LOS REDIMIDOS.....55
IX. EL HIJO PRÓDIGO.....59
X. EL PADECER DE CRISTO Y EL MÍO (L).....66
XI. EL PADECER DE CRISTO Y EL MÍO (II).....75
XII. EL PADECER DE CRISTO Y EL MÍO (III).....83
XIII. EL PADECER DE CRISTO Y EL MÍO (IV).....88
XIV. EL PADECER DE CRISTO Y EL MÍO (V).....96
XV. EL RESULTADO DE LA PASIÓN DE CRISTO.....106
XVI. CRISTO EN EL HUERTO DE GETSEMANÍ.....114
XVII. CRISTO ES CONDENADO A MUERTE.....121
XVIII. “ME AMÓ Y SE ENTREGÓ A LA MUERTE POR MÍ”.....130
XIX. JUDAS.....135
XX. PEDRO.....143
XXI. PILATOS.....151
XXII. HERODES.....161
XXIII. CRISTO Y LAS MUJERES.....170
XXIV. CRISTO EN LA CRUZ.....178
XXV. "TODO ESTÁ CUMPLIDO".....184
XXVI. RESUCITÓ.....188
XXVII. RESUCITAREMOS.....197
XXVIII. EL CONSUELO DEL CRISTO RESUCITADO.....204
XXIX. EL MENSAJE DE CRISTO RESUCITADO.....208
XXX. SUBIÓ A LOS CIELOS.....215

XXXI. “HA DE VENIR A JUZGAR A LOS VIVOS Y A LOS MUERTOS"....225
XXXII. EL CONSUELO DEL JUICIO FINAL.....234
XXXIII. “JESUCRISTO ES EL MISMO AYER Y HOY, Y LO SERÁ POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS”.....244

I. ¿Por qué se hizo hombre el Hijo de Dios?

La verdadera grandeza de Jesucristo se manifiesta cuando es clavado en la Cruz y vierte su sangre por nuestra salvación. Por eso, el tema del presente libro será: ¿Qué hizo Cristo por nosotros y cómo nos redimió? Lo que sufrió por nosotros. Para que al final, cuando hayamos contemplado su Pasión, como los discípulos de Emaus, podamos sentir nuestro corazón arder en amor (cf. Lc 24,32)?

¿Por qué se hizo hombre el Hijo de Dios? Una triple respuesta podemos dar. Se hizo hombre: 1.° Para redimirnos. 2.° Para enseñarnos con su ejemplo. 3.° Para glorificar a su Padre.

Cristo vino para redimirnos

Antes de Cristo una oscura niebla envolvía a la humanidad y el hombre iba a tientas por la vida. Los judíos apenas tenían una luz que rayaba en la penumbra... Pero al fin, con la llegada de Cristo, salió el sol y se disipó la niebla.

En la plenitud de los tiempos, cuando la miseria del pecado oprimía al mundo, vino el Redentor para cancelar nuestra deuda. Un enfermo grave yacía en tierra; hubo de venir el Médico divino.

SAN JUAN CRISOSTOMO lo expresa de esta manera: "El Señor tenía en su mano el documento en que constaba el primer pecado cometido por Adán, y que nosotros hemos ido completando con nuevos pecados. Pero Cristo clavó en la Cruz este documento; su sangre se derramó sobre él y borró la deuda. Cristo fue herido en la Cruz, y así curó nuestras heridas. Cristo murió por nosotros, y así nos salvó de la muerte eterna."

Ahora ya sé quién es Cristo para mí. Estoy enfermo del alma..., Cristo es mi médico; soy pecador..., Cristo es mi libertador; voy errando a la deriva..., Cristo es mi guía y mi camino; soy ignorante..., Cristo es la verdad; estoy muerto..., Cristo es la vida.

Basta meditar en esto para sentirse impulsado a amar más a Cristo. El Padre eterno habría podido castigarnos por nuestros pecados cómo a los ángeles rebeldes: castigarnos de una vez para siempre. Pero no lo hizo: quiso ser misericordioso con nosotros.

Cristo habría podido venir también en forma de ángel. Pero no lo hizo: quiso hacerse hombre. El hombre pecando había caído en el abismo, y Cristo quiso bajar hasta el fondo de este abismo para rescatarnos.

En la Historia leemos a veces gestos magnánimos: los acreedores llamaron a sus deudores y delante de ellos rasgaron el pagaré o lo echaron al fuego. Pero Cristo nos condonó deudas mucho más importantes; y lo hizo, no con el sencillo gesto de rasgar un documento, sino satisfaciendo por nosotros con su propia sangre.

La Cruz fue el gran pensamiento de su vida, pensamiento que le acompañó por todas partes, dorado sueño en que cifró todos sus planes; divino ideal que llenó su alma. Cristo nos enseñó muchas cosas; pero si quisiéramos resumir todas sus enseñanzas en una sola palabra, ésta sería la siguiente: la Cruz.

¿Cuál fue el resultado de la Pasión y muerte de Jesucristo? Dios estableció "*la salvación del género humano en el árbol de la Cruz, para que de donde salió la muerte, de allí renaciese la vida; y aquél que venció desde un árbol, también desde otro árbol fuese vencido*". Así lo canta con júbilo la Santa Iglesia en uno de los prefacios de la misa. "*Ha aniquilado la muerte"* (II Timoteo 1,10), es decir, ha destruido aquel poder tremendo que estaba detrás de la muerte: el poder del diablo. Quebrantó el poder que ejercía sobre nosotros el pecado: "*Se dio por nosotros para redimirnos de todo pecado*" (Tito 2,14). *"Borrando el acta de los delitos que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz"* (Colosenses 2,14).

Pero algunos suelen objetar: si Dios sabía de antemano que el hombre iba a caer en pecado y vio con anticipación la infinidad de sufrimientos que se derivarían de ello..., ¿por qué, pues, creó al hombre y permitió que éste pecara?

¿Qué podemos responder?

En primer lugar podríamos responder con las palabras de Job: *"¿Quien podrá responderle, o quién podrá decirle: Por qué haces eso?* (Job 9,12). O con las palabras de SAN PABLO: "*¿Quién eres tú, hombre, para recriminar a Dios? ¿Un vaso de barro dice acaso al que lo labró: Por qué me has hecho así?"* (Romanos 9,20).

Pero también podemos dar otra respuesta. Aunque no comprendamos aquí abajo todos los pensamientos de Dios, por lo menos los barruntamos, y con este atisbo ya es posible responder.

Dios no quiso la caída del hombre. Mas ya que el hombre cayó, quiso Dios sacar bien del mal y asentar sobre el hecho triste de la caída la excelsa alegría de la redención. Si no hubiese habido pecado, tampoco hubiese habido redención; si no hubiera sido por el pecado, Cristo no hubiese bajado a la tierra. Así se comprenden las palabras de SAN AGUSTÍN que la Iglesia hace cantar en la madrugada del Sábado Santo: "¡Oh, feliz culpa que nos dio tal Redentor!"

Ahora brilla ante nosotros la gran lección de la Pasión de Cristo: *¡Cuánto debe valer mi alma, si Cristo murió por ella!*

¿Qué valgo yo sin alma? Los químicos han hecho un cálculo exacto de lo que vale el cuerpo del hombre. De la grasa que contiene podrían fabricarse siete pequeños trozos de jabón. De su contenido de hierro podría fabricarse una pequeña llave. Su contenido de azúcar sólo bastaría para una taza de té. Tiene fósforo en una cantidad que bastaría para fabricar 2.200 cabecitas de fósforos, y magnesio suficiente para hacer una fotografía. Todo esto apenas tiene valor.

Esto es lo que vale, y nada más, el cuerpo humano... ¡sin el alma!

¿Y con el alma? ¡Ah, cuánto ha de valer, si la creó Dios y la rescató del pecado; y la conserva y la destina al Reino de los Cielos!

¡El hombre sin el alma no vale apenas nada! Y con el alma..., vale más que el mundo entero. El gitanillo mugriento vale más que todo el mundo. ¿En qué nos basamos para afirmarlo? En este hecho prodigioso: *Cristo murió por mí, por mi alma*.

¡Qué tesoro es el alma humana! Todo perece; todo marcha hacia su fin; el mundo se mueve con vértigo de destrucción..., ¡pero el alma vive! ¿Dónde están las espléndidas civilizaciones que brillaron sobre la tierra? ¿Dónde está la cultura de Babilonia, la de Asiria, Egipto, Atenas o Roma? ¡Pero el alma vive!

"Bajó del cielo por nosotros y por nuestra salvación." ¡Por nuestra alma! ¿Comprendes lo que esto supone?

¡El sudor de los Apóstoles, la sangre de los mártires!... Todo esto ¿por qué? ¡Por nuestra alma!

¡La labor de numerosísimos papas y sacerdotes; tantas bibliotecas y escuelas, innumerables sermones, sacramentos, misas!... ¿Por qué? ¡Por nuestra alma!

¡Conventos de rigurosa disciplina; monjes que velan por la noche en oración; silenciosa penitencia de las religiosas! ¿Por qué? ¡Por nuestra alma!

¡Todas las gracias del Señor; desde el primer latido al último suspiro de su sagrado Corazón!..., ¿Por qué? Por nuestra alma!; por los pecadores, entre los cuales yo soy “el primero”, y, tú, lector, eres también el primero, y todos son "el primero"; porque por cada uno de nosotros vino a la tierra Nuestro Señor Jesucristo.

Ésta es la obra redentora de Jesucristo.

Cristo nos enseñó con su ejemplo

El cristianismo es la única religión que se atreve a afirmar que *Jesucristo,* el *Hijo Unigénito de Dios,* se ha encarnado en medio de nosotros. En las demás religiones la divinidad permanece lejos del hombre, a una distancia infinita; únicamente en el cristianismo se abrazan el cielo y la tierra. Y solamente el cristianismo nos enseña a levantarnos hasta Dios, aunque hayamos caído muy bajo en el fango.

Cristo vivió en medio de nosotros; tenía un cuerpo como nosotros; trabajó, se cansó, tuvo hambre; sufrió más que nosotros... y al final de una vida terrena haciendo el bien y llena de luchas, volvió a la casa de su Padre. A toda su vida terrenal se pueden aplicar las palabras: *"Ejemplo os he dado para que lo que yo he hecho, lo hagáis también vosotros"* (Jn 13, 15). De modo que Dios se hizo hombre para enseñar al hombre cómo puede levantarse hacia Él; para enseñarnos cómo puede edificar el reino del espíritu. Reino que, si bien está en este mundo, "*no es de este mundo*" (Jn 18,36)

Cristo se metió de lleno en nuestra vida cotidiana y nos enseñó cómo es posible llenar de contenido eterno las cosas más pequeñas de la vida, y cómo utilizarlas para que nos acerquen a Dios. Esta es la gran lección de su vida.

Cristo era hombre completo; se encarnó de verdad; trabajó, sufrió la pobreza, fue traicionado, mal comprendido, atormentado, padeció y murió...; pero siempre, en todos los acontecimientos, vivía una vida superior, sobrenatural. Y esto fue lo que nos quiso enseñar: que aunque estemos metidos de lleno en esta vida terrena, en medio de mil ocupaciones, que ni siquiera un momento vivamos sin vida de fe, sin visión sobrenatural.

Así como en todas partes el mar es salado y la sal preserva sus aguas de la podredumbre, así, también en todas nuestra vida debe señorear el ideal de la vida eterna, que nos preserva de la corrupción y nos da la fuerza para la lucha.

Si Cristo no se hubiese encarnado, ¡qué distintas serían nuestras ideas sobre el sentido de la vida del hombre y sobre el mismo Dios!

Cristo vino para glorificar al Padre

¿Por qué se hizo hombre el Hijo de Dios? Hemos dado ya dos respuestas: se hizo hombre para dar satisfacción a la justicia divina por nuestros pecados, es decir, para salvarnos; se hizo hombre también para enseñarnos a vivir, según Dios, y mostrarnos con su ejemplo el camino de la vida eterna.

Falta una tercera respuesta, la más profunda y definitiva. Al fin y al cabo el centro del universo no es el hombre. Ni puede ser el hombre su objetivo final. Sólo puede serlo Dios y la gloria de Dios. El deber del hombre es, por tanto, glorificar con su vida a Dios; y Nuestro Señor Jesucristo bajó a la tierra para enseñar nuevamente al hombre a glorificar a Dios.

La tercera causa, pues, de la Encarnación —mejor dicho, su causa principal— es la glorificación de Dios. Fijémonos en las palabras de Jesucristo:

“Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado” (Jn 4,34).

“No pretendo hacer mi voluntad, sino la de Aquél que me ha enviado” (Jn 5,30).

“Glorifico a mi Padre” (Jn 8,49).

“Padre, llegó la hora: glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique" (Jn 17,1).

"Yo te he glorificado sobre la tierra llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar" (Jn 17,4).

"He manifestado tu nombre a los hombres" (Jn 17,6).

Así hablaba el Señor.

SAN PABLO, en su Carta a los Hebreos, aplica a Cristo las palabras del Salmista: *"Heme aquí que vengo —según está escrito de mí al principio del Libro—, para cumplir, ¡oh, Dios! tu voluntad"* (Hebreos 10,7). En otro lugar resume de esta manera toda la vida de Jesucristo: *"Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de Cruz"* (Filipenses 2,8).

Para que pudiésemos glorificar dignamente a Dios también nosotros, Cristo nos lo dio a conocer. Por esto precisamente nos enseñó cómo hemos de dirigirnos a Él en la oración y que debemos cumplir su santa voluntad.

Este es el motivo principal que le movió a instituir el sacrificio de la Santa Misa. Aun después de abandonar la tierra, quiso glorificar en ella al Padre incesantemente.

Instituyó el sacrificio de la Misa para que en todo el mundo, en todas las horas y en todos los momentos fuese renovada su Pasión y Muerte, y subiese al Cielo esta fragancia de su eterno Sacrificio como la más perfecta glorificación de Dios.

Una cosa podemos deducir de todo esto: Que el plan de Cristo se realiza según la medida en que se glorifica a Dios en la tierra. ¡Y qué lejos estamos aún de realizar este plan de Cristo! De los millones de hombres que viven en la tierra, menos de la quinta parte son católicos. Y entre estos católicos, ¡cuántos lo son de solo nombre!

No pensemos en los demás y en cómo viven. Lo importante es cómo vivo yo. ¿Responde mi vida dignamente al sacrificio redentor de Cristo? ¿Trabajo por realizar el plan de Cristo en mi persona y en la de los demás?

Porque para esto ha venido Nuestro Señor Jesucristo. Para redimirnos, para enseñarnos y para que nosotros, juntamente con Él, demos gloria a Dios.

Por estos fines ha venido Cristo. Y ¡qué pocos son los que saben el motivo de su venida!

Y yo, ¿para qué vivo?

¿Glorifico yo con mi vida, como Jesucristo, a Dios?

Numerosos son los que luchan, se sacrifican y fatigan por las cosas terrenas, por los tesoros de este mundo, viviendo sólo para satisfacer su codicia. ¡Pero qué contadísimos son los que luchan por la vida eterna, aun teniendo que hacer menos sacrificios!

Muchos se afanan como Rotschild en Waterloo (18 de junio de 1815):

Las tropas de Napoleón hacen todavía un supremo esfuerzo desesperado para impedir la unión de los ejércitos coaligados sobre la llanura de Waterloo. Junto al Estado Mayor de Wéllington, los ojos de Rotschild centelleaban codiciosamente, mientras observaba todo con gran preocupación. Un relámpago de júbilo cruza por su rostro, cuando por la gran llanura se perfila la gran victoria de los ejércitos angloalemanes. Abandona el campo atropelladamente. Corre a marchas forzadas hacia la costa. Llega a Ostende al siguiente día, 19 de junio, en busca de una embarcación que le conduzca a Inglaterra. Las aguas del canal agitan su cólera bajo los ramalazos de una furiosa tempestad. No hay marino que se atreva a comprometerse a hacer aquella travesía. No importa, Rotschild esta decidido y no ceja ante la dificultad. Ofrece 2.000 francos a un pobre pescador y se lanzan al mar alborotado.

Pocas horas después amarran en Dover. Rotschild no se detiene. Corre hacia Londres. Llega a la inmensa capital. Sin decir nada a nadie se dirige a la Bolsa y compra por un precio irrisorio una cantidad exorbitante de acciones que estaban en baja a causa de los continuos desastres de la guerra.

Cuando llegó la noticia de la victoria inglesa y las acciones subieron, él tenía ya asegurada una ganancia fabulosa...

¡Qué de veces se repite el caso! Vemos hombres afanados, en constante movimiento, impelidos por el dinero; siempre por el dinero... Hombres que no descansan, que no tienen tranquilidad, ni tiempo para dormir, ni para sonreír..., hombres que ni siquiera tienen tiempo para ser hombres... Para ellos no hay más que dinero..., dinero..., dinero...

Como si Cristo no hubiese vivido...

Como si Cristo no nos hubiese enseñado la vida verdadera...

Como si Cristo no hubiese muerto por nosotros...

No olvidemos la lección del presente capítulo: *el Hijo de Dios se hizo hombre para que el hombre fuese hijo de Dios.*

Señor, ayúdanos a vivir de manera que todos seamos dignos de alcanzar los frutos de tu vida y muerte redentoras.

II. La tragedia del hombre

Para entender el misterio de la Redención y apreciar todo su valor, es necesario conocer antes de nada la gran tragedia en que vivía la humanidad, tragedia que hizo posible la Pasión de Cristo. Todo se debió al pecado original y a las consecuencias que le siguieron. De ahí que necesitásemos un Redentor.

Pero, ¿qué es el pecado original? ¿Existe realmente?

¿Qué es el pecado original?

¿En qué consiste la tragedia que desencadenaron nuestros primeros padres con su rebeldía, cuyas consecuencias aún pesan sobre nosotros?

Dios creó a nuestros primeros padres en la más perfecta armonía espiritual, con un cuerpo rebosante de salud y de hermosura; un alma, resplandeciente de luz, de bondad y de belleza. ¡Qué inmensamente felices eran en el Paraíso! Pero llegó el demonio, arrastrándose en figura de serpiente, pecaron nuestros padres, y todo ello se esfumó como un sueño. Bien podernos aplicar aquí la parábola de JESUCRISTO: *"El sembrador sembró en su campo semilla buena, pero vino el enemigo y sembró cizaña en medio del trigo"* (Mateo 13, 24-30).

Antes del primer pecado todas las facultades y sentidos obedecían perfectamente al hombre, y el hombre obedecía a Dios. Esta dichosa armonía se rompió por el primer pecado; y desde que el alma se rebeló contra Dios, también nuestros sentidos se rebelan contra el alma, y así nos hallamos en un permanente estado de guerra, que ya nunca cesará; guerra entre el alma y el cuerpo, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas; guerra obstinada, dolorosa y cruel. Y ahí está la gran tragedia del hombre.

Desde entonces rigen para todos las palabras de la Escritura: *"Todos pecaron, y todos están privados de la gloria de Dios"* (Romanos 3,23). Y también: *"Todos nosotros... éramos por naturaleza hijos de la ira, como los demás"* (Efesios, 2,3). *"Porque el misterio de iniquidad está ya en acción"* (2 Tesalonicenses 2,7). *“Así como por un solo hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte, así también la muerte se fue propagando*

en todos los hombres" (Romanos 5,12). "*El delito de uno solo atrajo la condenación de todos los hombres"* (Romanos 5,18).

Precisamente estas palabras de San Pablo turban a muchos y les sirven de escándalo.

—*"El delito de uno solo atrajo la condenación a todos los hombres."* Esto no se puede concebir. Es una tremenda injusticia. ¿Por qué he de nacer yo en pecado, si fueron ellos solamente, nuestros primeros padres, los que cometieron la culpa? Fueron ellos los que pecaron y no yo. ¿Soy yo responsable de lo que hicieron mis mayores? No sé comprende... no se comprende...

¡Cuántas veces hemos de oír semejantes reproches! Porque el pecado original no es algo palpable, no es una responsabilidad personal que pesa sobre mi alma; no es más que un defecto: *la privación de algo*. No hay en nosotros lo que tendría que haber, lo que tuvieron nuestros primeros padres antes de la caída y tendríamos también nosotros si no fuera por el pecado de origen.

Quizá, podamos aclararlo con un símil. Supongamos un propietario que en los buenos tiempos tenía 10.000 hectáreas de terreno y un magnífico castillo pero, con su vida frívola, los desperdició y los perdió. Al nacer sus hijos no quedaba de la magnifica fortuna más que el nombre. Ellos tenían derecho a la herencia y la habrían poseído si el padre se hubiese portado como debía; sin embargo, nacieron sin fortuna, privados de la misma. Los pobres hijos no tienen la culpa, ¿verdad?, no son responsables del pecado de su padre; y con todo, no pueden vivir ya en el castillo.

Así ocurre también con el pecado original; no lo cometimos nosotros, y no obstante, sufrimos sus consecuencias. Pascal, aludiendo al pecado original, llegó a decir: "El hombre es un mendigo que desciende de una familia noble."

El hombre es de familia noble, ya que salió de las manos creadoras de Dios. Pero el pecado original destruyó en nosotros los rasgos de Dios, y por ello no somos más que... nobles arruinados.

La historia lo atestigua. El peso del pecado original y el peso de los millones y millones de pecados que del mismo se derivan, siempre ha gravitado sobre todos los hombres. La conciencia del pecado ha agobiado siempre a los hombres. Los mismos

sacrificios de los paganos, que arrojaban sus tesoros, su fortuna, y muchas veces sus propios hijos en los brazos de los dioses lo atestiguan. Con estos sacrificios querían aplacar la ira de los dioses. Sentían dolorosamente el peso del pecado y su dominio horrendo.

Existe realmente el pecado original

Juzgo necesario que nos detengamos en este pensamiento, porque el hombre moderno, tan inclinado a la crítica, impugna con facilidad esta verdad.

A cada momento se oyen observaciones despectivas, hechas con aire de superioridad: "¡Claro está, el pecado original! ¡Y la escena del Paraíso! ¡Y Adán y Eva, que comen del árbol! ¡Y la serpiente seductora!... ¡Antiguos cuentos orientales! ¿Cómo podrá creerlos el hombre moderno?"`

No nos asustan tales objeciones, pues la doctrina del pecado original es una de las columnas principales de todo el sistema de la fe cristiana. Es un dogma. Pero un dogma que tiene en su favor un sinnúmero de razones sacadas de la experiencia.

¿No crees en el pecado original y sus espantosas consecuencias? ¿No crees que cuando el hombre empezaba a caminar por la vida, se desvió, y tropezó y se descoyuntó el pie, y desde entonces todos los hombres van cojeando por el mismo camino?

Pues si no lo crees, contéstame a las siguientes cuestiones: Explícame la terrible división que se siente en el fondo del alma humana: la tribulación, los conflictos que experimenta, las temibles luchas que se desencadenan en todos los hombres cuando *han de escoger entre el bien y el mal*.

Esta trágica dualidad de la naturaleza humana ya fue notada por los antiguos paganos. “Nadie nace sin faltas”, se lamenta Ovidio. “Siempre nos inclinamos a lo prohibido”, afirma Cicerón. Realmente, existe en nosotros la simiente de la mala siembra, la inclinación al mal; y hemos de estar siempre alerta mediante una autodisciplina y vigilancia continua. Eso es lo que enseña la moral cristiana.

La Virgen Maria fue exenta del pecado original... lo pregona el dogma de la “Inmaculada Concepción"; pero todos los demás

hombres, aun los más santos, han sentido el aguijón rebelde y humillante de la naturaleza, siempre propensa al mal.

El mismo San Pablo, el gran apóstol, hubo de sostener rudos combates contra su naturaleza.

"Yo mismo no apruebo lo que hago; pues no hago el bien que quiero, sino antes el mal que aborrezco, eso hago... Aunque hallo en mí la voluntad para hacer el bien, no hallo cómo cumplirla... Mas si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí... Me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, mas al mismo tiempo echo de ver otra ley en mis miembros, la cual resiste a la ley de mi espíritu y me encadena a la ley del pecado, que está en mis miembros." (Romanos 7, 15,19,20,22,23)

Todos podemos repetir con el Apóstol: *"¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?"* (Romanos 7,24). Y podemos contestar también con él: *"La gracia de Dios, por Jesucristo Nuestro Señor"* (Rom 7,25).

¿De dónde, sino del pecado original, proviene la propensión al mal que tienen todos los hombres?

Nace un niño, sus padres lo preservan con esmero de todo ejemplo malo, lo educan con todo cuidado; no ve en torno suyo sino cosas buenas... y, no obstante, al transcurrir los años despunta una mala cualidad: obstinación, desobediencia, mentira, pereza... ¿Cómo se entiende? La educación de los padres fue la mejor que podía darse. Solamente puede comprenderlo quien sabe que el niño recién nacido no es tierra virgen. No. El pecado original depositó en él las semillas de la inclinación al mal, que después crecen insensiblemente.

Todos nacemos con una naturaleza corrompida, propensa al pecado. Buscar lo bueno y lo noble, levantarnos a Dios nos cuesta arduos esfuerzos. *Nacemos pecadores, y hemos de ser santos*. Y el que no lucha para subir a las alturas de la santidad, se queda forzosamente en los abismos del pecado. Si se niega la existencia del pecado original, toda nuestra labor pedagógica carece de sentido.

¿Dices que no hay pecado original? Entonces, explícame de dónde procede el sinnúmero de pecados que se cometen hoy en día. Explícame la terrible tiranía de la corrupción y de la maldad

que aparece siempre en la historia de la humanidad. Explícame el refinado egoísmo con que nacemos: mira como riñen dos hermanitos por la mayor rebanada de pan con mantequilla. El cristianismo nos lo explica. Nos dice: este torcido amor a sí mismo, este egoísmo cruel, que todo lo pisotea, que no tiene entrañas de piedad, este egoísmo con que nacemos todos... es fruto del pecado original. El amor desmedido a la propia persona, la inclinación constante a buscar el propio interés, este dar la espalda a Dios y a los hermanos... es consecuencia del pecado original.

¿No es un hecho innegable que este instinto egocéntrico existe en nosotros? ¿No es un hecho innegable que existen en nosotros tentaciones, deseos, instintos, perfidias espantosas que en todos se agitan y suben de las profundidades más recónditas de nuestro ser? Un sagaz conocedor de los hombres tuvo que escribir esta frase: “No sé cómo será el corazón de un malhechor; yo conozco solamente el de un hombre honrado... y es espantoso.”

No queda otra explicación que el dogma cristiano del pecado original: el hombre no es ahora como salió originalmente de las manos del Creador. El hombre puso su mano torpe en su propio destino... y lo echó a perder. Esta inclinación al pecado es herencia paterna, una herencia que todos los hombres heredamos de nuestros primeros padres, así como el individuo hereda de su padre y de su madre todo un cúmulo de malas o buenas disposiciones.

Sin el pecado original, el hombre es un enigma perenne

Porque, ¿quién es capaz de comprender el caos, este cúmulo de contradicciones increíble que hay en el ser humano? ¡Con qué ansiedad anhelamos la luz, la claridad! Y a pesar de ello, con que espantosa fuerza nos atrae la oscura noche! ¡Cómo se lanzaría nuestra alma hacia Dios! Y a pesar de ello, ¡cómo la atrae la fuerza del mal hacia la tierra, hacia el barro! ¡Cómo nos gusta lo bueno, lo hermoso, lo verdadero! Y a pesar de ello, ¡cuánto hay en nosotros de maldad, de fealdad y mentira! ¿Cómo explica la queja de aquel niño que exclamó un día: "¿Por qué es tan malo el ser bueno, y tan bueno el ser malo?" ¿Cómo se explica?

¡Qué sed tenemos de alegría, de paz, de felicidad!... y la suerte que nos toca es el dolor, la intranquilidad y el sufrimiento. Muchas veces en un cuerpo frágil se esconde un alma admirablemente

hermosa, y muchas veces, bajo un exterior que subyuga, se oculta el pudridero nauseabundo. ¿Cómo se comprende?

¿No crees, lector, que en alguna parte hubo un desliz?... ¿Que en alguna parte... en el primer paso... se echó a perder algo del hombre?

¿No crees todavía que el pecado original es una realidad y una gran tragedia?

Basta pensar en nosotros mismos. ¡Cuántos enigmas, cuántas contradicciones, cuántos misterios insolubles hay en cada hombre! ¡Cómo conocemos el bien y lo aceptamos! Pero cuando se trata de realizarlo, ¡con qué facilidad lo abandonamos! ¡Qué elevados pensamientos tenemos a veces! ¡Qué entusiasmo sentimos! ¡Con qué fervor rezamos!... y al momento siguiente arde en nosotros el fuego infernal de deseos pecaminosos. ¡Qué elegante y escogido es nuestro modo de vestir!, y ¡qué groseros, caprichosos, exigentes y rudos, somos nosotros! El hombre sabe cuidar de sus actos cuando se siente visto por los demás... y sabe excederse en pecados, infidelidades y actos torcidos, cuando nadie le ve.

¿Dónde está la solución del enigma? Únicamente en este dogma del cristianismo: el hombre empezó brillantemente su camino, pero tuvo un desliz en el primer momento. El hombre fue creado para ser rey, pero perdió pronto la corona. ¡Ah!, no; no es verdad que el hombre nace completamente bueno, como lo pregona la pedagogía de Rousseau.

Pero tampoco nace como un diablo, como un condenado, como lo afirma la filosofía pesimista. Nace para ser al mismo tiempo rey y mendigo, rico y pobre, águila y topo, armonía y caos. Dios no quiso esta intrincada contradicción; pero es que el hombre no es ya como salió de las manos del Creador; por esto, su deber es luchar... luchar...

Pero, ¿para qué luchar?

En la catedral de Halberstadt hay un cuadro en que se ve la muerte llevando atados con cadenas a Adán y Eva, mientras que el diablo los acompaña tocando el violín. Podrá ser tachado de ingenua la representación, pero, con todo, ¡qué expresiva! ¡De cuánta miseria, de cuánto sufrimiento nos habla! Por la astucia del pérfido seductor, el hombre llevaba atados al cuello a la miseria y el sufrimiento; gemía y sollozaba bajo su peso... hasta que vino

alguien que era más fuerte que la muerte, más fuerte que el diablo: Cristo Redentor.

Hemos de luchar y confiar. Hemos de luchar para que lo bueno, lo noble, lo hermoso, el ideal, la armonía venzan en nosotros lo malo, lo caduco, lo feo, el desaliento y la disonancia. Es decir, hemos de luchar para reintegrarnos al estado en que salió el primer hombre de las manos creadoras de Dios; el sufrimiento del hombre, su tragedia, tienen que convertirse en un himno de alabanza a Dios.

Y para que esto fuese posible, hubo de venir el Redentor. Cristo murió para que nosotros, asidos de su mano, lográsemos huir de la espantosa catástrofe mundial del pecado, que sepulta todo lo hermoso, lo noble, y hermoso, bajo hollín y ceniza.

Un incendio que no se ha apagado

Hace miles de años que se declaró un trágico incendio que todavía no se ha apagado. Este incendio es fuente de destrucción, de maldad y de muerte: es el pecado original. Durante muchos siglos tuvo el hombre que mirar con impotente desesperación cómo destruía sus más hermosos valores: la moral, la pureza, los nobles ideales, su destino eterno; y si sólo contásemos con nuestras propias fuerzas, hubiésemos continuado así. *"Pero cuanto más abundó el pecado, tanto más sobreabundó la gracia: a fin de que, al modo que reinó el pecado para dar la muerte, así también reine la gracia en virtud de la justicia para dar la vida eterna, por Jesucristo nuestro Señor"* (Romanos 5,20-21).

Jesucristo tuvo piedad de nosotros y nos dio la mejor defensa contra este horrendo incendio: su propia sangre. Y desde entonces la sangre de Cristo, derramada por nosotros, es nuestro consuelo, nuestra fuerza, nuestra esperanza. Aunque el fuego del pecado siga llameando hoy todavía —y arderá mientras haya un hombre sobre la tierra, pues llevamos el fuego dentro de nosotros mismos, en nuestra naturaleza corrompida—, aunque arda en nosotros la concupiscencia, podemos alargar la mano hacia Cristo Redentor, y experimentar victoriosamente como todos los ataques del infierno no pueden dañar a los que están rociados con la sangre divina de Cristo Crucificado.

III. Cristo, ¿fue pesimista u optimista?

Lo que hemos expuesto tocante a las espantosas consecuencias del primer pecado, nos plantea necesariamente la siguiente cuestión. Si esto es así, ¿pueden todavía estimarse en algo el hombre y la voluntad humana? ¿Podemos confiar aún en nosotros mismos? ¿Tenemos aun porvenir? ¿Hay alguna esperanza? ¿Es posible vencer el mal?

Podemos, pues, redactar el tema de este capítulo poco más o menos de la siguiente forma: ¿Qué enseñó Cristo respecto del hombre y de su voluntad? ¿Confiaba en nosotros o nos miraba con desconfianza? Cristo, ¿era pesimista u optimista?

La respuesta no es fácil, por las palabras mismas de Cristo, que pueden alegarse en uno y otro sentido. Cristo enseña con claridad que el hombre se inclina al mal desde su nacimiento, es decir, Cristo parece pesimista. Pero, por otra parte, nos coloca frente a una perfección que da vértigo: *"Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto"* (Mat 5,48) —nos dice. Y esto es de un optimismo sin medida.

¿Cuál es la solución de esta contradicción aparente? No es posible encontrar la clave del enigma, a no ser que conozcamos todo lo pensaba Nuestro Señor Jesucristo, todas las ideas que enseñó respecto a la necesidad y a la esencia de la redención. De modo que al estudiar el tema, propiamente no hacemos más que estudiar la doctrina básica del cristianismo, *la idea de la redención.*

Cristo, ¿era pesimista respecto del hombre?

Es un hecho innegable que los hombres más insignes, antes de Cristo, miraban al hombre con un profundo pesimismo. Los profetas del Antiguo Testamento no cesan de predicar penitencia y conversión. "Sois malos" "Vivís en pecado." "Convertíos." Estas son las sentencias que resuenan constantemente en sus escritos. Así se comprende también el austero ejemplo de penitencia de un Juan Bautista, que grita a voz en cuello: "Somos pecadores, somos malos, hagamos penitencia."

Llega Jesucristo. ¿Cual será su posición?

También Él subraya y lamenta las malas inclinaciones de la naturaleza humana; admite que la corrompida naturaleza atrae el pecado, como la tierra a los cuerpos por la fuerza de la gravedad.

Y sabe que este pecado tiene gran poderío y que arrastra en pos de sí numerosas víctimas. Por esto dice a sus oyentes: *"No son los sanos, sino los enfermos los que necesitan de médico"* (Mt 9,12). Por esto propone la parábola del orgulloso fariseo, en cuya alma, no obstante las apariencias de una vida santa, pululan los pecados (Lc 18,10 y sig.). Por esto, en cierta ocasión llama "Satanás" al mismo San Pedro (Mt 16,23). Por esto exclama con indignación: *"¡Oh gente incrédula! Hasta cuándo habré de estar entre vosotros? Hasta cuándo os tendré que sufrir?"* (Mc 9,18). De modo que uno de los tonos fundamentales en la enseñanza de Jesucristo es el pesimismo frente a la naturaleza humana, propensa al mal; y uno de sus rasgos destacados es el siguiente: "*Haced penitencia"* (Mt 4,17). ¿Por qué se ha de hacer penitencia? Porque *"sois malos"* (Mt 7,2;12,34), aún más, sois *"una raza mala y adúltera"* (Mt 12,34).

Si acompañamos a Cristo en su camino y escuchamos su predicación, muchas veces nos asombraremos de ver cuán pecador juzgaba a todo el pueblo y cuán pesimista era Cristo frente al mismo pueblo. *"¡Ay de ti, Corozain! ¡Ay de ti, Bétsaida!"* (Mt 9,21) ¡Qué tristeza la que encierran estas palabras ante la obstinación de aquellas ciudades!

En la parte meridional de Jerusalén, en Siloé, se derrumba una torre y aplasta a dieciocho galileos. Y el Señor pregunta a sus oyentes: *"¿Pensáis vosotros que ellos eran los más culpables de toda Jerusalén"* (Lc 13,4). Por donde se pude deducir que según nuestro Señor Jesucristo, toda Jerusalén era culpable. Y los más culpables son los que se llaman con jactancia "justos"; porque en éstos precisamente hay menos espíritu de penitencia.

Así, pues, Nuestro Señor Jesucristo, en cierto sentido, fue pesimista. Él no era un ingenuo soñador. Nadie como Él vio la corrupción del hombre y los espantosos abismos del alma humana. No era un idealista que viviese en las nubes. Sus parábolas demuestran hasta qué punto conocía la naturaleza humana, tan reacia para obrar el bien, y que fácilmente inclinada a cometer el mal. Vuelve el dueño, y los criados, perezosos, no le

esperan —dice en una de sus parábolas. Viene el novio, y no le esperan las vírgenes que han de formar el cortejo —dice en otra. El rey invita a los hombres a un gran banquete, y los invitados no comparecen —dice otra vez.

En resumidas cuentas, hemos de confesar que Cristo fue pesimista respecto de la pereza, debilidad, mala inclinación de la voluntad humana, y respecto de la dificultad que sentimos para obrar el bien.

Cristo, ¿fue optimista respecto del hombre?

Por otra parte, encontrarnos palabras, exigencias y mandatos de Jesucristo que manifiestan un admirable optimismo respeto de nosotros.

Porque si hemos perdido toda esperanza respecto de una persona; si somos completamente pesimistas en relación a ella, ¿nos atreveremos a mandarle lo que el Señor mandó a todos los hombres? Lo repito: a *todos* los hombres. *"Sed perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto"* (Mt 5,48). Tal exigencia es imposible, si se ha perdido toda esperanza en nuestra naturaleza y sólo se ve en ella un fondo de corrupción.

Además, ¡qué cosas nos exige Cristo! ¡Qué sutiles finezas y qué magnánimos sacrificios! ¡Qué fidelidad en lo pequeño y qué heroísmo de mártir en las cosas grandes! ¡Sofocar los primeros movimientos de ira! El que se entrega, siquiera en pensamiento, a un pecado, ya es reo de culpa. He de amar a mis enemigos. Y he de amar a Dios hasta el punto que Él reine en todos mis pensamientos, mis planes, mis palabras, en todos mis actos...

¿Cómo es posible cumplir todo esto, si en el fondo del ser humano no hay más que corrupción?

Aquí está, la aparente contradicción. *¿Cuál es la solución?*

La solución es ésta: al hacer Jesucristo manifestaciones pesimistas, tiene puesta su mirada en el hombre abandonado a sus propias fuerzas, tal como sería sin Cristo Redentor. Pero, cuando expresa exigencias optimistas, piensa en el hombre transformado, en el modelo altísimo que todos podemos y debemos seguir por gracia y virtud de Cristo Redentor. Los que creen en Jesucristo, los que están en comunión vital con Él, reciben también fuerza para dar realidad a las esperanzas más optimistas. Como si dijera el Señor: El hombre abandonado a sus

propias fuerzas no puede realmente librarse del pecado e inspira compasión y pesimismo. En cambio, el hombre que se sostiene en mi fuerza redentora, abre las puertas al más sano de los optimismos.

He ahí por qué insistía tanto el Señor en la conversión de los corazones. Quería hacer patente que en el interior de aquel que cree en Él, manan ríos de agua viva (Jn 7,38) que borran el pecado y comunican fuerza para futuras luchas y triunfos. Incluso cuando curó milagrosamente muchas enfermedades corporales, quiso hacer ver al enfermo que le daba un tesoro mucho mayor que la misma salud corporal, cuando le sanaba el alma: *"Hijo mío..., hija mía..., tus pecados te son perdonados"* (Mt 9,2; Lc 5,20).

Puede ya adivinarse la solución a la cuestión propuesta.

No se puede negar que, frente al hombre abandonado a sus propias fuerzas, es justo todo pesimismo; pero ante aquel que permanece en Cristo Redentor, se ha de esperar que no serán vanas las esperanzas más optimistas: *"Yo soy la vid; vosotros, los sarmientos. Quien está unido conmigo y yo con él, ése da mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer. El que no permanece en mí, será echado fuera, como el sarmiento inútil, y se secará, y le cogerán, y arrojarán al fuego, y arderá"* (Jn 15,5-6).

No se puede negar que sin Cristo acabamos sucumbiendo. Pero Él es nuestro apoyo para mantenernos en pie, y por eso nos dice: *"Venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón: y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es suave, y mi carga ligera "* (Mt 11,28-20).

No se puede negar que sin Cristo el hombre se encamina hacia la corrupción moral... mas cuando la mujer pecadora cayó arrepentida a los pies de Jesús, vertiendo lágrimas de penitencia, entonces oyó de los divinos labios las siguientes palabras: *"Perdonados te son tus pecados"* (Lc 7,48).

¿Fue, por tanto, Cristo pesimista u optimista? Fue pesimista respecto del hombre abandonado a sus propias fueras, fue optimista respecto del hombre que se acoge al poder de Dios. *"Sin mí nada podéis hacer"*, nod dice el SEÑOR. *"Todo lo puedo en aquél que me conforta"* (Filip 4,13), nos dirá SAN PABLO.

¿Es sombría la vida según Cristo?

Ya podemos disipar un error que cunde por doquier.

Se repite con frecuencia que el concepto cristiano de la vida es sombrío, amargo, falto de alegría; que el que quiera seguir a Cristo con toda el alma, tendrá que estar triste y alicaído, tímido y escrupuloso, que tendrá que huir con miedo del mundo y de sus cosas.

¿Es esto verdad? ¿Es verdad que el que sigue a Cristo ha de estar triste? ¿Es verdad que sólo se puede ser fiel a Cristo viviendo lejos del mundo, tras los muros de un convento y en el claustro?

Hemos de reconocer una cosa. Es un hecho innegable que el cristianismo es la religión de la autodisciplina y de la vigilancia continua. Este carácter le fue señalado por las palabras JESUCRISTO: *"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz, y sígame"* (Mt 16,24). ¿Por qué dijo esto el Señor? Porque conocía las malas inclinaciones de la naturaleza humana, corrompida por el pecado original. Porque conocía la trágica dualidad de la vida humana.

Mas se desvanece este color sombrío y espantoso al meditar los fines de la abnegación cristiana. Porque la abnegación en el cristianismo no es un fin en sí mismo. El cristianismo no se deleita con el sufrimiento, como si fuera un masoquista. Entre nosotros, la autodisciplina no es el fin último; no es más que un medio para lograr el objetivo, un medio para amortiguar las deplorables consecuencias del pecado original.

¿Se puede seguir a Cristo viviendo en medio del mundo, o solamente en el claustro? Respondemos sin vacilar: Es tan posible en medio del mundo como en el claustro.

¿Es posible seguir a Cristo sin una continua autodisciplina? Respuesta: No es posible ni en el mundo ni en el claustro.

Porque para conocer y, al mismo tiempo, seguir la verdad, no basta tener simplemente buena intención, ni estar entusiasmado; es preciso, además, una continua vigilancia para perseverar.

El investigador que trabaja con criterios científicos está siempre atento a las posibles causas que le induzcan a cometer errores en su trabajo; pues bien, la autodisciplina, la ascética, no es otra cosa que prestar atención a los motivos de error que podrían impedir

que el alma conquiste el reino del espíritu, para poderlos cortar de raíz.

Es alto el ideal que nos propone CRISTO: *"Sed perfectos, como es perfecto vuestro Padre celestial"* (Mt 5,48). Pero no se logra por asalto la conquista de esta cumbre, sino mediante un avance lento y continuado. Si pudiera lograrse en un momento, el número de cristianos practicantes no cabe duda que sería mucho mayor. Pero no se logra de esta manera. *"El reino de los cielos se alcanza a viva fuerza, y los que se la hacen son los que lo arrebatan."* (Mt 11,12). Se necesita un vasto plan, perseverancia y paciencia. Se necesita ejercitarse.

A qué llamamos “ascesis”

“Ejercicio", en griego *"asquesis"*. ¿A qué llamamos "asquesis"? A la sistemática conquista de nuevos territorios en el reino de nuestra alma; a la exploración consciente de las debilidades propias y de las del enemigo; al robustecimiento de nuestra voluntad y debilitación de la fuerza de asalto enemiga; al esforzarse por adquirir una vida espiritual más elevada... Es lo mismo que decir ascética, vigilancia, abnegación cristiana.

Que tu alma no se apegue al dinero; da algo de tu fortuna a los demás. Es una exigencia del cristianismo. Y la razón de esta exigencia no es que los bienes terrenos sean en sí una cosa diabólica, sino por la libertad de alma que debemos conservar, para que el peso de la materia no nos derribe.

Vive en perfecta continencia hasta el matrimonio. Es otra prescripción del cristianismo. Y lo exige, no porque la unión del hombre con la mujer sea en sí misma una cosa pecaminosa, diabólica, sino precisamente para destacar la santidad de la vida matrimonial, y salvarla de la profanación, y preservar al hombre de la disolución y malicia de la vida instintiva.

No comas carne los días de abstinencia, te dice también el cristianismo. Y te lo dice, no porque tales o cuales días influyan por sí mismos en que sea pecado el comer carne y otros días no; sino para ponerte un freno y probar si el alma es más fuerte que el cuerpo.

Es un error pernicioso el creer que sólo se puede imitar a Cristo metiéndose en un convento. De ninguna manera. Con autodisciplina es posible en cualquier parte. A todos se nos exige

la ascética, la autodisciplina, el examen de sí mismo; son obligatorios, porque todos hemos de luchar contra la consecuencias del pecado original, y todos tenemos el deber de imitar a Cristo. Y sin autoexigencia y sin abnegación no podemos imitarle.

Por otra parte, tenemos un hecho histórico, indiscutible para demostrar que con esfuerzo y sacrificio es posible imitar realmente a Cristo en cualquier estado de vida: ahí están los Santos de todos los estados de vida, no sólo los religiosos. Honramos, sí, a las religiosas y a los sacerdotes santos; pero tenemos también empleadas de hogar, mendigos, militares, médicos, actores, madres de familia; profesores de universidad, que han cumplido con amor sus deberes y han vivido las virtudes de una forma heroica.

"Evangelio" significa “buena noticia”

El cristianismo no quiere quitarnos nada, sino darnos. No exige la renuncia de nada que tenga valor. No exige que nos privemos de todo goce, sino tan sólo de lo que es venenoso. No prescribe que renunciemos a todos nuestros bienes, sino tan sólo el fardo que nos impide caminar hacia la vida eterna. No nos pide que apaguemos una vida rebosante de vitalidad, sino tan sólo que nos liberemos de la miseria espiritual.

El Evangelio que pregona el "reino de Dios" contradice, naturalmente, al "mundo", pero porque ofrece mucho más que éste, y porque este "más" es lo que el mundo pone en peligro.

Y no sólo el Evangelio, sino el descontento, la infelicidad, la falta de sentido de los que siguen los criterios del mundo nos dicen hasta qué punto este mundo es incapaz de dar satisfacción a las ansias más profundas del corazón del hombre. ¿Por qué se angustian tantos hombres por el fin de la vida? ¿Por qué se quejan tantos jóvenes de una vida sin objetivo, aburrida, de una vida en que no hacen más que vegetar? Porque el corazón necesita de algo que lo llene, de un ideal que le anime. Este ideal únicamente los brinda el Evangelio. Es el Reino de Dios. *En esté reino sé por qué vivo*. *Sé por qué lucho. Sé cuál será mi galardón, si logro perseverar en Cristo.*

Todos debemos luchar... Quiera Nuestro Señor Jesucristo que todos logremos la victoria.

IV. Lecciones que se derivan del pecado original

En los dos capítulos que preceden vimos las trágicas consecuencias que se derivan del pecado original, y como la culpa de nuestros primeros padres acompaña, como deplorable herencia, a la historia de la humanidad.

Ante esta perspectiva, quizá haya quien objete: ¿En qué consiste la Redención de Cristo, si aun hoy, después de ser redimidos, hemos de sufrir el pecado original y sus funestas consecuencias? ¿Qué hemos conseguido con la Redención?

Respondamos a esta objeción. La Redención consiste en que la segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Dios Hijo, recibió cuerpo mortal de la Virgen Madre; nació en esta tierra; vivió entre nosotros durante treinta y tres años, y con su palabra y ejemplo nos exhortó a acometer la gran guerra de la libertad del alma. Y no solamente nos exhortó, sino que, además, nos dio la fuerza para sostener esta guerra, curando con su gracia la naturaleza humana lastimada. Coronó su obra con la Pasión y Muerte, adquiriendo así méritos sobreabundantes para expiar ante la divina justicia todos los pecados de los hombres, con tal que estos quieran aplicarse a sí mismos la sangre derramada por Cristo.

Así, pues, la Redención curó realmente las heridas que el pecado original había abierto en nosotros; pero quedaron las cicatrices: la razón y voluntad debilitadas por el pecado. Gracias a la Redención ya no nos entregamos inermes al pecado, como lo estaríamos sin Cristo; mas hemos de colaborar con Él si queremos que su divina sangre sea realmente vida abundantísima de nuestras almas. Una forma de hacerlo, consiste en mantenernos vigilantes, pues llevamos este tesoro, nuestra alma, en vaso de barro (2 Corintios 4,7), dispuesto a romperse y a perder el tesoro ante el menor tropiezo.

El imperio del mal y del pecado en el mundo

La consecuencia más trágica del pecado original es el horrendo imperio del mal y del pecado en el mundo.

Cada mañana abrimos el diario y con temor nos preguntamos: ¿Qué nuevos horrores nos anunciará? Porque en verdad es alar-

mante el imperio de la maldad. El pecado original ha abierto una fuente de maldad que no ha dejado brotar y crecer a lo largo de la historia: disensiones, guerras, inmundicias, ambiciones...

Quien contempla el mundo con una mirada de fe, puede exclamar con espanto: ¡Cuántos muertos caminan en medio de nosotros! El mundo está lleno de muertos. De muertos, que si bien viven según el cuerpo —comen, caminan y se divierten—, tienen el alma tan insensible por el pecado, que les es muy difícil abrirse a la única vida verdadera, a la gracia de Dios.

¡Cuánta maldad, cuánto pecado y querella en este mundo de amarguras! Escalada armamentística, terrorismo, guerras, una de tras de otra, cada vez más devastadoras...

¡Cuántos males por el pecado original!

Y lo que es más espantoso: las aguas del pecado nos anegan casi totalmente, y *no queremos darnos cuenta*. El hecho de escuchar impasibles las noticias de horrorosos crímenes, que podría decirse están a la orden del día, es lo que mejor demuestra hasta qué punto está enferma el alma del hombre moderno. El hecho de soportar el pecado con indiferencia, es la señal de la enfermedad postrera. Un médico avanzado en años preguntó en cierta ocasión a un joven que entonces empezaba la carrera:

—¿Podrías decirme desde aquí, desde el centro de esta sala de hospital, cuál es el enfermo más grave que hay en la misma?

—¿Cómo saberlo desde aquí, desde tan lejos? —contestó el joven médico.

—¿Ves allí, en aquel rincón? Aquél es el enfermo más grave. Su cara está llena de moscas y él ni se inmuta... Es la señal de la postrer impotencia.

Así también, el hombre moderno, que ha vuelto a caer en el paganismo, acepta tranquilo el pecado que le envuelve; y es que le falta la conciencia de pecado. Hace como aquella mala mujer de que habla la Sagrada Escritura, que después de cometer el pecado, enjugó su boca y se dijo: *"No he cometido mal ninguno"* (Proverbios 30,20). Exteriormente, el hombre moderno parece muy limpio, se lava a cada rato, se cambia diariamente de ropa... pero no hace lo mismo con su alma, porque el sentido de la limpieza espiritual lo tiene embotado.

A diferencia de lo que acontece en la actualidad, en la antigua Roma se ofrecían en los templos paganos cada día un sinnúmero de sacrificios expiatorios, lo que demuestra *lo viva que era en ellos la conciencia del pecado*. A cada paso se encontraban lugares para la purificación religiosa, donde el pagano, consciente de su pecado, buscaba con afán la liberación de su alma.

El mal del hombre moderno es que a pesar de haber cometido tantos pecados, no siente la conciencia de su culpa y menos desea purificarse. Todos somos pecadores, pero ¿tenemos conciencia de ello? Aquel que juzga con desamor; aquel que miente, que es envidioso, que se entrega al placer, ¿oye, por lo menos, en los momentos de sosiego, la voz acusadora de la conciencia?

Es triste caer en el pecado, pero más triste todavía es no sentirlo. Hay almas que han caído en horrendos pecados, pero se lamentan y suspiran por Cristo; anhelan el perdón, la redención..., y al final se salvan. En cambio, hay almas a quienes no pesa demasiado la culpa de sus faltas, más leves tal vez, y que hasta cierto punto pasan inadvertidas; y por esto mismo se van multiplicando sin darse cuenta.

Un hombre cae en la acera y se rompe una pierna. "Es un caso de gravedad —dice el médico—; pero dentro de ocho semanas estará sano." Otro tiene en el cuello un granito rojo..., al principio no le molesta ni se preocupa de ello... Cuando se le quiere aplicar el bisturí, ya es tarde: el paciente muere por septicemia, por infección de la sangre. Sin embargo, el mal del primero era más grave....; pero se asustó y buscó seriamente la curación; mientras que el segundo no sintió su mal y no se preocupó del mismo.

Y ahí tenemos la primera lección que se deriva del pecado original. *No permitamos jamás que en nuestra alma se embote la conciencia del pecado*. La culpa ha de que quemarnos; no hemos de tener sosiego, hemos de sentir la llaga abierta. Porque el que sabe lo que es el pecado, sabe también lo que es Cristo para él; y el que sabe aborrecer con toda su alma el pecado, sabe también amar con toda el alma a Jesucristo, el que nos redime de la culpa.

¿Aborreces el pecado? ¿Sientes desasosiego, intranquilidad después de tus caídas? ¿Anhelas ser perdonado? A lo mejor eres muy meticuloso en lo que atañe a tu higiene personal; no consientes que tus manos estén sucias; que en tu vestido

aparezca una sola mancha, que haya barro en tu habitación...; pero por dentro, ¿miras con tanto horror las manchas de tu alma? Todas las veces que nos lavamos las manos, tendríamos que preguntarnos: ¿Estoy tan limpio por dentro?

Saquemos esta consecuencia práctica: estemos siempre en guardia; porque desde el pecado original, la naturaleza humana es propensa al pecado, y si no estamos vigilantes, un diluvio de males lo destruirá todo.

Y de ahí se deriva también un gran deber: *Lucha por tu alma*.

El hombre moderno fácilmente olvida la trágica realidad del pecado original.

PLATÓN dijo en cierta ocasión: *"Sin la ciencia del bien no tiene valor cualquier otra ciencia."* En la Universidad mahometana del Cairo se lee esta inscripción: *"La química es importante. Alá es más importante."*

El hombre moderno, orgulloso de su ciencia, se ríe de estas cosas, porque no quiere reconocer la tiranía salvaje de su egoísmo, la fuerza de su concupiscencia que le arrastra al placer, consecuencias del pecado original.

¿Quién es capaz de encadenar las fieras que lleva dentro? ¿Quién puede poner orden en la jungla de las pasiones e instintos desordenados? Sólo la lucha abnegada del alma, robustecida por la gracia redentora de Jesucristo.

La inclinación al mal no es pecado en sí...; pero nos induce al pecado. Por vehemente que se encienda en nosotros el deseo del mal, por muy fuertes que sean las tentaciones que se suscitan, aunque nos lleven al borde del pecado, mientras nuestra voluntad se oponga, no hay pecado... Este es nuestro consuelo. Pero es también un aviso para estar en lucha incesante. Esta lucha que hemos de sostener con nuestras inclinaciones torcidas tiene por término la misma tumba. Por esto dice la SAGRADA ESCRITURA que "*la vida del hombre sobre la tierra es una guerra perpetua"* (Job 7,1); una obstinada guerra, porque es contra nosotros mismos; mas *"bienaventurado aquel hombre que sufre con paciencia la tentación, porque después de ser probado, recibirá la corona de vida que Dios ha prometido a los que le aman"* (Santiago 1,12). Luchar con nosotros mismos es el más difícil combate; vencernos a nosotros mismos es el triunfo más glorioso.

Otras lecciones

El pecado original tiene, además, otras consecuencias prácticas.

Si es verdad que en el alma del recién nacido hay una nube, una mancha, que impide que lleguen hasta ella los rayos benéficos del Sol divino, han de darse los padres prisa en hacer bautizar a su hijito, para borrar de su alma cuanto antes el pecado original. De ahí que los padres cristianos no difieren el bautismo de sus hijos, y los hacen bautizar inmediatamente después de nacer.

El hecho del pecado original ha de servir de aviso también a los educadores de jóvenes. La inclinación al mal, que todos tenemos desde el nacimiento, es enemiga de la inocencia que nos restituye el bautismo. Los gérmenes del mal laten en todos los niños y adolescentes, y a medida que pasan los años empiezan a propagarse y destruir el jardín que Dios puso en sus almas, si no se extirpan las malas hierbas y no se cuidan las flores mediante una educación en valores, asidua a la oración y los sacramentos. Toda pedagogía que no tiene en cuenta la fragilidad de la naturaleza humana, corrompida por el pecado original, va al fracaso. De ahí que el cristianismo exhorte a los educadores para que fortalezcan la voluntad de los jóvenes y para que les eviten todo lo que pueda hacer daño a sus almas.

El pecado original también nos llama poderosamente a ser solidarios. Todos formamos una gran familia porque procedemos de unos mismos padres, participamos de una misma naturaleza, y por desgracia también de un pecado común. Ya lo dijo Isaías: *“todos erraron en su camino"* (Is 56,2), *"como ovejas descarriadas hemos sido todos nosotros: cada cual se desvió para seguir su propio camino"* (Is 53,6).

Tanto si somos ricos como si somos pobres, fuertes o débiles, hermosos o feos, sanos o enfermos, instruidos o analfabetos..., todos necesitamos de la misericordia de Dios y su gracia para perseverar en el bien.

Porque el pecado original nos inclina al egoísmo, se comprende que Nuestro Señor Jesucristo escogiera como medio de redención la humildad, la caridad y el sufrimiento aceptado. El egoísmo carga el mal, la miseria y el sufrimiento sobre los demás; el amor de Cristo cargó sobre sí el sufrimiento ajeno: la pobreza, el trabajo, el

cansancio, la incomprensión, la calumnia, la agonía y la misma muerte.

De la gran tragedia del pecado original, común a todos, se deriva el gran mandamiento del amor al prójimo. Si la gracia de Dios curó mis heridas, yo he de socorrer a mi prójimo. Si la misericordia de Dios perdonó mi pecado, también yo he de perdonar a los otros. Dios tuvo paciencia conmigo, yo también debo de ser compasivo y paciente con mis hermanos.

Señor Jesús, te pedimos que no fortalezcas para la lucha superando todo desaliento. Que nunca olvidemos que el que sirve al pecado, siervo es del pecado y de la muerte; mientras que el que se apoya en Ti, luchará contigo y se verá libre de lo que le esclaviza.

V. La persona del Redentor

Nadie mejor que SAN PABLO ha sabido expresar con precisión la esencia de la obra redentora de Cristo:

“Bendito sea Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que en Cristo nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los cielos; por cuanto en Él nos eligió antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante Él en caridad; y nos predestinó a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad, para la alabanza del esplendor de su gracia, que nos otorgó gratuitamente en el amado, en quien tenemos la redención por su sangre, la remisión de los pecados, según las riquezas de su gracia" (Efesios 1,3-7).

Dios envió realmente a Cristo como Redentor y nos amó sobre toda medida al mandarnos a su Hijo unigénito.

“En esto se mostró el amor de Dios hacia nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo para que nosotros vivamos por Él” (I Juan 4,9) —escribe el Apóstol SAN JUAN.

Para que podamos contemplar con el corazón agradecido la Encarnación del Hijo de Dios, voy a mostrar antes la oscuridad que precedió a la Redención, la oscuridad en que se hallaba la pobre humanidad, hasta que brilló la estrella luminosa de Belén.

Antes de la redención

A los ojos de Dios, Adán era el representante de toda la humanidad, y había de legar a sus descendientes toda su riqueza y hermosura; pero, en vez de hacerlo, nos dejó una herencia emponzoñada. "Así como por un solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos habían pecado..." (Romanos 5,12).

Desde el pecado de nuestros primeros padres, las tinieblas de la ignorancia y de la maldad envuelven la historia.

¡Y qué triste historia! Baal, Moloc, Apis, Júpiter, Venus, Mercurio... ¡qué tristes nombres! El hombre vivía alejado del Dios verdadero!

Y cuales eran los dioses, tales eran las costumbres... ¡Matar, matar! ¡Matar el cuerpo! ¡Matar el alma!

El hombre mató para quitar al otro su gruta. Mató para robar un caballo. Mató para apropiarse la mujer ajena. Mató por puro placer y venganza.

Egipto era un país de famosa cultura. Y no obstante, en Egipto, uno de los faraones llegó a arrancar con sus propias manos los ojos de los prisioneros de guerra; y para que en el futuro se recordase su “hazaña”, se hizo retratar precisamente cometiendo este hecho tal como se ve en el bajorrelieve del templo de Tebas.

La maldad llegó a ser un poder tan funesto, que ciertas religiones paganas creyeron en la existencia de dos dioses: el “dios bueno" y el "dios malo", el dios de la luz y el dios de la oscuridad.

No hubo rincón del mundo en que no penetrase el veneno del pecado. ¡El pecado de los grandes y de los pequeños! ¡El pecado de los ricos y de los pobres! ¡El pecado de los hombres y de las mujeres! ¡Los pecados públicos y los pecados ocultos!

Algunas veces un rayo de luz se filtraba en la oscura noche. Algún que otro sabio de la antigua Grecia parecía encontrar al Dios verdadero. Hubo quien pregonó la inmortalidad del alma...; pero después todo se sumía de nuevo en la oscuridad. El hombre se engañaba en todo, perdió la ilusión de todo, y todo perdió su valor para el hombre. No tenía valor ni la moral, ni la dignidad humana, ni la vida. Bruto se suicidó con estas palabras: "Virtud, ¿qué otra cosa eres sino una palabra hueca?"

Pero el hombre no pudo conformarse, no pudo creer que hubiese de ser éste su último destino. Un anhelo indecible y, al mismo tiempo, cierto temor se apoderó de su espíritu. Anhelo de la hermosura y sublimidad de Dios, temor de la ira y de la justicia divinas.

El Antiguo Testamento está lleno de frases que expresan este doble sentimiento. El hombre tenía miedo de Dios y, no obstante, le deseaba, le esperaba y quería verle. *"Escóndete* —dice el profeta ISAÍAS—, *escóndete en las cavidades de la tierra, huye del semblante airado del Señor"* (Is 2,10). Es el sentimiento de temor.

Pero del alma humana se escapaba también el suspiro lleno de anhelos que el SALMISTA expresó en esta manera: *"Como anhela*

la cierva las corrientes de las aguas, así, te anhela mi alma, oh Dios" (Salmo 42,2). ¡Anhelo de ver a Dios! El hombre temía a causa de sus pecados; pero deseaba ardorosamente ver a Dios, tenerle y adorarle.

Por este afán se puso a fabricarse ídolos. Este afán le impulsaba a ver a Dios en los animales, en los toros, en las fieras, en los árboles, en las fuentes y a postrarse delante de su imagen, fabricada por él mismo, bajando todavía más en su miseria espiritual. Se debatía el hombre, lloraba buscando a Dios; lloraba como un niño que perdió a su madre.

Como novia enamorada suspiraba la humanidad por la venida de alguien. De alguien que tuviese compasión de su miseria. De alguien que borrase sus pecados. De alguien que la levantase de la podredumbre espiritual.

Si nos hacemos cargo de lo que era la humanidad antes de Jesucristo, si nos asomamos a aquella vida sin sentido, esclava de las pasiones, comprenderemos el ímpetu de júbilo con que canta la IGLESIA en Navidad: *"Alegrémonos, nos ha nacido Cristo Jesús."*

Cristo, el Redentor prometido

Al llegar la plenitud de los tiempos, Dios tuvo compasión de nuestra miseria y nos envió para redimirnos al Libertador Prometido.

En todos los pueblos existe una vaga tradición respecto de este Libertador; pero la literatura sagrada de los judíos le describió de antemano con gran minuciosidad, consignando quién y cómo sería este Redentor. Estas profecías mesiánicas del Antiguo Testamento se cumplieron hasta sus últimos pormenores en la persona de Jesucristo.

PASCAL escribió en cierta ocasión que, si no hubiese habido más que una sola profecía relativa a Cristo y ésta se hubiese cumplido, tendría por sí sola una gran fuerza probativa. Y no hay una, sino toda una serie; y no de una sola época, sino de diversas centurias.

En estas profecías se describe de un modo sublime la semblanza del Mesías venidero.

Antes de todo leemos en la Escritura la promesa de que un día llegaría un Redentor.

De ello habla Dios Nuestro Señor ya en la escena del Paraíso, cuando castiga a la humanidad pecadora, haciendo a la vez por primera vez la promesa alentadora del Redentor que vendrá para aplastar la cabeza del espíritu maligno (Gén 3,15).

Lo mismo se expresa en la promesa hecha a Abraham: *"En ti serán benditas todas las naciones de la tierra"* (Gén 12,3), es decir, de tu pueblo saldrá el Mesías.

A ello alude JACOB cuando, estando agonizando, se despide de Judá: "El cetro no será quitado de Judá... hasta que venga el enviado, y éste será la esperanza de las naciones" (Gén 49,10).

Pero los libros de los profetas no anuncian tan sólo la venida del Redentor, sino que señalan las circunstancias concretas. MIQUEAS escribe que nacerá en Belén; según MALAQUÍAS, vendrá antes de la destrucción del segundo templo de Jerusalén. Los pequeños pormenores de su Pasión y de su resurrección y la magnífica propagación de su reino fueron consignados dos siglos antes de Jesucristo. Y los libros del Nuevo Testamento, al describir los diferentes acontecimientos de la vida de Nuestro Señor, insinúan que todas estas cosas sucedieron para que se cumpliesen en Cristo las palabras proféticas (Mt 1,23; 2,15; 8,17; 26,56; Jn 8,18).

La humanidad, afligida por sus pecados, buscó durante milenios el camino que le llevase a la redención..., y no fue capaz de encontrarlo por sí misma. Hemos encontrado el modo vencer muchas enfermedades, hemos hecho muchos descubrimientos..., pero no hemos sabido encontrar sin Cristo el camino para librarnos del pecado. Mas en Él lo encontramos. Y desde entonces, decimos que *Cristo es nuestro Redentor*. ¡Cuántas veces pronunciamos estas palabras! ¡Qué familiares nos resultan!

¿Qué nos ha traído Cristo Redentor?

Ha devuelto Dios a los hombres, y ha devuelto a Dios el hombre perdido.

Desde Cristo sabemos lo grande es el amor del Padre para con el hombre caído.

Dios tuvo compasión del hombre que se había rebelado contra Él. El Señor *"no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva"* (Ezecquiel 33,2). Y por esto quiso darnos a su Hijo, para salvarnos. *"Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su*

Hijo unigénito, a fin de que todos los que creen en Él no perezcan, sino que tengan vida eterna" (Jn 3,16).

No quiso dejarnos por más tiempo en aquella anarquía espiritual y moral a que fuimos arrastrados por el pecado; sino que quiso dar una nueva Cabeza al mundo para *"restaurar en Cristo todas las cosas en el cielo y en la tierra"* (Efesios 1,10).

Y gracias a Cristo conocemos la infinita misericordia del Padre para con nosotros. Es tanta su bondad, que ni siquiera podemos llegar a comprenderlo.

Ciertamente, el amor que nos tiene es un misterio. Misterio que no es capaz de comprender nuestra limitada razón humana. Es un misterio el que Dios dé al obrero que llega a la hora undécima (es decir, una hora antes de finalizar el trabajo) el mismo jornal que a los que soportaron el calor y el peso de la jornada.

Es un misterio, que no comprende nuestra limitada razón, el que el padre ansioso espere con los brazos abiertos al hijo pródigo y haga preparar un festín en su honor, en honor del hijo que malgastó su fortuna y ahora vuelve harapiento a casa.

Es un misterio el que Cristo se haya sentado a la misma mesa con los publicanos y que haya permitido que una mujer, pecadora pública, le lave los pies con sus cabellos.

Es un misterio el que Dios sea tan bondadoso, tan pronto al perdón.

Y lo que más demuestra la misericordia compasiva de Dios, es el hecho de habernos amado cuando nosotros no le amábamos aún. Ya nos alargaba la mano para levantarnos del abismo cuando todavía nos abrazábamos al pecado. *"Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros"* (Romanos 5,8-9).

"Dios... movido del excesivo amor con qué nos amó, aun cuando estábamos muertos por el pecado, nos dio vida juntamente en Cristo... De pura gracia habéis sido salvados por medio de la fe, y esto no viene de vosotros; siendo como es un don de Dios" (Efesios 2, 4-5,8).

¿Hemos meditado los suficientemente agradecidos cuánto costó a Cristo nuestra redención?

¡Oh, pequeño Niño de Belén, a qué empresa te comprometiste! ¿Veías y sabías lo que te estaba reservado? ¿Sabías cuánto había

de costarte nuestra redención? ¿Sabías que esa pobreza de Belén, el frío, que te hacía tiritar, el despiadado abandono, no eran más que el principio de tus sufrimientos de treinta y tres años, cada vez más profundos y dolorosos?

Sí, todo lo sabía el Señor. Sabía lo que íbamos a costarle, cuántas lágrimas, cuántos dolores, sangre, sufrimiento, la misma muerte... y todo lo aceptó por amor a nosotros.

Y precisamente porque Él lo sabía todo y todo lo aceptó por amor nuestro, no cesan de bendecirle los cristianos, desde que Él se echó sobre sí está pesadísima carga. Por esto una de nuestras oraciones más bellas, en que late toda la gratitud de nuestro corazón, es la contenida en estas pocas palabras: "Te adoramos, Cristo y Te bendecimos, porque por tu santa Cruz redimiste al mundo."

Te adoramos, oh Cristo

SAN PABLO, en el capítulo segundo de su Carta a los Filipenses, nos recuerda el sacrificio que Cristo aceptó por nosotros, con estas sublimes palabras: *"Se anonadó a sí mismo tomando la forma de esclavo, hecho semejante a los demás hombres, y reducido a la condición de hombre. Se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz"* (Filipenses 2,7-8).

Después saca la consecuencia: *"Por lo cual, Dios le ensalzó y le dio nombre sobre todo nombre: a fin de que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en el infierno; y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está sentado en la gloria de Dios Padre"* (Filipenses 2,9-10)

Cristo, siempre tan humilde, no rechazó jamás la adoración que sólo le toca a Dios; porque también quiso enseñar al mundo quién es Él. Aún más, la exigió: *"Todos honren al Hijo, de la manera que honran al Padre"* (Jn 5,23).

Desde luego, adoramos al Cristo total. No separamos su divinidad y su humanidad, sino que adoramos sencillamente a Cristo. Le adoramos como le adoró, anticipándose a todos a todos los demás, la Virgen Bendita en la noche de Navidad. ¡Con qué humildad y ardiente amor debió de adorarle en la fría gruta!

Le adoramos como le adoraron los humildes pastores (Lc 2,20) y los magos del Oriente (Mt 2,2).

Le adoramos como le adoraron los ángeles y le sirvieron después de la tentación del desierto (Mt 4,2).

Le adoramos como le adoró, postrándose delante de Él, el ciego de nacimiento (Jn 9,38).

Le adoramos como le adoraron los Apóstoles después de apaciguar Jesús la tempestad (Mt 14,33).

Le adoramos como le adoró TOMÁS, el incrédulo: *"¡Señor mío y Dios mío"* (Jn 20,28).

Adoramos a Cristo como le adoraban los primeros cristianos, quienes cifraban todo su orgullo en el nombre de Cristo: *"Pues no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del cielo, por el cual debamos salvarnos"* (Hechos 4,12).

Adoramos a Cristo, tal como se relata en la visión sublime de SAN JUAN: *"Y todas las criaturas que hay en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y a las que hay en el mar; a cuantas hay, a todas las oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, bendición, y honra, y gloria, y potestad por los siglos de los siglos*" (Apocalipsis 5,13).

Con todo derecho, al hablar de Cristo, mezclamos los rasgos humanas con las divinas. Decimos que el Hijo del hombre bajó del cielo, y que el Hijo del hombre existe desde toda la eternidad (Jn 3,13; 8,58); pero decimos también que el Hijo del hombre se sacrificó por nosotros (Romanos 8,32), y que fue crucificado el Señor de la gloria (I Corintios 2,8). No separamos en nuestra adoración las dos naturalezas, sino que adoramos sencillamente a Cristo.

Desde el siglo XVII, desde las visiones de Santa Margarita María de Alacoque, adoramos con devoción especial el Sagrado Corazón de Jesús. Tenemos derecho a ello, ya que en el Corazón Sacratísimo adoramos al mismo Jesús, al Cristo vivo. Nos parece lo más natural porque todo lo grande, sublime y santo que podemos decir de Cristo, está resumido simbólicamente en su Corazón.

Y hemos de añadir: es más que un mero símbolo. Este Corazón latió en el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo durante los treinta y tres años de su vida terrena. Este Corazón fue el que se preocupó de nosotros, el que se entristeció y lloró por nosotros, el que nos tuvo misericordia y oró por nosotros. Este Corazón fue el que

impulsaba la sangre de Cristo, aquella sangre preciosísima derramada por nosotros. Este Corazón fue el arsenal inmenso de la sabiduría y del amor divinos. Y, finalmente, cuando los labios de Cristo enmudecieron en la Cruz, y fue herido por la lanza, se abrió este Corazón para que sirviese de refugio a todos los pecadores.

Adoramos al Cristo total, pero adoramos también, con gratitud especial, sus sacratísimas llagas. Cinco heridas abiertas pregonan con más elocuencia que nadie el amor que Él nos tuvo. ¿Es posible, al ver las llagas de Cristo, sentir dudas o vacilaciones respecto de la fealdad del pecado? Y aun más, ¿podremos dudar del consuelo y de la fuerza que nos comunica la infinita misericordia de Cristo?

Adoramos las llagas de Cristo, por ser testimonios perennes de su amor y recuerdos de la Pasión que aceptó por nosotros: ¡Mirad, hombres, cuánto os amé!

Adoramos las llagas de Cristo, como faros que en la noche nos guían por el mar alborotado de las tentaciones: ¡Mirad, hombres, no os desalentéis, no caigáis, mirad cuánto me habéis costado!

Adoramos las llagas de Cristo, porque son como una súplica que se dirige a su Padre celestial: ¡Padre, mira lo que he hecho por los hombres; ten piedad de ellos!

"¡Ah, puro sentimentalismo!" —me objetará alguno—. No sentimentalismo, sino deber y expresión de gratitud. Porque si beso la mano de mi madre, que tanto se ha cansado por mí, entonces he de honrar también las sagradas llagas por las cuales sangró Cristo: *Murió desangrándose por mí*.

Cristo es nuestra vida

Desde que el Redentor prometido vino a nosotros, la vida divina sólo puede estar en nosotros por medio de Cristo. Con Cristo nos sostenemos, y sin Él, caemos. Desde entonces resuena de continuo en nuestros oídos las palabras de SAN PABLO:

“Y a vosotros, en otro tiempo extraños y enemigos suyos por las malas obras, ahora, os ha reconciliado en el cuerpo de su carne por su muerte, para presentaros santos, inmaculados e irreprensibles delante de Él.” (Colosesnses 1,21-22).

Y si tenemos motivo de entristecernos por nuestra naturaleza corrompida, inclinada al pecado, con mayor razón tenemos derecho a alegrarnos por haber venido el Salvador a redimirnos.

Cristo es la misma vida, que vino para que también nosotros tengamos vida y con abundancia (Jn 29, 10). *"De su plenitud hemos participado todos"* (Jn 1,16).

"Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. Quien está unido a mí; y yo con él, ése da mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer" (Jn 15,5).

¡Oh Cristo Redentor, creemos en Ti; Te amamos; Te seguimos..., Te adoramos!

VI. La obra de la Redención

Jesucristo pudo ser nuestro Redentor porque era Dios, y porque siendo Dios, murió por nosotros. Examinemos esta verdad más detenidamente.

Fijémonos en las palabras y comportamiento de Cristo en la Pasión, y veremos que no es un mero hombre el que sufre y muere. No hay en Él ningún gesto de heroísmo fingido, ningún menosprecio de los hombres, ni asomo de odio, ni sentimiento de amargura frente al mundo... sino que cada una de sus palabras, llenas de amor, de paz y dulzura, pregonan a voz en grito el gran misterio: En este cuerpo humano apareció Dios en medio de nosotros, y este Dios encarnado sufrió por nosotros.

Si Cristo no hubiese sido Dios, no podría habernos rescatado, porque un mero hombre no puede llevar a término la obra de la Redención.

¿Qué hombre pudo pensar siquiera en llevar a cabo semejante empresa? Y en caso de intentarlo con loca osadía, ¿cómo hubiese podido construir un camino que fuera desde el abismo en que nos abatimos hasta el trono sublime de Dios? Cuando caímos por vez primera, se rompió el puente que iba de la tierra al cielo, y fue tal la ruptura, que el hombre ya no pudo pasarlo nunca.

¿No podía Dios, entonces, dispensar del castigo?

No. Porque el orden moral exige una satisfacción.

Necesitábamos un redentor, que fuese Dios y hombre a la vez.

Un rey deseaba extirpar de su pueblo el soborno, y para ello dio una disposición, según la cual, el acusado de tal delito había de recibir en castigo cincuenta latigazos en presencia de todo el pueblo. ¿Sabéis quien fue la primera persona acusada de soborno? La madre del rey.

La noticia desconcertó al monarca. Durante tres días luchó en su aposento consigo mismo, y al cuarto día se presentó ante el pueblo reflejando preocupación y turbación en su rostro; hizo llamar a su madre, que estaba en prisión, y dio orden a dos hombres para que le dieran los latigazos prescritos. Pero en el momento mismo en que el primer golpe estaba para herir a su

madre, la apartó de repente, y se puso el mismo en su lugar, recibiendo en sí mismo los cincuenta latigazos. Después se levantó y dijo al pueblo emocionado: Iros a casa, la ley está cumplida; la sangre de vuestro propio rey corrió para dar satisfacción a la culpa... Y desde aquel día cesó el soborno, porque el pueblo no olvidó jamás el recuerdo de aquella dolorosa hora.

¿Cómo podremos nosotros olvidar lo que costó a Cristo nuestra redención, cuando sufrió en nuestro lugar los latigazos de la sanción divina?

En el madero del dolor Cristo se anodadó por completo. Él es el libro abierto de la sabiduría eterna.

Lo que costamos a Cristo

¿Sabéis lo que costamos a Cristo? ¿Sabéis lo que costó nuestra redención? Su propia vida.

"El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate de muchos" (Mt 20, 28). *"Porque tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca sino que tenga la vida eterna"* (Jn 3,16).

Con razón nos dice SAN PABLO: *"Fuisteis comprados a gran precio"* (I Corintios 2,6), porque Cristo *"se dio a sí mismo en rescate por todos"* (I Timoteo 2,6).

En nueve versículos del capítulo 53 de la profecía de Isaías se consigna doce veces que *"el siervo de Dios"* sufrirá por nosotros, en sustitución de nosotros.

"Al quien no conoció el pecado, le trató como si hubiese sido el pecado mismo" (II Corintios 5,21), es decir, cargó sobre Él el pecado de toda la humanidad. *"Cristo nos redimió de la maldición de la ley, habiéndose hecho por nosotros objeto de maldición"* (Gálatas 3,13). *"Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras"* (I Corintios 15,3).

¿Todavía no se conmueve nuestra alma de amor agradecido a Cristo?

Pero a Jesucristo no le damos solamente el nombre de Dios y Redentor, sino que, además, le llamamos también Señor nuestro y Hermano nuestro. Y le llamamos así con gran alegría. Porque Él no es únicamente Dios, sino también hombre de carne y hueso.

Como hombre, ¿es nuestro Hermano; como Dios, es nuestro Señor; como Hombre-Dios, es nuestro Redentor.

Por nuestro Señor Jesucristo

Todas nuestras oraciones suelen terminar con estas palabras: *“Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo*...” ¿Qué es lo que confesamos al decir estas palabras?

En primer lugar, confesamos nuestra alegría desbordante porque Jesucristo es, no solamente Dios, sino también hombre, y por haber vivido en medio de nosotros. Además, porque pertenecemos, gracias a Cristo, a una raza divina. Y por haber reconstruido este Dios hecho carne, el puente que va del hombre a Dios.

Lo insondable de la Encarnación es que la humanidad no subió a la divinidad, sino que Dios bajó al hombre. SAN PABLO escribe: *"Se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo, hecho semejante a los demás hombres, y hombre como ellos"* (Filipenses 2,7).

Cristo es el testimonio sensible y palpable del amor de Dios hacia nosotros.

Es testimonio elocuente... porque, ¿podría haber manifestación más palpable del amor de Dios que la de Cristo en el pesebre y en la cruz?

¿Qué más podía hacer Dios por nosotros que darnos en rescate a su Hijo unigénito?

Con la Encarnación del Verbo, había en la tierra quien podía clamar de todo corazón hacia Dios: *"¡Padre mío!"*, y recibir esta respuesta del cielo: *"Este es mi Hijo muy amado."*

Y el mismo que fue llamado por el Padre celestial *Hijo muy amado*, es a la vez nuestro hermano, porque asumió nuestro cuerpo y nuestra sangre... Tal es, en síntesis, la buena nueva de la Navidad. No sólo apareció visiblemente Dios en medio de nosotros; no sólo estuvo entre nosotros y convivió con nosotros y nos instruyó, sino que aquél que se movía y vivía entre nosotros era nuestro hermano según la sangre.

Este hecho dio al hombre una orientación completamente nueva; nos brindó una nueva familia en Cristo. Desde entonces hay una nueva Cabeza: Cristo; nosotros somos los miembros, su

Cuerpo; es decir, ya no hay hombres solitarios, aislados, porque todos somos hermanos en Cristo.

He ahí cómo al profundizar estas palabras, que repetimos a diario: *"Por Nuestro Señor Jesucristo"*, descubrimos con gozo y con gran sorpresa las riquezas inmensas que contienen. Y se comprende el saludo que dirige a los oyentes el predicador cristiano: *"Queridos hermanos en Jesucristo."* Y se comprende también que no es una frase retórica, sino una verdad santa, aquellas palabras tan repetidas: Cristo es nuestro Señor y nuestro Hermano; y en Él, bajo su reinado místico, todos los cristianos son hermanos entre sí. Por tanto, al decir *"por medio de Nuestro Señor Jesucristo"*, confesamos una de las verdades fundamentales del cristianismo, a saber que tenemos una comunión santa con Cristo, nuestra Cabeza.

Confesamos, además, una verdad fundamental en la vida sobrenatural y cristiana: que *nuestra vida y maduración está en Cristo*. Confesamos que nuestra alma, llena de inclinaciones pecaminosas, no puede levantarse a Dios por sí misma; sólo puede hacerlo mediante Nuestro Señor Jesucristo. Y por esto, todas las veces que pronunciamos estas palabras, parece que nos damos golpes de pecho como el humilde publicano.

Pero también resuena en estas palabras nuestra alegría confiada; estamos seguros de recibir lo que pedimos por Nuestro Señor Jesucristo.

¿Qué he de temer si amo a Cristo, que murió por mí? Mi alma se ve invadida por la alegría, la paz, la confianza y la gratitud.

Todos conocemos el nombre de Santa Juana de Arco, la Virgen de Orleáns, que salvó a su patria. Nació en el pequeño pueblo de Domrémy. Pues bien; hasta la revolución francesa pudo verse en todos los libros oficiales de contribuciones al Estado esta breve indicación, junto al nombre de Domrémy "Por mérito de la doncella está exento de contribución." El mérito de una muchacha libró a su pueblo natal, durante cuatro siglos y medio, de la contribución; y... los méritos de Cristo, la Pasión cruenta del Hijo de Dios, ¿no nos librarán del castigo, de nuestros pecados?

Tomemos en serio estas palabras: *"Por Nuestro Señor Jesucristo."*

¡Cuántas decisiones frustradas, cuántos buenos propósitos fracasados, cuántos esfuerzos fallidos, cuántos afanes que se quebrantaron y fueron infructuosos por no tomar en serio estas palabras! ¡Cuántos son los que se amargan al ver sus defectos inveterados y hábitos pecaminosos, a pesar de proponerse una y otra vez: "De hoy en adelante no será ya así", y que, a pesar de todo, quedan siempre en la misma situación, porque se quieren redimir a sí mismos, sin acudir a Nuestro Señor Jesucristo!

Jesucristo también conquistó el mundo, como Ciro, Alejandro Magno y los demás afamados caudillos; pero ¡qué diferencia hay entre Aquél y estos!

El nombre y poder de estos conquistadores y generales fueron creciendo y llenándolo todo en el transcurso de unos años; pero con su muerte se esfumó para siempre su brillo, dejando apenas un recuerdo. Cristo, por el contrario, lo llena todo; hoy como ayer y siempre. Su Cruz refulge por doquier. En la fachada de los templos, en las tumbas de los cementerios, en las manos de los moribundos; mientras viva un hombre sobre la tierra, no enmudecerá la gratitud del alma redimida hacia nuestro Redentor, que murió por nosotros; hacia el Hijo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo.

Que significa ser cristiano

Con estas apreciaciones ya podemos concluir en qué consiste la obra de la Redención y que significa "ser cristiano".

Ser cristiano significa: poseer a Cristo y ser redimido por Él. No por nosotros mismos, sino *"por medio de Nuestro Señor Jesucristo"*.

Ser cristiano significa colocar todos nuestros pesares en manos de Jesucristo y poner en Él toda nuestra confianza.

Ser cristiano significa amar a Dios más bien que temerle.

Ser cristiano significa atender a la voluntad de Dios y hacer un esfuerzo supremo para cumplirla siempre. Y si, a pesar de todo, resbalamos de nuevo y otra vez pecamos..., ser cristiano no significa "no caer", sino *"no descansar tranquilos en el pecado"*, *"no dormir sobre la culpa"*; significa "clamar a Cristo desde lo más profundo y asirnos de su robusto brazo".

El que así vive no puede perderse. El que se une a Cristo con fe inquebrantable y amor abnegado recorrerá el camino que conduce a Dios, aun en el caso de que su naturaleza humana, inclinada al mal le lleve algunas veces por regiones pantanosas, bordeando precipicios o navegando en mares tempestuosos.

Y el que esto sabe se alegra de la Redención; se alegra de poder ser cristiano por gracia especial de Dios. Comprende las palabras de SAN PEDRO: *"Glorificad en vuestros corazones a Cristo, el Señor"* (I Pedro 3,15). Comprende las palabras de SAN PABLO: *"Estad siempre alegres en el Señor; vivid alegres, os lo repito"* (Filipenses 4,4). Siente la verdad expresada por el mismo apóstol: *"El que no ama a Nuestro Señor Jesucristo, sea anatema"* (I Corintios 16,22); y también: *"La gracia sea con todos los que aman a Nuestro Señor Jesucristo con un amor puro"* (Efesios 6,24).

¿Sabes cuál es la única respuesta digna que podernos dar a la Redención de Jesucristo? Entregarnos por completo a sus planes: hacer que sea Él realmente la vid, y nosotros los sarmientos que de Él se alimentan.

Mi vida será un libro que escriba Cristo con su propia sangre.

Mi vida será un fuego en que arda el sacrificio de Cristo.

Mi vida será un viento en que sople el amor de Cristo.

Mi vida será una lucha, para la cual Cristo me comunicará fuerzas.

Sólo así triunfaré, y en el día grande de mi victoria final, Cristo pondrá sobre mi cabeza la corona de la vida eterna.

VII. La serpiente y el Cordero

No se trata de una fábula —"La serpiente y el cordero"—, sino de la realidad más sublime de la historia universal. El espíritu maligno, que nos indujo al pecado, está representado por la "serpiente" (Génesis 3,1). El "Cordero" es Cristo, el Hijo de Dios, (Apocalipsis 12,2), vencedor de la serpiente, y que como inocente cordero, se sacrificó por nosotros.

Del madero de la cruz del Gólgota pende el Cordero de Dios, que murió por nosotros, y al pie de la cruz, profundamente herida y aplastada, se retuerce la serpiente infernal, despojada de la fuerza que tenía. Antes de morir el Cordero, reinaba la serpiente, mordía y emponzoñaba a quien quería y donde quería; después sólo puede morder al que le presenta su cuello. Jamás podrá dañar al que se lava en la divina sangre del Cordero. Esto es en esencia de la Redención.

El Cordero de Dios venció a la serpiente

El Hijo de Dios, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, tomó carne mortal, padeció y murió para rescatar del pecado nuestra naturaleza caída.

Cristo nos rescató de la más vergonzosa esclavitud, del más lastimoso estado, de la maldición terrible que Dios fulminó contra nosotros: *"Maldita sea la tierra por tu causa: con grandes fatigas sacarás de ella alimento... Espinas y abrojos te producirá... Mediante el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra de que fuiste tomado"* (Génesis 3,17-19).

"¡Cuento, leyenda oriental!" —dicen con ironía los incrédulos.

¿Cuento? Considera que un amigo tuyo está en la cárcel, o encharcado en la más vil inmundicia... una cadena le sujeta el cuerpo; la podredumbre y la suciedad le rodean... Al verle, tú exclamas espantado: "¡Desgraciado! ¿Cómo has llegado a tal extremo?". Y él te contesta: "¿Qué dices? ¿De qué te admiras? ¿A esto llamas desgracia?... ¡Bah! No es nada... ¡Cuentos, leyendas orientales...!"

¿Es un cuento oriental el pecado de nuestros primeros padres? Pues entonces, explícame las innumerables espinas y abrojos de

que está erizada la vida del hombre... del hombre que ansía la felicidad.

¿Que es un cuento el primer pecado? Pero ¿no tienes que ganar el pan con el sudor de tu frente?

¿Cuento? Pero, ¿no volvemos todos a la tierra? ¿No nos abruman las tentaciones, el pecado, el dolor, la muerte? ¿A nosotros que anhelamos la dicha, que hemos nacido para cosas más altas, que hemos nacido para la inmortalidad... no nos empuja todo hacia el fango, hacia el pecado? Pero, ¿no lo ves? ¿No lo sientes en tu propia persona? ¿No sientes que algún día tuvo que originarse tan espantosa tragedia?

Mira la historia, las luchas milenarias de la humanidad; déspotas, tiranos, esclavitud, pecado, asesinatos, orgías, guerras... ¿No ves la maldición?

Este ha sido el destino de la humanidad después del pecado, hasta que *el Hombre-Dios vino a redimirnos*.

¡Hombre-Dios! *Dios*: porque el hombre no podía rescatarse a sí mismo; pero *también hombre*, porque hombre fue el rebelde, y por esto del hombre había de venir también la satisfacción.

Viene para redimirnos. ¿Y cómo nos redimió? Con su Pasión y Muerte. El pecado es rebeldía contra Dios, la Redención es obediencia a la voluntad de Dios; el pecado es orgullo, la Redención es humildad; el pecado es egoísmo, la Redención es holocausto del propio ser.

Un párroco parisino, Macchiavelli, dedicó su vida a evangelizar a la gente incrédula de uno de los suburbios de París. Saint-Ouen se llama la colonia semisalvaje a la que se fue de párroco. Cuando llegó por primera vez, unos maleantes le apedrearon por la calle. Una piedra le hirió en la frente. El sacerdote cogió la piedra manchada con su sangre, la besó y dijo: "Gracias, amigos míos; os prometo que esta piedra será la primera del templo que hemos de levantar aquí."

Y en efecto, poco después se construyó el templo, y aquella piedra, bañada por la sangre de un sacerdote y apóstol, allí está, engastada como piedra preciosa.

Pues bien, más generosamente vertió su propia sangre por nosotros, para redimirnos, el Sumo Sacerdote, y por esto le llamamos *Kyrios*, Señor.

El nombre de "Kyrios", aplicado a Jesucristo, es tan antiguo como la misma Iglesia. Este vocablo, "Kyrios", "Dominus", contiene la sustancia del cristianismo.

Así como los cristianos se dirigían al Padre, llamándole "Abba", "Padre", de un modo análogo se dirigía a Cristo, llamándole "Kyrios", “Dominus". *"Digno es el Cordero, que ha sido sacrificado, de recibir el poder, la dignidad, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición"* (Apocalipsis 5,12).

Nuestra colaboración es necesaria

Nuestra colaboración es necesaria en la obra de la Redención. No basta saber que la sangre del divino Cordero fue derramada por nosotros: hemos de aplicarnos esta divina sangre. ¿Cómo aplicárnosla y cómo podemos colaborar en la obra de la Redención?

¿Estamos redimidos de verdad los cristianos? ¿De qué? ¿No hay ya tentaciones? ¡Por supuesto que las hay! ¿No hay pecado, sufrimiento, muerte? ¡Y tanto como los hay! ¿Dónde está, pues la Redención?

Estar redimido no significa, en primer lugar, que el redimido esté libre de toda tentación.

El cristiano sigue expuesto al peligro de caer en pecado. Sí. *"El reino de los cielos se alcanza a viva fuerza* —dijo en cierta ocasión el Señor—, *y únicamente los que se hacen violencia lo arrebatan"* (Mateo 11,12). El mismo Cristo se enfrentó con la tentación para enseñarnos a vencerla.

¿Por qué no nos libró Cristo también de la tentación? Porque en la tentación mi fidelidad se prueba y adquiere valor. ¿No ves cómo se hermosea en ti la imagen de Dios cuando has vencido una tentación?

Cristo no suprimió la tentación, pero nos dio la fuerza para vencerla. La serpiente puede morder aún ahora, pero tenemos un contraveneno eficaz: la sangre del Cordero.

Estamos redimidos. No vacilemos, pues, en los momentos de la tentación. Estamos redimidos; no nos domine el desenfreno salvaje de los instintos. *"Bienaventurado aquel hombre que sufre con paciencia la tentación: porque, después de la prueba, recibirá la corona de vida que Dios ha prometido a los que le aman"*

(Santiago 1,12). Sí, Cristo no suprimió la tentación, sino que nos enseñó a vencerla.

La redención tampoco significa que la sangre del Cordero nos haga impecables.

Si el hombre redimido también puede pecar, ¿dónde está la redención?

Nos dio la posibilidad de vencer el pecado

El hombre redimido puede pecar. Cristo no suprimió la posibilidad de pecar, sino que nos dio la posibilidad de vencer el pecado; y si somos tan desgraciados que llegamos a pecar, tenemos en Él *la posibilidad de levantarnos*. Caer no deja de ser un triste espectáculo; pero, ¿hay algo más edificante que un pecador que se levanta y hace penitencia?

La desgracia de la incredulidad en ninguna parte se manifiesta más claramente como cuando se considera respecto del pecado. ¿Quién mejoró como persona gracias a la incredulidad? A muchos los empujó a la desesperación, al suicidio; mas nunca la incredulidad ha salvado a ningún hombre caído. En cambio, Cristo sale a tu encuentro, cuando en el sacramento de la Reconciliación te decides a luchar arduamente por salir del pecado. *"Os aseguro que hay más fiesta en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse"* (Lucas 15,7). Cristo no suprimió el pecado, pero nos enseñó a vencerlo.

Finalmente, la redención tampoco significa que Cristo nos haya librado de la muerte.

No la suprimió; aún más, el mismo Cristo murió real y verdaderamente; pero *con su muerte, la muerte quedó vencida*. La muerte es para nosotros, los cristianos, un trance serio; mas para los incrédulos, es realmente desesperante. No le encuentran explicación. El cristiano, en cambio, sabe que no ha nacido para este mundo, y el mismo pensamiento de la muerte robustece su propósito de entregarse por completo en las manos de Dios. Sabe que la muerte no es un "final" de la vida, sino el último acorde de la "obertura", después de la cual se levanta el telón y empieza entonces la verdadera representación. Sabe que después de esta corta vida terrenal viene la eterna; después de una vida llena de sufrimientos, una vida feliz; después de la sombra, la luz; después

del enigma, la visión; después del errar en tinieblas, la claridad sempiterna; después de la muerte, la resurrección. Cristo resucitó. Por esto celebrarnos la fiesta de los Santos el día de su muerte y no el día de su nacimiento. Ya no tememos a la muerte.

Por la Redención somos invitados al banquete nupcial del Cordero (Apocalipsis 19,9).

Mas no basta con *creer* que estamos redimidos. Ni hemos de imaginar la Redención como si Cristo nos hubiese redimido tan absolutamente, que ya podamos esperar tener garantizada la eterna felicidad. Se precisa nuestra colaboración para complementar en nosotros la obra redentora. *"No todo el que me dice: —¡Señor, Señor!— entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial!"* (Mateo 7,21).

Cristo padeció por mí; me redimió con su divina sangre. De sus divinas llagas brota una fuente caudalosa, pero si no corres sediento a beber en ella la gracia, no serás redimido. Instituyó los sacramentos; pero si tú no los recibes, no serás redimido. ¿Qué es, pues, la Redención? Te lo dice SAN JUAN: *"A todos los que le recibieron... les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios"* (Juan 1,12). De forma que no te redime con sólo nacer en Belén. No. Te redime cuando le recibes y le dejas nacer en ti mediante su gracia.

¿Cómo, pues, participar de esta gracia redentora? La gracia del bautismo borra el pecado original; pero no borra sus huellas, sus cicatrices, sus tristes consecuencias. Dios quiere que tú colabores con Él declarando guerra abierta a esas consecuencias perniciosas del primer pecado, declarando guerra a tus malas inclinaciones.

A esta guerra alude SAN PABLO al escribir: *"Desnudaos del hombre viejo, según el cual habéis vivido en vuestra vida pasada... Renovaos ahora en el espíritu de vuestra mente y revestíos del hombre nuevo, el creado según la imagen de Dios en justicia y santidad verdaderas"* (Efesios 4, 23-24). *"Quienquiera que compite en el estadio no es coronado si no compite legítimamente"* (2 Timoteo 2,5).

No nos engañemos. Cristo es médico y nos dio la medicina... Si alguno quiere curarse, ha de usar precisamente ese remedio. Cristo es jardinero, plantó el árbol de la vida... Si alguno quiere salvarse, ha de coger el fruto. Cristo es Cordero que venció a la

serpiente... Si alguno quiere vencer, tiene que hacerse fuerte con la sangre del Cordero.

Algunas veces, viendo la maldad de nuestro mundo, no parece sino que la sangre del Cordero fue derramada en vano, y que la serpiente seductora se revuelve triunfante. Pero, no; no me es lícito dudar: la victoria final será del Cordero. Por muy grande que sea el número de los que luchen contra Cristo, *"el Cordero los vencerá: siendo como es el Señor de los señores y el Rey de los reyes"* (Apocalipsis 17,14).

"Estos son los que vienen de la gran tribulación, y lavaron sus vestiduras, y las blanquearon en la sangre del Cordero. Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo... El Cordero, que está en medio del trono, será su Pastor y los llevará a las fuentes de las aguas de vida, y Dios enjugará las lágrimas de sus ojos" (Apocalipsis 7,14-17).

Temamos a la serpiente; amemos al Cordero.

No demos crédito a la serpiente; creamos al Cordero.

Huyamos de la serpiente; sigamos al Cordero.

Para que se cumpla en nosotros la palabra de la Escritura *"Bienaventurados los que lavan sus vestiduras en la sangre del Cordero: ellos tendrán derecho al árbol de la vida y a entrar por las puertas de la ciudad santa"* (Apocalipsis 22,I4).

VIII. Los redimidos

El Cordero de Dios, derramando su preciosa sangre, venció a la serpiente; desde entonces estamos redimidos.

Ser cristiano no significa tan sólo creer la palabra de Dios, y guardar sus mandamientos, sino renacer en el Espíritu Santo, ser una nueva criatura en Nuestro Señor Jesucristo. Y Cristo es la raíz y la corona de esta nueva vida.

El que ve con claridad lo que significa ser redimido, se siente inundado de alegría. Por desgracia, son muchísimos los cristianos que olvidan esto y que viven como si nunca hubieran sido redimidos.

Jesucristo dio toda su sangre, esto es, su vida, por nosotros. Y no por uno solo, sino por todos. Y no solamente una vez, sino que la da todos los días en el sacrificio misterioso de la Santa Misa. Esto es la Redención.

Cristo se hizo nuestro hermano, es decir, encarnándose y tomando nuestra carne. Somos ya miembros de Cristo, su dolor, su sufrimiento, su misma muerte, su triunfo es también nuestro.

La obra de la Redención es nuestra

¡Qué afirmación más asombrosa! Toda la obra divina de la Redención, desde Belén hasta el Gólgota, todo su amor, sus trabajo y padecimientos..., son nuestro. Esto significa “estar redimidos”. Es lo que escribe SANTO TOMAS DE AQUINO: "La Pasión de Cristo es tan nuestra, como si la hubiésemos padecido nosotros mismos."

De modo que la Redención significa que con Cristo, nuestro Hermano, todos nosotros estuvimos en la cruz.

El negro nubarrón que se interponía entre Dios y el hombre, se disipó. *"Cristo murió por todos: para que los que viven, no vivan ya para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos"* (2 Corintios 5,15). *"Él mismo es la víctima de propiciación por nuestros pecados; y no tan sólo por los nuestros sino también por los del mundo entero"* (1 Juan 2,2).

Cuando Jesucristo se despidió de los Apóstoles en el Monte de los Olivos, en el día de la Ascensión, el Señor pronunció estas palabras inauditas; *"Se me ha dado todo el poder en el cielo y en la tierra."* (Mateo 28,18). ¡Todo el poder! ¡Qué manera de hablar! ¡En la tierra! ¡Y en el cielo! ¡Hasta la última nebulosa de estrellas!,

¿Quién lo dijo? Alguien que siempre dijo la verdad. Que nunca exageró ni se dejó arrastrar por la pasión. Y lo dijo para dar un mandato: *"Se me ha dado todo el poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad a todas las gentes... Y sabed que yo estaré siempre con vosotros, hasta la consumación de los siglos"* (Mateo 29,18-20). ¡Siempre con vosotros!

"Por tanto, hermanos, esforzaos por asegurar vuestra vocación y elección por medio de las buenas obras." (2 Pedro 1,10). Esto supone, por una parte, que Cristo murió por todos, y por otra parte, que en vano murió por mí, si yo no quiero participar de sus méritos con mi colaboración y esfuerzo. Cristo hizo brotar la fuente; pero nosotros hemos de abajarnos para beber de sus aguas. De nada me aprovechará la fuente si yo no quiero beber.

Asombra el solo pensar que haya hombres por los cuales Cristo murió en vano y por los cuales corrió en vano la sangre del Redentor.

No seamos de estos. Colaboremos con la gracia, seamos dóciles, sin demora, a los toques de la divina gracia.

Es Cristo quién vive en mí

Hagamos un examen de conciencia. Decimos que hemos sido redimidos, pero ¿se nota realmente? ¿Nuestra vida da testimonio de las palabras de SAN PABLO: *"Estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí"*? (Gálatas 2,19-20).

¿Es Cristo mi ideal? ¿En mi trabajo y en mis fatigas, en mi descanso y en mis diversiones, en mi sufrimiento y en mi paciencia, en mis planes y en mis desilusiones, siempre tengo a Cristo presente? ¿Le pregunto acaso: Señor, cómo lo harías Tú?

No nos engañemos: el "hombre redimido" ha de ser aquel que se mueve siempre a impulsos del Corazón de Cristo.

Con Cristo lo podemos todo. Pero únicamente con Él. Únicamente con Cristo se puede soportar las dificultades y luchas que tiene la vida.

Y esto no debe ser un privilegio exclusivo para unos pocos, sino para toda la humanidad. ¡Cuántas soluciones hemos intentado durante los últimos años para resolver los grandes problemas que abruman al mundo! Cuántas conferencias internacionales, cuántas leyes, reuniones, planes... ! y los problemas no se han mitigado. Porque no se ha hecho más que atacar los síntomas, y no la raíz del mal.

Y no es que haya fracasado Cristo. Somos nosotros, que no queremos cambiar nuestra manera de vivir poniendo en práctica los principios cristianos.

Algunos han llegado hasta el extremo de querer suprimir los mandamientos de Dios bajo el pretexto de que “no se cumplen”.

Muchos no guardan castidad antes del matrimonio..., ¿hemos de borrar el sexto mandamiento? No guardan fidelidad conyugal... ¿hemos de abolir el matrimonio? Roban... ¿hemos de suprimir la propiedad privada o despenalizar el hurto? Mienten..., ¿hemos de renunciar a ser veraces?

No. No hemos de cambiar los preceptos de Cristo; lo que hemos de cambiar radicalmente es nuestro modo de vivir.

Desde hace dos mil años se ha iniciado una procesión solemne. Delante va Jesucristo cargando con la cruz, y detrás de Él van los mejores, lo más selecto del género humano. Los sencillos pescadores a quienes Él escogió para anunciar su nombre. Pedro, el primer Papa; detrás de él una fila interminable de Papas: los más de doscientos que han ocupado Su Cátedra de Pescador. Millares y millares de obispos; centenares de miles de sacerdotes, que sirvieron a Cristo con fidelidad, con valentía y perseverancia. Padres de la Iglesia. Millones de mártires. Anacoretas del desierto y monjes de los claustros... Tras ellos... Millones y más millones de laicos... de todas las edades, naciones y lenguas..., cantando todos y rezando en mil lenguas y dialectos.

Hay santos con vestidura regia y santos, muchos santos, cubiertos con harapos o vestidos pobremente; santos del desierto y santos de brillo señorial.

Están los heraldos del Señor, que dirigieron su palabra a los pueblos. Vienen las vírgenes, de mirada límpida; los jóvenes que han sabido mantener su pureza de corazón... Y delante de todos camina Aquél que lleva la cruz sobre sus hombros.

Gracias sean dadas a Ti, Jesucristo, porque nos has redimido.

IX. El hijo pródigo

Una princesa reprendió con orgullo en cierta ocasión a una de sus damas de honor: “Acuérdese de que soy la hija del rey”.

La dama le contestó con serenidad: “Y usted, acuérdese de que yo soy hija de Dios”.

Y así es. Por la Pasión redentora de Cristo, todos somos hijos de Dios, hijos adoptivos, pero realmente hijos. Puede ser que nunca hayamos meditado en profundidad lo que significa. Ahondemos ahora en ello.

Soy hijo adoptivo de Dios. Hermano de Jesucristo, mi Redentor. Si soy hijo, tendré que vivir de acuerdo con la voluntad de Dios, mi Padre.

“¿Eres Rey?” –preguntó Pilatos a Jesús (Jn 18,37). *“Si lo soy.”* De un reino que no es de este mundo.

Somos hermanos de este Rey; por tanto, nosotros también somos reyes. Estamos llamados a serlo. ¡Cómo tendré que procurar que mi vida sea coherente con mi vocación de ser hijo de Dios!

¡Cuánto nos ama Dios! ¡Qué misericordioso es para con nosotros su corazón paternal! ¡Qué pródigo de perdón su amor! Cristo nos habló de ello muchas veces, bajo las más variadas formas; pero nunca nos lo mostró tan al vivo como en la parábola del Hijo pródigo.

Esta parábola refleja fielmente cómo es nuestra condición humana, la tragedia del hombre pecador. Por otra parte, nos muestra la misericordia infinita de Dios.

La parábola consta de dos partes. La primera describe la tragedia del hijo que exige la herencia paterna y la malgasta con una vida de pecados; la segunda relata la vuelta del pecador, que se convierte y hace penitencia. Triste es la primera, edificante la segunda.

Dejando al Padre

“Un hombre tenía dos hijos" (Lucas 15,11) —así empieza el Señor, y ya en las primeras palabras sentimos el amor de Dios

Padre. Sabemos bien que aquí habla de sí mismo. Habría podido hablar del Omnipotente, del Infinito, del Santo, Señor de cielos y tierra, del Rey de reyes...; mas para no abatirnos, para infundirnos valor, habla sencillamente de un hombre, de un hombre como nosotros.

Un hombre tenía dos hijos, y el más joven de ellos pidió la parte de la herencia que le correspondía. Contemplemos la escena tal como la representaría un pintor. Allí está el joven en el aposento, a punto de abandonar la casa de su padre; sus ojos brillan con mirada obstinada; y con ansiedad contempla la mesa sobre la que su anciano padre cuenta y distribuye con las manos temblorosas la herencia. La madre llora desconsolada. ¡Se va el más joven!

Y es que la juventud es la edad en que las pasiones repentinamente arrecian con fuerza. Si no se tiene cuidado y se lucha con denuedo, la agitación caótica de las pasiones acaba poniendo una venda en los ojos que impide ver lo que es verdaderamente bueno y lo que es pecado.

El Señor habla de dos hijos de un mismo padre. Eran de la misma familia, recibieron la misma educación, y con todo, ¡qué diferentes! El mayor es un muchacho obediente; el otro es frívolo, perezoso, desobediente y vividor!

El menor pidió su herencia y se fue a conocer el mundo... *"a un lugar lejano"*. ¿Adónde van los hijos pródigos? Unos, al pantano cenagoso de la vida inmoral; otros al desierto de la incredulidad o del ateísmo; al "gran mundo", a aquella región en la que no brilla ya el sol de la gracia, ni se siente el amor divino, y sólo brillan luces engañosas.

Se fue el hijo infiel y *derrochó la herencia paterna*. El primer tesoro que perdió fue la inocencia de su alma.

A la degradación moral siguió pronto la miseria espiritual y corporal; porque el exceso de goces embota el entendimiento, quebranta el carácter y convierte al hombre en cínico y rebelde a todo lo noble.

El Señor describe tan miserable estado con unas pocas palabras: *"Sobrevino una gran hambre en aquel país"*. ¿Quién no sabe, que en aquel país, en el horrendo reino del pecado, siempre hay hambre?

De lejos parece que la vida del pecador es una mesa bien abastecida de deliciosos alimentos; pero, al fijarnos más de cerca, vemos que no se llena con nada y que es incapaz de aplacar su hambre de felicidad.

"Sobrevino una gran hambre en aquel país". ¡Qué desengaño! ¡Qué amarga desilusión!

Me imagino la loca alegría del hijo pródigo en los primeros momentos... ¡Por fin! Por fin llegó el momento deseado, el sueño de toda mi vida: ¡Soy libre; soy libre!

No más reproches y reprimendas paternas. Se acabaron los mandatos, los obstáculos, las barreras.

Pero el mundo es engañoso e insaciable. El dinero se agota, va menguando... menguando... hasta que un día tiene que recurrir al préstamo. Quiere tomar prestado de aquellos mismos con quienes tan alegremente se divirtió y derrochó su rico patrimonio... Pero ¿en dónde se han metido de repente los alegres compañeros de fiesta? No se encuentra ni uno. Como si nunca hubiesen existido... *"Sobrevino una gran hambre en aquel país."*

El pobre joven pasa revista a sus bolsillos: están vacíos, no hay en ellos ni una moneda. Su estómago también está vacío. Pero esto no se puede aguantar por mucho tiempo. El hambre se hace cada vez más exigente. No hay trabajo; tampoco hay limosna, ni amigos, ni cariño... Alguien le contrata, por fin, para guardar cerdos. Ni aun así tiene bastante para comer. *"Y ansiaba llenar su estómago con las algarrobas que comían los puercos; pero nadie se las daba"*.

¡A que extremo ha llegado! Poco a poco. Paso a paso.

¿Cómo estaba antes?, y ¿adónde ha llegado?

Ya empezaba a ver cuán engañosa es la alegría del pecado... en mala hora me dejé seducir.

Todo lo acepta el pobre pecador... y nada le aprovecha. Se bebe el pecado como el agua; y, a pesar de todo, no tiene alegría ni tiene un momento de sosiego. Le pasa lo que a la rata que ha ingerido veneno, siente arder sus entrañas y corre desesperada de una a otra parte buscando algo que mitigue sus dolores. También el pecador corre a todos los charcos; bebe de todas las aguas pantanosas que encuentra por su camino; pero no encuentra alivio, porque el veneno le roe las entrañas. *"Y ansiaba llenar su*

estómago con las algarrobas que comían los puercos; pero nadie se las daba".

¡Cuántos hay que han llegado hasta aquí!

Primero, derrochan toda la herencia recibida de su Padre celestial: su capacidad intelectual, su ánimo para trabajar, su idealismo, su pureza, su fe, su perseverancia, su esperanza, su salud. Después se arrastran derrotados y hambrientos, soportando una vida gastada y maltratada.

Volviendo al Padre...

Se me ocurre una pregunta: ¿Qué habría sucedido de permanecer el desgraciado en su miseria? ¿Qué suerte habría sido la suya si, ahogando la voz de la conciencia, hubiese dicho con obstinación: "Es verdad, yo tengo la culpa de haberme degradado hasta tal extremo... pero no me muevo de aquí. He hecho el propósito de no retroceder. Quiero beber la copa hasta las heces. Mi alegría será la suciedad, el cieno y el empeño de arrastrar a otros conmigo a donde yo estoy"?

Hubiera muerto en su loca obstinación.

Pero no obró de esta manera.

"Volviendo en sí comenzó a reflexionar" —dice el Señor. Momento bendito aquel en que el desgraciado pecador se pregunta: ¡Dios mío, qué he hecho de mi vida! ¡Cómo empecé... y a dónde he llegado!...

Me educaron unos padres amorosos... Nací en una familia que me quería... Todo me sonreía... y ahora no tengo ni dignidad, ni amigos, ni salud.

¡Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre!

¿Recuerdas aún la alegría con que vivías en la casa de tu Padre? ¿Recuerdas cuando ibas a comulgar? ¡Qué felicidad, tener a Jesús conmigo! Y ahora, no puedo ir, porque soy esclavo del pecado.

¡Qué lucha más terrible se debió desencadenar en el corazón de este joven! Ante su imaginación el recuerdo del hogar, de sus padres, de su hermano... ¿Qué le ha quedado? Tan sólo miseria, - abandono y hambre.

"Me levantaré, iré a mi padre".

Me levantaré y volveré allí donde todavía me pueden acoger y alimentar.

Sí; pero ¿no es tarde ya? ¿Me acogerán? ¿Puede haber aún perdón para mi pecado? ¡Nadie cayó tan bajo! ¡Son muchas las pasiones que me esclavizan!... ya me he acostumbrado.

Acaso me encontraré con mis antiguos camaradas, que me preguntarán sobresaltados: ¿Adónde vas?

—Voy a la casa de mi padre.

—¿A la casa del viejo? ¿Te has vuelto loco? Soltará sus perros cuando te vea para que te muerdan. Ven con nosotros...

O tal vez al pasar cerca de la taberna, donde pasé muchas noches de juerga y dejé mi dinero y mi alma... salga la mujer, compañera de mi pecado, y me diga: "¿Adónde vas? No puede ser. Yo no te dejo. ¿No recuerdas cuánto hemos gozado juntos? ¡Desgraciado! ¿Quieres volver a casa? Ya no podremos divertirnos, ya no podremos gozar. No me abandones. ¿Ahora se te ocurre cambiar de vida? ¿Ahora que ya estás viejo? ¿Ahora vas romper conmigo, después de veinte años viviendo juntos? ¿Ahora quieres ir a confesarte, después de treinta años en que has vivido alejado de Dios?"

Tales son los pensamientos que le vinieron.

Pero no, quiere romper con su mala vida. *“Luego se levantó, y fue a su padre”*. *Me levantaré, iré a mi padre.*

No nos desalentemos; no titubeemos al ver que la vuelta al padre nos resulta difícil, y que quizás no se logre sino cortando por lo vivo con lo que más nos cuesta. No importa. No cejemos ante el sacrificio.

¿Y qué hace, mientras tanto, su padre abandonado? *“Todavía estaba lejos, cuando su padre lo vio venir...”*. Aun estaba lejos, y su padre ya le descubrió. ¿Cómo no descubrirlo, si sus ojos, mirando en la lejanía, escudriñaban cada día por los caminos para ver si volvía su pobre hijo?

Pero ¿se quedará esperando hasta que llegue el hijo? ¿Le dejará sentir que se sienta avergonzado por lo que hizo?

No. El desgraciado sería capaz de volverse; quizá no se atrevería a entrar; la puerta, el jardín, las paredes de la casa, todo podría parecerle un reproche.

El padre corre a su encuentro apresuradamente; olvida al otro hijo, que le ha sido siempre fiel; deja al que siempre ha vivido en casa trabajando; se va corriendo hacia el hijo pródigo, le estrecha contra su corazón, le besa la frente.

“Cuando el padre lo vio venir, enternecido, corrió hacia él y le echó los brazos al cuello y le colmó de besos...”

El hijo, avergonzado y desecho en lágrimas, sólo encuentra una palabra: Padre. *"Padre mío, he pecado contra el cielo y contra ti; no soy digno de ser llamado hijo tuyo..."*, y quiere seguir diciéndole: *no merezco ser llamado hijo tuyo, pero admíteme entre tus criados”*, pero ya no le da tiempo, porque su padre le interrumpe.

Basta. El Padre ya vio su pesar, vio sus lágrimas, vio su propósito de enmienda... basta. Se vuelve a sus criados: *“¡Pronto! Sacad el mejor vestido y ponérselo. Y traed un anillo para su mano, y calzado para sus pies. Además traed un ternero cebado., matadlo y comamos y alegrémonos, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido encontrado"*.

Advierte cómo todos los detalles nos recuerdan de alguna manera el Sacramento de la Reconciliación, la Santa Confesión. Fíjate: cuando el hijo pródigo confesó su pecado, el Padre no estaba a solas, sino con sus siervos; y no vistió él mismo a su hijo, sino que mandó a sus criados que lo hicieran. ¿No reconoces aquí las señales del Sacramento de la Reconciliación?

¡Qué difícil es dar el primer paso! ¡Confesar los pecados!

¡Cuántas veces diferimos la confesión! Pero una vez hecha, ¡cómo saca nuestro Padre el mejor vestido de nuestra antigua inocencia! ¡Cómo pone en nuestro dedo el anillo de la amistad renovada! ¡Cómo nos calza con las sandalias de la gracia, para que en adelante podamos caminar con dignidad por la vida! Y, finalmente, ¡cómo hace matar el más hermoso cordero, el Cordero de Dios, y en el sacrificio de la Misa nos alimenta con el Cuerpo y la Sangre de Cristo!

Tal es la parábola del hijo pródigo.,

—-¿Parábola? ¿De modo que no es verdad? ¿Es un cuento o es verdad? ¿Es un hecho histórico o una narración ficticia?

No ha acaecido con un hombre, pero sí *con millones y millones de hombres*. La caída de este hijo pródigo es una triste realidad,

tomada de la historia humana; y el amor, lleno de perdón, de aquel padre abandonado, es también una gozosa realidad.

Aquel padre de corazón tierno, aquel padre abandonado, vive todavía. El amor con que acogió al hijo pródigo, no ha sufrido mengua. Y la paz y suave descanso que inundaron el alma del hijo al confesar sus pecados, siguen brotando caudalosamente del corazón de aquel Padre para henchir las almas de aquellos que se confiesan arrepentidos.

¿De quién es este corazón? De Aquél que padeció muerte de cruz para podernos proponer con verdad esta magnífica parábola; de Aquél que, abrasado en amor, nos espera siempre como esperó el padre a su hijo pródigo.

Es el corazón de Nuestro Señor. Jesucristo recibe sin cesar a los hijos pródigos; los alienta para que no se acobarden; les da fuerzas para que se arrodillen ante el confesonario y puedan decir: "Padre mío, he pecado..."

Señor Nuestro Jesucristo, olvida hoy al otro hijo fiel, olvida por un momento a los que siempre estuvieron contigo. Sea ahora todo tu amor, toda tu gracia para aquellos que, oyendo tu parábola, se arrepienten de sus pecados y van a emprender de nuevo el sendero de tus mandamientos. Confórtalos, aliéntalos, ámalos más, para que puedas decir también respecto de cada uno de ellos: *"Alegrémonos; pues este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y lo hemos encontrado."*

X. El padecer de Cristo y el mío (I)

¿Por qué padeció Cristo? ¿Qué fin se propuso al beber esté Cáliz de inmensas amarguras?

Su primer objetivo fue, sin duda alguna, rescatarnos. Su divina sangre fue el precio de nuestro rescate; con ella expió los innumerables pecados de la humanidad.

Mas para redimirnos habría bastado una sola gota de aquella sangre preciosísima. Por tanto, si Él quiso todo un mar de sufrimientos, seguramente que otro fue también su objetivo principal.

¿Cuál? Servir de modelo, dar ayuda, fuerza y consuelo al hombre que sufre.

Porque también nosotros llevamos una cruz: las innumerables tribulaciones de esta vida.

Es una bendición inefable el que nuestro gran Hermano, Jesucristo, nos haya precedido en todo. Gracias a Él ya nada nos puede quebrantar, ni los mayores sufrimientos y pruebas, con tal de que sigamos sus huellas.

¿Cuál es la enseñanza de Cristo en su Pasión a los hombres que sufren? Trataremos el tema detenidamente. Debemos hacerlo, pues mucha es la gente que sufre hoy día. Y el sufrimiento, la desgracia, puede hacernos mejores o también quebrantarnos y desesperarnos, dependiendo de como lo acojamos.

El padecer de Cristo y el mío. Tal será el titulo general de los capítulos siguientes.

¿Cómo padeció Cristo?

En un cuadro de la catedral de Ratisbona se ve a María Magdalena, desde los abismos de su miseria espiritual, con ademán de súplica, mirando a Jesucristo, quien le muestra para su consuelo la llaga de su costado. En este gesto sublime de Jesucristo, queda patente la asombrosa superioridad del cristianismo sobre todos los sistemas filosóficos y religiosos.

Enseñadme un solo filósofo, un solo filántropo, un solo hombre, en toda la faz de la tierra, que pueda mostrar la llaga de su costado, que haya bebido la copa amarga de la traición, de la infidelidad y perfidia humanas, que haya bajado a los más profundos abismos del dolor humano para podernos consolar.

En toda la vida terrenal de Jesucristo está presente el dolor.

En la gruta de Belén están la pobreza y el abandono; en la huída a Egipto, la nostalgia de la patria; en la casa de Nazaret, la escasez y el trabajo; en la vida pública, fatigas, engaños, contradicciones, odios; al final, el camino de la cruz y la muerte.

¡En qué pobreza nació Cristo y cuán erizado de espinas estuvo el camino de su vida! ¿Por qué quiso venir al mundo tan pobre? ¿Por qué quiso morir en la misma pobreza? Para experimentar - todas las miserias de la vida humana, a excepción del pecado. Quiso experimentar todos los sufrimientos, para que todos podamos acudir a Él con confianza y decirle: "Señor, Tú me comprendes."

Sangre, espinas, clavos, sed, látigos... todo esto ha pasado el Señor; mas no fueron estas cosas lo que más le dolieron. Donde más sufrió fue en su alma. Su alma se vio inundada por el mar de pecados y maldades, abyecciones e inmundicias que cometió el hombre desde nuestros primeros padres. Por esto exclamó Jesús: *“Triste está mi alma hasta la muerte"* (Mateo 26,38).

¡Qué consuelo es para mí Cristo! Él ha pasado por todos los trances por los cuales he de pasar yo... y aun por muchos más. No hay sufrimiento en el mundo... sed, golpes, traición, incomprensión, crueldad, agonía, muerte... que no haya sentido antes el Corazón de Cristo.

Así se comprenden las palabras de los Apóstoles: *"Alegraos en la medida en que participáis de los sufrimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria, saltéis de gozo"* (I Pedro 4,13). *"Por lo cual no desmayamos... Porque las aflicciones tan breves y tan ligeras de la vida presente nos ganarán un superabundante e incalculable caudal eterno de gloria"* (II Corintios 4,16-17).

¡Qué asombrosa diferencia entre el pesimismo de los que viven sin esperanza y la esperanza cristiana!

¡Cuántos son los que no comprenden al Señor cuando van por el camino de su cruz!

¡Qué difícil es llevar la cruz cuando nuestras mejores intenciones son mal interpretadas, cuando nos calumnian, cuando viles sospechas muerden nuestra reputación, cuando fracasan nuestros más hermosos planes... y, sin embargo, así es como llevó Cristo su cruz!

La imitación de Cristo significa, en primer término, imitarle cuando recorre el camino de la cruz, sufriendo befas y humillaciones. Cristo al llevar su cruz pregona que no estamos en este mundo para que los demás nos comprendan y reconozcan nuestros méritos.

¡Qué consolador es para nosotros el misterio de la Cruz! Si el Padre celestial visitó con tribulaciones al mejor de todos, a Cristo, su Hijo amado, su Unigénito, yo he de pensar que Dios también me ama a mí cuando me envía cruces. *"¿Por qué me aflige Dios, por qué me envía tribulaciones?"* Así se expresan muchos en tono de queja. Mucho más cristiano sería preguntarse en los momentos de prueba: *¿Qué quiere Dios de mí con esta desgracia?* Porque Él dijo que quien sufre pisa con más seguridad sus huellas.

¿Esto dijo? ¿Cuándo?

Cuando nos invitó a tomar la cruz: *"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz de cada día, y sígame"* (Lucas 9,23). "Tome su cruz." No dice que hemos de soportar el sufrimiento, sino que debemos llevarlo con alegría.

No lo comprendo. ¿Quién es capaz de sufrir con alegría? ¿De recibir con gozo el sufrimiento, la enfermedad, el mal? No hay en el mundo quien se comporte así. Todos buscan el bien, la alegría y la felicidad.

Todo esto lo sabía muy bien Nuestro Señor. Y con todo, nos enseñó a aceptar el sufrimiento con espíritu bien dispuesto, con alegría, pues ve el gran bien, el valor inmenso, el tesoro inapreciable que esta disposición encierra.

"Padre mío, no se haga mi voluntad, sino la tuya" (Lucas 23,34).

Jesucristo va delante por el camino del sufrimiento

¿Es difícil este camino de la cruz? Lo sería, si únicamente conociésemos el Viernes Santo y no la Pascua de Resurrección.

Lo sería, si Jesucristo sólo nos diese mandamientos y no promesas. Lo sería, si no fuese Él delante por el camino del sufrimiento.

Jesucristo no se contenta con decirnos bellas palabras sobre el sufrimiento, sino como quien probó todos nuestros sufrimientos.

No hay sufrimiento humano que no pueda mitigarse con este pensamiento: *Jesucristo padeció todo esto antes que yo, y aun sufrió mucho más.*

¿Te hiere la pobreza?... no eres más pobre que Cristo. ¿Tienes frío?... más frío hacia en la cueva de Belén. ¿Tienes sed?... ¡compárala con la sed que tenía Él en la cruz! ¿No te comprenden?... de Él se dijo que tenía pacto con el diablo. ¿Te han abandonado tus amigos más íntimos?... pero no te han traicionado por dinero, como hizo Judas con Él. Cristo tiene bien ganado el derecho de hablar de sufrimiento.

¿Has nacido en la pobreza? Conforme...; pero no has nacido en un establo, y cuando eras niño, tu madre no hubo de huir contigo en la noche oscura para librarte de los perseguidores.

¿Has perdido tu colocación, tu fama y tu fortuna? Conforme...; pero Él, con ser Dios, quiso nacer como hijo de un carpintero.

¿Los hombres no te comprenden, te calumnian, hacen befa de ti? Lo concedo...; pero no te cubren con un manto de ignominia, ni te escupen al rostro, mientras la turba suelta su carcajada.

¿Hace años te atormenta cruel enfermedad?...; pero aún no sabes qué es la corona de espinas y el látigo de bolitas de plomo que rasga las carnes.

Él conoce lo que es el desamparo: “Eli! Eli! lamma sabactani"; esto es: *"Dios mío, Dios mío ¿por qué me has desamparado?"* (Mateo 27,46).

“Mi alma siente angustias de muerte” (Mateo 26,38). *“Comenzó a atemorizarse y angustiarse"* (Marcos 14,33). *"Le vino un sudor como de gotas de sangre"* (Lucas 22,44).

Cuando mis ojos se arrasan de lágrimas junto al féretro de mi hermano, de mis padres, de mis amigos, recuerdo las lágrimas que Tú vertiste ante la tumba de Lázaro.

Cuando me abate la situación de mi patria destrozada, recuerdo las lágrimas que Tú vertiste por la destrucción de Jerusalén.

Cuándo estalla mi dolor y he de gritar al cielo pidiendo misericordia, también entonces puedo hacerlo con tus palabras benditas: *"Padre mío, si es de tu agrado, aleja de mí este cáliz. Mas no se haga mi voluntad, sino la tuya"* (Lucas 22,44).

Ayuda ante el sufrimiento inesperado e impuesto

Ejemplar es para nosotros la manera como *Cristo aceptó la cruz que le imponían los hombres*.

El ejemplo del Señor nos brinda esta otra enseñanza magnífica: *hemos de aceptar el sufrimiento que nos causan los demás.*

Hay sufrimientos y mortificaciones que el hombre acepta espontáneamente, por el deseo vehemente de hacer alguna obra de penitencia... y éstos pueden sobrellevarse con relativa facilidad. Pero hay dolores, renuncias y tribulaciones que no escogemos nosotros, que no buscamos... y que se entremeten a cada paso en nuestra vida diaria... ¡Qué difícil es recibirlos con ánimo esforzado, con espíritu bien dispuesto!

Cuando en la carrera de la vida tropezamos con obstáculos; cuando la esposa es caprichosa y malhumorada y el esposo grosero y exigente; cuando la salud es endeble, escaso el bocado de pan; cuando hay tanta confusión de principios y se desmandan sin freno la incredulidad y la inmoralidad..., entonces, ¡cuántas cruces nos imponen los demás y hemos de cargarlas sobre nuestras hombros y llevarlas un día y otro día!...

"¡Si supiera, por lo menos, que ésta es la voluntad de Dios —así nos expresamos en semejantes trances—, con gusto llevaría mi cruz y aceptaría el sufrimiento si me lo mandase Dios y no esos hombres malvados!"

Pero recordemos las palabras que Jesús dirigió a San Pedro: *"En verdad, en verdad, te digo, que cuando tú eras joven, tú mismo te ceñías el vestido e ibas adonde querías; mas cuando seas viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá y te conducirá a donde no quieras"* (Juan 21,18). Y el evangelista añade todavía: *"Esto lo dijo para indicar con qué género de muerte había Pedro de glorificar a Dios"* (Juan 21,19).

Consecuencia: Es hermoso y bueno el sacrificio aceptado voluntariamente por amor de Dios; pero es más valioso todavía aceptar también por Dios la cruz que nos imponen los demás.

También por esto padeció Cristo. Padeció para que no haya en esta vida ningún dolor que no pueda aliviarse con el bálsamo de su sagrada Pasión.

Cristo da sentido a nuestro sufrimiento

Pero Cristo, no solamente nos enseña a soportar el sufrimiento, sino que, además, *nos ayuda a soportarlo*.

Únicamente Él puede ayudarnos, porque *fue Él quien dio solución al problema del dolor*. El hombre sufría antes de Cristo; pero sufría sin objetivo, sin saber el motivo, sin encontrar solución. El hombre se desesperó, se endureció, se quebrantó, sucumbió ante el sufrimiento... ¿Cómo he de decirlo en pocas palabras?... *Antes de Cristo, el hombre no sabía cómo reconciliarse con el sufrimiento.*

Pero vino Cristo y abrazó la cruz. La abrazó voluntariamente, amorosamente. Y este amor con que aceptó el sufrimiento y lo abrazó, quitó al dolor la maldición que estaba incrustada en él, y lo llenó de sentido.

Ah! Esto ya es otra cosa. Así ya se puede querer el mismo mal. Le es ingrato al estudiante tener que aprender la lección, y, no obstante, lo hace con gusto, porque sabe que el estudio redunda en provecho suyo. Es fatigoso y rudo el trabajo del campo para el labriego, y, no obstante, lo hace. El enfermo encuentra amarga la medicina, y, no obstante, la toma, porque sabe que es por su bien.

Cristo se adelantó generosamente a los mayores sufrimientos; aceptó libremente el dolor... y en ello estriba su grandeza.

Hay quienes se quebrantan en el sufrimiento y se quedan cómo rendidos y agotados bajo el golpe de la desgracia, sin aliento, bajo el peso de la cruz. Mientras que *en la cruz alcanza Cristo su más espléndida grandeza*. Y desde la Sagrada Pasión y Muerte, el sufrimiento no tiene ya poder sobre las almas que viven según Cristo, sobre aquellos que tienen espíritu cristiano.

Han sufrido terribles desengaños de parte de los hombres... siguen trabajando. Continuos pesares les atormentan... y, no obstante, van con la cabeza erguida. Los hiere un golpe tras otro... y perseveran confiados en la oración.

El cielo se ha nublado encima de ellos... y, no obstante, siguen sintiendo el calor del sol que se escondió tras los nubarrones,

porque saben que el sufrimiento soportado en silencio, no solamente comunica sabiduría, espíritu compasivo y humildad, sino que es a la vez verdadero sacrificio y acto sublime de culto a Dios.

Es conocida la frase con que Santa Teresita del Niño Jesús recibió una de las mayores pruebas de su vida. No había alcanzado la edad que requería para entrar en el claustro. Por este motivo se fue en peregrinación a Roma, para pedir personalmente permiso a León XIII. El Papa denegó el permiso. ¡Podemos imaginarnos el dolor que esto causó a Teresita! ¿Se quejó acaso? Todo lo contrario. Con humildad explica su fracaso.

—Me he ofrecido como juguete al Niño Jesús —dice—; pero no como uno de estos juguetes preciosos que los niños sólo miran y no se atreven a tocar, sino como un juguete sin valor. Yo deseaba ser su pequeña pelota, que puede echarse al suelo, estropearse, agujerearse, ser arrinconada; pero que el pequeño dueño puede estrechar también contra su corazón, si ello le da alegría... En una palabra —y es ésta una frase que expresa magníficamente sus sentimientos—, quería divertir al Niño Jesús, quería entregarme a sus caprichos infantiles."

Pues bien, en la visita al Vaticano, el Niño Jesús aceptó la ofrenda: agujereó su pequeño juguete. "Seguramente quiso ver lo que había dentro" —escribe la Santa.

¡Tanta y tan admirable es la finura que logra el alma afligida cuando posa su mirada en la cruz de Cristo! ¡Hasta tal grado nos levanta el dolor a las cercanías de Dios!

Si sufrimos con Cristo

¿Todo sufrimiento da tan precioso resultado? ¿Todo sufrimiento es de tanto valor? No, por supuesto.

¿Todo sufrimiento purifica, ennoblece, levanta? De ninguna manera.

Mientras sufrimos a solas y, abandonados a nuestras propias fuerzas, el dolor nos turba y zarandea, el alma puede endurecerse de un modo espantoso. Pero en cuanto *sufrimos con Cristo*; cuando es Cristo el que sufre en nosotros; cuando en nuestro sufrimiento realizamos de veras las palabras de SAN PABLO: *"Estoy crucificado con Cristo"* (Gálatas 2,19), entonces se manifiesta toda la fuerza de la Pasión de Cristo, toda su virtud de

cancelar el pecado y purificar el alma, y entonces se transforma el sufrimiento. Ya no es fuego infernal, sino fuego purificador. Algo así como se purifica el agua en el arroyuelo montañés, mientras en rápida corriente va chocando, estrellándose contra las rocas.

Es admirable: el cristianismo, que considera el sufrimiento como un valor positivo y un medio muy eficaz, no es, sin embargo, una concepción del mundo sombría y árida.

Y no lo es porque, aunque sea oscuro el camino, el objetivo se nos muestra con brillo deslumbrante. Así iba Cristo en su Pasión hacia la gloria pascual.

Hemos de sembrar entre lágrimas para poder cosechar entre cantares (Salmo 125,5).

Todo lo puedo en Aquél que me conforta

Jerjes, el poderoso rey de los persas, ante el cual todos temblaban, hizo en cierta ocasión, llevado de su furor, azotar con látigos al mar alborotado. Había hecho tender un puente entre Europa y Asia, para pasar por encima su ejército, y un huracán destruyó por completo este puente de barcas. Entonces JERJES mandó que se le dieran al mar trescientos latigazos, y dijo "Agua, tu señor te impone este castigo, porque le has ultrajado...".

Claro está que el mar siguió bramando y agitándose tan bramador como antes y no se preocupó lo más mínimo de la cólera impotente del orgullo humano.

En cambio, se amansó el mar alborotado... y se apaciguó al momento el huracán... y se abatieron las olas antes encrespadas, cuando el Señor y Creador del mundo, Nuestro Señor Jesucristo, rodeado por los apóstoles atemorizados, se levantó en la pequeña barca zarandeada por el oleaje. *"Mandó a los vientos y al mar, y se hizo una gran bonanza"*. (Mateo 8,26).

El mar de la vida, el huracán, el vendaval de las tribulaciones también nos golpea y zarandea. Pero mientras que sin Cristo el hombre se encoleriza impotente en medio del sufrimiento, con Cristo se mitiga el huracán y se apacigua la tempestad más desenfrenada.

Venid los escépticos e incrédulos, y enseñadnos en los años espantosos del sufrimiento y de la tribulación lo que podéis hacer. Comparad con lo que el cristianismo puede de verdad hacer.

Vuestro es el puño crispado; nuestras son las manos juntas para la oración.

Vuestro es el rostro contorsionado; nuestro el consuelo que sentimos al mirar a Cristo paciente.

Vuestra es la noche sin esperanza; nuestra es la aurora en que el sol resplandece.

Vuestra es la desesperación; nuestra la fe.

La muerte es vuestra; nuestra es la vida.

XI. El padecer de Cristo y el mío (II)

¿Conoces, lector, el caso del fraile de Optina? Tolstoy menciona en una de sus obras a este monje católico-griego, que vivía en el claustro de Optina, en Rusia, y fue atacado por una espantosa enfermedad. Debido a ella estuvo largos años acostado en el lecho de su pequeña celda, no pudiendo trabajar ni corporal ni espiritualmente. Su enfermedad era una carga para todos; no podía ni siquiera comer por sí mismo; tenían que dárselo todo; era un hombre inútil. Ya me imagino lo que habrían dicho muchos al ver a este enfermo. "¿Para qué sirve semejante vida? ¿Para qué tanto sufrimiento? ¿Por qué los médicos no le hacen dormir sin dolor para siempre?"...

¿Y sabes lo que escribe Tolstoy? Aquel monje soportaba con ánimo tan tranquilo y corazón tan jubiloso su terrible mal, que al verle los otros monjes, sus compañeros, no solamente se edificaban y anhelaban ser mejores, sino que, andando el tiempo, llegaron de toda Rusia grupos de peregrinos para verle. Y él, enfermo e impotente, comunicaba fuerza a los sanos para sufrir; él, estando inmóvil, los empujaba para avanzar hacia la vida eterna.

Como es natural, solamente en Cristo recibimos la fuerza para vivir así. Sin Cristo no sabemos qué hacer ni cómo enfrentarnos a esta realidad tan terrible, como es el dolor y la enfermedad. Sin Cristo somos ante el sufrimiento como los Apóstoles cuando el Señor les hablaba de su futura Pasión: ellos escuchaban sin comprender las palabras de su Maestro; no podían descifrar todavía el misterio del dolor.

San Lucas escribe respecto a este punto: *«Tomando Jesús consigo a los doce, les dijo: Ved que subimos a Jerusalén, donde se cumplirán todas las cosas que fueron escritas por los profetas acerca del Hijo del hombre: será entregado a los gentiles, escarnecido, injuriado y escupido; le azotarán, le matarán y al tercer día resucitará."* (Luc 18,31-33). Y el evangelista añade todavía: *"Pero ellos no entendieron nada de lo que les decía, pues le resultaban cosas ininteligibles".*

Tan poco le comprendían cuando les hablaba de su futura Pasión, que San Pedro quiso disuadir al Maestro, diciéndole: *"¡Lejos de ti, Señor, que te ocurra tal cosa!"* (Mateo 16,22). Pero Jesucristo le contestó con una dureza inusitada en Él: "*Quítate de delante, Satanás, que me escandalizas"* (Mt 16,23). Cómo si dijera: Si no aceptáis el gran secreto del sufrimiento, no sois verdaderos discípulos míos. Claro está que más tarde lo entendieron, hasta el punto de dar su propia vida con el martirio.

¿Qué pensaba Cristo del dolor?

La piedra de toque para poder valorar un sistema filosófico, cualquier concepción del mundo, es *el problema del dolor.* ¿Qué dice respecto del mismo tal o cuál sistema? ¿Cómo lo explica?

"Pero ellos no entendieron nada de lo que les decía, pues le resultaba cosas ininteligibles". ¡Pero de cuántos hombres hoy día se podría repetir lo mismo! Ninguna forma de gobierno puede suprimir el sufrimiento. La vida es un "valle de lágrimas" y lo será siempre; no hay manera de evadirnos. Hemos de enfrentarnos con el sufrimiento; todo hombre tiene que habérselas con él... pero ¡cuántos son los que lo sufren sin comprender nada, desesperados! No hay puerta en que no toque el sufrimiento, no hay puerta que no franquee..., ¿qué podemos hacer?

¿Ponernos de lado de cualquier filosofía pesimista y decir: Este mundo es malo en su mismo fondo; cada casa es un valle de lágrimas y feliz el que perece y se elimina lo más pronto posible? ¿Podremos resistir de esta manera, con ánimo sereno y esperanzado, los golpes del dolor?

¿O hemos de alistarnos entre aquellos que *van a la caza de placeres*, que quieren embotar su alma quebrantada con dosis excesivas de goces; pero que, al día siguiente, cuando al despertar se disipa la embriaguez, sienten una vaciedad aún más cruel? ¿O hemos de ir con aquellos que *tienen endurecido el corazón,* y comprendiendo que no pueden librarse de los sufrimientos, no reflexionan, no buscan la explicación, la causa del dolor..., no intentan más que soportarlo con ánimo amargado y el rostro crispado? Quisieran soportarlo; pero el hombre no es capaz de aceptar el dolor ciego que carece de sentido, de objetivo.

Si la vida es sufrir... ¿cuál es el fin, el objetivo, del sufrimiento?

Lo comprenderemos, si escuchamos las palabras del Señor, consignadas en la Sagrada Escritura: *"Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos los vuestros, dice el Señor. ¡Cuánto son los cielos más altos que la tierra, tanto están mis caminos por encima de los vuestros y por encima de los vuestros mis pensamientos!"* (Isaías 55,8-9). Con esto se comprende que Dios tiene otra medida que nosotros.

Los hombres envían rosas en señal de amor; Dios ama cuando envía espinas. En la balanza de los hombres no pesan más que los actos; en la balanza de Dios pesan más los sufrimientos que los actos. Si Jesús era grande en sus obras portentosas, mayor aún era en el sufrimiento. El que no comprende estas cosas no puede comprender la vida de Jesucristo; aquella vida completamente empapada de sufrimiento.

El mismo Señor nos da la clave para entender su vida, al decir a los discípulos de Emaús: "*¿Por ventura no era conveniente que Cristo padeciese todas estas cosas, y entrase de esta forma en su gloria?*" (Lucas 24,26).

Sea cual fuere el período de su vida en que fijemos la mirada, veremos que el sufrimiento en una u otra forma le seguía por doquier. ¿Para qué? Para que Él pudiese servir de modelo a los hombres en toda clase de sufrimientos.

En Belén fue su compañera la pobreza; durante su huida a Egipto le acompañó el destierro; en el taller de Nazaret y durante su vida pública, el trabajo agobiante; al final de su ruta, la incomprensión, el escarnio, la befa, el odio, la muerte. Y precisamente por haber aceptado el dolor con generosidad, hizo que fuesen más llevaderos para nosotros los sufrimientos.

El sufrimiento existe desde que pecaron nuestros primeros padres y existirá mientras viva el hombre sobre la tierra. El sufrimiento, la enfermedad, la muerte, no entraban en el plan de Dios; pero los causó el hombre, al cometer el pecado. Si hoy día el sufrimiento es patrimonio común de los vivientes, al principio no era así. Todas las cosas creadas por Dios eran buenas (Génesis 1,31), mas *"por un solo hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte"* (Romanos 5,12). Y desde entonces, desde el pecado original, el sufrimiento es patrimonio común de los mortales. *"Los*

hijos de Adán llevan pesado yugo desde el nacimiento hasta la muerte" —dice la SAGRADA ESCRITURA (Eclesiástico 40,1). *"La vida del hombre sobre la tierra es una perpetua guerra"* —añade en otro lugar (Job 7,1).

"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, cargue su cruz, y sígame" (Mateo 16,24). No puede ser digno imitador de Cristo quien se atreva a dejarle solo en su Pasión. *"Ved que subimos a Jerusalén* —dijo el Señor a sus discípulos— *y el Hijo del hombre será escarnecido, escupido, azotado, entregado a la muerte"*... ¿Lo comprendes? *"Subimos."* No dijo *"subo"*, sino *subimos*": yo y vosotros; yo, el Maestro, y vosotros, mis discípulos.

¿Qué contestaron ellos? ¿Se asustaron ante el sufrimiento? ¿Huyeron, atemorizados, de él? Al principio "*no comprendieron*" al Señor. Pero más tarde ya contestaron de esta manera *"Vamos también nosotros y muramos con Él"* (Juan 11,16). Aunque lo recibamos con este espíritu, el sufrimiento no dejará de dolernos; nuestra naturaleza seguirá llorando y gimiendo bajo su peso. Pero bueno es advertir que así tiene significado, un significado divino, mientras que de otra manera es siempre un enigma insoluble y un mal sin objetivo para la humanidad.

Jesucristo dice que nos desesperemos bajo el peso del dolor, ni que nos rebelemos, sino que nos abracemos con la cruz.

Nuestro Padre celestial, infinitamente bueno, no encuentra complacencia en el dolor y tormento de sus hijos. Si, a pesar de todo, consiente y permite que la desgracia nos azote y el dolor nos torture, lo consiente y lo permite únicamente por altísimos planes y fines santos. Planes que nosotros no somos capaces de comprender por completo en este mundo; fines que no podemos descifrar bien en esta vida terrena.

En el sufrimiento Dios nos habla

El sufrimiento es *una palabra de Dios dirigida a nosotros.*

Una palabra de salutación: ¡Hombre!, quiero que tu vida sea más valiosa, quiero que colabores en mi Redención, en la salvación de los hombres...

Una palabra de advertencia: ¡Hombre!, vas por caminos peligrosos, vuelve a Mí.

Una palabra de misericordia: ¡Hombre!, haz penitencia en este mundo para no tenerla que hacer en el otro.

El Antiguo y el Nuevo Testamento expresan de continuo la idea de que el sufrimiento es, en la intención de Dios, un medio de hacer más pura y preciosa el alma de sus hijos fieles:

"En el horno se prueban las vasijas de arcilla; y en la tentación de las tribulaciones, los hombres justos" (Eclesiástico 27,6). *"Porque eras agradable a Dios fue necesario que la tentación te probase"* (Tobías 12,13). *"Nos vimos abrumados de males, tan excesivos y tan superiores a nuestras fuerzas, que nos hacían pesada la misma vida"*—exclama en cierta ocasión SAN PABLO. Pero acto seguido explica el motivo. Todo ello *"fue a fin de que no pusiésemos nuestra confianza en nosotros, sino en Dios"* (II Corintios 1,8,9). "*Dios podará el sarmiento para que dé más fruto"* (Juan 15,2).

"Esto es lo que debe llenaros de gozo, si bien ahora por un poco de tiempo conviene que seáis afligidos con varias tentaciones: para que vuestra fe probada de esta manera y mucho más preciosa que el oro —que se acrisola en el fuego— aparezca digna de alabanza, gloria y honor en la revelación de Jesucristo" (I Pedro 1,6).

Pero ¿cómo es posible que los golpes de la desgracia hagan más *hermosa,* más *pura, más valiosa y* más *preciosa* el alma humana*?*

El alma verdaderamente cristiana nunca reza con más fervor, con más intimidad, que en los tiempos de tribulación. Porque *"al igual que en el fuego se prueba el oro y la plata, así los hombres aceptos de Dios se prueban en la fragua de la tribulación".*

¿Conoces la siguiente leyenda? Érase un hombre muy rico. Tenía abundancia de todo..., pero le sobrevino la desgracia y lo perdió todo en un momento. Y después, resentido, se fue vagando por el mundo. Pasó por un pueblo y vio que un hombre revolvía el trigo con una gran pala. "¿Por qué no dejas en paz estos granos?" —le preguntó. "Para que no se pudran de pura tranquilidad." —le respondió el hombre.

Pasó después a otro hombre que estaba arando la tierra. "¿Por qué rasgas la pobre tierra?" "Para que sea más blanda, y así se empape bien de la lluvia y el sol."

Pasó por un viñedo, donde un agricultor podaba los sarmientos con unas tijeras. "¿Por qué atormentas estos sarmientos?"

¡Qué voy a atormentarlos! “Los estoy podando para que den abundante y buena cosecha."

Y entonces se le abrieron los ojos al caminante: Señor mío, yo soy el trigo que has revuelto para que no me pudra. Yo soy la tierra que has cortado con profundos surcos para que me vuelva más blanda a tus palabras y a tu gracia. Yo soy el sarmiento que has podado con el cuchillo del dolor para que dé más fruto.

Sí: el sufrimiento es la palabra de salutación con que Dios nos purifica el alma.

¡Y cuánto mérito podemos alcanzar con nuestra perseverancia!

"Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os veáis envueltos en diversas tribulaciones, considerando que la prueba de vuestra fe engendra la paciencia. Y que la constancia perfecciona la obra, para que seáis perfectos e íntegros sin falta en cosa alguna." (Santiago 1,2-4).

SAN PABLO, con su ejemplo, nos alienta a perseverar en las continuas pruebas: *"Nada me resta sino aguardar la corona de justicia que me está reservada y que me dará el Señor"* (2 Timoteo 4,8). Y el Apóstol SANTIAGO escribe también de esta manera: *"Bienaventurado el hombre que sufre la tentación; porque después que fuere probado, recibirá la corona de vida que Dios ha prometido a los que le aman" (Santiago 1,12).*

"Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que conduce a la perdición. ¡Y qué estrecha es la puerta y trabajoso el camino que lleva a la vida" (Mateo 7, 12-14) –nos advierte el Señor.

"Velad continuamente, porque vuestro enemigo, el diablo, anda girando como león rugiente alrededor de vosotros, buscando a quien devorar. Resistidle firmes en la fe" (I Pedro 5,8-9).

"Es preciso pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios" (Hechos 14,21).

El sufrimiento nos hace comprensivos con los demás

Finalmente, el sufrimiento nos hace comprensivos para con los demás.

¡Qué duro es el corazón de muchos hombres! Padecen de estrechez de corazón, de arteroesclerosis, de endurecimiento. ¡Qué poca comprensión para con los defectos de los demás! ¡Qué impaciencia ante las flaquezas de las personas más cercanas!...

Y es llamativo el hecho: cuanto más próspera es la suerte y más holgada la vida, menos compasivo y paciente es el corazón; en cambio, el que mucho sufre, suele ser condescendiente, fácilmente perdona, es paciente y humilde.

Quien no sabe de sufrimientos profundos, fácilmente es superficial, propenso a la frivolidad.

Los tesoros más preciosos, las virtudes más nobles se esconden en las profundidades del alma y a golpes de pico las saca el dolor. Basta fijarnos en el aspecto exterior de quien ha sufrido mucho: ¡cuánta bondad, cuánta mansedumbre, cuántos anhelos purificados, cuántas tempestades apaciguadas!

El auténtico espíritu cristiano comunica al alma fuerza espiritual, la cual se manifiesta sobre todo en la desgracia. Cuando el mundo se nos viene encima, cuando nos sentimos solos y desamparados, cuando el cielo se nubla sobre nuestra cabeza, forzoso es escoger: o maldecimos el cruel destino, o, miramos a Cristo clavado en la cruz.

El que sufre con amor, no sólo se purifica, se refina, sino que aprende a ser suave con los demás y a perdonarles.

Para algunos, una vocación

¿Recuerdas aquella escena del Evangelio en que Jesús curó al paralítico? ¿Recuerdas lo que le dijo al enfermo? *Levántate, toma tu camilla y anda"* (Juan 5,8). ¡A cuántos enfermos sigue repitiendo el Señor estas mismas palabras!..., pero en un sentido espiritual: esta enfermedad será para ti el tiempo de purificación, de progreso espiritual. Levántate de ese tu mundo mezquino y anda en adelante viviendo de fe.

El que sabe sufrir con ánimo esforzado, desarrolla, en la aparente inmovilidad de su enfermedad, una actividad provechosa. Sí; el enfermo que guarda cama durante largos años puede predicar y enseñar con su ejemplo, puede trabajar en las almas y mejorarlas.

El sufrimiento para el cristiano puede ser incluso una vocación. Para que surja una vocación se requiere un llamamiento. ¿Quién llama? El Señor. Así como a algunos los llama para el trabajo, para realizar grandes hazañas, así llama también a otros para el sufrimiento.

Y no preguntes: "¿Por qué me llamas precisamente a mí, Señor?" Ni tampoco: "¿Por qué me abrumas con tan pesada carga?" No, no lo preguntes: no tendrás respuesta. Únicamente Él sabe por qué te llamó precisamente a ti. Antes bien, pregunta: ¿Por qué me visitas, Señor mío? ¿Qué me quieres decir con esto? Pregúntalo con la mirada clavada en Cristo crucificado, y así oirás la respuesta de Dios.

¿Y sabes cuál será la respuesta?

Si tú eres la pobreza... Yo soy rico.

Si tú eres pecador... Yo soy el perdón.

Si tú sientes hambre... Yo soy el pan celestial.

Si tú sientes sed... Yo soy la fuente de la vida eterna.

Si tú vives en la oscuridad... Yo soy el sol deslumbrante.

Si tú te quejas... Mira, yo te escucho.

Si tú sufres... Mira, yo me apiado de ti.

Si tú lloras... Mira, yo te consuelo.

Si tú eres hombre... Yo soy Dios...

Sí, lo creo. Eres mi Señor, mi Padre, mi Dios, en quien creo y confío, a quien amo, con amor infinito.

XII. El padecer de Cristo y el mío (III)

¿Para qué puede servir también el sufrimiento? El sufrimiento puede ser también una advertencia y una señal de misericordia.

"*¡Qué benigno y suave es, Señor, tu espíritu en todas las cosas!* –exclama el autor del Libro de la Sabiduría. *Y por eso corriges poco a poco a los que andan perdidos, despertando la memoria de su pecado, para que apartándose de la maldad, crean, Señor, en ti."* (Sabiduría 12,1-2).

Por esto dice SAN PABLO: *"Cuando somos juzgados por el Señor somos corregidos para no ser condenados con el mundo"* (I Corintios 11,32).

Hay hombres duros, perversos, que están cerrados a todo pensamiento religioso. ¿Qué ha de hacer Dios con ellos? ¿Permitirá que se pierdan? Estas almas son tan duras como la nuez, para lograr que den fruto no habrá más remedio que romper el caparazón.

El sufrimiento puede significar una operación quirúrgica dolorosa, pero necesaria, que Dios hace en nuestros ojos. Porque la mayoría de los hombres padecen de ceguera espiritual, pues no ven bien en lo que atañe al valor de las cosas terrenas. ¡Con qué ímpetu se pegan al más pequeño goce de la vida! ¡Cómo corren en busca de lo efímero! Y ¡qué miopes se vuelven en la lucha diaria por el alimento!

Muchos son los que se olvidan por completo de Dios, cuando la vida les sonríe y les ofrece a manos llenas sus deleites, y sólo se acuerdan de Él cuando les sobreviene la desgracia.

De ahí que debamos dar gracias a Dios todas las veces que coge el bisturí, cuando ya no hay otra manera de curar nuestra enfermedad.

¡Cuántas almas que no querían reconocer a Dios mientras lo pasaban bien, encontraron al Señor por el camino oscuro del sufrimiento! ¡A cuántos hombres libró Dios en el último momento por medio de la adversidad o del sufrimiento!

Basta citar como ejemplo el caso de *Santa Margarita de Cartona.* A la edad de ocho años perdió a su madre, y desde

entonces la muchacha no vivió más que para la frivolidad. Puso el colmo a sus devaneos, huyendo con un joven y entregándose a una vida desastrada. Así fueron las cosas durante nueve años; su vida iba corriendo hacia la condenación.

Un día llega ladrando el perro que solía acompañar al joven, se prende al vestido de Margarita y la lleva tras sí... Por fin se detiene ante un cadáver putrefacto. Era el cadáver del joven, asesinado hacía tres días....

Fue un trágico momento que sacó del abismo a la pobre muchacha. Allí mismo se decidió a dejarlo todo para encerrarse en estrecha celda y dedicarse a la oración. Con rigurosa penitencia de veintitrés años subió a las alturas de la santidad. Si no la hubiese herido esta terrible desgracia, no se habría salvado de la condenación.

Según la Sagrada Escritura, Dios poda el sarmiento *"para que dé más fruto"* (Juan 15,2).

A la oveja descarriada, que se aleja del rebaño del Buen Pastor, Dios le envía un mastín para que persiguiéndola, intranquilizándola, mordiéndola, la conduzca de nuevo al rebaño...

Puede ser la última tentativa de Dios

El sufrimiento puede ser la última tentativa de Dios, el último recurso a que apela para salvar nuestra alma. Es otra manifestación de su misericordia.

Muchas veces se plantea la gran cuestión y se oye la terrible queja: "¿Por qué a mí? ¿Por qué he de sufrir precisamente yo? ¡Yo, que siempre he servido con fidelidad a Dios¡ Mientras que al vecino, a ese blasfemo, a ese frívolo y licencioso todo le sale bien..."

El mismo SAN PEDRO no pudo librarse de este modo de pensar tan rastrero. Cuando el Señor le dijo que sufriría martirio por su nombre, preguntó Pedro con curiosidad qué suerte le cabría a Juan (Jn 21,22). Pero el Señor reprendió con harta dureza su curiosidad: *"Si yo quiero que así se quede hasta mi venida, ¿a ti qué te importa?". Tú, sígueme."*

¿Qué importa, si la suerte sonríe al vecino y a nosotros nos mira con ceño adusto? Basta el consuelo de saber que vamos por el camino que no señaló el Señor, aunque este camino sea

duro y nos haga pasar momentos difíciles. *"Tú, sígueme"* con fidelidad, como recorren los astros la órbita que les fue prescrita.

"Aunque era Hijo de Dios, aprendió la obediencia por lo que padeció" (Hebreos 5,8). *"Yo, a los que amo, los reprendo y castigo"* (Apocalipsis 3,19). *"Dichoso el hombre a quien Dios corrige: no desprecies, pues, la corrección del Señor, porque el mismo que hace la llaga, la sana; el mismo que hiere, cura con sus manos" (Job 5,17-18). "El Señor, al que ama, le corrige... Dios se porta con vosotros como con hijos: Porque, ¿cuál es el hijo a quien su padre no corrige?"* (Hebreos 12,6-7).

¿Hubo jamás en el mundo quien sirviese tanto a Dios y fuese tan grato como la Virgen Bendita? Y no obstante, ¿la libró el Señor de los sufrimientos? Mira, ¡cómo huye a Egipto ante los planes criminales de Herodes! ¡Cuántas noches de insomnio le costó esta huida, cuántas tribulaciones, cuántas preocupaciones! Fueron semanas crueles. Pero la Virgen las soportó con amor y fidelidad. ¿Por qué? Porque llevaba a Jesucristo en su regazo. Aquí se encierra el secreto de soportar victoriosamente las tribulaciones: *He de llevar a Jesús en mi alma*.

Reconoce que tú no has vivido como la Virgen María y exclama con el buen ladrón: *"Y nosotros, a la verdad, estamos en el suplicio justamente, pues pagamos la pena merecida por nuestros delitos"* (Lucas 23,41).

Más vale sufrir acá la tierra que en el otro *mundo.* ¿Quién se atreve a pensar en su vida pasada con la conciencia tranquila de haber dado satisfacción por todos sus pecados? Si los ha confesado y Dios le perdonó el castigo eterno, aun en este caso queda la obligación de hacer penitencia por ellos.

Y si realmente has merecido el sufrimiento, ¿no deberías decir: “Señor mío, te doy gracias infinitas por haber usado conmigo de tanta misericordia”? Yo he merecido más. A mi lado va a tientas un hermano ciego; y yo veo. Junto a mi va arrastrándose un tullido; y yo estoy sano.

Digamos, pues, con los hermanos de José: *"Justamente padecemos lo que merecemos por haber pecado"* (Génesis 42,21). Y añadamos con SAN AGUSTÍN: *"Señor, castígame, corta y quema aquí como quieras... con tal de que uses de misericordia conmigo en la eternidad."*

Y aunque no lo hubieras merecido, ni aun entonces te sería lícito el quejarte, sino que deberías plantear de otro modo la cuestión *¿De qué quiere librarme el Señor con este sufrimiento?* Las desgracias pueden herirnos también para librarnos en adelante del pecado. ¿Dónde está el hombre que pueda soportar sin menoscabo de su alma una felicidad continua y sin estorbo, acá en la tierra, cuando, ni David, ni Salomón el Sabio, fueron capaces de ello? David fue magnánimo mientras luchaba y pasaba apuros en el desierto. Y Salomón lo fue también mientras el bienestar y el esplendor regio no se le subieron a la cabeza; pero ambos cayeron en graves pecados cuando abundaron en bienes terrenos y en gloria mundana.

Puro es el arroyuelo montañés mientras sus aguas saltan por las rocas y pasan con dificultad a través de las piedras y guijarros; pero se trueca en pantano cenagoso en cuanto llega a un lago de revuelto cieno, al lugar del descanso y del bienestar tranquilo.

El sufrimiento puede, sí, ser castigo; puede ser advertencia, pero también puede ser purificación para más aprovechar y más ennoblecer al alma.

Purificación para los pueblos

A la luz de estos principios se explica no solamente el dolor de los individuos, sino también la *desgracia de las naciones*.

Es lo que nos preguntamos a veces cuando vemos la situación desastrosa de una nación: ¿Cómo consiente Dios que esta nación sufra tanto?

Tal vez lo haya realmente merecido. La vida de familia, por ejemplo, ¿es cómo la quiere Dios? ¿Son recibidos en el hogar los hijos como una bendición del Señor? La corrupción, los múltiples divorcios, las costumbres licenciosas, el que la gente se deje seducir por los engaños frívolos de los medios de comunicación... ¿no arguyen estos desmanes que merecen ser corregidos?

¡Con que facilidad, en los días de paz y de bienestar material, se relajan los pueblos! Esto no ocurre en los años duros y difíciles, porque entonces los ojos ven con más claridad y los corazones se vuelven más compasivos.

Por eso, aunque el cielo permanezca nublado encima de nosotros, no hemos de rebelarnos; antes bien, besemos la mano de nuestro Padre celestial y recitemos cada mañana esta oración:

"Dios mío, me espera un nuevo día y yo no sé las cosas que me sucederán. Pero cualquier cosa que me suceda; cualquier fatiga, trabajo, estrechez, dolor, desgracia o desengaño, todo lo acepto de antemano, porque viene de ti, del mejor de los Padres, y lo ofrezco en expiación de mis pecados y de los pecados de todos los hombres, por mi conversión y la suya."

No importa que el viento nos sacuda, que la tempestad del sufrimiento nos azote, que el cielo relampaguee encima de nosotros. Porque, tanto si Dios nos sonríe como si nos envía sus rayos, tanto si nos recompensa como si nos castiga, si nos levanta o nos abate..., siempre quiere una sola cosa: que las espigas de nuestra vida no se encuentren vacías en el día de las cosecha, en el gran día del juicio final.

XIII. El padecer de Cristo y el mío (IV)

San Juan Crisóstomo ha sido uno de los oradores más insignes que ha tenido la Iglesia católica. Grande fue el santo obispo al predicar, al escribir, al gobernar a sus fieles; pero ¿sabéis cuándo se mostró más grande? *Cuando tuvo que sufrir*.

Por voluntad inescrutable de la Providencia, le cupo una parte mayor de sufrimientos que a los demás hombres. La emperatriz Eudoxia, herida en su vanidad, le desterró, y el obispo de fama mundial y ya encanecido, tuvo que hacer el largo camino a pie, con un calor insoportable, a través de Bitinia, Persia, Capadocia y Cilicia, hasta llegar a Kukusus, que está al final de Armenia. Durante el camino apenas si pudo alimentarse; dolores de estómago, fiebres y jaquecas le atormentaron... Podemos imaginarnos el sufrimiento terrible de este viaje a pie, durante setenta días, hasta llegar al lugar de su destierro.

Y allí le esperaban nuevas tribulaciones. Fue sepultado en una lóbrega fortaleza, donde durante el invierno tuvo que sufrir lo indecible a causa del frío. Después, unos ladrones asaltaron la fortaleza y arrastraron a sus moradores, y a él también, hasta dejarle en Arabisus.

Nuevas órdenes imperiales le obligan a proseguir su camino e ir al solitario Pityus, pueblo situado en la parte sureste del Mar Negro, a los pies del Cáucaso. Empezaba de nuevo la terrible peregrinación, a pie, entre soldados crueles. Un sol ardiente abrasaba la piel del anciano obispo, víctima de acerbísimas jaquecas. Ni un breve descanso a la sombra de un árbol, cuando lo pedía con los labios resecos. Hasta los huesos se calaba cuando llovía. Su cuerpo se fue debilitando por la fiebre tenaz, y los soldados no le dejaban un momento de reposo.

Entonces vio cuál era el fin que movía a sus verdugos. Con heroísmo sin par iba arrestándose día tras día, durante muchas semanas... Pero llegó un momento en que ya no pudo más... Se desmayó en el camino. Le falló el pulso y la respiración. Entraron en una casa y le acostaron.. Todavía respiró débilmente; abrió aún los ojos, los levantó al cielo y habló por última vez. Sus últimas palabras fueron éstas: *"Bendito sea Dios por todo."* Y murió.

Imaginemos la escena. El orador más elocuente del cristianismo, el gran Patriarca de Constantinopla y escritor celebérrimo es desterrado lejos, muy lejos de su sede, por haber defendido valerosamente la moral cristiana; y cuando allí, después de meses y años de cruel sufrimiento, por caminos del Asia, rodeado de enemigos y abandonado de todos, sucumbe, sus postreras palabras son éstas; *"Bendito sea Dios por todo."*

¡Qué lejos estamos nosotros de este espíritu reciamente cristiano! ¡Qué lejos de aquel santo convencimiento de que, tras los males y sufrimientos que nos azotan, se puede contemplar el rostro amoroso de nuestro Padre celestial! ¡Que lejos de repetir en estos trances las palabras dignas del cristiano: *"Bendito sea Dios por todo!"*

Una forma de aligerar el peso de la cruz de Cristo

El sufrimiento es sin duda alguna uno de los problemas más difíciles de nuestra existencia terrena. Desde que las puertas del Paraíso terrenal se cerraron al hombre pecador, vamos pisando el duro y espinoso camino del sufrimiento y llevamos el *"pesado yugo que abruma a los hijos de Adán"* (Eclesiástico 40,1).

No hay edad, sexo, condición o poder; no hay clase social que pueda eximirse del sufrimiento. Entra en las pobres chozas y se cuela también por los palacios de mármol. Se entroniza en medio de los pueblos primitivos; mas ni la técnica y cultura más desarrolladas son capaces de echar abajo su imperio. De millones de hombres que gimen, lloran, luchan y se debaten, se escapa este grito: ¿Quién eres tú, sufrimiento? ¿Qué quieres? ¿Por qué no nos dejas en paz?

Siempre habrá sufrimiento en la tierra. Por mucho que adelanten la ciencia y la técnica, por mucho que procuremos hacer más llevadera la vida, siempre quedarán en pie los males, la enfermedad, la desgracia, la muerte, y siempre necesitaremos el ejemplo divino del gran Portador de la Cruz.

Un dicho alemán aconseja a los que sufren: "Feliz quien olvida lo que no puede cambiar." Es como decir: si no puedes evitar el sufrimiento, por lo menos, no te preocupes de él. Sí; pero... Pero a ver quién lo logra. Y aunque lo lograse, ¿sería una respuesta digna del hombre a los innumerables y atormentadores dolores, el no quererse preocupar de ellos? Así el problema del sufrimiento

quedaría sin solución para siempre, como es realmente un problema insoluble para todos aquellos que no conocen a Cristo.

¿Cuál debe ser la conducta del cristiano frente al sufrimiento?

Encontramos la respuesta en el caso de *Simón el Cireneo.*

Este sencillo labrador va por la calle un buen día sin sospechar nada. Va de camino a casa después de haber trabajado en el campo. Se encuentra entonces con Cristo condenado a muerte, que carga la cruz sobre sus hombros, y que está a punto de sucumbir por la debilidad. Los soldados piensan que no va a ser capaz de llegar al Calvario, se fijan en Simón y le ordenan: "Ayúdale." Simón procura huir de la cruz. Protesta. De nada le sirve; le obligan. ¿Qué puede hacer sino aceptar la cruz? Pero en cuanto la tuvo sobre sus hombros, ya no protestó más, sino que la llevó con buen ánimo, sin quejarse. *No buscó la cruz; pero, cuando se vio cargado con ella, la llevó con buen ánimo.*

¿Hemos de buscar el sufrimiento? No. ¿Nos es lícito huir de él? ¿Es lícito rechazarlo? Sí. Pero... si el Señor juzga conveniente que la desgracia nos sorprenda, entonces *no hemos de rebelarnos*.

Dios ve con agrado que soportemos el sufrimiento que no hemos buscado, el que la vida nos impone contra nuestra voluntad. Entonces, al conformarnos con la voluntad de Dios, sacamos fuerzas para aceptar lo inevitable.

Cada día vemos con más claridad que el espíritu tiene una influencia grandísima sobre el cuerpo, mayor que la que podemos sospechar. Y cuanto más dúctil es el alma, cuanto más dócil se hace a la voluntad de Dios, más dócil se hace también el cuerpo al alma.

¿Efecto de la imaginación? No. Lo sé por una carta que recibí no hace mucho. Tuve que hacer una visita a un militar de alta graduación, a quien amputaron una pierna en la plenitud de su vida, hace siete años. ¿He de ponderar lo que esto supone? El pobre inválido se confesó y comulgó. Algunos días después, su hermano, médico, me escribió y me decía en la carta:

"Le doy las gracias por haber reconfortado con la fuerza de la fe a mi hermano.

Nosotros, los médicos, no fuimos capaces de mitigar su sufrimiento; y he ahí que el consuelo espiritual le ha mejorado mucho: goza ahora de gran paz y está animado más que nunca; ha caído en la cuenta de que le ha elegido Dios para que pueda crecer espiritualmente..."

¡Qué bendito tesoro es nuestra fe católica!

Yo también me siento débil y frágil Yo también huyo del sufrimiento como Simón el Cireneo. Y con todo, el sufrimiento puede ser mi oportunidad, la ocasión de hacerme santo, con tal de que quiera seguir el ejemplo de Cristo.

¡Qué bien me conocía el Señor cuando quiso sufrir también Él de esta manera! Él también temía y temblaba: *"Comenzó a atemorizarse y angustiarse" (Marcos 14,33).* Sudó gotas de sangre de puro temor y exclamó: *"Padre mío, si es posible, no me hagas beber este cáliz" (Mateo 26,30).*

"¡No me hagas beber este cáliz!" Seguramente pensaba en mí el Señor; pensaba en todos nosotros que decimos asustados: *"¡No, líbrame de esta desgracia! ¡De ésta, tan sólo de ésta... ! "No me hagas beber este cáliz."*

Sí. Es lícito rezar de esta manera. Pero si la desgracia nos sorprende, hemos de saber inclinar la cabeza, besar los designios de Dios y decir con Cristo: "*No obstante no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú quieres" (Mateo 26,39). Fiat voluntas tua.* "Hágase tu voluntad."

Según SAN MATEO y SAN MARCOS, la mitad del peso de la cruz seguía sobre los hombros de Cristo, de modo que Simón el Cireneo no hizo sino *ayudar a Jesús.* En cambio, el Evangelio según SAN LUCAS, parece indicar que durante un trecho, Simón Cireneo *llevó él solo la cruz*, caminando detrás de Cristo: "...le cargaron con la cruz, para que la llevase en pos de Jesús" (Lucas 23,26). Los pintores suelen pintar esta escena cargando la cruz sobre Cristo y Simón al mismo tiempo. En cambio, en las representaciones de la Pasión de Oberammergau, Simón lleva la cruz él solo.

También en nosotros hay estas variantes. Algunas veces nos parece llevar la cruz de la vida juntamente con Cristo; y entonces la llevamos con gozo, con facilidad, porque sabemos y sentimos

que Cristo nos ayuda a llevarla; que media cruz pesa sobre sus hombros.

Pero algunas veces cae encima de nosotros la noche más oscura —¿quién no lo ha experimentado?—, y parece que Cristo nos carga por completo su cruz, y ésta casi nos aplasta por un camino sin estrellas, por el camino del dolor. Es la hora más dura: cuando llevamos la cruz y no sentimos la fuerza que Cristo nos mereció.

"Sí, —me dices—; Simón llevó la cruz con gusto porque así aliviaba a Cristo. Yo también la llevaría de buen grado *si supiera que con ello mitigaba en algo el dolor de Jesús.* Pero Cristo no está ya en esta vida. Él no puede ya sufrir. Cristo también lloró un día, pero hoy, sentado en la gloria celestial, no puede ya llorar. ¿Cómo podrá servirle de consuelo mi sufrimiento? ¿De qué le servirá el que yo lo acepte hoy?"

¿De qué le sirve? Le sirve tanto como si hubieses estado junto a Simón el Cireneo y le hubieses ayudado entonces a llevar la cruz. Así como la Pasión de Cristo no fue motivada tan sólo por los pecados que los hombres cometieron antes de su venida, sino que Cristo vio de antemano todos los pecados de todos los hombres que habían de vivir, y todo este peso cargaba sobre sus hombros —allí estaban también mis propios pecados—; también previó todos los actos futuros de sacrificio y abnegación, todos los sufrimientos soportados en su nombre, y todos le sirvieron de alivio y consuelo.

SAN PABLO nos muestra en una de sus cartas a Cristo en el cielo, ante el acatamiento del Padre, presentando sus llagas, para la remisión de nuestros pecados. Es de suponer, que al hacerlo, Cristo está presentando también todos los sufrimientos que los hombres han soportado sin proferir palabra, sin rebelarse, con ánimo esforzado y generoso, y que han aligerado el peso de su Cruz.

¿Cómo lograr este ánimo?

¿Cómo conseguir semejante ánimo para llevar la cruz del sufrimiento?

No podemos conseguirlo sin la ayuda de Nuestro Señor Jesucristo.

Hace algunos años fue expuesto en París un cuadro de del artista vasco Máximo Real del Sarte. El cuadro representaba a

Jesucristo con la cruz sobre los hombros, pero no iba abrumado, cansado, agotado, tal como suelen representarle muchas veces, sino que llevaba la cruz derecho, erguido, con aire de triunfo; los brazos de la cruz parecían abarcar todo el horizonte. En pos de Cristo avanzaba una muchedumbre inmensa; y todos le ofrecían el hombro para aliviarle. Mujeres y hombres, viejos y jóvenes, niños, sacerdotes y seglares, obreros, militares, niñas, religiosas..., todos le ofrecen sus hombros, vigorosos o débiles... Y todos, Cristo y los hombres, avanzan con la misma valentía, con la misma confianza, con el mismo ánimo hacia el Gólgota, hacia el sacrifico.

No es el sufrimiento el mal mayor, sino el alma abatida por el sufrimiento.

Sufrir siempre ha sido el destino humano y no dejará de serlo...; pero *el no perecer en él, el no quebrantarse bajo su peso, aún más, el aprovechar el sufrimiento como peldaño que nos eleva a las alturas sobrenaturales..., esto es algo sublime, que no puede enseñárnoslo sino la Cruz de Cristo.*

Cristo no huyó del sufrimiento, sino que lo venció. Amaba su cruz, pues iba a condensar todo su Evangelio en la Cruz de su Pasión y Muerte. Fue pobre, pero venció su pobreza con ánimo alegre. Ayunaba, pero su ayuno fue un sacrificio voluntariamente aceptado.

De modo que el poeta francés, VICTOR HUGO, no hizo sino recoger el sentir cristiano al escribir: "Vosotros, que lloráis, venid a este Dios, porque también Él llora; vosotros, que sufrís, venid a Él, porque Él cura; vosotros, que tembláis, venid a Él, porque Él sonríe; vosotros, los mortales, venid a Él, porque Él es eterno."

Se comprende por qué son tan fuertes los que en los días del sufrimiento saben apoyarse en Cristo. De estos son los que habla San Pablo cuando dice: *"Sufrieron escarnios y azotes, además de cadenas y cárceles; fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba..., aquellos de quienes el mundo no era digno"* (Hebreos 11,36-38).

Son fuertes, porque para ellos Cristo *es el ancla, la roca, la columna...* Es posible que tiemblen, que se estremezcan, que giman, que crujan, pero no importa; el ancla resiste, la roca permanece firme, la columna no se quebranta.

Son fuertes, porque, gracias a Cristo, el hombre alcanzó un privilegio sin igual: poder *aceptar el sufrimiento.* Los que no tienen fe lo soportan de mala gana; el cristiano lo abraza.

"Creo en Dios". ¡Cuántas veces repetimos esta hermosa confesión de fe! Sin embargo, descubrir y reconocer a Dios dónde y cómo quiera manifestarse: en la felicidad o en la desgracia, en la salud o en la enfermedad, esto ya es de espíritus verdaderamente cristianos.

Acaso me dices; *"Soportaría con buen ánimo los sufrimientos si fuese Dios quien me los enviara.* ¡Pero mi sufrimiento proviene de la maldad humana! Junto a mi casa vive una mujer que me calumnia... Mi esposo es testarudo... Mi esposa es caprichosa a más no poder... Hombres desalmados robaron mi pequeña fortuna..."

En verdad, todo esto es muy duro. Pero Jesucristo nos enseñó a ver aun en estas cosas el plan de Dios, sus santos designios.

¿Quiénes fueron los que apresaron a Jesucristo en la noche del Jueves Santo? La maldad de los hombres. Y no obstante, ¿qué dijo el Señor a Pedro cuándo éste desenvainó con vehemencia su espada?: *"Mete tu espada en la vaina. El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿no lo he de beber?"* (Juan 18,2). Nosotros pensábamos que eran los malvados los que le prepararon la desgracia; pero Cristo dijo que era el Padre quien se la envió.

¿Dónde podremos conseguir este ánimo esforzado para podernos enfrentar con el sufrimiento? En la escuela de Cristo, que por amor a nosotros llevó su cruz.

Si creo en Dios, confío en Él. El ciego se confía a las manos de un niño; el enfermo se confía a la ciencia del médico; yo, en la desgracia, me confío al amor del Dios omnipotente. Porque sé muy bien que, así como El traza el camino a las nubes y a los vientos, también me mostrará a mí un sendero seguro, y que Dios no me puede engañar.

¡Qué dulce es mirar, en los momentos en que nos golpea el sufrimiento, a Jesucristo cargado con su cruz, camino del Calvario!

Cuando en el pentagrama musical hay una "cruz" delante de una nota, ésta sube de tono; cuando en la vida está la cruz de

Cristo delante de un alma que sufre, ésta también se levanta. Por la fuerza de la cruz.

"Bendito sea *Dios por todo"* —tales fueron las últimas palabras de SAN JUAN CRISÓSTOMO.

"Padre mío, en *tus manos encomiendo mi espíritu"* (Lucas 23,46).

Condúceme por tus caminos, aunque sean pedregosos.

Condúceme según tus planes, aunque sean inescrutables para mí.

Condúceme, por medio de la cruz, al reino de la luz eterna.

XIV. El padecer de Cristo y el mío (V)

Hay una observación interesante en el capítulo X del *Éxodo* que describe las plagas de Egipto. El Señor envió nieblas muy espesas sobre el pueblo egipcio, que rechazaba sus mandatos. Durante tres días hubo una oscuridad tal que *"nadie pudo ver a su vecino ni moverse del sitio en que estaba"* (Éxodo 10,23). Pero lo más interesante es que, al mismo tiempo, en las moradas de los judíos que confiaban en Dios, brillaba una luz resplandeciente.

Creyentes e incrédulos, hombres que cumplen los mandatos de Dios y hombres que le resisten, todos viven juntos y mezclados sobre la tierra; las desgracias, los sufrimientos, las tribulaciones de la vida nos visitan igualmente a todos; pero, mientras que el sufrimiento envuelve en gran oscuridad a los que no tienen fe, por el contrario, para los que creen en Dios, les ilumina con una gran claridad. Esta luz irradia de la cruz de Cristo.

¿No es para meditarlo que Jesucristo siempre rehusara el homenaje solemne, y no lo permitiera más que en una sola ocasión: en la vigilia de su Pasión afrentosa, al entrar triunfante en Jerusalén?

En todas las demás ocasiones, cuando el pueblo quiso festejarle y hasta proclamarle Rey después de uno de sus milagros, siempre se apartó de la entusiasta muchedumbre y se escondió. Pero las vísperas de su Pasión, Él mismo quiso recibir el homenaje, el *hosanna,* de los hombres.

¿Por qué? Porque quería cambiar todas las ideas sostenidas hasta entonces por la humanidad respecto del sufrimiento.

“Para que sigáis sus huellas..."

SAN PEDRO, refiriéndose a la Pasión del Señor, escribió en cierta ocasión: *"Porque esto es grato a Dios, el que uno por consideración a Él, soporte las penas padeciendo injustamente.... Para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por vosotros, dándoos ejemplo, para que sigáis sus huellas"* (I Pedro 2,19-21).

Es decir, el Señor pasó por los dolores más atroces para que en las horas de la tribulación podamos seguir sus huellas.

¿Sabéis cuáles son los momentos más dolorosos del sufrimiento? Cuando el hombre se siente abandonado; cuando en sus labios estalla la queja de que nadie en este mundo se apiada de él; cuando parece que el mismo Dios le deja desamparado.

¿Habéis estado gravemente enfermos en un sitio lejano, en un país extranjero y extraño? ¿Habéis sentido la espantosa soledad espiritual, cuando por la noche os despertasteis del sueño febril..., encendisteis la luz... y ¡ah! ¡eran todavía las once y media! ¿Cuándo llegará el alba? ¡Si alguien estuviese junto a mí!... ¡Un alma bondadosa, a quien pudiera contar cuánto sufro! Porque sufrir a solas es doble sufrimiento.

Jesucristo aceptó esta clase de sufrimiento: quiso sufrir completamente solo.

Estar solo en el dolor es horroroso. Mira a los niños por la calle. ¡Cómo se cogen instintivamente las manos unos a otros! Sienten que así no están solos... Mira a los adultos. ¡Cuántas veces al día se dan la mano! El dársela significa: No temas, no estás solo, puedes contar conmigo

Pero Cristo quedó solo durante su Pasión, en los momentos de su agonía, cuando más necesitaba de nuestra compañía.

Le abandonaron sus discípulos y sus amigos, le abandonaron los ángeles, le abandonó —humanamente hablando— el mismo Padre celestial.

Le abandonaron sus discípulos. Uno de ellos juró que nunca le había conocido; el otro, al ser aprehendido, dejó su vestidura y huyó; todos los demás se dispersaron.

Le abandonaron sus amigos. ¿Dónde están los numerosos enfermos que curó? ¿Dónde están aquellos a quienes dio consuelo, para que, a su vez, vinieran ellos a consolarle? No pueden venir: están ocupadísimos con los preparativos pascuales.

Él dio de comer a cinco mil hombres en el desierto, y ni uno de los cinco mil se presenta ahora. No, ni uno solo. Los tullidos y los cojos que recobraron la salud por Él, éstos sí que podrían venir. No pueden: hace un tiempo magnifico, han de trabajar en el campo.

Pero, *¿dónde están los ángeles?* Por lo menos, ellos sí que podrán traerle algún consuelo. Cuando Pedro cortó la oreja del

criado, ¡con qué seguridad dijo el Señor: *"¿Piensas que no puedo acudir a mi Padre, y que me dará al punto más de doce legiones de ángeles?"* (Mateo 26,53). Ahora acude al Padre, y no vienen las legiones; no viene ni un solo ángel.

Porque —es espantoso el decirlo— *parece que el mismo Padre le abandonó*... El Evangelista consigna que el sentimiento de su desamparo se apoderó de Cristo en la agonía, y las palabras con que clamó a su Padre. El Evangelista quiso escribirlas en su lengua original aramea, tal como brotaron ardientes de los labios de Jesucristo, aquellas palabras indescifrables, de profundidad casi infinita. Quizá para que podamos meditarlas llenos de asombro y agradecimiento hasta el final del mundo: "ELOI! ELOI! LAMMA SABACTHANI?" *"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"* (Marcos 15,34). Se oyó el grito angustioso... y nadie le respondió.

¿Podemos imaginarnos un trance más terrible? ¡A qué desamparo ha descendido Jesucristo, hasta llegar a sudar gotas de sangre!

Pero, ¿por qué? ¿Por qué quiso sufrir el Señor tan gran desamparo?

Con toda seguridad, por amor a nosotros. ¡Por las horas solitarias del dolor que nos acosa! Para aliviar las quejas de nuestro corazón. Para que en las horas del sufrimiento tengamos a quien asirnos y podamos seguir sus huellas.

Sufrir es destino común de los hombres; pero sufrir meritoriamente es un privilegio del cristiano.

El sufrimiento sólo es inaguantable para aquel que no conoce el sentido divino del dolor y no sabe para qué sirve el sufrimiento. Pero el que sufre sabiendo que su dolor aceptado santifica a otras almas, no sentirá jamás que el sufrimiento sea inaguantable.

Cuando la noche del dolor nos envuelve, y no hay nadie, absolutamente nadie en este mundo que comprenda nuestro mal, corramos a Cristo, a Cristo en su Pasión. Y si el dolor es muy profundo, quejémonos; y si nos quema mucho, lloremos. Unámonos a Cristo con el corazón sangrante y la voluntad firme. Este sufrimiento será meritorio.

Mi Padre sabe lo que más me conviene

¡Cuántas veces oímos esta queja: *"¡Esta vida es inaguantable! ¿Cómo puedo creer en un Padre celestial? Si tenemos un Padre que nos ama, ¿por qué no nos libra de tantas desgracias, de tantos dolores?"*

¿Por qué? ¿Por qué?... ¿Quién puede dar una respuesta satisfactoria? ¿Y quién podrá explicar por qué no libró ni siquiera a su Hijo unigénito, a Jesucristo, y consintió, por ejemplo, que hubiese de huir al extranjero aquel Niño que apenas si contaba unas pocas semanas? Conviene recordarlo con frecuencia. Y recordar también el ánimo con que San José recibió el mandato para la huída.

El Señor le ordena: *"Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto"* (Mateo 2,13). ¡Levántate! ¿Cuándo? En la noche oscura, sin ningún preparativo. ¡Toma al Niño y huye! ¿Adónde? A Egipto, al extranjero, donde no conoces a nadie.

No sé yo si en caso de que nosotros hubiésemos tenido que huir de esta manera, que no se nos hubiese escapado alguna queja y murmuración: ¿Por qué permite Dios esta desgracia?

¿No tiene otros mil medios de salvarle? ¿Por qué no muere el sangriento Herodes? ¿Por qué ha de huir precisamente Jesucristo?

San José no pensó de esta manera. Sacó fuerzas de este sencillo pensamiento: Es la voluntad de Dios; por tanto, esto será ciertamente lo mejor. Porque Él es mi Padre y sabe mejor que yo lo que conviene.

¡Sí! Este es el espíritu cristiano: Dios es nuestro Padre, aun cuando permite que suframos.

El sufrimiento nos ayuda a valorar lo que tenemos

“¡Mi vida no es más que dolor y miseria!" —ese otra queja hartas veces repetida.

Cuidado, hermano, no hables con tanta precipitación. Muchos son tus dolores, lo concedo. Has sufrido muchas desgracias, de acuerdo. Pero, ¿realmente tu vida no es más que dolor y miseria? Es posible que haya en ella meses, años, y acaso decenios muy oscuros. Pero dime: ¿No has tenido también horas de sol resplandeciente? ¿No has tenido también muchas alegrías?

Es admirable la facilidad con que olvida el hombre sus alegrías y cuán difícilmente olvida sus pesares. El dolor es pesado, la alegría es ligera y se disipa corriendo.

No midas con medida falsa. Tú, que no cesas de quejarte, siéntate y haz el balance: *¿Cuántas alegrías has recibido ya de Dios?* Haz cuenta exacta de estas alegrías. ¿Qué alegrías?

Muchas. Un hombre se quiebra la pierna; sólo entonces se da cuenta de lo que tenía cuando la pierna estaba sana. Le prescriben usar gafas, y sólo entonces ve lo que era para él, la vista perfecta y aguda. Se pone enfermo; entonces descubre el gran tesoro de la salud. Pierde un miembro querido de su familia; entonces nota cuántos seres queridos le dio Dios. ¿Por qué hemos de ver el valor de las cosas sólo cuando las hemos perdido?

Confieso que hay muchos dolores en la vida; pero también son muchas las pequeñas y risueñas alegrías que no queremos notar. Si fuésemos agradecidos podríamos llevar mucho mejor las cargas que nos han tocado en la vida.

Un labrador cansado de la jornada, con el zurrón al hombro, se encamina hacia su casa. Allí le espera una pobre sopa, unos niños hambrientos, muchos pesares y preocupaciones. Se arrastra cansado y malhumorado. ¡Qué dura y amarga resulta la vida!...

Pero de repente empieza a cantar un grillo, no sabe dónde... La música del grillo sigue sus pasos tercamente. Pero ¿cómo?...

¡Aquí está: en el fondo del zurrón! Debió de entrar seguramente cuando trabajaba y su zurrón estaba sobre la hierba. ¡Qué terca, la cancioncita del grillo! ¡Qué dulce llega a resonar, por fin, en los oídos del triste labriego!

Cuanto más avanza y más atención presta al grillo que canta, más se alivia su alma apesadumbrada, y una leve sonrisa se va dibujando en sus labios llegando a su casa...

Esto que sufres por Dios tendrá su recompensa, por todo esto será Dios tu galardón.

El sufrimiento nos acerca a Dios

Bienaventurado el hombre en cuya alma, mientras su vida corre hacia el ocaso, canta agradecido por todo lo que ha

recibido. Dios, cuando está para llamar al hombre, no quiere por lo regular que la partida sea una ruptura repentina, sino que a fuerza de achaques y de enfermedades, va desatando despacio los lazos terrenos, hasta incluso quitarle las ganas de vivir, para que espere la muerte como la llegada de su mejor amiga.

El sufrimiento nos acerca a Dios cuando sabemos mirar la cruz de Cristo.

Una comisión americana resolvió encargar unas treinta mil cruces de mármol blanco, para colocarlas en las tumbas de los treinta mil soldados americanos caídos en Italia durante la segunda guerra mundial.

Pero el encargo de las treinta mil cruces encerraba una cláusula muy especial: que los obreros que trabajasen el mármol no blasfemasen ni una vez siquiera durante su trabajo. Los obreros italianos prometieron no blasfemar y cumplieron su palabra.

Pues si no se aviene el esculpir una cruz y el blasfemar, mucho menos se concilian el llevar una cruz y el desesperarse bajo su peso. Todo lo contrario: hemos de llevar la cruz y por el camino de la cruz acercarnos a Dios.

Al día siguiente de Navidad celebramos la fiesta de un mártir. La Iglesia parece advertirnos con ello que imitar de Cristo no es fácil, requiere llevar una vida sacrificada, dura y abnegada.

Jesús cargado con la cruz a cuestas, nos llama a seguirle. Sólo así la cruz será mi salvación, porque me ennoblece y purifica.

He aquí algunas líneas de la carta que me escribió una señora que se vio obligada a huir de Transilvania, y que en otro tiempo vivió en la abundancia.

"No se sorprenda usted de que a mí me resulte tan horrorosa la pobreza; pero una persona que tuvo una vida tan refinada (tenía un palacio, varios autos, haciendas... y muchos admiradores), se acostumbra a la pobreza más difícilmente que los que nunca han conocido la abundancia."

"A pesar de todo —lo escribo con satisfacción—, ahora aquí en la choza, hay más paz en mi corazón y en mi alma que cuando vivía en un palacio. Porque es más grande mi fe... Y si miro la bóveda estrellada desde mi pequeña ventana, siento que el Cielo está más cerca de mí que cuando la miraba desde el balcón de mi

elegante morada... Y es seguro que también ahora Dios está más cerca de mi pobre alma."

Suframos meritoriamente

Así como en la tempestad de alta mar el marino descubre muchas veces islas no consignadas en el mapa, de modo análogo muchos hombres llegaron a descubrirse a sí mismos y a descubrir las desconocidas profundidades de su alma en medio de una tempestad del espíritu.

¡Ojalá pudiésemos santificar todos nuestros sufrimientos con la gracia de Cristo! ¡Cuántos pecados podríamos reparar!

No nos contentemos con sufrir; esto lo hace cualquiera, sino suframos meritoriamente. ¡Son tan contados los que saben aprender este arte!

Aprendamos este gran arte, la santificación del sufrimiento, al pie de la cátedra de la cruz. Ante aquellos dos trozos de madera clavados en cruz. Dos trozos de madera: uno horizontal y el otro vertical, símbolo elocuente del destino humano.

Porque, ¿en qué consiste la vida? Líneas verticales de deseos, planes, objetivos que se lanzan con atrevimiento hacia el Cielo; y después una línea horizontal que como una racha lo atraviesa todo, lo borra todo y hace de los planes una cruz.

Ya que hemos de sufrir, de buen o mal grado, vale más aliviar las desgracias con mansedumbre, con paciencia y con la esperanza de un galardón, que hacerlas más pesadas con la impaciencia... El animal cogido en la trampa, cuanto más se debate más aprieta el lazo que le sujeta; el pájaro cogido en la red, cuanto más se agita, más traba sus alas; no hay yugo pesado que no se lleve más fácilmente con tranquilidad que con impaciencia.

¡Cristo en la cruz! Ejemplo bendito para el hombre que sufre; ejemplo que nos muestra cómo hasta en medio de las ruinas de esta vida terrena y entre los desengaños y dolores más amargos se pueden escalar las cimas de la santidad, acercándonos a Dios.

El sufrimiento nos impulsa a mirar el cielo

Una hermosa leyenda polaca cuenta la creación de la alondra.

Cuando el Señor vio lo duramente que trabajaban nuestros primeros padres expulsados del Paraíso, y con qué tristeza inclinaban su cabeza durante el trabajo, cogió un terrón de tierra en sus manos y lo echó al aire... Y he ahí que el terrón arrojado se transformó en un pajarito; fue la primera alondra, cuyos magníficos gorjeos hicieron levantar la cabeza del hombre cansado hacia el cielo. Desde entonces el canto de ese pájaro alegra el trabajo ímprobo y sudoroso del labriego.

La alondra cantora de nuestra vida terrena es la fe inquebrantable en Dios. Cuando nuestra cabeza se inclina cansada hacia el suelo, esta fe la levanta hacia las alturas: Cuando las olas del sufrimiento casi nos sepultan, esta fe nos alienta y consuela.

Nuestra fe en Dios y nuestra mirada puesta en el Crucificado tal vez no sean capaces de sacar los clavos de nuestra cruz; pero por lo menos nos habla de la otra vida, de la eterna felicidad.

Basta que creas

Jairo, jefe de la sinagoga, tenía una hija de doce años, que estaba mortalmente enferma. El padre, postrado de rodillas, pidió al Señor que fuese a su casa y curase a la pequeña. Mientras el Señor caminaba hacia la casa, llegó la noticia de que ya era demasiado tarde. La muchacha había fallecido.

¿Qué es lo que dice entonces el Señor al padre afligido? Fijaos bien. *“No temas: basta que creas"* (Lucas 8,41).

¡Cuántos hombres hoy sufren llevando su cruz! ¡Cuántos miles y miles de hombres! Pero ¿hacen lo que hizo Jairo, preocupado por su hija? *"Se postró a sus pies, suplicándole que viniese a su casa"* (Lucas 8,41).

Cuando nos acosa algún mal, *¿acudimos realmente a Dios, nos postramos ante Él?* ¿Es nuestro primer pensamiento la providencia de Dios, sin cuya voluntad no puede caer un solo cabello de nuestra cabeza?

"¿Cómo es posible en medio del dolor que mi primer pensamiento sea para Dios? —me preguntas acaso—. ¿No he de procurar dar alivio a mi mal? ¿No he de ir a buscar el remedio? ¿He de esperar rezando que la curación me venga del cielo? Estoy enfermo. ¿No he de llamar al médico? ¿He de rezar tan solo?"

De ninguna manera. Vete a buscar el remedio. Llama al médico. ¡Pero *cree también en Dios!* Cree que aun en medio de la desgracia está contigo tu Padre celestial. Cree que son vanos los esfuerzos del hombre sin la bendición de Dios. Cree lo que te enseña SAN PABLO: *"Todas las cosas son vuestras... el mundo, la vida, la muerte, lo presente, lo futuro: todo es vuestro. Vosotros, sin embargo, sois de Cristo y Cristo es de Dios"* (I Corintios 3,22). ¡Cree de veras en esta entrega completa de todo tu ser a Dios!

Dios sabe la carga que podemos llevar

Dos niños ayudaban a su padre a transportar leña. Uno de ellos abrió sus pequeños brazos, y su padre fue cargándolos de leña desbastada para que la llevase a casa. Su hermano lo miraba, y cuando le pareció que ya tenía bastante, le dijo:

—Basta, Juanito, no puedes llevar tanto peso.

Pero Juanito contestó con una sonrisa:

—Bien sabe mi padre el peso que puedo soportar.

El que de esta manera cree en Dios, no diré que pueda evitar el sufrimiento, que no pueda ser zarandeado y sacudido por el mismo, mas no será abatido, porque siempre podrá decir: *"Bien sabe Dios lo que puedo yo"*.

La hora de la enfermedad puede ser también la hora de Dios. Es en la enfermedad cuando muchos hombres tienen tiempo por fin para el Señor. *"Humillaos, pues, bajo la mano poderosa de Dios, para que a su tiempo os ensalce"* (I Pedro 5,6).

Las palabras de Jesucristo: *"No temas, basta que creas"*, no significan que el Señor nos va a conceder en seguida todo lo que le pedimos y en la forma que deseamos. No, no es así. Él escucha todas nuestras súplicas; pero las despacha como mejor le parece.

"¡Qué incomprensibles son sus juicios, que inapelables sus caminos!" (Romanos 11, 33).

Aquí en la tierra no somos sino viajeros en un tren; unos en vagones de primera, asientos lujosos, con todas las comodidades; y otros en los de clase económica. Pero no importa, al final todos se encuentran en la misma estación, en el otro mundo.

El hombre no fue creado por Dios para sufrir, sino para ser feliz. Todas nuestro ser anhela la felicidad.

Grande fue María Magdalena al verter lágrimas de arrepentimiento a los pies del Señor; pero el más precioso momento de su vida no fue éste, sino el momento gozoso en que escuchó la voz de Cristo resucitado: ¡María!

Grande fue la Virgen Bendita al pie de la cruz, cuando su corazón era traspasado por el dolor; pero la meta final de su camino no fue la cruz, el “Stabat Mater”, sino el “Regina Coeli, laetare”, el “Alégrate, reina del cielo”.

Aquí se encuentra la solución final al problema del sufrimiento: en la vida eterna.

Una persona enferma que llevaba con admirable serenidad su padecimiento, me dijo un día:

“¿Ve usted, Padre, allí en la pared, frente a mí, aquel crucifijo? Antes, cuando estaba sano, tenía este crucifijo colgado sobre la cabecera de mi cama; pero ahora lo hice colocar allí, frente a mí. Porque es más fácil sufrir si el crucifijo está a la vista; si puedo ver a Jesucristo que sufre por mí.

XV. El resultado de la Pasión de Cristo

Por su Pasión y muerte, Jesucristo es nuestro Pontífice eterno y es también nuestro Redentor.

En todos los pueblos y en todas las épocas ha habido sacerdotes. Siempre y en todas partes se escogieron hombres para que hicieran de sacerdotes, es decir, de mediadores entre Dios y los hombres. A los sacerdotes de más categoría los llamaron pontífices —"pontifex" significa constructor de puente"—, porque en ellos honraban el puente vivo que une el cielo con la tierra.

El deber principal de los sacerdotes siempre ha sido ofrecer sacrificios a Dios en los altares para implorar su perdón por los pecados de los hombres, pedir su ayuda para las necesidades humanas o darle gracias por los bienes recibidos.

Jesucristo es nuestro Pontífice eterno

La serie de sacerdotes y pontífices se ve coronada por la dignidad sacerdotal de Jesucristo. De Él escribe SAN PABLO: *"Teniendo, pues, por Sumo Pontífice a Jesús, Hijo de Dios, que penetró hasta lo más alto del cielo, estemos firmes en la fe que hemos profesado"* (Hebreos 4,14). *"Y tal convenía que fuese nuestro Pontífice, santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores y más alto que los cielos"* (Hebreos 7,26).

¿De qué manera fue Cristo nuestro Pontífice eterno? Siendo *a la vez sacerdote y víctima*. Desde el pesebre de Belén hasta la cruz del Gólgota, toda su vida no fue otra cosa que un continuo sacrificio ofrecido por nosotros. Este fue el objeto de su Encarnación; esto es lo que tenía de continuo ante sus ojos.

¡Cuántas veces expresó Él mismo este pensamiento: *"El Hijo del hombre no ha venido, a ser servido, sino a servir y, a dar su vida para la redención de muchos"* (Mateo 20,28). *"Esta es mi sangre de la alianza, que será derramada por muchos para remisión de los pecados"* (Mateo 26,28).

Contemplando su Pasión dirá*: "Tengo que recibir un bautismo, ¡y cómo me siento constreñido hasta que se cumpla!"* (Lucas 12,50).

El fin de su vida es darse en rescate por nosotros. *"Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros"* (Lucas 22,19), dice en la Ultima Cena.

Jesucristo, nuestro Redentor

Mediante su Pasión Cristo se hizo nuestro eterno y Sumo Pontífice y nuestro Redentor.

¿Por qué ha padecido tanto? No puede caber duda; la Sagrada Escritura lo pregona a cada paso. ¡Por nosotros! ¡Por nosotros! Oigamos, al profeta ISAÍAS: *"Por causa de nuestras iniquidades, fue él llagado y despedazado por nuestra maldad"* (Is 53,5). Y dice SAN PABLO: *"Cristo murió por nuestros pecados"* (I Cor 15,3).

Jesucristo es "el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo" (Juan 1,29). Cuando éramos enemigos de Dios, Él nos perdonó *"por la muerte de su Hijo",* porque Él es nuestro Cordero pascual, que ha sido inmolado (I Cor 5,7). Dios *"nos hizo gratos a sus ojos, en su querido Hijo, en quien por su sangre logramos la redención y el perdón de los pecados, según las riquezas de su gracia"* (I Efesios 1,6-7). Cristo es *"la víctima de propiciación por nuestros pecados"* (1 Juan 2,2). *"Fuisteis comprados a gran precio"* (I Corintios 6,20).

"Fuisteis rescatados de vuestra vana conducta de vida que recibisteis de vuestros padres, no con oro o plata, que son cosas perecederas, sino con la sangre preciosa de Cristo, como cordero sin defecto ni mancha" (I Pedro 1,18-19).

"Cristo nos redimió de la maldición de la ley, haciéndose por nosotros objeto de maldición" (Gálatas 3,13), es decir, cargó sobre sí nuestros pecados, origen de toda maldición.

Así nos redimió Cristo. Nos redimió obedeciendo al Padre celestial cuando nosotros le desobedecíamos. Amando al Padre cuando nosotros no le amábamos. Mientras Él decía: *"Padre mío, no se haga mi voluntad, sino la tuya"*, nosotros, erguidos en nuestra soberbia, anteponíamos nuestra propia voluntad a la divina.

Jesucristo, nuestro Maestro

Cristo no es sólo nuestro Pontífice y Redentor, sino nuestro Maestro; su cruz no es tan sólo altar de sacrificio, sino también cátedra de enseñanzas.

La Pasión de Cristo nos revela la justicia de Dios.

Porque Cristo es *"a quien Dios ha puesto para ser la víctima de propiciación en virtud de su sangre por medio de la fe, a fin de demostrar la justicia que da Él mismo, perdonando los pecados"* (Romanos 3,25).

"A quién no conoció el pecado, le hizo pecado por nosotros para que en Él fuéramos justicia de Dios" (II Corintios 5,21).

La Pasión de Cristo revela lo misericordioso que es Dios.

"Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo unigénito, a fin de que todos los que creen en Él no perezcan, sino que tengan vida eterna" (Juan 3,16).

"En esto se ha manifestado el amor de Dios hacia nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que por Él tengamos vida" (Juan 4,9).

*"Dios probó su amor hacia nosotros, en que siendo pecadores, murió Cristo por noso*tros" (Romanos 5,8-9).

"En esto se demuestra el amor de Dios, no porque nosotros hayamos amado a Dios, sino porque Él nos amó primero, y envió a su Hijo a ser víctima de propiciación por nuestros pecados" (I Juan 4,10).

La Pasión de Cristo nos revela también cómo amaba Jesús a su Padre. El mismo Señor explica el porqué de su Pasión diciendo que ha de cumplirse *"a fin de que conozca el mundo que yo amo al Padre y que cumplo con lo que me ha mandado"* (Juan 14,31).

"Se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz" (Filipenses 2,8). *"Aunque era Hijo de Dios, aprendió, por lo que tuvo que padecer, a obedecer"* (Hebreos 5,8).

Finalmente, la Pasión de Cristo nos revela cuánto amaba Cristo al hombre. *"Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos"* (Juan 15,13).

"Cristo... murió por los pecadores. En verdad, apenas habrá quien esté dispuesto a morir por un justo... Pero Dios mostró su amor hacia nosotros en que siendo pecadores, murió Cristo por nosotros" (Romanos 5,6-9).

"Me amó y se entregó a la muerte por mí" (Gálatas 2,20).

"En esto conocemos el amor de Dios, en que dio su vida por nosotros" (I Juan 3,16).

Jesucristo crucificado, nuestro consuelo

La Pasión de Cristo es también de gran consuelo para el hombre que sufre.

Cristo quiso pasar por las profundidades de los sufrimientos más agudos para que no haya nadie en la tierra —por mucho que padezca— que no pueda acudir al Él en busca de consuelo. Realmente, en medio de los más crueles dolores, podemos acudir confiadamente a Jesucristo, de cuyos labios se escaparon estos dos gritos tan humanos que le acercaron a todos los atribulados del mundo. Uno de ellos en el monte de los Olivos: *"Padre mío, si es posible no me hagas beber este cáliz"* (Mateo 26,39). El otro en el monte Calvario: *"Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*".

Pero ¿es posible? —nos preguntamos. ¿El Padre celestial desamparó de veras a Cristo, le abandonó en su agonía? ¿Es que Cristo se desesperó en la cruz?

Ah, no. No es desesperación, sino oración. El que empieza de esta manera sus palabras: "Dios mío, Dios mío", no está desesperado, sino que reza.

Entonces, ¿qué es lo que quería Cristo cuando de esta manera manifestó su dolor?

Quería enseñarnos que no es pecado llorar cuando el dolor nos hace llorar, ni es pecado sollozar si la desgracia descarga sus terribles golpes sobre el alma; no, no es pecado si empezamos nuestra oración de esta manera: "Dios mío, Dios mío".

¿Ha fallecido tu esposo? ¿Ha muerto una de tus hijas? ¿Has perdido toda tu fortuna? ¿Una enfermedad incurable te tortura desde hace años?... Comprendo tu sufrimiento, pero besa a Jesucristo crucificado y dile entre lagrimas: “Dios mío, Dios mío.”

En una carta que recibí, una enferma me escribía:

"He pasado por terribles desgracias. Lo he perdido todo, una cosa tras otra. Perdí a mis padres; perdí a mi novio, que me amaba; me quedé completamente pobre. Pensaba ya haberlo perdido todo, cuando vino esta enfermedad tan larga, con dolores tan acerbos. Once años hace que guardo cama. Durante este tiempo no he pasado levantada más que unos cortos instantes.

He sufrido varias operaciones; cada una de ellas me costó dolores indecibles. Hace años que estoy en el hospital, siempre entre personas extrañas, sin hogar, sin recursos económicos y... Padre: soy rica, porque estoy en paz, porque he encontrado a Cristo; a Cristo, que sufrió muerte de cruz por nosotros los atribulados, más que por los que gozan y disfrutan de la vida. He encontrado a Cristo, que padeció y murió por nosotros para que aprendiéramos a sufrir en paz, con paciencia, con entrega absoluta, con fe humilde y la esperanza anclada en Dios. No me pregunto: ¿Por qué he de ser yo? ¿Por qué he de sufrir precisamente yo? Sino que trazo la señal de la cruz y digo con Jesucristo: "Hágase tu voluntad."

En la Pasión de Cristo todo se aclara

Hay espejos que no reflejan nuestras verdaderas dimensiones, sino que las aumentan o empequeñecen, y las desfiguran.

El que se pone ante estos espejos cóncavos o convexos se ríe de sí mismo al ver cómo se alargan su cara, su boca, sus manos, sus piernas, o bien se achican.

En el espejo de nuestras pasiones humanas, también nosotros vemos la vida desfigurada, falsamente engrandecida o empequeñecida; lo que en realidad no tiene importancia desde el punto de vista de la vida eterna —dinero, poder, fama, goce—, todas estas cosas aparecen como absolutamente importantes; y lo único que realmente importa —la caridad, la sencillez, la pureza de corazón y la virtud—, aparecen muy pequeños en el espejo engañoso del mundo. Pero en este espejo de la Pasión de Cristo todo aparece en su verdadera luz; la Pasión de Cristo lo muestra todo en sus justas proporciones.

¿A qué nos obliga la Pasión de Cristo?

¿A que nos obliga la Pasión de Cristo?

Lo dicen con claridad los Apóstoles: Así como Cristo murió por nosotros, también nosotros debemos morir al pecado.

"Mas ahora estamos desligados de la Ley, estamos muertos a lo que nos sujetaba, de manera que sirvamos en espíritu nuevo, no en la letra vieja" (Romanos 7,6).

"Si obrando bien sufrís con paciencia, en eso está el mérito para con Dios. Que para esto fuisteis llamados, puesto que también

Cristo padeció por vosotros, dándoos ejemplo para que sigáis sus huellas" (I Pedro 2,20-21).

Jesucristo *"murió por nosotros, a fin de que ya velando, ya durmiendo, vivamos juntamente con él"* (I Tesalonicenses 5,10).

"Los que son de Jesucristo han crucificado su carne con sus pasiones y concupiscencias" (Gálatas 5,24).

El cuerpo y el alma están en lucha; todo cristiano ha de sostener este gran combate.

"Descarguémonos de todo peso y de los lazos del pecado que nos asedia y por la paciencia corramos al combate que se nos ofrece, puestos los ojos en el autor y consumador de la fe, Jesús; el cual, en vez del gozo que se le ofrecía, soportó la cruz, sin hacer caso de la ignominia, y está sentado a la diestra del trono de Dios" (Hebreos 12,1-2).

Los que corren en el certamen procuran librarse de todo peso y obstáculo; nuestra vida también es una carrera hacia la meta de la vida eterna, y su mayor obstáculo es el pecado; librémonos de él.

Debemos amar a Cristo, porque Él nos amó primero.

Pero, ¿qué es amar a Cristo? No es un simple conmoverse al verle tan desfigurado. Amar a Cristo es vivir para Dios, haciendo lo que le agrada.

"Puesto que Cristo padeció en la carne, armaos también del mismo pensamiento: que quien padeció en la carne ha roto con el pecado, para vivir el resto de su vida, no en concupiscencias, sino en la voluntad de Dios" (I Pedro 4,1-2).

"Cuando Dios os prueba con el fuego de las tribulaciones, no os extrañéis, antes bien, alegraos en la medida en que participáis de los padecimientos Cristo, para que cuando se descubra su gloria, exultéis de gozo" (I Pedro 4,12-13).

"Agrada a Dios que por consideración a él soporte uno las ofensas, padeciendo injustamente... Pues Cristo padeció por vosotros, dándoos ejemplo, para que sigáis sus huellas" (I Pedro 2,19-21).

Para amar, busquemos la fuerza en Cristo

En cierto viajé marítimo llegó a faltar el agua para beber. La tripulación del buque, sedienta, desesperada, suplicó a los de otro buque, que pasaba cerca, que le diesen agua. Se les contestó: "Sacadla del mar". Y es que se encontraban ya cerca de la orilla; navegaban por la desembocadura del Amazonas, río de agua dulce y potable, sin que la tripulación lo supiese. Gritaban por un poco de agua para beber, cuando allí mismo la tenían.

¡Cuánto sufre la humanidad! ¡Cuánto se queja! Clama desesperada buscando alivio y consuelo. Y, sin embargo, ¡qué pocos son los que aciertan a sacarlo de la cruz de Cristo!

Jesucristo en la cruz, exclamó: *"Tengo sed"* (Juan 19,28). Y no sólo hay que entenderlo como una sed física que padecía, estando agotado por los tormentos de la noche y por la gran pérdida de sangre, sino que tiene sed de almas, por las cuales sufre y muere.

El sacerdocio de Cristo no ha terminado ni terminará: Él es nuestro sacerdote eterno. Cristo no puede ya padecer ni morir, mas renueva cada día su sacrificio pontifical. Sus manos taladradas ya no le duelen; pero no cesa de suplicar por nosotros. Como Pontífice eterno sirve continuamente de Mediador entre nosotros y el Padre celestial. Cristo, *"por cuanto vive para siempre, ejerce un sacerdocio perpetuo"* (Hebreos 7,24).

Quien mira al Calvario como un lugar santo, también considera santo el altar de nuestros templos; y el que sabe mirar con el alma conmovida a Cristo pendiente de la cruz, ha de mirar con la misma emoción al Jesucristo eucarístico que se nos muestra en la misa. Así se comprende por qué prescribe la Iglesia como obligación la asistencia a la misa dominical. No prescribe la participación en las procesiones u otras devociones, pero si prescribe la asistencia a la santa misa. ¿Por qué? Porque es la renovación misteriosa del sacrificio de Cristo, que padeció por nosotros.

Contemplemos a Cristo crucificado

Para asegurar el provecho espiritual del presente capitulo, yo quisiera daros, estimados lectores, un consejo. Llevemos siempre con nosotros una pequeña imagen de Cristo crucificado y acostumbrémonos a mirarla en los momentos tranquilos del

día y antes de acostarnos. No digamos nada, ni recemos; miremos tan sólo en largo silencio el rostro de Jesucristo.

¿Sabéis cuál será el resultado de esta contemplación?

No la resistiremos durante mucho tiempo. Cualquier pecado que pese sobre nuestra alma, cualquier pecado que no hayamos confesado, por el cual no hayamos hecho penitencia ni satisfacción, nos hará imposible soportar la mirada que viene del rostro ensangrentado de Jesucristo.

De lo profundo de nuestras almas clamará nuestra oración:

¡Señor, que tanto has padecido por mí! Por amor a Ti voy a tener en adelante más paciencia con mis propios males y con las debilidades de los demás.

¡Señor, que por mí has sido coronado de espinas! Por amor a Ti sufriré en silencio las espinas de la vida.

¡Señor, yo también te he azotado y escarnecido con mis pecados! Quiero arrodillarme con el corazón contrito en el confesionario para que el rocío bendito de tu sangre caiga sobre mi alma pecadora.

¡Señor, que te has ofrecido como eterna víctima por mí! Toda mi vida será en adelante un sacrificio ofrecido por tu amor.

XVI. Cristo en el Huerto de Getsemaní

Siempre ha sido propio del espíritu cristiano venerar con esmero y solicitud todos los pasos de Cristo en la Pasión. No hay un tema más importante para los cristianos que la Pasión de Cristo.

Si comprendemos la Sagrada Pasión de Cristo, comprenderemos su vida y su misión. Grande fue Cristo al enseñar; grande, al obrar milagros; pero más grande fue al sufrir. La explicación más clara de toda su vida la dio Él mismo al decir a los discípulos de Emaus, después de la Resurrección: *"¿Por ventura no era conveniente que Cristo padeciese todas estas cosas y así entrase en su gloria?"* (Lucas 24,26).

Acompañemos, pues, en los capítulos que siguen a Cristo por el camino de la cruz, ya que como SAN PABLO *"nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los gentiles, mas poder y sabiduría de Dios para los llamados, ya judíos, ya griegos."* (I Corintios 1,23-24).

Breve historia de la Pasión de Cristo

Para tener el cuadro de conjunto vamos a resumir ahora, antes de todo, las últimas horas de Jesucristo, aunque no sea más que a grandes pinceladas.

Después de la Ultima Cena, el Señor fue con sus discípulos al monte de los Olivos, al Huerto de Getsemaní, para orar. Allí, presintiendo la próxima Pasión que le esperaba, se apoderó de Él tal miedo a la muerte que le salió un sudor como de gotas sangre. Hacia media noche sus enemigos, conducidos por Judas el traidor, le apresaron y le llevaron para el primer interrogatorio, a casa de Anás, sumo sacerdote. Entretanto se iba reuniendo el Supremo Consejo de los judíos, bajo la presidencia de Caifás. A este Supremo Consejo fue conducido Cristo. La sesión no tuvo resultado feliz para los enemigos de Jesús, porque los falsos testigos se contradecían.

Entonces el sumo sacerdote propone al mismo Jesucristo la gran cuestión: *"Yo te conjuro, de parte de Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios." Le respondió Jesús: "Tú lo has dicho" (Mateo 26,63-64). A tal respuesta, el sumo sacerdote rasgó*

sus vestiduras, diciendo: "Ha blasfemado; ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? Vosotros mismos acabáis de oír la blasfemia" (Mateo 26,65).

El Sumo Consejo condenó a muerte a Jesucristo. Mas entonces el país de los judíos era territorio ocupado por los romanos, y éstos negaban a los judíos el derecho de pronunciar sentencia de muerte. De ahí que de madrugada, fue llevado Jesús —después de sufrir a manos de los guardias y de los fariseos— a presencia del procurador romano, Pilatos, para que éste corroborara la sentencia de muerte.

Eran las siete o las ocho de la mañana cuando empezó el interrogatorio. La primera acusación fue de que Cristo pretendía ser rey. No dio este cargo el resultado que todos esperaban. Sacaron otro: Cristo amotina al pueblo. Pilatos quiere salvar a Cristo; ofrece una especie de amnistía; pero el pueblo escoge a Barrabás.

Hace azotar a Cristo; quizá se contentarán con esto los enemigos; pero no, antes al contrario, se hacen más altaneros y exigentes. Cuando ven que nada logran con sus acusaciones de matiz político, apelan a las de orden religioso: *"Nosotros tenemos una ley, y según esta ley debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios"* (Juan 19,7). Este cargo tampoco da resultado.

Pero si da en el blanco otro tiro certero: la amenaza de acusar a Pilatos ante el emperador. Se espanta el procurador romano de aquella amenaza y entrega a Cristo en manos de los judíos. En seguida preparan la ejecución, es decir, la crucifixión de Jesús. Este género de suplicio los romanos lo usaban únicamente con los mayores criminales y lo consideraban el castigo más espantoso; según CICERÓN, "suplicio el más cruel y horrible" (Cicerón *in Verr.*, v. 641).

Cuando Jesús estaba ya crucificado, le ofrecen una poción; pero Él la rechazó: quiso padecer con plena conciencia. Siete veces habló desde la cruz —pronunció siete breves frases—; y después, a las tres de la tarde, expiró:

Adentrémonos ahora en la Pasión del Señor.

Cristo en el Monte de los Olivos

Jueves por la noche. La oscuridad envuelve a Jerusalén; el pueblo descansa. Jesucristo sale del Cenáculo con sus discípulos

por el torrente Cedrón y se dirige al Monte de los Olivos. Se encamina hacia el huerto de los dolores para reparar el pecado cometido por el primer hombre en el jardín de delicias del Paraíso. Los hombres duermen tranquilos en sus casas y no sospechan siquiera que el acontecimiento más trascendental de la historia empieza en aquel momento, allí, en un sitio cercano, en el huerto de Getsemaní. Empieza su Pasión Nuestro Señor Jesucristo.

Allí está Cristo, de rodillas, solo, en la negra noche. Le abandonan no solamente los pecadores, sino sus mismos discípulos más amados. Aun aquellos tres que se llevó consigo para que le acompañasen más de cerca, también se duermen. Allí, postrado de rodillas en el suelo, reza; y un dolor infinito, un temor indecible se apodera de Él.

Aquel, de quien está escrito que *"es el resplandor de la gloria"* del Padre (Hebreos 1,2), lucha con los horrores de la agonía. Aquel, que *"ilumina a todo hombre que viene a este mundo"* (Juan I 9), se debate en el mayor desconsuelo. El que resplandecía en el Tabor como el sol, y brillaba como blanca nieve, está sosteniendo un durísimo combate espiritual, quebrantado y triturado por la tristeza.

La luna le mira con su pálida luz por entre las ramas de los árboles, como miraba en el Paraíso el pecado del primer hombre, causa de la Pasión de Cristo. Es la noche del 14 de Nizán, primera luna llena que sigue al equinoccio primaveral. La pálida luz misteriosa de la luna llena cae sobre el rostro Cristo, que está postrado de rodillas. ¡Cristo sufre de antemano toda su agonía! Nunca ha visto el mundo cosa semejante. ¡El Hombre-Dios tiembla, se debate, lucha, se llena de pavor con lo que se le viene encima! Cristo se enfrenta con la muerte.

A los que son condenados a muerte se les concede un trato de excepción. Esperan la muerte en la cárcel, mas no se están obligados a contemplar su ejecución. Pueden esperar el indulto hasta el último día. Y si no se les concede y al día siguiente debe hacerse la ejecución, por lo menos se les alivian sus últimas horas: si piden algún favor, son atendidos. Y al ser conducidos al lugar de la ejecución, no ven el patíbulo más que unos breves instantes.

El Señor, sin embargo, tenía la muerte ante sus ojos, con plena conciencia sabía lo que iba a padecer. Todavía no había ninguna

sentencia de muerte, y Él ya sentía todos los dolores de su agonía.

Sentía de antemano el sufrimiento corporal que le estaba reservado; lo conocía en todas sus minucias por la ciencia divina que en Él había. Cuando un enfermo tiene que someterse a una operación quirúrgica, está nervioso días antes, no tiene sosiego, está temeroso por lo que le pueda ocurrir, aunque no lo sepa exactamente.

Jesucristo era Dios y hombre verdadero. Como Dios, conocía de antemano lo que iba a sufrir; como hombre sentía en su corazón el horror de las horas que se aproximaban. ¡Cómo le hieren los puñetazos, los salibazos sobre su rostro, los puntapiés, los azotes y la corona de espinas! Siente los clavos agudos, las cuerdas, el peso de la cruz...

Ve el Gólgota y se ve a sí mismo crucificado entre dos ladrones, y oye las blasfemias de la turba enfurecida, contempla el dolor de su santa Madre al pie de la cruz... ¿Es maravilla que después de contemplar todo esto su cuerpo se estremeciera, y que prorrumpiera de su alma, al ver que todos le desamparaban, este grito doloroso: *"Padre mío, si es posible, no me hagas beber este cáliz"* (Mateo 26,39).

Se levanta para buscar consuelo junto a los tres apóstoles que más quiere, y los encuentra dormidos. ¡Pobre Salvador, tan abandonado en cuando más los necesita! Va de nuevo al sitio de la oración, donde otra vez es asaltado por temores cada vez más espantosos.

Porque a Cristo, que nunca conoció pecado, le dolía aún más que todo sufrimiento corporal, aquel diluvio de pecados que cargó sobre sí mismo, para poder dar satisfacción por nosotros; y sobre sus hombros caía entonces todo el horror, el asco, la ignominia de aquel diluvio de maldad.

Empezado por Adán, ¡cuántos pecados se cometieron hasta llegar a los tiempos de Jesucristo! Y Cristo en aquel momento cargaba sobre sí los pecados de todo el mundo. De aquellos hombres que vivieron antes de Él. De aquellos que vivían en su tiempo. Y de aquellos que habían de vivir después de Él hasta la consumación de los siglos.

Veía entonces en espíritu todos los siglos, y en ellos a los millones y millones de hombres con sus innumerables pecados; la multitud de asesinatos, robos, fornicaciones, blasfemias, envidias, todas las inmundicias...

Y el alma de Cristo contemplaba entonces los abismos infinitos de aquel mar de pecados de la humanidad; y este mar de pecados gravitaba sobre Él. ¡El Corazón de Jesús, la imagen viva del Padre eterno, combatido por las olas de aquel mar! ¡El Corazón de Jesús, Templo de la divinidad, en un piélago de inmundicias! ¡El Corazón de Jesús, el más santo de los corazones, cargado con los pecados de todo el mundo!

Él, de quien dijo con fuerza SAN JUAN que *"en él no cabe pecado"* (I Juan 3,5), ahora carga con todos los pecados del mundo. Y cuando la oleada de todos los pecados cometidos desde el principio del mundo cae sobre su alma, entonces se cumple en Él la palabra del Profeta ISAÍAS: *"Ha sido contado entre los pecadores y ha tomado sobre sí los pecados de todos*" (Isaías 53,12). Entonces se realiza en Él lo que dice SAN PABLO: Dios trató *"a Aquél que no conocía el pecado como si hubiese sido el pecado mismo, a fin de que nosotros viniésemos a ser en Él la justicia de Dios"* (2 Corintios 5,21). Cristo se debate en el suelo bajo el peso de todos los pecados y clama al cielo pidiendo misericordia. *"En los días de su carne mortal ofreció plegarias y súplicas con gran clamor y lágrimas!"* (Hebreos 5,7)

¡Si por lo menos hubiese alguien que le consolara! ¡Si hubiese cerca de Él un ser viviente que le dirigiera una palabra de aliento! Porque siempre es doloroso sufrir; pero sufrir solo, abandonado, desamparado, sin una persona que nos comprenda, esto es horroroso.

El Señor se levanta de nuevo y otra vez quiere buscar consuelo junto a sus discípulos predilectos... pero, ¡están dormidos!

¿También dormís? ¿Vosotros, los que más cerca estáis de Mí? ¿Vosotros, que habríais de ser mi sostén cuando lucho a brazo partido con el pecado?

¿No sentimos que el corazón se nos conmueve, porque este reproche doloroso se dirige también a nosotros? En torno nuestro brama el mar del pecado que ahoga la perdición a muchos. Los discípulos de Cristo mientras tanto duermen tranquilos. ¡Con qué astucia trabaja la maldad, cuántos pregoneros tiene en cada

esquina, en cada cartelera de anuncios, en cada calle! ¡Cómo se ofrece, se impone y se desmanda el pecado, la inmoralidad! Y los discípulos de Cristo duermen tranquilamente.

También a nosotros atañe la queja de Jesucristo: *"¿No podéis vigilar una hora conmigo?"* ¿No podéis correr en mi ayuda cuando sostengo tan formidable batalla por las almas? Mirad cuántos trabajan para el diablo; ¿quién trabaja para Dios? Mirad cómo arrastra el pecado a millares de almas y las lanza a la condenación eterna; ¿por qué no os valéis de todos los medios para traerme a Mí las almas por las cuales sufrí la Pasión y muerte?

¡Los discípulos duermen! ¡Pero no duerme Satanás!

El Señor vuelve por tercera vez al lugar de su oración; y es entonces cuando le asaltan las penas más terribles. No es el presentimiento de los dolores corporales; no son los muchos pecados que ha cargado sobre sí; no, no es esto lo que le causa mayor tormento.

El sufrimiento más atroz, más desgarrante, es el prever que todo aquello ha de ser inútil para muchos; que en vano ha de sufrir Él por muchos desdichados. Pronto empezará Judas la serie, y habrá millares y millares como él en el transcurso de los siglos. ¡Este si que es el dolor más cruel de Cristo!

Y al Señor *"le vino un sudor como de gotas de sangre, que goteaba hasta el suelo"* (Lucas 23,44).

Cristo levantó sus ojos bañados en sangre. Se estremece de horror y exclama: *"Padre mío, si es posible no me hagas beber este cáliz"* (Mateo 26,39).

¿Qué dices, Señor? ¿Que Dios no te haga beber este cáliz? Pero no has venido a esta tierra precisamente para beberlo? ¿Para beberlo hasta las heces? ¿Por qué te has fatigado durante años? ¿Para qué has sufrido tanto? ¿No es por este cáliz, por este momento amargo de la agonía? Y Señor, ¿tiemblas ahora? Señor, ¿quieres huir?

Tú dijiste un día: *"Ninguno de los que ha puesto su mano en el arado y vuelve la vista atrás, es apto para el reino de Dios"* (Lucas 9,62), y ahora, ¿eres tú el que te niegas? Ha llegado el momento decisivo de nuestra redención; ¿qué será de nosotros si Tú, Señor, te muestras débil y no quieres beber el cáliz? Señor, ahora no, ahora no: ahora, en el último momento, no seas cobarde. No

deseches el cáliz de la amargura; porque entonces, ¿qué será de nosotros?

No. No lo desecha. Se desploma en su lucha espantosa, yace ensangrentado sobre el suelo; pero con sus labios trémulos pronuncia a duras penas la oración: *"No obstante, no se haga lo que yo quiero, sino lo que tu voluntad"* (Mateo 26,39).

Cristo acepta la cruz. Nuestra redención está asegurada.

El Señor yace como agotado sobre la fría tierra. La tierra esta empapada de su divina sangre.

Gracias por ponerte en nuestro lugar.

Arrodillémonos con silencio junto a Cristo postrado en tierra y digámosle: “¡Jesucristo! Mira: aquí estamos. Levántate; mira: somos nosotros, tus hijos fieles. Nosotros, pecadores, por los cuales te ofreces. Gracias por ponerte en nuestro lugar. Nos has salvado. Mi vida a de ser otra a partir de ahora.”

XVII. Cristo es condenado a muerte

Contemplábamos a Cristo en el huerto de Getsemaní.

Llega Judas el traidor, guiando a los soldados. Cristo es apresado y arrastrado. Aquella misma noche sus enemigos empiezan el proceso. Ya hacía mucho tiempo que esperaban esta importante captura. Y tienen prisa; no sea que el pueblo recapacite y se ponga tal vez de parte de Cristo.

De ahí el gran apresuramiento, los interrogatorios; la agitación continua durante toda la noche y la mañana del día siguiente. De ahí el pasar sin demora de un interrogatorio a otro; de Anás a Caifás; de Caifás a Pilatos; de Pilatos a Herodes, y otra vez a Pilatos, sin parar un momento, hasta que Pilatos, atolondrado y acobardado, pisotea su buen sentido, su propia convicción, y acalla la protesta de su conciencia y confirma la sentencia de muerte dada por los judíos, y les entrega a Cristo para que le crucifiquen.

Para llegar a tal extremo, ¡por cuántas ignominias y humillaciones tuvo que pasar el Señor!

En el presente capítulo deseo recoger algunos pormenores del proceso incoado contra Jesús; cada uno de estos pormenores está lleno de profundas enseñanzas para nuestra vida interior.

Cristo ante el Sanedrín

Después de apresar al Señor, sus enemigos le condujeron primero a Anás, yerno del sumo sacerdote, y después al mismo sumo sacerdote, llamado Caifás.

Era la primera vez que Jesucristo se encuentra cara a cara con sus mortales enemigos, los fariseos y los príncipes de los sacerdotes. Él había fustigado la hipocresía de ellos en sus correrías incesantes por tierras de Palestina; ahora se encuentra maniatado, separado de sus discípulos, ante sus enemigos, como un reo abandonado por todos. *"Entonces el Pontífice se puso a interrogar a Jesús sobre sus discípulos y su doctrina"* (Juan 18,19) —escribe el evangelista. ¡Qué ironía más cruel e insolente resultan las palabras del Pontífice, cuando preguntó triunfal, y despectivamente a Jesús: *"¿Dónde están tus discípulos?"*

El Señor no contesta. Calla con profundo dolor, porque sabe lo que tendría que contestar. Uno de ellos le negó, los demás huyeron.

¿Dónde están tus discípulos? ¡Cuántas veces en la historia dos veces milenaria de la Iglesia cayó esta pregunta irónica de labios de los enemigos de Cristo! ¡Y sigue oyéndose aún hoy! Cuando el pecado se nos planta descarado en los teatros, cines, anuncios, salas de fiesta, ¿dónde están los discípulos de Cristo que se atrevan a levantar su voz por la moral cristiana, abiertamente ofendida, despreciada, pisoteada?

Cuando se impone la defensa de nuestros principios católicos; cuando apremia el defenderlos con nuestro voto; cuando es urgente hacer presente los valores cristianos en la política, en los sindicatos, en las asociaciones, en los medios de comunicación.. ¿dónde están los discípulos de Cristo? "¿Tus discípulos dónde están?" —una y otra vez se repite esta pregunta al ver la apatía y el temor de que dan pruebas tantísimos bautizados.

¡Qué consuelo debe ser para Jesucristo, qué satisfacción tan grande, ver que permanezcamos fieles a Él en las situaciones más difíciles de la vida; en medio de tentaciones sin número que nos asaltan; en medio de una sociedad frívola y que vive de espaldas a Dios!

El escarnio de Cristo

El Consejo supremo de los judíos, en la sesión nocturna condenó a muerte al Señor. Pero como el país estaba sometido a los romanos y éstos se reservaban el derecho de dictar la sentencia de pena capital, fue menester que confirmara semejante fallo el procurador romano.

Por esto hubo que llevar a Cristo a presencia de Poncio Pilatos.

Son conocidos los artificios con que el procurador romano intentó salvar a Cristo. De ser Pilatos un hombre firme, valiente, verdadero romano, hombre de carácter, lo hubiese conseguido. Pero era cobarde, débil como una caña, espíritu ambicioso que todo lo sacrifica para a sus intereses personales. Tan sólo se le ocurrió el medio cruel y extraño de mandar azotar a Cristo, pensando que de esta suerte los judíos quizás se moviesen a compasión y mitigase su cólera.

Jesucristo es despojado de sus vestiduras y atado a una columna. Los soldados comienzan a azotarle. ¡Una lluvia de azotes cae sobre el cuerpo inocente de Jesucristo!

Cristo, modelo de modestia, encarnación del pudor, ¡sin vestido!

¡Cómo se pinta en su rostro el rubor de la vergüenza! Casi se alegra al sentir que los azotes hacen brotar la sangre; por lo menos aquella sangre le servirá de vestido.

Jesucristo, despojado violentamente de sus vestidos y cubierto con el ropaje de su propia sangre, fue de tal suerte escarnecido y azotado por los que voluntariamente se despojan de la modestia en el vestir. ¡Es el frenesí loco de la moda que descarga sus latigazos sobre la carne de Jesucristo! Fue azotado Cristo por todas las mujeres que visten provocativamente; fue azotado por la industria pornográfica, por los anuncios deshonestos; por las películas que son incentivo de pecado y que minan los valores familiares; por todas las inmoralidades, cuyas espantosas garras despedazan a los habitantes de las modernas metrópolis.

Acordémonos de ello todas las veces que rezamos el santo rosario, y meditemos el segundo misterio de dolor: *"Cristo, Señor nuestro, fue despojado de sus vestiduras, atado fuertemente a una columna y cruelmente azotado."*

Hermano, ¿no te da lástima Cristo, cómo tiembla, cómo arde de fiebre, lo destrozado que está? ¿Serías capaz de escuchar sin conmoverte aquel restallar de los latigazos sobre su cuerpo, sólo por salvarte a ti; por librarte a ti de las exigencias desenfrenadas del cuerpo? Cuando sientas arder el fuego devorador de los deseos prohibidos, mira a tu dulce Señor, como se deja destrozar por ti.

Y si has caído en el pecado, colócate junto a la columna, pues de allí brota la sangre de Cristo; arrodíllate delante de un confesionario donde mana la fuerza de esta Sangre preciosísima, para que también sobre ti caiga y lave tu pobre alma pecadora...

A estos escarnios que sufrió Cristo, siguieron después otras infamias: manto de púrpura, corona de espinas, cetro de caña, genuflexiones, *"¡Dios te salve, rey de los judíos!"*. *"Luego empezaron a escupirle en la cara y a maltratarle; y otros le daban bofetadas"* (Mateo 26,67). *"Y escupiéndole, tomaban la caña y le herían en la cabeza"*. (Mateo 27,30).

Entonces se cumplió, palabra por palabra, lo que SAN PEDRO dijo de Cristo: *"Ultrajado, no replicaba con injurias, y atormentado, no amenazaba, sino que lo remitía al que juzga con justicia. Llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que, muertos al pecado, viviéramos para la justicia, y por sus heridas habéis sido curados"* (I Pedro 2,23-24).

Cristo fue objeto de befa en el patio del sumo sacerdote. ¡Que humillación más dolorosa! Y, sin embargo, ¡cómo se ha ensanchado desde entonces éste escenario del dolor y de la ignominia! El patio de la befa y del escarnio hoy es el mundo entero, y ¡cómo se azota en él al Señor desde hace ya 2000 años! ¡Pobre Cristo! ¡Cuántas veces te coronan nuevamente de espinas los hombres malvados!

Te corona de espinas el incrédulo, que no cree en Ti, que no Te ama, que no Te sigue, que te desprecia.

Te corona de espinas el orgulloso al decir: "No quiero servirte".

Te corona de espinas el frívolo, cuando haciendo una mueca dice: "¿Alma? ¿Vida eterna? ¡La vida terrena! Esta es la que importa."

Te corona de espinas el libertino, cuando dice: "¿Pureza de corazón? ¿Respetar a la mujer? ¿Fidelidad conyugal? ¡Bah! Es cosa de beatos."

No podemos sino rezar. Si sé que este rey pisoteado, escupido, es el Señor de cielos y tierra, que reina sobre los ángeles, no puedo sino rezar: "Señor, se mofaron de Ti, tomaron a chacota el que fueses rey... y lo eres; lo eres para mí.

"Rey, que te humillaste para levantarme a mí; Rey, que no escatimaste la propia sangre para libertar a tus discípulos. Rey, que dejaste coronar tu frente por las espinas para que yo pueda levantar la mía, ajada por el pecado, hacia Dios."

Cristo, condenado a muerte

Pilatos se engañó al creer que el pueblo amotinado, viendo a Cristo azotado y cubierto de sangre, se movería a compasión y le devolvería la libertad. Piensa que dando de beber sangre al león se amansará. ¡Menuda estrategia! Los gritos y la excitación del pueblo

aumentaron al ver a Cristo cubierto de sangre; no cesó la furia popular en sus amenazas hasta que Pilatos se rindió a las turbas y entregó a Cristo para que fuese crucificado.

"Tomadle vosotros y crucificadle". Esto fue lo que sentenció Pilatos.

¡Otro inocente que el mundo ha condenado! ¿Otro inocente? No. Porque no ha sido condenado jamás un inocente como Él. Los príncipes de los sacerdotes acusaron a Cristo. *"A éste le hemos encontrado pervirtiendo a nuestra nación"* (Lucas 23,2). ¡Mentira! ¿Dónde le habéis hallado pervirtiendo al pueblo? ¿A las puertas de Naim, donde resucitó al hijo único de la pobre viuda que lloraba sin consuelo? ¿En el desierto, donde dio de comer a 5.000 hombres? ¿En la montaña, donde proclamó bienaventurados a los misericordiosos, a los mansos, a los pacíficos?

¿Dónde le habéis hallado pervirtiendo? Citadme una palabra, un solo hecho con que amotinara al pueblo. ¿Lo hizo acaso al devolver la vista al ciego, o la salud al paralítico? ¿Al decir con los brazos abiertos: *"Venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviare"* (Mateo 11,28), es esto sedición?

Sólo con falsas acusaciones fue posible condenar a Jesucristo. Y aún más, también es posible condenarle ahora.

La lengua de Pilatos fue reducida a polvo; la turba amotinada pereció ya hace tiempo; en el Gólgota reina el silencio, y, no obstante, Cristo es condenado a muerte muchas veces en nuestros días.

Dirijamos una mirada en torno nuestro. En cuántos sitios se condena a Cristo, cuántos hombres siguen gritando: ¡Crucifícale! ¡Muera, muera! Son otras las ciudades, son otros los hombres; pero su juicio apasionado es tan cruel y apasionado como entonces.

Cristo no es condenado a muerte en Jerusalén, sino en Roma, en París, en Moscú, en Méjico... No son los escribas y fariseos los que amotinan las turbas contra Él: son los presumen de dirigir las masas a base de demagogia y promesas engañosas. ¡Cuántas veces, aun en nuestros días, es Cristo condenado a muerte!

¿No seré ser yo el consolador, el defensor, el apóstol de aquel Jesús, que tanto ha sufrido por mí y que es condenado a muerte por tantísimos hombres aún hoy día? Cuando veo que en los congresos

y organismos internacionales, en las empresas, en las fábricas, en los gobiernos condenan a Jesucristo y su enseñanza; que hacen befa de sus mandamientos, ¿no podré yo ponerme a su lado y levantar mi voz en su favor?

Pero hay algo mucho más terrible: el pecado. ¿No he pronunciado yo mismo el fallo condenatorio en mi propio corazón? Por la gracia santificante vive Cristo en las almas; pero el pecado le condena a muerte. ¿Cuántas veces en mi corazón he condenado a Cristo?

¿Un pecado sólo? Ah, no... todo un cúmulo de pecados. ¡Los pecados me asaltan por los ojos, por la boca, por los oídos, por el cerebro! ¡Cuánta rebeldía y qué vehemente! ¡Qué lucha, qué amotinamiento, qué revolución hay en aquel trocito de carne que se llama corazón humano!

Y nos pasa lo que a Pilatos. También él luchó y resistió, pero después "deseó contentar al pueblo" (Marcos 15,15). ¡Cuántas personas luchan durante cierto tiempo contra sus propias pasiones, y después "contentan al pueblo", se abrazan con el pecado y condenan a Cristo!

Es lo que más le duele al Señor: que sean tantos los que diariamente le condenan.

Cristo con la cruz a cuestas

Traen la cruz. ¡Qué tempestad de pensamientos debió pasar por el alma de Cristo al ver aquella cruz que tanto deseó y que siempre tuvo delante en todos los instantes de su vida!

Él era también de nuestra naturaleza, hombre como nosotros. Lo que nos duele a nosotros le dolía también a Él. También en Él protestó su instinto de conservación al ver aquella cruz con sus dos brazos espantosos.

Le cargan con la cruz y le obligan a llevarla.

Sale Cristo, coronado de espinas, llevando sobre sus hombros la pesada cruz. Le mira una numerosa turba, que ve cómo se desploma bajo el peso de la cruz. Muy pocos son los que se compadecen de Él, y de estos, algunos temen por lo que puedan pensar los demás y no se atreven a manifestarlo abiertamente. Por las ventanas de las casas asoma gente curiosa y superficial, que no se da cuenta de lo que está aconteciendo. Otros —fariseos,

saduceos, pecadores, incrédulos y vividores—, miran a Cristo con odio, resentimiento o se burlan de Él.

Tú, también te encuentras con Él todos los días, y todos los días te mira suplicándote: ¡Ayúdame a llevar la cruz! Él ya nos lo dijo: *"En verdad os digo: siempre que dejasteis de hacerlo con uno de estos mis pequeños hermanos, dejasteis de hacerlo conmigo"* (Mateo 25,45).

Cristo sigue pasando por el mundo llevando su pesada cruz? ¿No lo ves?

Mira los innumerables pecados e injusticias que los hombres cometen día tras día, cargando sobre los hombros del Salvador. Oye los martillazos con que le clavan en la cruz.

El pecado reina por doquier, el pecado arrastra, el pecado seduce... martillazos y martillazos contra la cruz invisible de Cristo.

Te preguntas: ¿qué puedo hacer yo por Cristo?

Sí, puedes hacer mucho. Si puedes ser estrella del cielo, sé estrella. Si no puedes ser estrella del cielo, sé columna de fuego en la cima del monte. Si no puedes ser antorcha ardiente en la montaña, sé por lo menos lámpara que alumbra la calle oscura... Y si no pudieses ser ni siquiera esto, puedes ser, porque todos podemos serlo, lamparitas pequeñas que arden con una luz suave en el círculo estrecho del hogar. Tengamos compasión de Cristo, consolemos a Jesucristo que sigue llevando en medio de nosotros su pesada cruz.

Toma tu cruz y sígueme

Aprendamos de Cristo. Aprendamos de Él, a llevar con ánimo esforzado nuestra propia cruz.

Si el Señor hubiese mirado su cruz con nuestros ojos terrenos, ¿qué habría visto? Hombres miserables y malos; apóstoles cobardes, un Judas traidor, blasfemias, befas... Había para desesperarse. Pero vio en todo la voluntad de su Padre.

La cruz nos espera a todos. No hay hombre que no tenga su cruz.

Hemos de llevar la cruz; no podemos rechazarla. Sólo existe un dilema: ¿la queremos llevar de mala gana, protestando, o llevarla resignados y aun gozosos, siguiendo a Cristo? A la izquierda de Jesucristo hubo también un ladrón que llevaba su cruz; pero la cruz

no le aprovechó de nada. A su diestra también otro malhechor; éste se convirtió gracias a la cruz.

Muchos hombres sufren, tiritan de frío, padecen hambre... sin fe, rebelándose contra su situación, blasfemando. Pero yo quiero aprender de Cristo a llevar la cruz con alegría, aceptando la voluntad de mi Padre celestial.

"Si —podrías objetarme— es fácil para quien no sufre pensar de esta manera. Pero si sufro, ¿cómo impedir que las lágrimas salten de mis ojos?" No es esto lo que yo te pido. Yo sólo te aconsejo que si lloras, hagas correr tus lágrimas hacia el mar inmenso de la Pasión de Cristo. Si así lo haces, verás cómo pierden tus lágrimas su amargura.

¿Que cómo lo sé? Por la experiencia de millones de seres y por una historia dos veces milenaria. Las palabras de Cristo han removido el mundo: *"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz, y sígame"* (Mateo 26,24). Han sido muchísimos los que se abrazaron con su cruz y siguieron a Cristo. Y son millones los que triunfaron de su propio sufrimiento. "Abrazo la cruz –exclaman— porque en ninguna parte hallo consuelo, sino en la cruz."

¡Oh cruz de Cristo, nuestra fuerza y consuelo!

Fue en los siglos legendarios de la Reconquista de España. Bajo el cielo de Córdoba se encendían magníficas luminarias. La nueva Mezquita, orgullo de aquella corte de los Califas, se abría por vez primera ante los ojos atónitos.

Para mayor solemnidad, un símbolo viviente llamaba la atención de todos. Atado en una de las columnas con cadena de hierro, un cristiano prisionero, tenía que sufrir silenciosamente el paso lento de las horas, las miradas y las injurias procaces de los que pasaban.

Aquel martirio sin sangre se prolongó días y semanas. El prisionero se mantuvo firme como una roca combatida por el mar. Hasta la muerte, firme e inconmovible en su fe cristiana. ¿Qué fue lo que le confortó su corazón para perseverar? ¿Quién le dio fuerzas en su tremendo desamparo?

La Cruz de Cristo.

En el lentísimo agonizar de su martirio, el prisionero cristiano fue arañando sigilosamente la columna de piedra a la que estaba encadenado. Poco a poco fue apareciendo una cruz. La imagen de esta cruz le daba fuerzas.

Hace siglos que el poder de la Media Luna fue triturado en España. Aquella mezquita es hoy la Catedral de Córdoba. Han pasado algunos siglos; pero aún hoy miran los hombres con profundo respeto aquella cruz grabada en una de las columnas, que dio tantas fuerzas, tantos alientos y consuelo sobre los sufrimientos indecibles de aquel hombre.

¡Oh Cruz preciosa de mi Redentor, cubierta con cinco rosas de sangre! Abre también hacia mí tus dos brazos.

¡Oh Cruz de Cristo! Quiero mirarte cuando me acose la tentación; sé entonces mi fortaleza.

¡Oh Cruz de Cristo! Quiero mirarte cuando me abrume la pesada cruz de la vida; sé entonces mi aliento.

¡Oh Cruz de Cristo! Quiero mirarte cuando mis ojos se vuelvan vidriosos en el trance de la muerte... Sé tu mi esperanza, mi consuelo y mi galardón en aquella hora.

¡Oh, Cruz santa de Cristo, de Cristo que sufre por mí!

XVIII. “Me amó y se entregó a la muerte por mí”

(Carta a los Gálatas, II, 20)

Suetonio, el historiador latino, hace mención de un anciano, antiguo soldado, a quien se citó para comparecer delante de un tribunal. Aquel anciano se dirigió al César y le suplicó que estuviese junto a él para defenderle.

César se sorprendió mucho de tan atrevida demanda; no obstante, para demostrar su magnanimidad, dijo al soldado: “Enviaré alguno que me sustituya”. Entonces el viejo guerrero abrió su túnica, se descubrió el pecho y enseñando unas grandes cicatrices, dijo; "¡César, cuando en el combate me di cuenta de que una lanza iba a atravesar tu cuerpo, no quise yo que nadie me sustituyese."

¡Cuántas veces podría repetir estas palabras llenas de reproche Nuestro Señor Jesucristo!: "Vosotros juzgáis áspero el camino por el cual quiero conduciros a la vida eterna; vosotros os quejáis de que os cuesta muchos sacrificios vuestra propia salvación... y yo no me quejé cuando tuve que sufrir por vosotros. Cuando me azotaban y abofeteaban, cuando me coronaban de espinas y me crucificaban, no quise que nadie me sustituyese para expiar vuestros pecados; porque os amo. Por esto me ofrecí como víctima a la divina justicia."

Por esto SAN PABLO, contemplando a Cristo derramando su sangre por él, no puede dejar de exclamar agradecido: *"Me amó y se entregó a la muerte por mí"* (Gálatas 2,20).

Se puso en mi lugar

El amor que Jesucristo tiene a los hombres, a nosotros, es un amor que penetra toda su vida, su corazón, sus planes, sus obras. Es un amor que no vacila ante la misma muerte. Este amor fue la causa de que Cristo, siendo inocente, fuese clavado en la Cruz, y que nosotros, los pecadores, fuésemos puestos en libertad, como Barrabás el malhechor.

Barrabás no pudo imaginarse lo que pasaba, cuando el carcelero entró inesperadamente. Seguramente creyó que era el verdugo. Mas, le pusieron en libertad. Pero, ¿cómo? ¿Por

qué? “¿Por qué me devuelven la libertad?" Le contestan: "Porque en tu lugar van a ejecutar a otro."

¿A otro?

No sé si Barrabás, después de recobrar la libertad, vio o no a Cristo; pero me imagino lo que pudo sentir su alma pecadora y obstinada en caso de ver a Cristo en el Gólgota pendiente de la cruz: ¿Es éste el que muere en mi lugar? Yo tenía que estar aquí, y él está ocupando mi puesto...

Sí; ¡Murió, murió por mí! ¡Cuánta fe, cuánto consuelo; cuántas divinas enseñanzas brotan de este pensamiento!

¡Cuánta fe! Muchas verdades de la teología son oscuras para nosotros, y aun las almas mejores y más fervorosas, experimentan a veces la hora sombría de la duda. Hay muchas verdades de mi fe que no llego a comprender; no comprendo el misterio de la Santísima Trinidad; no comprendo la manera de obrar los sacramentos; no comprendo los caminos de la Providencia; no, no lo comprendo.

Pues ahí está la respuesta para todas las cuestiones. ¡Creo!

¡Creo! *Porque el que me amó de tal manera no puede engañarme*.

¡Y cuánto consuelo brota de este gran amor! La Pasión de Cristo, a pesar de reconocer que es por mi culpa, no me aplasta, sino que me consuela y levanta. Es verdad: me estremezco y me lleno a la vez de alegría al pensar que su sangre divina corrió también por mis pecados.

Es el gran consuelo que encontramos en la Pasión de Cristo. Si no hubiese cruz, tampoco habría remisión de pecados. Si no hubiese Pasión de Cristo, no existiría el sacramento de la Reconciliación. ¿Sabemos apreciar el admirable tesoro que nos legó Cristo en el Sacramento de la Penitencia?

¿Es posible negar algo a Cristo?

¿Es posible negar algo a Cristo, cuando tanto se ha sacrificado por mí? Tu Redentor te pide que no prosigas por los caminos del pecado. Te lo suplica Jesucristo, que te amó tanto y que se entregó a la muerte por ti. ¿Puede haber sacrificio, abnegación, renuncia excesivamente grande para corresponder a tanto amor?

GUILLERMO ACHTERMANN, pintor renombrado, en su cuadro titulado "Descendimiento de la cruz", se pintó también a sí mismo entre las otras figuras, como lo suelen hacer otros artistas. El pintor aparece en el cuadro como uno de los discípulos, subido a una escalera, sacando precisamente el clavo que taladra los pies del Señor. Preguntaron al pintor por qué quiso representarse así, y él contestó: "Los hombres como yo hemos clavado con nuestros pecados muchos clavos en el cuerpo del Señor; ya es hora de que al menos por una vez saquemos alguno”.

Realmente, el que medita su propia vida, los muchos y tristes pecados de su vida pasada, llega a esta misma conclusión: "Ya es hora de quitar, con la caridad y la penitencia, con una vida abnegada y de sacrificio, los clavos que he clavado en el cuerpo de mi Señor, que tanto sufre por mi."

“Me amó y se entregó a sí mismo por mí." Murió por mí; yo quiero vivir por Él. Le ofrendo mi vida; que sea suya, con todas sus luchas, miserias y dolores.

El apostolado, una forma de ser agradecido

El que así ve a Cristo querrá ser agradecido para con Él, pues tanto nos amó y sufrió por nosotros.

¿Cómo ser agradecido a Cristo? Vivir a partir de ahora en el amor y hacer penitencia por mis pecados. Esta es la verdadera compasión. Vivir la caridad, llevar a los demás hombres a Él; reparar la caída, bañarse en la sangre de Cristo.

Hermano mío: ¿Amas al Señor? Pues trabaja como puedas, aun a cambio de tu comodidad, aunque tengas que sufrir las befas de los demás o hacer algún sacrificio; trabaja para que el rostro de Cristo brille en el alma de muchos hombres, que van como ciegos en la oscuridad.

Apiádate de Cristo por las almas frías, por aquellas que no se conmueven al ver a Cristo crucificado. Por aquellas que permanecen "neutrales" aun estando al pie de la cruz. Por aquellas que se comportan como los soldados romanos en la crucifixión del Señor. Estos no estaban en contra de Jesús, ni estaban tampoco a su favor; sobre ellos sucedía el gran acontecimiento de la historia, y ellos, en cambio, se sentaron tranquilos al pie de la cruz, para jugar a los dados. Allá arriba, en la cruz, el Hijo de Dios derrama su sangre por los hombres,

también por ellos; y ellos, bostezando de tedio, se entretienen en jugar. ¡Tan cerca de ellos está Dios! ¡Y tan, lejos de Dios están ellos!

En cuántos hombres hoy día se repite esta dolorosa situación: Dios está tan cerca de ellos y ellos tan lejos de Dios. Están bautizados; la sangre de Cristo corrió sobre sus cabezas; pero a ellos no les importa. Hace tiempo quizás se confesaban y comulgaban, recibían el cuerpo Cristo; después pasaron años, decenios, sin hacerlo, y así rompieron la comunión espiritual con su dulce Redentor. Están con nosotros en una misma ciudad; viven en la misma calle, acaso en el mismo piso. La iglesia, el Santísimo Sacramento, el confesonario, están a la misma distancia de ellos que de nosotros. Oyen el repiqueteo de las campanas que convoca para la misa dominical; pero nada de esto les interesa.

Y mientras los verdaderos fieles procuran renovar la imagen de Cristo en su alma con la oración y la recepción de los sacramentos, ellos de nada se preocupan, de nada se enteran; sólo piensan en divertirse o en ganarse el sustento. Quizá no son malos, no atacan a la religión; pero no se cuidan de ella, y así de nada les sirve la sangre de Cristo. ¡Qué pena da el decirlo! ¡De nada les sirve la sangre de Cristo!

Pero ¿es posible que la sangre de Cristo se derramase en vano? Las palabras de JESUCRISTO parecen responder afirmativamente. Al ver Cristo la obstinación de Jerusalén dijo, con los ojos arrasados en lágrimas, estas palabras: *“Ah, si conocieses también tú, por lo menos en este día que se te ha dado, lo que puede traerte la paz!"* (Lucas 19,42). ¡Cuántas veces estuvieron en presencia de Jesucristo los moradores de Jerusalén! ¡Cuántas veces le vieron y oyeron! Pero su corazón permaneció duro y obcecado.

Apiádate de Cristo y preocúpate por estas almas indiferentes. Sé el apóstol que las conduzca a Cristo. No sea que la sangre de Jesucristo corra en vano por ellas.

Apiádate de Cristo, prometiéndole cambiar de vida

Después de azotar los soldados a Jesús, le hicieron entrar en el pretorio, para esperar órdenes. A fin de pasar el rato, se les ocurrió una diversión atroz. Habían oído durante el interrogatorio que este

pobre hombre, maltrecho, quebrantado, era el "rey de los judíos". "¡Hagamos, pues, de Él un rey de comedia y beta!"

Le imponen los distintivos del poder real: un manto —probablemente un viejo paño rojo de soldado—, una corona, pero de espinas, y un cetro, pero de caña. Después doblan las rodillas ante Él, y se mofan entre carcajadas: "¡Dios te salve, rey de los judíos!" Le escupen; cogen la caña de sus manos, y con la misma le dan golpes en la cabeza; le abofetean y dan puñetazos...

Tanto horror no puede repararse sino con promesas de amor: *Señor mío, cuando te azotaban y escarnecían y coronaban de espinas y crucificaban, Tú no enviaste a otro en sustitución tuya. Me has amado y te has entregado por mí. Yo también te amo y te entrego mi alma. Te ofrezco mi vida, pues quiero cumplir todos tus mandamientos. Quiero cumplirlos perfectamente.*

No pasaré un día sin oración. Participaré lo más frecuentemente que pueda de la Santa Misa. Y así tendré la seguridad de alcanzar después de la muerte la vida eterna. Porque precisamente para esto te entregaste por mí.

XIX. Judas

La piedra de toque para juzgar la verdadera amistad, la verdadera fidelidad y bondad, siempre han sido los días malos y no los buenos. Grandeza alma o debilidad moral, carácter firme o cobardía vergonzosa, fidelidad o interés mezquino, nunca se manifiestan con más claridad que en las horas de prueba.

Pasemos revista en los siguientes capítulos a aquellos personajes que tuvieron un papel importante en la Pasión de Jesús; examinemos su conducta y saquemos una lección para nuestra vida.

El primero que llama nuestra atención es el apóstol traidor, aquel cuyo fin no pudo ser más trágico: Judas. El Señor le designó para una altísima misión, y, no obstante, tuvo que pronunciar contra él estas palabras que causan terror: *"Más le valiera no haber nacido"* (Mateo 26,24).

La traición de Judas fue la mayor de las traiciones. Su infidelidad ha quedado como un ejemplo de lo peor. Hoy día todo el mundo conoce muy bien lo que significa el "beso de Judas", o la "paga de Judas".

Los intentos de Jesús para salvarle

Lo peor de Judas no es que haya sido avaro y tacaño, o que se haya guiado solamente por el propio interés... sino el haber besado hipócritamente el rostro de Jesús, que siempre irradió clemencia, el haber vendido por dinero y traicionado vilmente al amigo más fiel.

La traición de Judas adquiere colores especialmente espantosos si se comparan con los intentos del Señor para ganarle. ¡Cuántas cosas intentó Jesús para salvarle cuando se encaminaba por el camino de la perdición!

Cuando JUDAS en la Ultima Cena preguntó cínicamente al Señor: *¿Seré yo acaso, Señor, quién va a traicionarte?*, habría merecido que el Señor se lo echase en cara delante de todos, para que lo oyeran: Sí, eres tú; tú eres el traidor.

Pero Jesús no lo hizo. —¡Quién sabe... ¡quizás se convierta todavía!— Quizá se lo dijo al oído para que nadie lo oyese; o acaso se lo dijo al corazón: Sí, eres tú.

¡Eres tú! Reconoce tu pecado y te acogeré con gran alegría.

Pero el alma de Judas era de pedernal. Se levantó de la mesa, salió del cenáculo y se fue para vender a Cristo. Tres palabras añade el Evangelista que proyectan una sombra de tragedia sobre la narración: *"Era de noche"* (Juan 13,30). Noche oscura, sin esperanza. ¿No es perderse para siempre en la noche oscura el abandonar a Cristo?

El Señor no renunció tan pronto al corazón de su discípulo. Llega Judas guiando a los soldados; se acerca a Jesús, le besa: *Ave, rabbi! Dios te salve, Maestro*.

¡Ave Rabbi! —dice Judas a Cristo.

¡Ave! —así empezó el mensaje de la Anunciación que el ángel Gabriel dijo a Maria; "Ave, gratia plena."

¡Ave! —así empieza todos los días en labios de millones y millones de cristianos el rezo del "Ave María".

¡Desgraciado Judas! ¡En qué insondables abismos has caído! Pones el más hermoso símbolo de la fidelidad, del amor, del mutuo aprecio, al servicio de tu infidelidad, de tu degradación y traición nefanda.

Pero el Señor todavía en aquel momento quiso salvarle. Al beso traidor contesta con el amor que invita al arrepentimiento: *"¡Amigo! ¿A qué has venido?"* (Mateo 26,50).

"¡Amigo!" ¡Cuántos recuerdos le vinieron entonces a Judas al oír estas palabras! ¡El recuerdo de tantos meses transcurridos junto a Cristo! ¡El recuerdo del amor ardiente, del que tantas veces fue testigo!

Pero las palabras de Jesús resonaron sin hallar eco. El corazón de Judas permaneció duro como el hielo. Tenía ya en su bolsillo el dinero: treinta monedas de plata. Cuando una bestia mataba a un esclavo, el dueño de la bestia tenía que pagar treinta monedas de plata. ¿Era esto lo que valía Jesús a los ojos de Judas? Podrías haber hecho de balde tu espantosa traición, y así, por lo menos, podríamos tener lástima de ti como de un loco. O haber pedido, por lo menos, grandes tesoros, oro, mucho oro, una montaña de

oro, para que pudiésemos odiarte por tu avaricia. ¿Pero por tal cantidad? ¿Por treinta monedas de plata?

¿Entregar a tu Señor por el precio en que se vendían los esclavos? Tan miserable eres...

Tú fuiste el que primero te despreciaste a ti mismo. Tú mismo el que, a las pocas horas, te condenaste para siempre.

Pocas horas después cayó Judas en la desesperación. Se arrepintió de su acto; hubiera querido deshacerlo, pero ya era tarde. La única respuesta que recibió de los enemigos de Cristo fue ésta: *"¿Qué nos importa? Allá tú "* (Mateo 27,4)

Y se echó al suelo gritando. Pisoteaba rabiosamente las treinta monedas de plata. Se mesaba los cabellos furiosamente. Daba golpes con su cabeza contra las piedras, y se rasgaba como un loco los vestidos.

Abandonado de los hombres, alejado de Dios, él mismo se condenó; con la. misma mano sacrílega con que aceptó el dinero y abrazó en el huerto al Maestro traicionado, se quitó la vida.

Escogido para ser apóstol

¡Que espantoso el pensar que Judas fue un día apóstol y tuvo ante sí la gloria de una brillante misión! Abro el capítulo X del Evangelio según San Mateo, donde se consignan los nombres de los doce apóstoles; allí está también el de Judas. ¡Misión sublime!

Fue uno de los miembros más agraciados de la humanidad; hubiera podido ser hasta objeto de envidia mientras exista el mundo. Vivió tres años junto a Jesús, gozó de su íntima amistad. Oyó día tras día las admirables enseñanzas que brotaron de los divinos labios. Vio un día y otro día los portentosos milagros: cómo llegaban al Señor los tullidos y otros enfermos, cómo se marchaban jubilosos, cómo llegaban hombres cargados de pecados y se marchaban con el alma purificada. Todo esto lo vio Judas.

Y por la noche, después de cualquier jornada fatigosa, pudo escuchar de labios del Maestro las palabras ternísimas que llegaban al corazón. ¡Y le vio rezar! Por decirlo de una vez, Judas estuvo en medio del sol brillante del Evangelio, y, con todo, su corazón permaneció frío, helado; su alma quedó en la oscuridad.

"Uno de los doce" (Mateo 26,14). El Señor le dijo también a él: *"Ven, sígueme."* Le escogió para predicar su reino. También él hubiese tenido que esparcir la luz del Evangelio por el mundo, como lo hicieron los otros once, y también él, después de una vida sacrificada por Cristo, reinaría triunfante en el cielo con Jesucristo.

¿Por qué se perdió?

¿Cómo pudo llegar a tal extremo?

La primera razón es ésta: Dios llama a todos pero no todos, por desgracia, siguen el llamamiento. Dios habla a todos; pero no todos responden. Dios da talentos a todos, pero no todos los saben administrar. Si cayó Judas fue porque él no quiso cultivar su alma; *no luchó desde el primer momento por extirpar la mala hierba que apuntaba*.

La inclinación al mal existe en todos los hombres; *todos hemos de luchar con denuedo contra los deseos pecaminosos de nuestra naturaleza.* Judas no luchó, y esto fue su perdición.

Principio interesante de la Física es la ley de la gravedad. Según ella, el cuerpo que cae de la altura no se acerca al suelo siempre con la misma velocidad, sino que ésta va aumentando conforme baja.

Esta ley rige también en él orden moral. ¡Ay de aquél que guiña el ojo al pecado, y empieza a dialogar con él! El que empieza a bajar por la pendiente, va deslizándose cada vez con mayor velocidad, y cae con tanta mayor fuerza cuanto más ha bajado por la pendiente. No parece sino que unos brazos misteriosos salen de la tierra, del fondo del pantano, y atraen al desgraciado que no fue lo bastante fuerte para salvarse del primer paso en falso.

Cuando el traje empieza a rasgarse, se ha de coser inmediatamente, de lo contrario, se rasga más. Si hay una rendija en el dique, tiene que ser cerrada inmediatamente, porque, de lo contrario, las aguas rompen el dique y lo arrastran todo.

En Judas un comienzo de avaricia fue la pequeña grieta; en otros, el sensualismo que asoma, la vanidad, la ambición de poder, la pereza, o el deseo placeres. Su perdición viene favorecida casi siempre porque cuando era joven ni los padres, ni los educadores, ni él mismo interesado, lo tomarán en serio.

Es posible que Judas comenzara a ser ladrón ya en la niñez, sustrayendo cosas pequeñas, de poca monta. Y así la ley de la gravedad siguió trabajando en él.

El guardaba la bolsa común de los apóstoles y empezó a hurtar. Andaría con tiento para guardar las apariencias. Era tan hábil que, excepción hecha de Jesús, nadie sino San Juan notó el hurto del dinero. Cuando Judas se escandaliza hipócritamente de que María Magdalena derrame el ungüento precioso sobre los pies del Señor y no dé su precio a los pobres, SAN JUAN observa: *"Eso lo dijo, no porque le importasen los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, robaba el dinero que se echaba en ella" (Juan 12,6).*

¡A qué extremo llega el hombre si no lucha contra sus pasiones! *Pasiones las tenemos todos; son patrimonio común de los hombres. Luchar contra las mismas, para que no nos dominen, es un deber primordial de la vida cristiana.* En uno es especialmente fuerte la vanidad; en otro, la ambición de poder; en el tercero, un sensualismo desenfrenado. En Judas era extraordinariamente fuerte la pasión del dinero. Esta pasión fue suficiente para empujarle hacia la perdición y hacer de él un traidor.

En los cables de alta tensión, pintamos un relámpago en zigzag y una calavera, como señal de advertencia, para que todos vayan con cuidado. Con todas las pasiones deberíamos hacer lo mismo: ¡Tendríamos que pintar una calavera sobre cada una de ellas!

"¿Qué me daréis si os lo entrego?"

"¿Qué me daréis si os lo entrego? Y se convinieron con él en treinta monedas de plata" (Mateo 26,14).

¡Atención! Las treinta monedas de plata siguen circulando sin descanso por este mundo. Corren entre nosotros como premio a la traición, y miles y miles de manos se alargan para cogerlas.

¿Qué quieres darme, si te lo entrego? Dame un empleo, dame un nombramiento, y yo abandono mi fe, mis principios; mis convicciones. Dame un matrimonio rico, un matrimonio acaudalado, y yo doy por ello la fe católica de mis hijos, y la tranquilidad de mi propia alma. Dame una cadena de oro o unos diamantes, y doy mi pureza. Dame una noche llena de placeres, y por ella doy mi salvación eterna. Dame un poco más de comodidad, y no permitiré que nazcan los hijos que Dios quiere

concederme. Dame una hora más de estar en cama, y yo doy por ella la misa dominical.

¡Ay! Cuántas veces se sigue oyendo en la actualidad la pregunta de Judas: *"¿Qué me daréis si os lo entrego?"*

Judas creía que ganaría pecando, pero el pecado —es costumbre suya hacerlo— le engañó.

Judas creía que al recibir las treinta monedas de plata llegaría al colmo de la felicidad. Se lo prometía el diablo, como promete a otros ser felices; a cada uno le caza de diferente manera, le coge por el lado flaco, por donde se le pueda coger; pero engaña a todos tan ladinamente como a Judas.

Ya tienes el dinero. ¿Eres feliz? La suma que anhelabas está en tu bolsillo. ¿Eres feliz? ¿Feliz por lo menos para un año? ¿Para un mes? ¡No lo eres ni un solo día!

Al poco rato empezó a clamar en Judas la voz de la conciencia; le vino el terrible desengaño, el terrible despertar y darse cuenta de lo que había hecho, y Judas se suicidó.

¡Con qué profunda psicología lo expresa la Sagrada Escritura! Apenas comete Judas el pecado, estalla en él la acusación de la conciencia como la irrupción de un volcán.

¿Quién no ha tenido momentos semejantes? Momentos en que, de repente, vemos con claridad qué mentiroso, qué falaz, qué malo, qué miserable es el pecado. Cómo nos seduce, cómo promete, cómo se insinúa hasta que llegamos a cometerlo y que sarcásticamente se ríe después ante nuestros ojos y nos sume en dolorosos tormentos y nos abandona.

¿No queremos correr la suerte del Judas? Entonces no olvidemos lo que prometimos en el santo bautismo. “¿Renuncias al diablo?" "Sí" ¿Y a todos sus lazos?" “Sí”

“Uno de vosotros me entregará" (Mateo 26,21) —dijo el Señor en la Última Cena. Y los apóstoles, uno tras otro, le preguntaron entristecidos: *"¡Señor! ¿Soy yo acaso?"* ¡Ojalá si yo también preguntara muchas veces preocupado: ¡Señor! ¿Te he traicionado en mis pensamientos, en mis planes, en mis palabras, en mis obras, en mis omisiones?

Hacía tiempo que no oraba

Gran tragedia fue la de Judas al caer en tan gravísimo pecado; pero mucho mayor fue su tragedia al caer en la desesperación y perder su confianza en la misericordia de Dios.

¿Y sabes por qué llegó a la desesperación? Porque no solía rezar, porque no oraba. Para guardar las apariencias y no delatar el estado de su alma a los demás apóstoles, con hábil hipocresía fingía que oraba; pero su espíritu hacía ya mucho tiempo que estaba muy lejos de Dios. ¿Cómo lo sé? Porque si hubiese rezado bien, no habría llegado a tal extremo. Al despertar su conciencia, busca ayuda por todas partes; tan sólo deja de acudir a Dios.

Para él no existe Dios, porque ha olvidado la oración.

Y, sin embargo, Judas se arrepintió de su pecado. *"Arrepentido de lo hecho" (Mateo 17,3)* se fue a los príncipes de los sacerdotes. Y confesó su pecado. *"He pecado"* —dijo. Y devolvió el dinero ganado en pecado. He ahí: arrepentimiento, confesión y satisfacción; no obstante, se condenó. Se condenó, porque faltaba algo, una cosa insignificante, pero realmente imprescindible: *la confianza en el amor del Cristo misericordioso, lleno de perdón.*

La historia de este desventurado apóstol nos ofrece estas grandes enseñanzas. Resiste a tus inclinaciones pecaminosas cuando todavía es pronto. No te fíes del demonio, porque te engañara. Y si has sido tan desgraciado y has caído, *no te desesperes nunca.*

A todos los pecadores arrepentidos dirige el Señor las palabras consignadas por el profeta ISAÍAS: *"Aunque vuestros pecados sean rojos como la* grana, *quedarán vuestras almas blancas como la nieve"* (Isaías 1,18). Y SAN JUAN CRISÓSTOMO, al hablar de los pecadores arrepentidos, dice: "¿Por qué cuando caen chispas en el mar, no lo inflaman? Porque el mar las apaga. Tus pecados son chispas; y el mar es la misericordia de tu Dios" (Hom. 8, *de poenit*., n.I).

Señor, grande es mi pecado, pero es más grande es tu bendita misericordia.

En el mismo día y acaso en la misma hora en que estaba enhiesta la cruz ensangrentada del Gólgota, allí, en otra parte de Jerusalén, en la oscuridad de un bosque solitario, pendía de un árbol el cadáver de Judas, el traidor.

¡Qué espantoso contraste! En el árbol de la cruz pende el Salvador, que derrama su sangre por nosotros, que muere por todos, también por mí, también por Judas; del otro árbol está colgado Judas, el suicida, por quien murió Cristo en vano; porque el mismo Judas le volvió la espalda.

Si acaso llego a caer de nuevo en el pecado, cuando vuelva a Jesús, a mí también me preguntará: *"Amigo, ¿a qué has venido?"* Señor mío —le diré—, no vengo para traicionarte ni para ofenderte de nuevo, sino para pedirte perdón, hacer penitencia, amarte de nuevo y reparar el pasado; he venido para que de hoy en adelante mi perseverancia en tu seguimiento sea la expresión vibrante de mi amor agradecido.

XX. Pedro

Dos fueron los apóstoles que negaron a Cristo: Judas y Pedro; pero ¡qué distinta la suerte de los dos! Judas hizo traición al Señor, y al darse cuenta cabal de su horrendo acto, se suicidó en un arrebato de desesperación. Pedro también negó al Señor; pero el Señor le perdonó porque se arrepintió y confió en su misericordia.

El carácter de Pedro

La caída de Pedro nos sería del todo incomprensible si no conociésemos de su carácter más que el fervor religioso, la entereza, su nobleza, su buena voluntad y honradez desinteresada, y no tomásemos en cuenta, por otra parte, su precipitación y vehemencia.

San Pedro era realmente un espíritu profundamente religioso; los Evangelios dan testimonio de ello en varias ocasiones. Ya antes de entrar en el campo de atracción que rodeaba a nuestro Señor, es, con su hermano Andrés, discípulo de Juan el Bautista; entones encontró a Jesús por vez primera, y al quedar prendado de los atractivos del Maestro, se adhirió a Él con entusiasmo.

Él Señor premió varias veces el fervor de Pedro. En la transfiguración del Tabor y en la agonía del huerto de Getsemani, Pedro se contó en el número de los discípulos predilectos; más aun, le constituyó cabeza visible de su futura Iglesia.

Pedro dio pruebas a cada paso de desinterés y nobleza de ánimo, de amar verdaderamente al Señor. Recordemos, por ejemplo, la escena de la Ultima Cena, cuando, por humildad, no consiente que su Maestro le quiera lavarle los pies: *"De ninguna manera me lavarás los pies"* —exclama en un primer momento. Y Jesús le advierte: *"Si no te los lavo, no tendrás parte conmigo."* A estas palabras contesta Pedro, arrebatado de ferviente amor: *"Señor, no solamente mis píes, sino también las manos y la cabeza"* (Juan 23,8-9).

Recordemos también aquella escena del mar de Tiberiades. Al romper el alba los apóstoles se encontraban pescando. En la orilla surgió de repente una figura. A la luz incipiente de la

madrugada, tan sólo SAN JUAN le reconoce. *"Es el Señor"* —dice. Los apóstoles comienzan a remar hacia la orilla. Pero a Pedro le parece demasiado largo el tiempo para llegar a tierra. Se viste la túnica, y se arroja al agua para llegar antes que nadie, a los pies de Cristo. Esto da muestras de su gran amor (Juan 21).

Pero aunque tenga muy buena voluntad, sea fervoroso, entusiasta honrado, fue también —como suelen serlo muchas veces tales caracteres— *excesivamente confiado en sí mismo, vehemente y precipitado,* sus más grandes defectos. Tales caracteres, aunque profundamente honestos, suelen ser muchas veces exagerados en sus propósitos, y no están en guardia contra su propias limitaciones. Sienten que sus intenciones son nobles y obran sin atender a las circunstancias; se precipitan, y fácilmente caen en una vana presunción de sí mismos.

El Señor le llamó la atención repetidas veces, pero en vano.

En la Última Cena dijo el SEÑOR a Pedro: *"Adonde yo voy tú no puedes seguirme ahora; me seguirás después".* PEDRO no da su brazo a torcer, y contesta fogoso: "¿Por *qué no voy a poder seguirte? Yo daré por ti mi vida".* Jesús le replica: *"¿Darás la vida por mí? En verdad, en verdad te digo: No cantará el gallo sin que me hayas negado tres veces"* (Juan 13,36-38). Pero Pedro no se convence.

Mientras van hacia el Monte dé los Olivos, JESUCRISTO dice a sus apóstoles: *"Todos vosotros os escandalizaréis a causa de mí esta noche"*. PEDRO protesta al momento: *"Aunque todos se escandalicen, yo nunca me escandalizaré de ti."* Jesús alude de nuevo al canto del gallo; pero PEDRO contesta con mayor vehemencia todavía: *"Aunque tenga que morir contigo, yo no te negaré"* (Mateo 26,31-35).

"¡Aunque todos, yo no!

Pedro, confió demasiado en sí mismo y se dejó llevar de los sentimientos que profesaba hacia su Maestro.

Si hubiese conocido más a fondo los diversos movimientos de su alma, habría reconocido que él también albergaba desconfianzas y cobardías.

Al caminar sobre las aguas del mar, ¡qué a prisa le abandonó la valentía! Y de conocer su temperamento, no habría pasado por alto la última advertencia que le dirigió el SEÑOR en el Monte de Olivos: *"Simón, ¿duermes? Velad y orad para que no caigáis en la tentación. El espíritu está pronto, pero la carne es flaca"* (Marcos 14,37-38).

Pedro no hizo caso; por eso se vino abajo.

A nosotros también nos pasa lo mismo. ¡Cuántas veces nos engañamos a nosotros mismos, al confiar excesivamente en nuestro propia valía!

No lo conozco

Confrontando de esta manera las luces y sombras del carácter de Pedro, comprendemos su triste caída, su triple negación; las palabras tristemente memorables con que en el patio del sumo sacerdote negó al Señor: *"No lo conozco"* (Mateo 26,72).

¿Qué pasa, Pedro? ¿Podemos dar crédito a nuestros oídos? ¿No le conoces? No hace mucho que has cenado con Él. No hace mucho que has desenvainado tu espada para defenderle. Durante tres años has estado con Él día y noche.

¿No le conoces? Hace años que escuchas sus enseñanzas y eres testigo de todas sus obras. Has estado con Él en Tabor, en el Huerto de los Olivos; le has visto orar, padecer estrecheces, luchar, sudar sangre... y ahora, ¿no le conoces?

¡Pedro! Cuando todos quisieron abandonarle, ¿no dijiste tú estas sublimes palabras: *"Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios"* (Juan 6,60-70)... Y ahora, ¿no le conoces?

¡Pedro! Cuando Él os preguntó a los apóstoles por quién le teníais, ¿no fuiste tú quien contestó en nombre de todos: *"Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo"?* (Mateo 16,16)... y ahora, ¿no le conoces?

¡Hay, Pedro, ¿Cómo has podido ser tan cobarde? Te reprochamos tu cobardía, pero si pensamos en nuestra conducta, cuántas veces podemos vernos reflejados en ti.

¿Nunca hemos dicho nosotros lo mismo: "No le conozco"? Cuando el ambiente nos favorece, cuando estamos solos; ah sí, entonces sabemos ser buenos y piadosos. ¡Mientras no estamos

con gente incrédula! Porque, de lo contrario, ¡con qué facilidad nuestra conducta hace todo lo posible por aparentar que no conocemos a Cristo: *"¡No conozco tal hombre"!*

Pedro negó al Señor ante una criada por miedo al “qué dirán”. Los Pedros modernos le niegan por una moda, por dinero, por un placer, por un criterio mundano, por un principio en boga, por los mil y mil rostros de respeto humano.

Hoy no está de moda llamarse cristiano. Actualmente no está de moda el que haya más de dos hijos en una familia. Ni está de moda adornar la casa con motivos religiosos. Hoy día no está de moda confesarse frecuentemente. No está de moda, por tanto: "Yo no conozco a tal hombre."

Hagamos un examen de conciencia: ¿Nunca hemos sido cobardes cuando debíamos confesar al Señor? ¿Nunca le hemos negado como Pedro?

Niega a Cristo el que por miras terrenas abandona sus principios y convicciones morales.

Niega a Cristo el que por ventajas terrenas, para ganarse el aplauso del mundo, no se atreve a confesar su fe y practicar su religión.

Niega a Cristo el que por temor a los hombres no se atreve a levantar la voz para defender sus creencias.

Niega a Cristo el que en una conversación con sus amigos prefiere bromear sobre cosas frívolas y obscenas, porque todos lo hacen, para que no se le tache de "beato", "cucufato", o "católico".

La pendiente hacia la negación

¿No queremos llegar a tal extremo? ¿No queremos negar al Señor? Entonces examinemos con atención cómo llegó Pedro a negarle; qué es lo que le empujó en su caía.

¿Quizá se debió a falta de amor? ¿Quién se atreverá a afirmarlo? Amaba a Jesús, pero tenía una confianza excesiva en sí mismo. Tenía un temperamento impetuoso, y la causa de caída fue sostener un débil candil frente al huracán; claro está, el vendaval lo apagó. Fue la atrevida confianza en sí mismo, que se tradujo en las siguientes palabras: *"Aunque todos se escandalicen, yo nunca me escandalizaré de ti”*.

Desde entonces hasta hoy, ¡cuántos se han perdido por confiar demasiado en sí mismos! "Estos... sí; yo... ¡nunca!”

Un joven y su enamorada son buenos, piadosos; pero... están siempre juntos, y a veces solos; tienen una confianza excesiva en sí mismos. Su confesor le llama la atención al joven sobre este peligro: Él contesta: "No piense usted nada malo. Con otros podría pasar.... Pero ¿entre nosotros? ¡Imposible!"

—No leas aquel libro frívolo; no te relaciones con esos amigos; no veas esa película indecente.

—No tema usted por mí. No me va a pasar nada... a otro tal vez, pero ¿tratándose de mí? ¡Imposible!

—Lo creo; tú no tienes malas intenciones; pero... el molinero tampoco va al molino para llenarse de harina, y no obstante, se acaba poniéndose blanco.

San Pedro tampoco se arrimó al fuego para negar al Señor. Tenía frío y buscaba un poco de calor. Pero allí se encontró en medio de hombres cuyas palabras, pensamientos y planes eran totalmente distintos a los suyos. Cuántas veces notamos en el colegio, en la universidad, en la empresa, en la tienda, en el taller, allí dónde nos lleva nuestra ocupación, que nos hallamos entre hombres cuyas palabras, planes y actos no concuerdan con nuestros principios cristianos; entre hombres que nos preguntan con sarcasmo cuando ven que no actuamos como ellos: *"¿Acaso tú también eres discípulo del Nazareno?”* ¿Acaso tú eres católico? ¡Qué ridículo y apocado! ¡Qué beato y aguafiestas eres... ! ¿Por qué no te comportas como nosotros?”

¡Dichoso el que huye a tiempo! Pedro no habría caído si hubiese reaccionado en la primera tentación y hubiese dejado el calor del fuego; por no apartarse de la ocasión sucumbió miserablemente.

Pero, ¿y si no hay manera de huir, si he de convivir con gente frívola y sin principios? En ese caso, por lo menos, procura estar unido, lo más que puedas, a Jesucristo.

Si Pedro, aterido de frío, se metió en aquel ambiente, por lo menos tendría que haberse preparado para el peligro con la oración. ¿No había oído unos momentos antes la advertencia del Señor en el Huerto de Getsemaní: *"Velad y orad para no caer en la tentación"?*

Pero Pedro no fue precavido ni prudente. Confiaba excesivamente en sí mismo. Él mismo se expuso al peligro. Su caída nos advierte que no debemos buscar el peligro sin necesidad y que no debemos confiar excesivamente en nuestras propias fuerzas; ni aun en el caso de haber sido fiel a Dios durante muchos años.

Mientras vivimos, siempre estamos en peligro de caer. La caída de Pedro debe servirnos también *para aprender a escuchar la voz de la conciencia.* ¡Qué poderosa es la conciencia contra el pecado, si la secundamos! Pedro cayó por no estremecerse cuando cantó el gallo la primera vez.

¡Cuántas veces canta también para nosotros y levanta su voz la conciencia intranquila: "Oye, no te es lícito ser tan egoísta; no te es lícito ver esa película; has de romper con esta amistad peligrosa; no te es lícito seguir con tal negocio....!"

Dichoso aquel que es dueño de su voluntad y siervo de su conciencia. Dichoso aquel que escucha siempre con docilidad la voz de su conciencia. Como Pedro podemos dar testimonio hoy de Jesucristo, y negarlo mañana, si echamos al olvido la palabra del Señor: *"Velad y orad."*

La conversión de Pedro

Resbalar y caer es propio del hombre; levantarse del pecado es propio del verdadero cristiano.

"Y volviéndose el Señor, miró a Pedro" (Lucas 22,61) dice el Evangelio después de referir la negación del apóstol.

¡Cuántas cosas le dijo aquella mirada de Cristo! ¡Cuánta tristeza, decepción y reproche!

—Pedro, pero en verdad, ¿no me conoces? Yo soy el Maestro que te escogí para apóstol. Soy yo el que se acercó a ti caminando sobre las olas. ¿No me conoces? Soy yo, al que confesaste en Cesárea que era el Hijo de Dios. ¿No me recuerdas?

—Pedro, yo soy el que hace pocas horas me arrodillé delante de ti y te lavé los pies. Yo soy aquel a quién dijiste que preferirías morir mil veces antes que negarme. Pedro, pero ¿no me conoces todavía?

"Y volviéndose el Señor, miró a Pedro."

¡Qué mirada!

¡Cuántas cosas pasaron por la mente de Pedro!

Pero ¿qué ha pasado conmigo? Realmente, el Señor me dijo un día: *"Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia"* (Mateo 16,18). ¿Yo, piedra y no débil caña? ¿Yo, fundamento de la Iglesia? Mas soy un cobarde apóstata...

¿Realmente es a mí a quien dijo el Señor: *"Mira, que Satanás está preparado para zarandearos como el trigo. Mas yo he rogado por ti, a fin de que tu fe no desfallezca"*? (Lucas 22,31-32)

¿Para que mi fe no desfallezca? Sí, Señor, tú has rogado por mí, pero yo no he acudido a la oración; he ahí la causa de mi caída; he confiado demasiado en mis propias fuerzas.

¡Ojalá nos diésemos cuenta en nuestras tentaciones cómo nos mira el Señor!

"Y habiendo Pedro salido afuera lloró amargamente" (Lucas 22,61-62).

No sólo vio Pedro la tristeza en los ojos de Jesús, vio también su misericordia que le llamaba al perdón. Mirada triste, como la del amigo desengañado; pero alentadora a la vez, llamándole a tener confianza.

Judas se suicidó porque no creyó en la misericordia del Señor. Pedro, sin embargo, creyó. En una sola noche le traicionó tres veces seguidas... juró y blasfemó diciendo que nunca le conoció... Mas el mismo Señor le había dicho que había que perdonar, no siete veces*, sino hasta setenta veces siete.*

Pedro y Judas, columnas de la Iglesia, de derrumbaron, porque, a pesar de su elección y vocación divina, eran hombres, y, por lo mismo, frágiles. Como entonces, también ahora en el reino de Cristo sobre la tierra, en la Iglesia, en el sacerdocio, van unidos estrechamente y fundidos en unidad dos elementos: el divino y el humano, y es sagrado deber de todos nosotros procurar que lo divino se robustezca y lo humano vaya desapareciendo.

Desde la caída de los dos apóstoles, esta hora tristísima se ha repetido en diversas ocasiones en la Iglesia. Se derrumbaron columnas, hombres llamados y escogidos, cedros que brillaban en la cima del monte. Pero a nosotros no nos toca juzgarlos ni condenarlos; tan sólo rezar por ellos, por los que sucumben.

¿Tienes la costumbre de rezar por los sacerdotes? Ellos rezan por ti; no hay misa en que no dirijan sus preces por todos los fieles. ¿Pero tú te acuerdas de rezar por ellos? Reza por los buenos sacerdotes, y también por los indignos, y nunca propagues malas noticias; no murmures; no te goces con los escándalos, sino reza. Reza por ellos, para que en el caso de caer ellos también, como Judas y Pedro, por lo menos su camino torcido no desemboque en la desesperación de Judas, sino en el arrepentimiento de San Pedro.

Muchas, veces tendremos que escuchar como excusa de labios de los pecadores: "Pedro también cayó." Sí, cayó. Pero no te olvides de continuar la frase: Pedro cayó; pero se convirtió e hizo penitencia durante toda su vida.

Judas cayó y no quiso levantarse; Pedro también cayó; pero se asió fuertemente de la mano de Cristo y se levantó. Caer es humano; pero quedarse tendido en el pecado es algo diabólico.

Nunca ya pudo olvidar el Apóstol su pecado. Por lo menos, cada vez que el gallo cantase, se acordaría de su traición. Desde su caída se volvió cauteloso y desconfiado de sí mismo. Pensaba ciertamente en su caída, cuando más tarde escribió: *“Sed sobrios y estad en vela: porque vuestro enemigo el diablo anda como león rugiente alrededor de vosotros, buscando a quien devorar. Resistidle firmes en la fe"* (I Pedro 5,8-9).

En el año 67, después de Cristo, en la alturas de la colina vaticana se alzó un madero, y, en él fue crucificado, con la cabeza hacia abajo, el apóstol San Pedro; el que en un momento de debilidad negó al Señor, pero hizo penitencia y murió mártir.

XXI. Pilatos

Todo el odio y maldad de que es capaz el corazón humano se hizo patente en la Pasión de Cristo. Después de Judas el traidor, y de Pedro el cobarde, vamos a contemplar a Pilatos, el hombre falto de carácter, que en tiempos de Jesús representaba el supremo poder de los romanos en Judea, y a quien su cargo ponía en estrecha obligación de salvar al Señor de la venganza injusta de los judíos, pues tenía poder de sobra para hacerlo; a Pilatos, que durante el interrogatorio se convenció por completo de la inocencia de Cristo y, a pesar de todo, aprobó la injusta sentencia de muerte; porque fue cobarde, porque no tenía carácter, porque no fue capaz de sacrificarse por la verdad.

¿Quién era Pilatos?

En tiempos de Jesucristo, el país de los judíos era un territorio sometido a los romanos, que lo habían conquistado; y Pilatos era representante de este poder victorioso. Lo fue desde el año 26 hasta el 36 después de Cristo.

Que no fuese un personaje importante dentro del imperio romano se puede sospechar rápidamente. El pequeño país de los judíos era un punto insignificante en el territorio del inmenso imperio. Ningún alto cargo aspiraba a gobernar ese diminuto país. En primer lugar, porque no podía esperarse gozar tanto como en los otros países, y en segundo lugar, porque no era fácil empresa tener sometido al yugo romano a un pueblo que estaba en constante rebeldía.

Pilatos —ya que fue designado para tal cargo— procuraba, por lo menos, pasar su vida lo más cómodamente posible, y hacía cuanto estaba de su parte para pasar sin conflictos todo el tiempo que allí le detuviese su cargo. Vivir bien y con poca agitación, tal era su divisa.

Lograr lo primero no podía costarle mucho, pues era el representante del imperio romano. En la orilla del Mediterráneo tenía un palacio, que en punto a riqueza y pompa nada dejaba que desear.

Tenía, pues, tantas comodidades como quería; pero no podía decir lo mismo de la tranquilidad.

Pilatos era un hombre casado; y precisamente lo que su esposa le refirió un día era lo que a él empezaba a causarle zozobra. Parece ser que a ella le habían llegado bastantes noticias sobre Jesucristo, y que en sus charlas con su esposo le había contado todo lo que de Él se decía; es, a saber, que había aparecido un nuevo profeta entre los judíos; un profeta que venía de Nazaret, pero que era realmente extraordinario; más grande que los profetas anteriores, y que entusiasmaba sobremanera al pueblo con su persona y sus milagros.

Esto precisamente era lo que a Pilatos le quitaba la tranquilidad. Sentía de antemano que él tendría que habérselas con semejante profeta y con el gran consejo del sacerdocio judío; ya sabía que los príncipes de los sacerdotes miraban con malos ojos la actuación de Jesús de Nazaret. Pilatos, que no deseaba más que tranquilidad, no quería mezclarse en tal asunto.

Pero lo que estaba temiendo, acaeció. Más pronto de lo que él se creía.

El año 33 de nuestra Era fue a Jerusalén para las fiestas de Pascua. Una gran multitud de judíos se congregaba en la ciudad para tales fiestas. Era conveniente que el procurador romano estuviese allí para sofocar las posibles reyertas. Pero aquellas fiestas de Pascua prometían ser especialmente movidas, porque circulaban noticias increíbles del profeta nazareno: que había resucitado muertos y que el entusiasmo del pueblo llegaba al punto de quererle incluso proclamar rey.

Este era el problema que hacía palidecer a Pilatos. Porque si no se hubiese tratado más que de cuestiones religiosas y de problemas metafísicos, poco se habría preocupado. Pero ¡proclamarle rey! Esto significaba rebelarse contra el dominio romano. Y esto no podía consentirlo él, el representante del imperio, el que, además, ostentaba el honroso título de "amicus Caesaris", "amigo del César".

Por estas circunstancias, Pilatos, seguramente, se alegró al saber que los judíos habían apresado el jueves por la noche al gran profeta. "Si los mismos judíos acaban con el profeta, por lo menos yo no tendré que meterme. Le condenarán y no tendré qué

condenarle yo. Si es inocente o no lo es, no me importa; lo importante es que ese hombre no turbe mi tranquilidad.”

Sin embargo, la alegría de Pilatos no era fundada. Los judíos, en efecto, condenaron a muerte a Jesucristo; pero para que la sentencia de pena capital surtiese sus efectos necesitaban el visto bueno del procurador romano. Así fue. Después de la sentencia del sanedrín, todo el gran Consejo y un inmenso gentío condujeron a Cristo ante la casa del procurador, pidiendo a gritos la confirmación de aquella pena muerte.

A presencia de Pilatos condujeron a Cristo, atado y escoltado.

Cristo ante Pilatos

¡Cristo ante Pilatos! ¡Qué encuentro! En un lado está Pilatos, que goza del mundo, tiene gran poder, es escéptico, débil de carácter, y sólo piensa en subir y lograr mejores puestos. Al otro lado está el profeta nazareno, abandonado, maltrecho y maniatado, y tras él la turba que grita y pide a grandes voces se le condene a muerte.

He ahí el momento que tanto quería evitar Pilatos y que siempre temía. *No había ya más remedio que decidirse por el profeta o por sus acusadores.* Contemplemos la escena como si estuviésemos presentes.

Al principio parece que Pilatos se inclina a favor de Cristo y que terminará por colocarse de su lado. Parece que el sentido romano del derecho va a prevalecer. Por más que grite la turba, Pilatos quiere enterarse de los motivos por los cuales Cristo merece o no la pena muerte. *"¿Qué acusación traéis contra este hombre?"* (Juan 17,29).

La muchedumbre sigue gritando y pide la condenación.

Entonces se yergue en Pilatos el orgullo romano, y decide. “Le interrogaré yo mismo y veré lo que merece. Quiero saber si son exactos los cargos de que le acusáis, de que pervierte a nación, de que prohíbe pagar el tributo al César, y, sobre todo, si es verdad que se considera Rey (Lucas 23,2). Porque si es verdad alguno de estos cargos, y quiere de esta suerte insurreccionar a los judíos contra el poder de Roma, entonces sí que el fallo de la justicia le condenará."

Pilatos se retira aparte con Jesucristo. Es la primera vez que se encuentran cara a cara. Me imagino la mirada que Pilatos dirigió a Jesús: ¡el procurador poderoso contempla a Jesucristo, tan pobre y deshecho!

¿Esté es el Profeta que siembra la rebelión? ¿Éste quiere ser Rey? Yo me imaginaba a los Reyes de otra manera. ¡Rey es mi señor, el Emperador romano, cuando va al frente de las legiones! Rey soy también yo, que representó el inconmensurable imperio romano en este país escondido del mundo. ¿Pero este pobre hombre, desarmado y atado? ¿Éste quiere ser Rey?

Le pregunta como en tono de duda: *"¿Eres tú el Rey de los judíos?"* (Juan 18,33). Y el matiz de su voz descubre la ironía de su pensar: Con toda tranquilidad podemos dejar a los judíos un Rey tan soñador, tan inocente.

El Señor contesta con serenidad estremeciendo por dentro el alma de Pilatos. "Mi *reino no es de este mundo. Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo aquel que pertenece a la verdad, escucha mi voz"* (Juan 18, 36-37). ¡Con qué serenidad lo dice! ¡Y qué tempestad despierta en el alma de Pilatos!

¡La verdad! Esta es la palabra que estremeció todo el ser de Pilatos. Quizá se acordó de su juventud, de aquellos días en que aún creía en la verdad, y sabía distinguir el bien del mal, la virtud del pecado, lo noble de lo abyecto; cuando todavía se guiaba por criterios nobles y buenos.

Mas ¿qué fue de todo aquello?

Poco a poco lo fue olvidando, tras ver como muchos desalmados se abren paso en la vida a fuerza de codazos, sin importarles, si es necesario, pisotear el honor, la moral, la decencia, con tal de conseguir lo que desean: dinero, poder, bienestar... ¡Vio la lucha desigual entre la justicia y el poder, entre la virtud y la violencia!...

Primero lo vio... Después se alistó él mismo en aquellas filas... Leyó a los filósofos que dando un barniz de justificación a todos esto atropellos, los erigen como ideal sublime de la vida. Dejó de creer en la verdad y en la justicia, de ahí que en

sus labios incrédulos se formulara la cínica pregunta: *"¿Y qué es la verdad?"* (Juan 18,38).

¿Y qué es la verdad? Verdad es el poder de las legiones romanas. Verdad es la riqueza de Roma. Verdad son las cosas palpables, las que pueden coger con las manos, las que se pueden medir y contar. Verdad es el éxito, el brillo, la pompa, el bienestar, la diversión, el triunfo. Pero el alma, la moral, la virtud, el honor... y tu reino, ¿para qué sirven? *¿Y qué es la verdad?*

Así hablaba Pilatos. Y así hablan los amigos de Pilatos, los que comulgan con los mismos principios desde hace dos mil años. *¿Y qué es la verdad?*, susurran de forma cínica y despectiva. Y no advierten que con estas palabras están dando la sentencia de muerte a su propia alma, tan vacía y raquítica.

De esta forma se vuelven escépticos y pesimistas... Cuando fueron jóvenes derrocharon su juventud entre fruslerías y vanidades, torcieron el sentido recto de su vida y no quisieron escuchar a la voz de su conciencia. Todo a su alrededor es reflejo de su propia alma: la verdad para ellos no significa nada; llegan a desconfiar de todos, porque proyectan en los demás lo que hay dentro de ellos.

Para ellos, el sentido de su vida es tratar de gozar lo más posible. Buscan ansiosos los placeres y se revuelcan como bestias en el fango, y quisieran hacerte creer que pecado y virtud, fealdad y belleza son una misma cosa. Son como el ciego de nacimiento, para quien la luz del sol y la oscuridad de la noche le parecen lo mismo. Es imposible que llegue a creer en lo bello quien lleva en su corazón la fealdad.

En efecto, para Pilatos no existía la verdad; no tenía para él ninguna fuerza; ante él no pesaban más que el interés y el abrirse camino a toda costa. ¡Con qué descaro lo demostró a los pocos momentos! No encontró en Cristo ningún delito, y, no obstante, mandó que le azotasen.

"Le he interrogado en presencia vuestra, y no hallo en él ningún delito de los que le acusáis"... (Lucas 23,14). “Por tanto, le castigaré".

¿Quién ha visto semejante modo de reflexionar? No hallo en él ningún delito, por tanto... le devuelvo la libertad. Esto es lo que se

debería haber esperado. Si no hay delito en él, entonces le habéis acusado falsamente, y yo cierro el proceso y le devuelvo la libertad. Esto habría sido lo correcto. Y si Pilatos lo hubiese hecho, entonces su nombre no se mencionaría con oprobio en nuestro Credo. Pero Pilatos no tenía carácter. Quería satisfacer al mismo tiempo a la justicia y a los judíos. Miraba a las dos partes y sólo así pudo llegar a esta conclusión torcida: “No halló delito en él... Por lo tanto, le haré azotar."

Es una forma de razonar que no tiene lógica. Y sin embargo, ¡cuántos hacen lo mismo desde entonces! Sé, siento, que Cristo tiene razón. ¡Su religión es tan hermosa, su doctrina tan sublime, su seguimiento da tanta felicidad y paz...! Por tanto... por tanto, no le sigo: porque exige sacrificios y abnegación; porque el mundo se reiría de mí. Sí, todo aquel que se dice "cristiano”, es decir, "del partido de Cristo", pero que con su modo de vivir demuestra lo contrario, se comporta como Pilatos.

“Nunca he pecado contra la luz", dijo para su propio consuelo el gran convertido inglés, el Cardenal NEWMAN. ¡Qué alegría ha de sentir quien pueda decir lo mismo! Nunca he pecado contra mi conciencia, contra mis convicciones y principios morales.

Es lo que no pudo afirmar Pilatos. Y en verdad habría que ver el tormento y la lucha que tuvo que entablar. Por una parte tenía conciencia clara de la inocencia de Cristo, y a la vez, tenía el poder de su autoridad romana. Tenía en sus manos la verdad y el poder, y no obstante, cayó porque era cobarde y débil. El pueblo se dio cuenta enseguida de su debilidad y se aprovechó de ella.

¡Cuántas cosas intenta Pilatos para inhibirse de dar el fallo! Quiere desentenderse de Jesús enviando al acusado a Herodes, para que éste le juzgue. Pero Herodes se lo devuelve nuevamente. Ofrece conceder a Cristo el indulto que suele darse con motivo de las fiestas de Pascua. Pero el pueblo pide la libertad del asesino, Barrabás.

Fracasado Pilatos en su intento, manda azotar a Cristo, hasta que la sangre salte a borbotones, pensando que así quizás el pueblo se contentará con esto. Pero el pueblo ve la sangre y se enardece. Conoce la debilidad de Pilatos, y dispara su cañón de mayor calibre: *“Si sueltas a ése, no eres amigo de César; puesto que cualquiera que se hace Rey, se declara contra el César”* (Juan 19,16). Y el tiro dio en el blanco. Por completo.

“¡No eres amigo del Cesar!” ¡Éstos quieren delatarme al César! ¿Qué dirá el César! Me gustaría salvar a este hombre inocente; pero ¿qué dirá el Emperador? ¿Qué será entonces de mi porvenir? ¿Cómo subiré a cargos mayores? Al fin y al cabo, no será este hombre el último que sufra injustamente. Y de todos modos tendrá que morir un día... Entonces, ¿para qué hacer de todo esto cuestión de conciencia? *"Ibis ad crucem"*—pronunció la sentencia —. *"Serás crucificado." "Entonces* le *entregó para que lo crucificasen* " (Juan 19,16).

Enseñanzas de la tragedia de Pilatos

La tragedia de Pilatos encierra grandes enseñanzas. Pilatos habría podido salvar a Cristo, de tener un carácter firme, y una voluntad inquebrantable. Si de él se hubiese podido decir la gran alabanza: “¡Es un hombre de palabra!" Si en vez de discutir, de contemporizar, se hubiese decidido a liberarle: "Yo devuelvo la libertad a este hombre, porque no hallo en él delito alguno."

Pero esto era lo que faltaba a Pilatos. Le faltaba la valentía que se requiere para obrar consecuentemente. Era cobarde. Era veleta. Era adulador. Sonreía hacia arriba y hacia abajo. Quería estar con la mayoría; era capaz de todo menos de dar la cara por la verdad.

La verdad tiene un enemigo peligroso en el miedo “al que dirán”; en el miedo a la opinión de la mayoría, contra la cual sólo se atreve a luchar el que tiene un carácter firme como una roca. Sólo tales personas se atreven a defender la verdad.

“Si dependiera de mí, no lo haría." —Muchas veces oímos esta excusa. "No me presentaría tan provocativamente vestida; no temería que Dios me concediese tres o cuatro hijos; no compraría este diario obsceno y escandaloso; no me comportaría así si no fuera porque todos lo hacen, si no pensasen así los de arriba"...

Pilatos tampoco habría condenado a Jesús si no hubiese sido por la opinión de los judíos influyentes.

No son muchos los hombres que se atreven a quedarse realmente solos, aislados, por atreverse a confesar la verdad y mantenerse en ella. La verdad nunca goza de popularidad, por esto se la suele desterrar de los proyectos de vida y de las conductas personales.

La verdad no está sujeta a los cambios de la fortuna. Y no cabe duda, con hombres del tipo de Pilatos la humanidad corre hacia la

bancarrota. Si las olas embravecidas y caprichosas de la pasión de la masa no chocan con almas roqueñas que se atrevan a luchar por la verdad, vamos a la ruina. Sólo podrán conducir a la humanidad por un camino recto y seguro aquellos que se comprometan inquebrantablemente con la verdad, pase lo que pase.

Los Pilatos de siempre

Mayor que la culpa de Pilatos –por fallar contra Cristo por miedo a sus enemigos—es la nuestra por abandonarle. A Pilatos pudo aturdirle el clamor exigente de las turbas. No abogaba aún a favor del acusado la apología de una larga historia de 2.000 años. Pilatos contaba los años “desde la fundación de Roma"; ¿cómo podía saber que el mundo antiguo estaba precisamente a punto de salir de sus quicios y que la historia empezaría muy pronto a contar los años desde el nacimiento de aquel Hombre maltratado que tenía delante?

¡Pero los Pilatos de hoy pueden ya saberlo! No tienen excusas. Porque Pilatos vive aún hoy. Vive en aquellos que actúan según este principio de vida: "Haciendo un poco la vista gorda, se adelanta más que siendo honrado."

Vive en aquellos que dicen: "No seas nunca tan necio que dejes escapar la ventaja que se te ofrece; ¿qué importa si tu mano y tu alma se ensucian un poco?"

Vive en aquellos que se encogen de hombros al ver a otros que se sacrifican por la verdad de su religión y de sus convicciones morales; vive en aquellos que con cinismo exclaman: "¿Verdad? ¿Qué verdad? Comamos, divirtámonos, hagamos grandes negocios: Esto es la verdad."

Vive en aquellos que reniegan de sus convicciones y abandonan su fe para adelantar y hacer carrera, para conseguir un buen puesto o lograr un matrimonio ventajoso.

Vive en todos aquellos que nadan a favor de la corriente, que aúllan porque los lobos aúllan; porque tomar en serio el carácter, las convicciones, la fidelidad a los principios, la honradez... no denota una “postura políticamente correcta y realista”.

Vive en todos aquellos que pisotean a los inocentes y, después, con posturas compasivas e condescendientes, se lavan las manos.

Por no escuchar la voz de su conciencia

Pilatos se lavó las manos. En vano, para nada le sirvió, ¡aunque se las hubiese lavado, no en una jofaina de agua, sino en el río Jordán!... ¡Y no ya en el Jordán, sino en el mar de Galilea! ¿Bastaban las aguas de todos los océanos para borrar de ellas esa mancha horrenda? ¿Qué mancha? La de *haber obrado contra su conciencia.*

¿Oímos nosotros antes de cada acción la voz de nuestra conciencia y la escuchamos? ¿Nos preguntamos qué ha prescrito Dios, o más bien nos proponemos la pregunta de Pilatos: Qué dirán los fariseos, qué dirá el pueblo, qué dirá el César? ¡Cuántos hay que preguntan: ¿Qué dirá el vecino, el conocido, mis amigos, mi estómago, mi cuenta corriente, mi carrera, mi ascenso?... Y qué pocos son los que preguntan: ¿Qué dice mi conciencia?!

"Pero ¿por qué hacer de esto cuestión de conciencia?" —se nos contesta con frívola y seductora persuasión. Y sin embargo, el mal del mundo moderno está precisamente en que los hombres no quieren hacer de nada cuestión de conciencia.

¡De nada! ¡Ni del cumplimiento del deber ! ¡Ni de las manos limpias! ¡Ni de la palabra dada! ¡Ni de la fidelidad conyugal! ¡De nada absolutamente!

Por algún tiempo es posible acallar la conciencia; es posible arrinconarla, traicionarla, negarla, obrar contra ella; pero... antes o después levanta su voz, y su voz es terrible.

La suerte que corrió Pilatos proclama a voz en grito una gran realidad. Dar la cara abiertamente en favor de la verdad y permanecer fieles a Cristo, muchas veces cuesta sacrificios; pero estos sacrificios levantan el alma, dignifican a la persona. En cambio, el pisotear con cinismo la verdad no proporciona más que una ventaja provisional, de mera apariencia, que tiene a la larga su represalia.

No sabemos con precisión lo que sucedió a Pilatos después de la muerte de Cristo. Pero sabemos una cosa: no consiguió la carrera, el ascenso, la felicidad que deseaba conseguir, a expensas de sacrificar a Cristo inocente.

"Si sueltas a ése no eres amigo de César" —tal era la amenaza de la muchedumbre. Pues no le soltó. ¡Le entregó a las manos asesinas! ¿Siguió siendo por eso amigo del César? Pues, no. Como

lo menciona el historiador Flavio Josefo *(Antiqu.* 18, 3, 1; 4,2), en el año 36 después de Cristo fue llamado Pilatos a Roma para rendir cuentas al emperador Tiberio. Precisamente al llegar a Roma murió - Tiberio. Y el historiador Eusebio anota (*Hist. eccl*., 2,7) que el mismo Pilatos puso fin a su vida bajo el reinado del emperador Calígula, que sucedió a Tiberio.

Meditemos a este propósito las palabras de Cristo, del que fue cobardemente condenado por Pilatos: *"A todo aquel que me reconozca delante de los hombres, yo también le reconoceré delante de mi Padre, que está en los cielos. Mas a quien me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre"* (Mateo 10, 32-33).

XXII. Herodes

¡Qué doloroso es ver cómo empujan de una a otra parte al Señor, cómo le arrastran de una autoridad a otra! No parece sino que ha de ir de casa en casa para lograr la pena de muerte. Después de apresarle le llevan a Anás; éste le envía a Caifás; Caifás le juzga digno de muerte; mas para corroborar la sentencia le envía a Pilatos. Pilatos está convencido de que el Señor es inocente, pero no se atreve a soltarle por miedo a los judíos. Le viene muy bien entonces saber que Jesús es de Galilea, de la jurisdicción de Herodes. Precisamente con motivo de las fiestas de Pascua, Herodes se encuentra en Jerusalén; él le juzgará. Así piensa Pilatos verse libre del espinoso asunto, eximirse de tener que dar sentencia. Que falle Herodes, si Cristo es inocente o culpable.

Casi no damos fe a nuestros ojos al leer estos datos en el Evangelio. ¡Herodes tiene que juzgar si Cristo es culpable o no!

Herodes: ¡Un reyezuelo oriental que contaba con la gracia de los emperadores romanos; que en Tiberíades, a la orilla del Lago de Genezaret, se había edificado un majestuoso palacio y en medio de cortesanos aduladores llevaba una vida sensual, lasciva, con Herodías, la esposa de su hermano!

¡Qué pantano de inmoralidad debía de haber en aquel palacio, en el que el rey era capaz de dar como galardón de un baile voluptuoso, a su hijastra Salomé, la cabeza de Juan el Bautista! ¡Y ante este rey corrompido llevan a Cristo! ¡Delante de ese Herodes, para que falle si Jesús es o no culpable!

Pregunta al ciego si es hermoso el azul del cielo. Pregunta al sordo si es bello el sonido del violín. Pregunta a Herodes si es culpable o no Cristo.

El pasado de Herodes

Jesús es conducido a Herodes. Era la primera ocasión en que Herodes pudo ver a Jesús. Y, sin embargo —según anota la Sagrada Escritura—, *"hacía mucho tiempo que deseaba verle, por las muchas cosas qué había oído de él"* (Lucas 23,8).

¡Ahora, por fin, puede verle y hacerle preguntas! Allí está Jesús, delante de él; está atado, completamente rendido. Ahora puede Herodes interrogarle y satisfacer su curiosidad. Aun más, ahora le pagará el haberle llamado zorro astuto.

Realmente, así le llamó el Señor. En cierta ocasión le mandó un mensaje con estas palabras: *"Decid de mi parte a ese zorro..."* (Lucas 13,32). Pues ahora el zorro le mostrará de lo que es capaz. Toda su corte y su guardia están presentes en la sala del trono, para que todos puedan disfrutar, viendo los portentos del rabí taumaturgo.

Herodes *"le hizo muchas preguntas"* (Lucas 23,9), pero Jesús no le respondió palabra.

¡No le dijo una sola palabra!

Y, pensándolo bien, ¡qué fácil le hubiera sido a Jesús granjearse la simpatía de Herodes! Y de esta manera Herodes hubiese seguido el parecer de Pilatos: *"Yo no hallo delito alguno en este hombre"*. Todas las mañas y sediciones de los judíos resultarían infructuosas frente a los dos fallos favorables de Herodes y de Pilatos.

El Señor lo sabía muy bien. Sabía que bastaba seguirle la corriente, pasar por alto sus defectos, mitigar algo su severidad, y su vida estaba salvada.

Pero no dio la más pequeña señal de condescendencia. Herodes "le hizo muchas preguntas, pero él no le respondió palabra".

El que no conozca el pasado de Herodes no podrá comprender el silencio de Cristo. Parece como si el Señor quisiera con su silencio condenar el estilo de vida de Herodes.

¿Quién era Herodes?

El Herodes de que aquí se trata no es el infanticida de Belén, el llamado Herodes el Grande, sino su sucesor, *Herodes Antipas*, que abandonó a su propia esposa y se casó con Herodías, esposa de su hermano Felipe, que aún vivía. Este Herodes ante quien, comparece ahora el Señor y a quien no juzga digno de recibir una respuesta suya, no asesinó a los niños de Belén, pero si a Juan el Bautista. Su vida lujuriosa y este crimen fueron la causa de que el Señor le tratara de esta manera.

¡SAN JUAN el BAUTISTA! El precursor inmediato de Jesucristo. Hombre disciplinado, abnegado, austero, que mereció la mayor alabanza que pudo obtener hombre alguno de labios de

JESUCRISTO: *"En verdad os digo que entre los nacidos de mujer no ha aparecido uno más grande que Juan el Bautista"* (Mateo 11,11).

Un carácter tan firme, un soldado del Señor tan esforzado, un espíritu fuerte como el granito, no había de temblar ante el cruel Herodes. Y cuando éste escandalizó a todos casándose con Herodías, prima suya y esposa divorciada de su hermano Felipe, JUAN no titubeó en levantar su voz para defender la ley de Dios: *"No te es lícito tener la mujer de tu hermano*" (Marcos 6,18).

Esto resultó demasiado humillante para la mujer adultera.

Es verdad que este profeta gozaba de gran fama entre el pueblo. Es verdad que inmensas muchedumbres le seguían. Pero esto no se le puede ya perdonar. ¡A la cárcel! —susurraba Herodías, la mujer pecadora y escandalosa, en los oídos de Herodes.

Así fue puesto en prisión San Juan Bautista.

No podemos saber si Herodes, ofendido en sus desenfrenados goces sensuales, se hubiese contentado con la prisión, o si más tarde hubiese decidido por sí mismo llevarlo al suplicio. Al parecer no habría llegado por su cuenta a venganza tan sangrienta... pero se había lanzado por la pendiente en busca de placer, y difícilmente se detiene el que empieza a bajar.

La cosa sucedió de esta manera: Herodes celebraba su cumpleaños. El alcohol debió de subir no poco a la cabeza de los convidados. Las palabras de Juan: *"No te es lícito tener a esta mujer"*, quemaban las entrañas de Herodías y buscaba la ocasión para vengarse: ¡Espera un poco! ¡Veremos quien vence! –se decía a sí misma.

Llegó el momento que esperaba con astucia. La mirada de los hombres se ha vuelto turbia y lasciva por el vino ingerido; entonces Salomé, radiante de hermosura, rebosante de juventud, se pone a bailar. Lo hace con todo su poder de seducción, buscando excitar los deseos lascivos de los hombres que la contemplan y se sienten fascinados por su embrujo. Desde un rincón la anima su madre: ¡Adelante! ¡Sigue así!

Encandilado y embelesado por el espectáculo, Herodes jura en voz alta ante los invitados conceder a Salomé cualquier cosa que le pida, aunque sea la mitad de su reino.

¡La mitad del reino! Es decir, todo lo que desees y que más te apetezca...

¡Ha llegado el momento! Como serpiente que se yergue para morder, Herodías sisea en los oídos de su hija: ¡Pide la cabeza de Juan! ¿Comprendes? Nada más. ¡Tan sólo la cabeza de Juan!

Salomé se acerca a Herodes, y con la superioridad de los vencedores, con voz de mando, exclama para que lo oigan todos: *"Quiero que al instante me des en una bandeja la cabeza de Juana el Bautista"* (Marcos 6,25).

Herodes se asustó. Aunque estaba borracho y fuera de sí, se quedó espantado. No contaba con esto. Quizás presintió por un momento que ya nunca podría vivir en paz... que la cabeza cortada del santo profeta no podría ya nunca quitársela de su memoria. ¡Cuánto le atormentarían para el resto de su vida estas dos palabras: ¡Adúltero! ¡Asesino!... La Sagrada Escritura dice solamente que *"se puso triste"*. Habría querido salvar a Juan, pero era un hombre sin carácter, esclavizado por sus pasiones y por el qué dirán.

Herodes asintió bajando la cabeza.

Herodías había calculado bien. Había jugado con las pasiones depravadas y las debilidades de Herodes.

Así cayó la cabeza de Juan bajo el hacha del verdugo. La cólera encendida de Herodías se apaciguó satisfecha por unos momentos. Ahora disfrutaba de un placer sin igual al ver la cabeza de su mayor enemigo chorreando sangre en una bandeja.

Herodías y Salomé hace siglos que murieron; pero sus figuras emergen en la historia de la humanidad una y otra vez, aunque con nombres distintos.

Emerge de nuevo Herodías en aquellos que atizan el fuego de la venganza contra la Iglesia, cuando ésta condena sus pecados y se atreve a decir: No te es lícito robar a los obreros..., no te es lícito contraer nuevo matrimonio viviendo aún tu primera esposa, no te es lícito... "¡Ah! Esto no lo puedo soportar...", exclaman, y están dispuestos a abandonar la Iglesia y a perseguirla.

Emerge Salomé de nuevo. Baila y excita las pasiones de los hombres, que se dejan esclavizar y están dispuestos a darlo todo para satisfacerlas: pídeme cualquier cosa, dinero, honor, la mitad de mi reino; te lo daré todo..., hasta mi vida eterna.

El silencio acusador de Cristo

Delante de este Herodes fue llevado el Señor, y fue precisamente a este Herodes a quién no quiso el Señor responder ni una palabra. Su silencio sublime fue para Herodes una represión mucho más dura que cualquier palabra acusadora.

¡Pobre Jesús! ¡ Adónde has llegado! Te dolía la corona de espinas, te dolían los latigazos, te dolía los bofetones... pero más que estos ultrajes te dolió verte en aquella sala donde reinaba la lascivia y el egoísmo refinado, donde la mirada lujuriosa de Herodes y de sus aduladores se rebajaban en la mayor degradación.

Comprendemos muy bien que en tal sitio y en tal ambiente no hubiese Jesucristo querido hablar. Esta sala, preparada para cometer toda clase de excesos, no era el marco adecuado para la seriedad de un fallo judicial. En una casa cuyas paredes eran testigos de un incesto permanente; una casa donde había manos manchadas con la sangre del profeta... ¡en esa casa no quiso hablar Jesús!

Y, sin embargo, el Señor no rehusaba hablar con los pecadores, es más, los buscaba. Sin descanso enseñaba a los que andaban descaminados. ¡Cómo se alegraba cuando el pueblo, sediento de sus palabras, le rodeaba en grupos que se apretujaban, tanto analfabetos como gentes instruidas! Y ahora, ante el hombre más poderoso de Galilea, no quiere pronunciar ni una sola palabra.

Cristo tuvo lástima de la mujer adúltera; conversó con la samaritana que había tenido cinco maridos; se mostró clemente con María Magdalena. ¿En qué se distinguían de Herodes? En una sola cosa, estas mujeres estaban arrepentidas de sus pecados.

Herodes fue la única persona con quien no quiso hablar el Señor. Habló a Pilatos; habló a Anas, a Caifás; habló al ladrón arrepentido, que estaba crucificado junto a él; pero no tuvo ni una palabra para Herodes. *"Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre"* (Juan 7,46), decían de Cristo. Pues bien; jamás hombre alguno ha callado como este hombre, de un modo tan fulminante, tan desafiante, con un gesto de incomparable superioridad. No habló a Herodes porque éste era un hombre obstinado y cínico, que bebía el pecado como otros beben el agua, sin sentir ya siquiera que era pecado. De tanto pecar, se había hecho sordo a la voz de su conciencia.

Es terrible que la voz de la conciencia se acalle en el hombre. Mientras le atormenta, mientras le quema, mientras le roe, no está completamente perdido. Pero, si calla... Pues mucho peor es que se calle Cristo y que ya no nos diga nada.

Amigo lector: Si compareciese Jesucristo delante de ti, ¿crees tú que te dirigiría la palabra?

El silencio de Dios es el mayor castigo que nos podría pasar, pues equivale a decirnos que nos ha abandonado. Mientras Dios azota, castiga, purifica y remueve... no estamos perdidos. Pero ¡ay de nosotros cuando Dios se calla en nuestro interior! Es lo que quiere decir el salmista: *"Señor, no guardes silencio por más tiempo, no te alejes de mí"* (Salmo 34,22). Y también: *"Señor, no te hagas sordo a mis ruegos. Dios mío, no sea que no haciendo tú caso de mí llegue yo a contarme con los que bajan al sepulcro"* (Salmo 27,1).

¡Cuántas veces se puede oír la amarga queja: llevo una vida honrada, piadosa, decente, y nada logro. Y aquel otro, ese vecino mío, que es la misma maldad, que está lleno de pecados, tiene suerte en todo: goza de bienestar, de buena salud y vive tranquilo...!

Hermano mío, "no envidies a los perversos ni tengas celos de los que obran con iniquidad" (Salmo 26,1). Antes bien, espántate de su bienestar y de su vida tranquila.. ¿Sabes a quiénes se suele permitir vivir a su antojo y hacer cuanto les apetezca? A los presos que están condenados a muerte.

¡Ay, si la voz de Dios se calla en un hombre!

Un silencio espantoso, mortal, suele preceder a la irrupción del huracán devastador.

El silencio de Cristo empezó por incomodar a Herodes. En el primer momento se sorprendió, después se inquietó. No obstante, su cinismo encontró una ocasión magnífica para salir del apuro: *"¡Haré befa de este hombre!"*

Tomado por loco

"Herodes, con todos los de su séquito, le despreció; y para burlarse de él, le hizo vestir una túnica blanca, y se lo devolvió a Pilato" (Lucas 23,11). Se burló de Cristo, a quien no podía llegar a comprender.

¿Cómo se le ocurrió esta idea bochornosa: hacer befa de Jesucristo? Los príncipes de los sacerdotes vomitaron también delante de Él sus acusaciones; seguramente le dijeron que aquel hombre soñaba nada menos que con hacerse rey. ¿Qué mejor pretexto quiso Herodes para humillar a Cristo? “Este hombre está loco; nada de lo que se le atribuye se puede tomar en serio; hay que tomarlo a broma. Nos divertiremos y reiremos a costa de él, y después lo enviaremos de nuevo a Pilatos; que haga con él lo que se le antoje.”

Herodes se vengó de Cristo. Se vengó como suelen vengarse los cobardes, los voluptuosos, los malos, los criminales de los que llevan una vida santa: haciendo befa de ellos.

¡Cuántos Herodes hay en el mundo moderno! Herodes de vida pecadora, cínica, que no pueden soportar a los de vida virtuosa y ejemplar, y para disculparse los desprecian, se burlan de ellos, dicen que están locos. El mundo está lleno de hombres desalmados, para quienes no hay nada noble, santo, elevado, porque tienen el alma podrida.

¡Cuántas veces el mundo pecador y sensual se burla de Cristo en sus discípulos! Y ¡cuántas veces los que son débiles en el amor traicionan a Cristo precisamente por la befa de los malos, de los pecadores! El hombre puede soportar muchas cosas, pero le resulta intolerable que hagan befa de su persona, y, sin embargo, hemos de soportar aún la burla por amor a Cristo.

Herodes, el adultero, hizo poner a Cristo una vestidura blanca, para burlarse de Él. De igual manera los hombres frívolos se ríen y se burlan de los discípulos de Cristo por su forma de vivir; les visten de desprecio y los toman por locos.

El Señor permaneció callado ante las burlas de Herodes y de sus cortesanos.

¡Qué difícil es mantenerse firme, con inquebrantable fidelidad a nuestros principios, cuando se burlan de uno y se nos ridiculiza!

¡Qué difícil es perseverar fieles a nuestras convicciones en medio de la carcajada irónica, estridente de los modernos Herodes!

¡Cuántas veces, los que son coherentes con su vida cristiana, a costa de renuncias y sacrificios, tienen que oír en tono de burla

y con aire de superioridad a los Herodes modernos: ¡sois unos beatos!, "unos cucufatos!, ¡unos oscurantistas medievales!", "¡estáis locos!....

Eres loco, tú, joven de veinte años, por sostener con espíritu de sacrificio el duro combate de la castidad.

Eres loca, tú, joven casada, por contentarte con tu marido y alegrarte de los hijos que Dios te regala.

Eres loco, tú, padre, que vives con estrechez por no acaparar dinero, cuando podrías robar sin que se notara.

Esto dicen los modernos Herodes.

Ojalá que estos "locos" vayan en aumento, los “locos de Cristo" —tanto jóvenes como adultos—, los que con valentía y esfuerzo, siguen e imitan a Cristo, resistiendo victoriosamente, sin titubear, la burla del mundo.

Desde entonces se hicieron amigos

Según anota la Sagrada Escritura, desde el momento en que Herodes devolvió a Cristo a Pilatos, Herodes y Pilatos se hicieron amigos. Lo mismo sigue sucediendo hoy. La Iglesia y la doctrina de Cristo son atacadas por hombres, partidos, ideologías, movimientos que no tienen nada en común, a no ser que el odio hacia Cristo.

Herodes y Pilatos, estos dos grandes enemigos hasta entonces, pudieron hacer las paces fundando su amistad en el odio común a Jesucristo. Si así obran los paganos, los descreídos, con cuánta mayor razón nos deberemos sentir amigos y hermanos (ayudándonos y apoyándonos) todos aquellos —individuos, sociedades, instituciones, naciones— que somos unos en la fe y en el amor a Cristo.

* * *

Cuenta una antigua leyenda que mucho después de la muerte del Salvador, al querer Salomé atravesar un lago cubierto de hielo, el hielo se rompió y ella se hundió hasta el cuello en las aguas heladas. Solamente hasta el cuello. Una fuerza inmensa removió los témpanos de hielo, que bajaron furiosos, incontenibles; chocaron contra el cuello de Salomé y le cortaron la cabeza. Aquella cabeza fue rodando sobre el hielo, con los ojos abiertos, llenos de terror, dando saltos sobre el hielo, como si danzase loca-

mente, hasta que, por fin, se hundió la cabeza maldita, en otro tiempo hermosa, que hiciera saltar bajo el hacha del verdugo la cabeza de San Juan Bautista.

Este cuento es invención de tardía leyenda. Probablemente carece de fundamento.

Pero es cierto que tanto Salomé, la seductora, como Herodías, la cruel, sedienta de venganza, y el lascivo Herodes, tuvieron que presentarse un día ante el divino tribunal del Juez Eterno; y también es cierto que en este tribunal inapelable no estaba sentado el rey Herodes, sino Cristo, aquel dulce Jesús de quien Herodes se burló y que sufrió silenciosamente las palabras de burla.

Pero Cristo, en su tribunal..., ¡no guardaba silencio!

Señor mío Jesucristo, quiero vivir de modo que al llegar un día yo también a tu divino tribunal no puedas decir que has encontrado en mí ni un solo rasgo de Herodes. Haz que sepa escuchar tus voces de amor en este mundo para que en el otro no me aterren los acentos de tu justicia.

XXIII. Cristo y las mujeres

¿Y las mujeres? ¿Qué papel desempeñaron las mujeres en la Pasión de Cristo?

En la Pasión aparecen varias veces las mujeres; pero su papel es siempre noble y edificante. No tenemos constancia en el Evangelio de que alguna mujer escarneciese a Cristo durante la Pasión, que le ofendiese o ultrajase. Fueron varones los que negaron a Cristo; fueron varones los que le apresaron, los que le condenaron, azotaron y crucificaron. Por esto bien se merece el sexo femenino una alabanza sincera.

La esposa de Pilatos

El Señor comparece ante Pilatos. En torno suyo, como mar alborotado, brama la turba lanzando acusaciones. Todos están en contra de Él; todos le declaran culpable.

Pero he ahí que en un determinado momento llega un mensajero con un encargo para Pilatos. El mensaje es de su esposa, y dice: *"No te metas con ese justo, pues he padecido mucho yo en sueños por su causa"* (Mateo 27,19).

¡Por fin hay alguien que, en medio de aquella turba obcecada, llena de odio, llama "justo" a Cristo¡ *¡Por fin se atreve alguien a levantar la voz en favor de Cristo!*

¿Quién era esa mujer?

No sabemos casi nada de ella. Según se dice, se llamaba Claudia Prócula. No importa. Lo importante no es su nombre, sino lo que hizo.

Lo importante es que su conciencia no se quedó tranquila con lo que estaban haciendo con Cristo, se compadeció de Él y quiso salvarlo como pudo.

Lo importante es que se atrevió a levantar su voz a favor de Cristo, cuando todos estaban en contra de Él. Y es de destacar que esta mujer ni siquiera era cristiana...

Mujeres como ésta son las que se atreven a levantar su voz y protestan, aun en medio de los ambientes más alejados de Dios, cuando la frivolidad de la mayoría se pone de parte de la maldad,

degenera en chistes obscenos, ataca a la Iglesia o ridiculiza los mandamientos de Dios.

La esposa de Pilatos no envió su mensaje, movida únicamente por compasión hacia Cristo. Seguramente también influyó en ella la preocupación por su marido. Se dio cuenta del espinoso problema que se le presentaba a su esposo, y se apresuró —como cumple a una esposa fiel— a ponerse a su lado en aquellos momentos difíciles y decisivos con su consejo y buenos sentimientos. Es verdad que no pudo cambiar el parecer de su esposo, porque éste no la escuchó. Pero por lo menos hizo todo cuanto pudo; y Dios no juzga según el resultado, sino según nuestras intenciones.

Bien merece esta esposa valiente que la pongamos como ejemplo para todas las mujeres. Ella cumplió ciertamente el papel magnífico que Dios señaló a la mujer: ser conciencia viva de la familia, ángel protector de su esposo, irradiando nobleza y magnanimidad. Ella es modelo de todas las esposas que, con amor abnegado e ingenioso, procuran encender en el amor al prójimo y a Cristo las almas de sus esposos, cuando estos están fríos en lo tocante a la fe.

Porque éstos son algunos de los deberes que Dios confía a las mujeres.

"He padecido mucho yo por su causa" Este fue el mensaje de la esposa de Pilatos.

¡Qué dichoso aquél que pueda repetir lo mismo al hacer por la noche su examen de conciencia! Hoy he padecido mucho por el Señor.

Cuando en un punto o en otro no he cedido a mis pasiones que me quieren esclavizar; cuando en contra del sentir superficial y frívolo de la sociedad he levantado la voz con tesón para defender a la Iglesia; cuando con amor abnegado e ingenioso he devuelto a Cristo, invitando al Sacramento de la Reconciliación, personas que estuvieron durante años distanciadas de Él; cuando he procurado ser siempre y en todas partes llama viva que resplandece en amor a Cristo... *"he padecido mucho por Él"*. Y me siento feliz de haber hecho algo por Él, por quien ha dado su vida por mí.

He ahí la misión santa de las mujeres en la Iglesia: ser guardianes de las derechos de Dios en la familia y en la sociedad, en la vida privada y en la pública.

La Verónica

Otra mujer que durante la Pasión mostró un gran amor compasivo hacia Cristo fue la Verónica. La Sagrada Escritura no la menciona, pero la tradición piadosa recuerda desde el principio a esta mujer llena de compasión, que se hizo cargo de lo que estaba sufriendo Cristo cuando tropezaba bajo el peso de la cruz, y que trató de ayudarle como pudo, ofreciéndole su velo para que secase su rostro bañado en sudor. Sabemos que después quedó la imagen del rostro de Jesús estampada en el mismo.

En medio de aquella arrebato triunfante de la maldad, ¡qué momento de delicada ternura y compasión nos ofrece la Verónica! Esta mujer buena se apiadó de Cristo en plena calle, sin importarle lo que pudiesen pensar de ella los demás. Nosotros también podemos ver el rostro desfigurado de Cristo en nuestro prójimo, apiadarnos él, y trabajar para que vuelva a brillar en todo su esplendor en sus almas.

Hoy también Cristo carga con la cruz y mira con vivas ansias a todas partes, esperando encontrarse con almas como la de la Verónica. Porque se cuentan por millones las almas en que está desfigurado el rostro de Cristo, seres degradados en su dignidad por el pecado o por la maldad de los hombres.

Son miles los niños que vagan por las calles de las grandes ciudades, robando lo que pueden, para venderlo en la próxima esquina. No hay quien se preocupe de ellos. ¡Cuántos huérfanos sin madre...! ¡Es Cristo sufriente! ¿Dónde están las manos de las Verónicas, que enjuguen tu imagen cubierta de sangre y de polvo?

A millares sufren los pobres en las capitales. Millares son los enfermos que guardan cama en míseras casas. Es Cristo que sufre. ¿Dónde están las almas que enjuguen tu rostro? Sí, tu rostro, porque fuiste Tú el que dijo: *"En verdad os digo: Lo hicisteis con alguno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis"* (Mateo 25,40).

¿Oyes, hermano? Cada vez que consuelas al que llora; cada ofensa que no pagas con venganza, sino que perdonas noblemente por amor a Cristo; cada sonrisa que haces brotar en la cara angustiada de tu prójimo; cada palabra suave que pronuncias refrenando tu cólera a punto de estallar; cada buen consejo que das a las almas titubeantes, todo ello es un paño suave de seda, de

finísimo lienzo, con que acaricias suavemente el rostro desfigurado de Cristo.

Tú puedes ser como la Verónica: no dejes, donde puedas, de enjugar el rostro manchado de Cristo, que sigue sufriendo de nuevo en el interior de millones de hombres su Pasión.

Trabajemos también para que nunca se borre de nuestra propia alma el rostro de Cristo. Mientras luchamos contra la tentación, aunque sea fuerte como el mar tempestuoso; mientras sostenemos el combate, por muy cruel y sangriento que sea, el rostro de Cristo sigue brillando en nosotros como un sol radiante. Es tan sólo el pecado quien lo cubre con un velo y lo borra de nuestra alma.

¡Oh, rostro bendito de mi dulce Jesús! Que siempre resplandezcas en mí.

Las mujeres que lloran Cristo

Al proseguir su camino, arrastrándose como puede bajo el peso de la cruz, el Señor se encuentra en una calle con unas cuantas mujeres, que al verle lloran afligidas. CRISTO las mira y les dice: *"Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras mismas y por vuestros hijos"* (Lucas 23,28).

Dos cosas llaman la atención en estas mujeres: su compasión y su valentía.

Se compadecen de Cristo. Son muchas las mujeres en este mundo que lloran por algo. Las mujeres lloran con más facilidad que los hombres; muchas veces lloran por una fruslería; por obstinación, o por terquedad. Pero vosotras, hijas de Jerusalén, lloráis con legítimo derecho: No hay lágrimas que puedan compararse con vuestras lágrimas.

¿Cómo no llorar ante los tormentos que padece Cristo camino del Calvario?

Hay quienes lloran por cualquier tontería y, en cambio, tienen el alma empedernida y no lloran, cuando tenían que hacerlo, por los pecados que han cometido. Hay quienes, al leer una novela lloran por el pobre protagonista imaginario y al mismo tiempo no se conmueven al mirar a Cristo crucificado. Una llora por su miseria material; la otra, porque ha perdido su empleo; la tercera, por el hijo muerto; la cuarta, por la felicidad deshecha de la familia; pero

¿quién llora por Cristo, o por lo mal que está el mundo por el pecado?

Visten y alimentan sus perritos de compañía; pero no se compadecen de la familia numerosa y pobre que vive cerca de su casa. Cuando muere su perrito, no saben consolarse; el hijo del vigilante muere de tuberculosis, en la mayor miseria, y ni se inmutan.

Cae un caballo en el asfalto, y la gente se compadece y le da lástima; cae nuestro prójimo en el pecado, y ¿dónde está el que tiene compasión de Cristo crucificado en el alma que así cayó? Y, sin embargo, Cristo sufre en el alma pecadora; Cristo sufre en el hombre hambriento; Cristo sufre en el incrédulo engañado; Cristo sufre en la persona seducida.

—¡Pero hay tanta miseria en este mundo! ¡No es posible ayudar a todos! —se suele decir.

—Es verdad. Pero, por lo menos, ayudemos en lo que podamos. Y si no podemos ayudar materialmente —como las mujeres de Jerusalén tampoco pudieron salvar a Jesucristo de la muerte—, por lo menos lloremos con nuestro prójimo que sufre, que está triste; tengamos una palabra compasiva, o por lo menos, una mirada comprensiva y consoladora, o hagamos oración por él.

Las mujeres de Jerusalén no solamente tuvieron compasión, sino que *también fueron valientes para expresar lo que sentían.* No tienen miedo estas débiles mujeres a enfrentarse con los soldados y los sacerdotes, ni con la turba amotinada. ¿Dónde están los apóstoles en ese momento? Han huido. ¿Dónde está Pedro, la roca firme? Le ha negado. ¿Dónde están los que fueron curados por Cristo? Nadie se compadece de Él..., tan sólo están presentes estas débiles mujeres. Y éstas lo hacen con atrevimiento, dando la cara por Cristo.

Me acuerdo de los días sangrientos del comunismo húngaro en la primavera del año 1919: recuerdo a las sencillas mujeres obreras delante del convento de las Señoritas Inglesas en Budapest; esas mujeres se atrevieron a defender a Cristo contra los verdugos rojos. Eran dignas sucesoras de las mujeres que lloraron a Cristo. Y son dignos de ellas todos aquellos que al oír murmurar contra la Iglesia, Esposa de Jesucristo, se atreven a levantar la voz para defenderla.

Siempre ha habido y siempre habrá en este mundo muchas mujeres que lloran, porque la voluntad inescrutable de la Providencia quiso que les tocara a ellas la parte mayor del sufrimiento y un corazón más sensible.

¡Qué gratitud siente el Señor por estas mujeres compasivas que lloran por Él! Con mirada amorosa les dice: *"Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque días vendrán en que se dirá: Dichosas las estériles, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no amamantaron. Entonces dirán a los montes: caed sobre nosotros, y a los collados, ocultadnos, porque si esto se hace en el leño verde, en el seco ¿qué será?"* (Lucas 23,28,31).

No lloréis por mí; llorad por vosotras mismas. He ahí la gran enseñanza del Señor: Dios tiene en más si lloramos por nuestros pecados que si lloramos por su Pasión: "Vuestra compasión no ha de ser mero lloriqueo; si tenéis compasión de mí, no me ofendáis con vuestras injurias. ¿Lloráis por mí? Está bien; lo acepto con amor. Pero llorad con un amor que os haga mejores, más nobles, más santas; con un amor que purifique vuestras almas."

Llorad por vosotras mismas. Sigue resonando el pregón del Señor. Llorad porque las que son frívolas y vanidosas; llorad por las que pasan su vida cuidando perritos y gatitos. Llorad por las anhelan ganar un concurso de belleza y no salvar su alma. Llorad por las que pierden su tiempo en las playas. Llorad por las prostitutas. Llorad por las mujeres que abdican de toda feminidad. Lorad por las que se divorcian y tienen varios "matrimonios de prueba".

Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras mismas. ¡Y por vuestros hijos! Miremos hacia el porvenir. Cuando los niños de hoy sean hombres maduros, ¿serán un gozo para Cristo y para su Iglesia? Pesa sobre las madres una tremenda responsabilidad. No lloremos solamente por la Pasión de Cristo, no nos contentemos con repetir: "¡Cristo mío, te amo!", sino *regalémosle nuestro más hermoso tesoro: el alma de nuestros hijos.*

¿Qué será del niño? ¡Esto depende en gran parte de vosotras, madres! ¡Madres! Cristo se detuvo en el camino de la Cruz y os dirigió su último discurso. Mirad cómo predica: corona de espinas en su cabeza, en sus hombros la cruz. No olvidéis lo que dijo del árbol seco. Sentad a vuestros hijos con frecuencia junto a vosotras; miradles a sus ojos y sentid vuestra tremenda responsabilidad:

“Cristo me los confió a mí"... Y después, educadlos en el amor de Cristo, para que no sean ramas secas, sino injertos vivos de Jesucristo en este mundo, que puedan después ser trasplantados a los jardines de la eternidad.

¡Mujeres, alegraos si podéis ser como fueron las madres que lloraron por Cristo!

La Madre Dolorosa

La compasión de la Verónica y de las mujeres de Jerusalén sirvieron, ciertamente, de consuelo a Jesús en la Pasión; pero ¿quién puede dudar que el mayor consuelo de Cristo fue la fidelidad amorosa de la Virgen Madre, fidelísima hasta el fin?

¡Cuántas lágrimas vertió la Virgen en esas horas! No es posible describir los sentimientos del Hijo y de su Madre cuando se encontraron durante la Pasión. ¡Y con todo, la Virgen María perseveró hasta el fin! *¡Stabat Mater dolorosa!* "Allí estaba la Madre Dolorosa.."

Cada dolor de su Hijo traspasa también su propio corazón; los clavos la traspasan a ella también; la corona de espinas también la lleva ella; pero se mantiene en pie: *¡Stabat Mater!*

A su Hijo le dan a beber vinagre y hiel; blasfeman de Él, aun cuando ya está clavado en la cruz; se burlan de Él; pero ella está de pie. *¡Stabat Mater!*

El sol se oscurece; la tierra se estremece; las rocas se resquebrajan; el pueblo se da golpes de pecho y huye despavorido; pero ella está de pie: *¡Stabat Mater!*

Parece que todas las esperanzas se desploman, pero ella no vacila ni se queja, sino que con amor materno y fe inquebrantable persevera al pie de la cruz: *¡Stabat Mater!*

Y gracias a ella quedó enaltecido el sexo femenino.

Conclusión

Este capítulo ha sido una gran alabanza al sexo femenino. Quiera Dios que así como no hubo ni una sola mujer que escarneciese a Cristo en la Pasión, no haya ninguna tampoco que le ofenda con su vida y costumbres.

Mujeres de esta índole es lo que necesita el mundo actual.

Mujeres que sepan padecer mucho por Cristo como la esposa de Pilatos.

Mujeres que sepan mitigar los dolores de Cristo, como la Verónica.

Mujeres que se apiaden de Cristo, como las mujeres de Jerusalén, y que le sean fieles, con un amor perseverante valeroso, abnegado y activo. Y sobre todo, mujeres como la Virgen María, que sepan amar, ser fieles y perseverar al pie de la Cruz.

XXIV. Cristo en la cruz

Toda nuestra esperanza, toda nuestra confianza, toda la obra de nuestra redención, toda la misión de Cristo, la esencia del cristianismo, se pueden resumir en estas pocas palabras: *Cristo murió por nosotros en la cruz.*

Cristo crucificado es el resumen de todo el cristianismo, de toda la Redención.

En la cruz se cumple lo que dijo el Señor: *"Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos"* (Juan 25,13).

"Cristo nos amó, y se entregó por nosotros en oblación y sacrificio de fragancia y suave olor " (Efesios 5,2).

"En esto hemos conocido el amor de Dios, en que dio su vida por nosotros" (I Juan 3,16). Por tanto, *"amemos, a Dios, porque Él nos amó primero"* (I Juan 4,19).

¿Qué es para nosotros la Cruz de Cristo?

La cruz de Cristo es para nosotros guía, redención, misericordia y consuelo

La cruz de Cristo es nuestra guía.

Predicó muchas veces el Señor; pero nunca con tanta elocuencia y eficacia como en la cruz. ¿Cuáles son los verdaderos valores y cuáles los falsos? ¿Qué es el mal y qué es el bien? ¿Qué es lo que más he de temer? ¿Con qué horror mira Dios el pecado? ¿Qué camino he de seguir si quiero llegar a la vida eterna? Todas estas cosas, y otras muchas, nos las enseña, sin lugar a dudas, la cruz de Cristo.

A una caravana que pasaba por un desierto se le acabaron sus reservas de agua; el calor era insoportable; la impaciencia y la agitación se apoderó de todos. Pero de pronto descubren a lo lejos unas palmeras; los saluda el verde follaje de un oasis. Quieren correr hacia allá; mas el guía se lo impide: "¡Deteneos! Es un espejismo."

Prosiguen su camino con una sed abrasadora. Pronto ven nuevas y esbeltas palmeras y hasta les parece oír el murmullo de la fuente. Pero el guía les dice de nuevo que todo eso no es más

que un sueño, producto de su fantasía, y no les deja seguir en aquella dirección. Entonces uno de los viajeros saca furioso su revólver y mata al guía. Éste, al desplomarse, hace todavía un esfuerzo para indicar el camino, y les dice: “Id por aquella otra parte, sino pereceréis”.

Así también Jesucristo, nuestro guía, nos enseñó con su misma muerte el camino que ha de seguir la humanidad que atraviesa el desierto de la vida. Él nos llama desde la cruz y nos dice con los brazos abiertos: Venid por aquí, por el camino de la cruz, porque de otra manera pereceréis. Recordemos las palabras de San Pedro: “Cristo padeció por vosotros, dándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas”.

Pero la cruz de Cristo nos guía también en otro sentido.

Nos da la respuesta que ha buscado en vano la humanidad durante miles de años al problema del sufrimiento y del dolor.

Jesucristo, el que menos mereció el sufrimiento en esta tierra, sufrió lo que nadie podía sufrir. Y lo que es más, aceptó el sufrimiento voluntariamente, para dar de esta manera satisfacción por los pecados de los hombres. Desde entonces, todos los atribulados encuentran consuelo en la cruz de Cristo. Desde entonces, todo sufrimiento adquiere valor, si se asocia a la Pasión de Cristo.

Así es cómo la cruz de Cristo es nuestra guía.

Y la cruz de Cristo es también nuestra redención. Sin la Pasión de Cristo no estaríamos redimidos.

La humanidad orgullosa ha sentido muchas veces el altivo deseo de auto-redimirse, de salvarse a sí misma; ha creído que se bastaba a sí misma; pensaba que le bastaban para ser feliz las cosas materiales: la cultura, el progreso científico, los adelantos tecnológicos... Pero después de experimentar grandes fracasos ha de confesar, una y otra vez, que sin la ayuda de Dios la vida no es otra cosa que un cúmulo de problemas insolubles.

El espíritu humano lo ha sentido y pregonado muchas veces. Basta recordar el "Prometeo encadenado", de Esquilo; el "Parsifal", del Wolfram von Eschenbach; la "Divina Comedia", de Dante; "La Tempestad", de Shakespeare y el "Fausto” de Goethe.

Pero al derramarse en la cruz la sangre de Cristo, fuimos redimidos realmente; desde entonces podemos aspirar a la vida eterna.

La cruz de Cristo es también señal de misericordia.

Que nuestro Padre celestial sea, en efecto, infinitamente misericordioso con los que se convierten, que nuestro afán de perdón no sea un sueño, sino una realidad, lo demuestra de un modo definitivo Jesucristo en la cruz perdonando al buen ladrón.

Lo que debió de pasar en el alma del ladrón antes de pronunciar en la cruz sus palabras de arrepentimiento, no nos lo dice el Evangelio; pero no es difícil imaginárnoslo. Oyó el aullido de la plebe obcecada contra Cristo; oyó las blasfemias del otro criminal crucificado, y entonces —en su hora postrera— no pudo resistirse más a la divina gracia. Vio en un momento toda la maldad de su vida pasada y mirando a Cristo le dijo arrepentido: *"Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino"* (Lucas 23, 42). Y el Hijo de Dios, Jesucristo, estando agonizando, le dio al momento la absolución: *"En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso"* (Lucas 23,43).

Nos cuesta creerlo. ¿Es posible que Dios sea tan misericordioso? ¿Le basta que tengamos una sencilla muestra de arrepentimiento, salida del corazón, dirigida hacia Él? Sí; hemos de creerlo; esto le basta: la misericordia de Dios nos ha perdonado.

Es cierto que el buen ladrón hubo de hacer penitencia antes de entrar en el paraíso; pero le esperaba la divina misericordia. Es cierto que hubo de sufrir aun horrorosamente: ¡los soldados romanos le rompieron los huesos en la cruz! ¡Pensemos los dolores que causa la fractura de un hueso! ¡Cuánto sufriría el buen ladrón! Pero después de esta satisfacción le recibió la misericordia de Dios.

Vosotros, los que os atemorizáis por un pasado de pecado, que no os atrevéis a esperar misericordia, ved aquí el camino de la liberación: confiar, confiar en Dios, confesar arrepentidos vuestros pecados en el Sacramento de la Reconciliación, hacer penitencia y no pecar más.

—Tú, Jesús, que has absuelto a María Magdalena y has perdonado al ladrón arrepentido, también a mí me infundes confianza.

Así la cruz de Cristo es señal de misericordia.

Y finalmente, la cruz de Cristo es nuestro gran consuelo. Desde que Cristo murió en la cruz, la señal de la ignominia se trocó para todo aquel que ama a Dios en fuente de consuelo. ¡Cuánto nos consuela ver la cruz sobre las tumbas! Nos llena de esperanza*, nos habla de vida eterna, del más allá.* Porque en la cruz bendita Cristo dio su vida por mí, y como dice SAN JUAN DAMASCENO: "La cruz es escudo, arma y señal de victoria contra el diablo, es resurrección para los caídos, apoyo para los que están de pie, aliento para los débiles, guía para los que se convierten, perfección para los que adelantan en el bien, salud de cuerpo y alma, nuestra defensa contra todos los males, fuente de todo lo bueno, árbol de vida eterna."

"Lejos de mí el gloriarme en otra cosa que en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo; por quién el mundo esta crucificado para mí, y yo para el mundo" (Gálatas 4,14).

"Salve, cruz, única esperanza". ¡Salve, Cristo, que fuiste condenado a morir en la cruz y te dirigiste con ánimo esforzado a la muerte por amor a mí! Te ruego que guíes mi vida de aquí en adelante para que ya no te condene más con mi mala conducta, mis infames palabras y obras a morir en la cruz, sino que, ya que Tú has muerto por mí, yo sepa vivir por Ti, vivir según tus santos mandatos... ¡Salve, cruz santa y bendita de Jesucristo!

"Estoy crucificado con Cristo". San Pablo no solamente se "gloría" en la cruz del Señor, sino que no le parece excesivo ningún sacrificio por amor a Él.

Pero debemos honrar la cruz y el sacrificio de Cristo también de otra manera. ¿Tienes en casa un crucifijo colgado de la pared, para poder mirarle en los momentos en que necesitas fuerzas para cumplir su voluntad? ¿Sueles persignarte con fervor, con plena conciencia de lo que estás haciendo? En los misterios dolorosos del Rosario, en la devoción del Vía Crucis, en la santa Misa, ¿sueles. recordar con gratitud la muerte de cruz que sufrió Jesucristo?

¿Aprecio cómo debería la santa Misa? ¿Comprendo por qué la Iglesia prescribe la asistencia al santo sacrificio los domingos y días festivos a toda persona que haya cumplido los siete años de edad?

¿Por qué? Porque la santa Misa es la renovación diaria de la muerte de Cristo, y todas las veces que participo de la Misa, honro el sacrificio de mi Redentor.

Signo de contradicción

Desde que Cristo vivió la Pasión, la cruz es signo de contradicción. Unos le alaban: ¡Hosanna! Y otros le gritan: ¡Crucifícale!

Y tú, amigo lector, ¿en qué parte estás?

Hemos de escoger entre los amigos y los enemigos de la cruz.

Aun hoy día los hombres se dividen al pie de la cruz, lo mismo que en aquel primer Viernes Santo. Hay quienes están al pie de la cruz en compañía de la Virgen, de las piadosas mujeres y de San Juan, y sufren con Cristo los dolores de la agonía.

Los hay también que pasan junto a Cristo con la indiferencia de los soldados romanos que jugaban a los dados al pie mismo de la cruz.

Los hay también que —como la turba engañada— maldicen y blasfeman de Cristo. Hay quienes odian a Cristo y luchan contra Él.

Hay quienes apartan a Cristo de su vida y no se preocupan de Él. Pero hay quienes se arrodillan delante de Cristo y le adoran.

¿Y tú qué haces?

En los cuadros de la Edad Media que representan la crucifixión del Señor, aparece con frecuencia un personaje interesante. Junto a las figuras rudas, indiferentes, altivas de los fariseos, verdugos y soldados, en uno de los ángulos del cuadro, un hombre arrodillado reza con fervor: es el artista que pintó el cuadro, o el rico que lo donó al templo. Mientras los demás personajes crucifican a Cristo, esa persona le adora y se compadece de Él.

¿Podría decir lo mismo de mí? ¿Le adoro con mi vida y con mi conducta?

¿Podemos decir nosotros lo que dijo *Santa Teresa de Lisieux* al agonizar, cuando le preguntaron: "¿Qué decís a Jesús?" Y la santa contestó: "No le digo nada. Le amo."

“Que caiga sobre nosotros su sangre" —aullaba la turba al pie de la cruz.

Mas yo digo con humildad y devoción: *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos, porque por tu santa cruz redimiste al mundo.*

XXV. "Todo está cumplido"

El Viernes Santo no es día de derrota, sino de victoria. Las lágrimas que derramamos no son de luto, sino de gratitud.

El que murió en este día no ha sido derrotado, sino que en ese día comenzó a reinar.

El que hace dos mil años fue clavado en el árbol de la ignominia sigue su marcha triunfal. No sucumbió para siempre la obra de Aquél que fue crucificado, sino que entonces brilló con más resplandor.

El que pudo exclamar en su último momento: *"Todo está cumplido"* (Juan 19, 30), no se despidió de nosotros aplastado bajo el peso de la derrota, sino como un vencedor que da cuenta de su victoria.

"¡Todo está cumplido!" —gritó al mundo Jesús en Viernes Santo. Y nosotros, sus fieles seguidores, queremos hoy meditar humildemente estas palabras: "Está cumplido".

¿Qué fue lo que se cumplió en aquel momento?.

Se cumplieron las palabras de Cristo: *"El Hijo del hombre ha venido a dar la vida por la redención de muchos"* (Mateo 20,29). Y estas otras: *"Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo unigénito.* (Juan 3,16)

Es decir, se cumplió la misión de Cristo, y se cumplió o se colmó la medida de su amor.

Se cumplió la misión de Cristo

¿Qué el lo que se cumplió en aquel Viernes Santo?

Antes que nada se cumplió la misión terrena de Cristo, el deseo más ardoroso de su corazón, el fin último de su vida mortal, la prueba más evidente del amor que nos tiene: *se consumó su Pasión y su Muerte.*

El testimonio más claro de *cuánto amó Cristo al hombre* es la prontitud, el amor y deseo con que sufrió por él.

Aquello de que solemos hablar con gusto, señal es de que lo tenemos muy dentro, de que lo valoramos mucho y lo amamos con preferencia. Pues bien, ¿quién podrá contar las veces y maneras en que habló Cristo de su futura Pasión? *"Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén, para sufrir mucho*" (Mateo 26,21). *"Mirad que subimos a Jerusalén donde el Hijo del hombre va a ser condenado a muerte y entregado a los gentiles, para ser por éstos escarnecido, azotado y crucificado"* (Mateo 20,18-19). *"El Hijo del hombre está para ser entregado en manos de los hombres"* (Lucas 9,44). *"A la manera que Moíses levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado el Hijo del hombre "* (Juan 3,14). Éstos eran los pensamientos del Señor.

Más impresionantes aún son las palabras con que expresa su deseo de llegar a la Pasión: *"Tengo que recibir un bautismo, y qué ansias tengo hasta que se cumpla"* (Lucas 12,50).

¡Pues ya se ha cumplido! Se ha cumplido lo que el Señor dice de sí mismo en el libro de Ezequiel: *"¿Acaso quiero yo la muerte del pecador, sino que se convierta y viva*?" (Ezequiel 18,23). Se ha consumado la obra de la Pasión, iniciada por Cristo al bajar a la tierra y terminada al emprender su vuelta al cielo.

¡Cuántos sacrificios y qué abnegado amor llenaron los treinta y tres años de su vida terrenal! Desde el cielo hasta la tierra; de Belén a Egipto; de Egipto a Nazaret; de Nazaret a Jerusalén, ¡cuántos pasos hubo de dar por nosotros, cuántas fatigas tuvo que soportar, cuántas gotas de sangre derramó! Al final pudo decir a su Padre: *"Padre mío, he acabado la obra que me encomendaste. He manifestado tu nombre a los hombres. He guardado a los que me diste" (Juan 17,4,6,12).*

"Mía es la venganza, y yo les daré el pago" (Deuteronomio 32,35) —dijo el Señor. Y ahora ha llegado el día de la venganza: abre sus brazos en la cruz para abrazarnos, abre su corazón para darnos amparo y refugio. *¡Oh, venganza bendita de Cristo crucificado!*

El día del Viernes Santo es día de acción de gracias. Hace 2000 años que Cristo murió por nosotros y nos redimió. En el sacrificio de la santa Misa actualizamos este acontecimiento, pues la Misa es la renovación incesante y divina del sacrificio de la cruz.

Del Viernes Santo brota el sacramento de la Reconciliación: hemos de dar gracias por todas las confesiones que hacemos, que purifican y vivifican nuestra alma. ¡Cuántos hijos pródigos¡ cuántos publicanos, cuántas Magdalenas arrepentidas, cuántas mujeres adúlteras, cuántas almas destrozadas se han levantado del confesionario purificados, aliviados, dispuestos para la lucha, para vivir una vida nueva!

La Santa Misa y todas las gracias de nuestros sacramentos brotan de la Sagrada Pasión, y esta Pasión se consumó en el Viernes Santo. Por tal motivo, debe ser este día especialmente dedicado a la acción de gracias.

Y el Viernes Santo además nos hace comprender la maldad del pecado, por cuya causa padeció Cristo.

Ha llegado hasta el extremo el amor al hombre

Nuestra redención se ha cumplido. En la muerte de Cristo vemos cuánto nos amó; en ella se cumplieron totalmente lo que el Señor dijo en el Antiguo Testamento refiriéndose al pueblo escogido: "Con *amor eterno te amé, por eso, misericordioso, te atraje hacia mí"* (Jeremías 31,3).

Frase profética, en la que puede resumirse todo el amor que llenaba el Corazón de Jesús: *"Con amor eterno te amé".*

Los hombres —los amigos, los novios— se juran fidelidad eterna, amor eterno; pero el tiempo, ¡con que prontitud cubre de polvo la promesa!, y la muerte, ¡con qué crueldad quebranta los amores eternos!

¿Quién me amaba hace cien años? Los hombres iban y venían, hacían planes, vivían, se divertían; ¿quién pensaba en mí, quién me amaba ya entonces? Dios, sólo Dios, que me ha amado con amor eterno.

¿Qué había en la tierra hace mil años? ¡Qué diferente era el mundo! Diferentes eran los vestidos, las costumbres, los idiomas... ¿Quien pensaba entonces en mí, quién me amaba ya entonces? Dios, que me ha amado con "eterno amor".

Y cuando no existía el hombre, cuando no había más que la tierra... y cuando no habla aún, tierra, cuando solo existían los ángeles y cuando ni siquiera existían los ángeles..., cuando no había nada más que Dios eterno..., ¿quién pensaba entonces en

mí? ¿quién me amaba ya entonces? Dios, que me ha amado con eterno amor.

La prueba de este amor eterno la tenemos en el Viernes Santo: en la cruz de Cristo, donde el Hijo de Dios ofrece la vida por nosotros: "Todo esta cumplido."

Amor sin medida. En el Viernes Santo todos los cristianos ponen su mirada en el Gólgota. Aun aquellos en quienes se ha enfriado la fe y la piedad, sienten en este día como se cumplen las palabras de Cristo: "*Cuando sea levantado en alto sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí" (Juan 12,32).*

XXVI. Resucitó

Si el Credo acabara con la muerte de Cristo —“padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado”— todo el cristianismo no tendría fundamento, sería una doctrina filosófica incompleta y sin fuerza. Aunque las enseñanzas de Cristo no dejarían de ser verdades morales edificantes, ¿quién podría observar los mandamientos de Cristo a costa de los mayores sacrificios? ¿Quién sería capaz de dar la vida por la fe si su Fundador no hubiera sido más que un hombre bueno, sabio, santo, pero nada más que hombre?

Porque *“si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana nuestra fe”* (I Corintios 15,14). Mas *“al tercer día resucitó de entre los muertos.”*

Realmente es así. Si Cristo no resucitó, ¿de qué me sirve a mí, que haya vivido hace dos mil años en esta tierra un hombre muy bueno, muy sabio, que era todo amor para con los hombres, que curó a los enfermos, que perdonó a los arrepentidos...? ¿De qué me sirve todo esto si Él también murió y ya no puede hacer nada por mí?

Acaso le admire como se admira a los grandes hombres; quizá le venere como solemos venerar a los hombres buenos; ¿pero amarle, adorarle, atenerme con amor abnegado a sus mandamientos, sujetar a Él toda mi vida? ¿Quién une su vida a un cadáver que se deshace en el polvo? Y, sin embargo, así sería, si Cristo no hubiese resucitado.

Pero ¿si ha resucitado?... ¿Qué debo hacer en este caso?

Entonces no hay más solución: Confesar que este Cristo, no podía ser un hombre como yo, como tú o como otro cualquiera; este Cristo era Dios. Inclinarse ante Él es lo prudente; rebelarse contra Él es pura locura.

Ah, sí, así es, si Cristo ha resucitado.

Se comprende que los enemigos del cristianismo lo hayan intentado todo en el transcurso de 2000 años para destruir la fe en la resurrección. También ellos comprendían que si Cristo había

realmente resucitado, que si había una señal tan inaudita de su divinidad, resultaba una locura levantarse contra Él y luchar contra el cristianismo.

De ahí que la resurrección de Jesucristo sea el dogma fundamental de nuestra fe.

¿Cómo estamos seguros que Cristo resucitó?

La resurrección de Jesucristo no es una leyenda, sino un hecho histórico. Es tan cierta y está corroborada por la palabra de tantos testigos como cualquier otro acontecimiento de la historia universal. Es un hecho histórico que el Señor murió realmente y fue sepultado. Es un hecho histórico que el día de Pascua sus amigos y enemigos estuvieron junto a su sepulcro y lo encontraron vacío. Y finalmente, es un hecho histórico que el Señor se apareció a muchos después de Pascua y les habló. Por tanto, resucitó.

Es verdad que la Resurrección de Cristo acaeció hace mucho tiempo, hace 2000 años. Pero los datos de la Sagrada Escritura, y el cambio sufrido por los discípulos dan al suceso, por lo menos, tanto crédito –e incluso mucho más— como a cualquier otro acontecimiento de la antigua historia.

La resurrección de Jesucristo se prueba, en primer lugar, por la Sagrada Escritura.

Coged los Evangelios y leed con atención el capítulo 28 de SAN MATEO, el 16 de SAN MARCOS, el 24 de SAN Lucas y el 20 de SAN JUAN.

Todos dan testimonio: Cristo murió en la cruz; después fue sepultado; fue puesta una gran piedra sobre su sepulcro... y este Cristo muerto y sepultado salió triunfante del sepulcro en la madrugada de Pascua.

Testigos y pregoneros de la Resurrección son, además de los evangelistas, los apóstoles.

Primero la pregona SAN PEDRO en su discurso de Pentecostés; es a saber, cincuenta días después de la Resurrección. Al pueblo reunido en la plaza les podría haber dicho:

—¿Habéis visto a Jesús en la cruz?

—Le vimos —habrían contestado el pueblo.

—¿Le habéis visto muerto?

—Le vimos.

—¿Habéis visto salir sangre y agua de su corazón, abierto por la lanza?

—Lo vimos.

—Pues bien, yo, y estos otros que están junto a mí, sus apóstoles y discípulos, nosotros le vimos vivo después de su muerte. Le vimos resucitado.

Sin embargo, no necesita hacer estas preguntas. Habla de este hecho con naturalidad, seguro de que en Jerusalén lo sabe todo el mundo. Tan sólo se limita a decir: *"Este Jesús es a quien Dios ha resucitado, de lo que todos nosotros somos testigos"* (Hechos 2,32).

En sentir de PEDRO, el hecho de la resurrección es tan conocido que ni siquiera necesita ser probado, está seguro que nadie puede aducir una objeción contra el mismo. Y hay que tener en cuenta que el auditorio es numeroso, ya que en aquel día se convierten y bautizan tres mil personas (Hechos 2,41).

De la misma manera alude respecto de la resurrección de Cristo en la puerta del templo de Jerusalén, después de curar a un cojo (Hechos 3,15). No lo prueba, únicamente lo recuerda, como un hecho que era ya conocido en todo Jerusalén.

Fuera de Jerusalén sí necesitaba dar cuenta de lo ocurrido, porque allí no todos conocían lo acaecido en la ciudad santa. Por esto, en la casa de Cornelio, en Cesarea, Pedro habla de esta manera: *"Y nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén, y de cómo le dieron muerte colgándole de un madero. Dios le resucitó al tercer día, y dispuso que se dejase ver de nosotros, que hemos comido y bebido con Él, después de resucitado de entre los muertos"* (Hechos 10,39-41).

SAN PABLO también predica la Resurrección del Señor. En Antioquía habla de esta manera a los judíos: *"Cumplido todo lo que de El estaba escrito, le bajaron de la cruz y le depositaron en un sepulcro, pero Dios le resucitó de entre los muertos, y durante muchos días se apareció a los que con él habían subido de Galilea a Jerusalén, los que son ahora sus testigos ante el mundo"* (Hechos 13,29-31).

En otra ocasión da su testimonio con estas palabras: "Cristo *murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras. Y fue*

sepultado y resucitó al tercer día, según las Escrituras. Y se apareció a Cefas y después a los once. Posteriormente se dejó ver de más de quinientos hermanos juntos. Se apareció también a Santiago, y después a los apóstoles todos, y a mí, como a un aborto, se me apareció después que a todos" (I Corintios 15,3-8).

Añádase a este testimonio explícito de la Sagrada Escritura *el cambio espiritual que tuvieron los apóstoles.* También es prueba elocuente de la Resurrección real de Jesucristo.

Todos conocemos el aplanamiento moral que produjo en los apóstoles la muerte del Señor. No hay escarcha ni hielo que destroce tanto el sembrado, como quebrantó el alma de los apóstoles el fin luctuoso del Maestro. ¡Con qué sorda desesperación dicen los discípulos de Emaús: *"Nosotros esperábamos que Él sería el que había de redimir a Israel"* (Lucas 24,21)!

Aún más, cuando en la mañana pascual las mujeres corren jubilosas con la noticia de que el sepulcro de Cristo está vació, los apóstoles siguen sin creérselo (Lucas 24,22), y en la misma noche de Pascua cierran con cautela las puertas por temor a los judíos.

Y de repente flamea en estos hombres cobardes y miedosos el fuego de un heroísmo capaz del martirio. Los que hace poco cerraban la puerta, ahora salen a las plazas y calles para predicar, y retan con valentía a los príncipes de los sacerdotes que les prohíben hablar.

¿Cómo se podría comprender esta actitud si Cristo no hubiese resucitado? ¿Puede un muerto tener tal influencia? No hay efecto sin causa. Y es un hecho real, en que no puede caber duda, que los apóstoles, estos sencillos pescadores, promovieron por todas partes en el campo religioso, moral, social e intelectual del mundo una transformación de tal magnitud, una revolución tal, que no se registra cosa parecida en la historia universal.

¿Cómo se explica todo esto si Cristo no ha resucitado? Realmente si aún se puede dudar de la resurrección de Cristo, no hay hecho “histórico" que pueda mantenerse firme.

Escapatorias para negar el hecho de la resurrección

Al ponderar estas razones que corroboran nuestra fe en la Resurrección de Cristo, nos parecen cada vez más infortunados

los ensayos y esfuerzos que hacen los enemigos de Cristo para desvirtuar este hecho, realmente incontrastable.

Antes de todo no saben qué hacer con el sepulcro vacío de Cristo.

Las mujeres piadosas, que en la mañana de la Pascua quisieron tributar los últimos honores al sagrado cadáver de Jesús, encontraron el sepulcro vacío. Alarmadas lo notificaron a los apóstoles; en seguida fueron al sepulcro Juan y Pedro y lo encontraron también vacío (Juan 20,8).

Los príncipes de los sacerdotes quedaron desconcertados; esto prueba que ya no estaba en el sepulcro el cuerpo del Salvador; pues ellos hubieran podido desvanecer fácilmente los rumores que corrían respecto de la Resurrección, si hubiesen podido enseñar el cadáver del Crucificado.

El sepulcro, pues, estaba realmente vacío. Pero ¿cómo se vació? ¿Dónde estaba el cadáver?

Lo hurtaron...; podría explicarse de esta manera. Los sacerdotes en seguida se asieron a esta explicación, y dieron dinero a los soldados que guardaban el sepulcro, para que pregonasen por doquier: "Mientras nosotros dormíamos, vinieron los discípulos de Cristo y robaron el cadáver."

¡Cuánta contradicción y cuánta imposibilidad desde el punto de vista psicológico subyace en esta sola frase! ¡Los discípulos, miedosos y dispersos, de repente cobran ánimo y se atreven a acercarse a los soldados que guardan el sepulcro! Los soldados dormían... pues ¿cómo pudieron ver que eran los apóstoles quienes hurtaron el cadáver? Y si no dormían, ¿por qué consintieron el robo?

Además, si los soldados se durmieron en vez de montar guardia, ¿cómo es que estos soldados romanos, los más disciplinados del mundo, no recibieron castigo? Y leemos, que en vez de castigo, recibieron dinero, ¡dinero en abundancia!

Los mismos enemigos de la Resurrección sintieron el peso de estas dificultades, y por esto, acudieron a otra explicación: *Cristo murió sólo en apariencia; la frescura del sepulcro hizo que recobrase los sentidos, y Él mismo salió de allí.*

Es una explicación acaso más desafortunada que la anterior.

Porque antes de todo es un hecho cierto que Cristo murió realmente, y no sólo en apariencia.

¿Murió Cristo? Casi estoy tentado de contestar: Nunca murió un hombre más de veras qué Jesucristo. Ya en el camino de la cruz parece una sombra que va titubeando; un hombre medio muerto que sangra por mil heridas. Recordemos a Simón el Cireneo. Y después, durante la crucifixión, se abren en él cuatro fuentes de sangre, la lanza del soldado abre la quinta llaga en su corazón. Después de sepultado, sellan su sepulcro y lo guardan los soldados. Realmente en aquellas horas la humanidad hizo todo posible para quitarse de encima al desagradable profeta.

Pero imaginémonos que Cristo, medio muerto, pálido y desangrado, logra escaparse del sepulcro. Imaginémonos que, al fin, puede llegar a unirse con sus discípulos; que éstos le ponen vendas y le cuidan, que muere al fin por infección de todas sus llagas, y aunque no hubiese muerto, ¿es posible, desde la perspectiva psicológica, pensar que este fin miserable suscite aquella impresión sin igual que se manifiesta en el espíritu de los apóstoles?

Toda la fe de los apóstoles en la Resurrección, *¿no será imaginación vana, producto de la fantasía, una visión o alucinación colectiva?* Los que anhelan escapar a la enorme fuerza probatoria de la Resurrección se atreven a contestar a esta pregunta afirmativamente.

Pero ¿quién puede tomar en serio esta escapatoria? El sepulcro mismo de Jerusalén destruye con el peso de la realidad tangible toda sospecha de visión o de alucinación. Si el sepulcro no estuviera vacío, si lo cubriera aún la pesada losa y debajo de ella se encontrara el cadáver, entonces sería imposible toda ilusión.

Además, en nuestro caso, faltaban las *condiciones* más *elementales para que pueda darse una alucinación colectiva.*

¿Quiénes suelen tener visiones y alucinaciones? Aquellos que esperan algo con impaciencia. Cuando ya es hora de llegar el invitado, y el invitado no llega, oímos a cada instante sus pasos: "parece que está llegando"... y, sin embargo, no viene.

Pues bien, los apóstoles estaban muy lejos de esperar la Resurrección de Cristo. Aún más, cuando las mujeres les llevaron la

primera noticia, ni aun así quisieron creerla. Los discípulos de Emaús le dan el valor a la noticia como proveniente de mujeres sobresaltadas. Y Tomás no cree en la Resurrección, aun cuando todos los demás apóstoles vieron al Resucitado.

Tan poco dispuestos están para visiones, que no reconocen al Señor cuando se les aparece. Magdalena cree que es un hortelano; los discípulos de Emáus creen que es un peregrino. Los apóstoles creen que es un fantasma.

Además, la alucinaciones se suelen dar en gente debilitada, nerviosa y muy sensible, no en pescadores curtidos al aire libre.

Y si Cristo resucitado no hubiese aparecido más que una o dos veces, podría discutirse todavía si no era más que visión y espectro. Pero se apareció muchas más veces *durante cuarenta días.* Se aparece a San Pedro. Se aparece a María Magdalena. Se aparece a las piadosas mujeres. Se aparece a los diez apóstoles —no faltando más que Tomás—. Después se aparece a todos los apóstoles, sin faltar Tomás. Y SAN PABLO, al escribir a los fieles de Corinto, afirma que entre ellos viven todavía muchos hombres que vieron con sus propios ojos a Cristo resucitado (I Corintios 15,6).

¿Es posible probar mejor un hecho histórico? Si unos pocos hombres pueden ser engañados por una visión, ¿es posible que quinientos hombres vean a la vez a Jesucristo? ¿Cada uno de los quinientos vieron el mismo espectro? Por otra parte, cuarenta días después, el día de la Ascensión, cesan de repente todas las apariciones. ¿Por qué motivo, si no han cambiado los condicionamientos psicológicos en que se veían inmersos?

La Resurrección de Cristo es, pues, un hecho histórico. Testigos son las piadosas mujeres que se dirigen al sepulcro y podían esperar todo menos que hubiese resucitado el Señor: Testigos son los apóstoles, que al principio recibieron con duda la noticia; pero cuando comprobaron con sus propios ojos, oídos y manos la realidad, dieron su vida por la misma. Testimonio es la multitud de los primeros cristianos, a quiénes se apareció el Señor después de la Resurrección. Y testimonio es la vida milenaria de la Santa Madre Iglesia. Porque al contemplar el heroísmo de los mártires, la elevación moral y la fe invicta que brota de la fe en la Resurrección, podemos preguntar con derecho: Si Cristo no ha resucitado, si su cuerpo se deshizo en polvo allá en el fondo del

sepulcro, ¿cómo se explican todas estas cosas? ¿Quién va a creer que un muerto sea capaz de realizar estas maravillas?

La Resurrección de Cristo es la corona de su obra, la última garantía de que Él era realmente Hijo de Dios. Cuando estaba pendiente de la cruz, sus enemigos se burlaban de Él con estas palabras: *"A otros ha salvado, y no puede salvarse a si mismo; si es el Rey de Israel, baje ahora de la cruz y creeremos en Él"* (Mateo 27,42). Pues bien, Cristo da una prueba aún mayor de su divinidad. No baja de la cruz, sino que sale vivo del sepulcro sellado con una gran piedra.

Por este motivo la Pascua es la fiesta más grande del Cristianismo. Lo es porque la Resurrección de Cristo es el fundamento de nuestra fe, el triunfo de la verdad, el aliento de nuestra vida y la garantía de nuestra propia resurrección.

¡Soy yo, no temáis!

Es domingo por la noche, noche de Pascua. Los apóstoles están reunidos, no faltan más que dos: Judas, el traidor, y Tomás. No sabemos dónde estaba Tomás. El ambiente es de opresión, de preocupación. El cadáver de Cristo ha desaparecido; los príncipes de los sacerdotes han hecho correr por toda la ciudad la noticia de que sus discípulos lo han robado. No es prudente salir a la calle en tales circunstancias. Sólo puede tranquilizarlos el tener la puerta cerrada.

¿Qué sucederá ahora? ¿Qué será de los planes de Cristo? ¿Cómo van a conquistar el mundo estos tímidos pescadores?

Y entonces... entonces... aparece de repente Cristo. Las puertas permanecen cerradas; pero Cristo está allí, en medio de ellos. *"¡Soy yo, no temáis!"* Como si dijera: "Se acabó el temor y el pesimismo. Soy yo, vivo. Yo, que necesito soldados y mártires que den testimonio de mí ante del mundo."

Y "se llenaron de gozo los discípulos al ver al Señor" —dice la Sagrada Escritura- y una nueva fuerza invadió sus espíritus decaídos.

Y desde entonces la figura gloriosa del Cristo resucitado es fuente de nuevas fuerzas y aliento también para nosotros.

Millones de hombres repiten a diario y con júbilo este artículo de nuestro Credo: "Al tercer día resucitó de entre los muertos…"

Sí; Cristo vive. Cristo es una realidad viva. No es leyenda; no es *mito; no es símbolo.* El mismo Cristo que andaba por los caminos de Palestina, sigue andando aún hoy por los caminos del mundo. El mismo Cristo que hace 2000 años habló a los habitantes de Tierra Santa, nos habla hoy día con la palma de la victoria alcanzada sobre la muerte: nos habla, nos consuela, nos conforta, ilumina, ayuda..., y nos espera en la patria eterna.

Vivamos en gracia de Dios, para que donde está la Cabeza allí estén también los miembros. Vivamos de suerte que también nosotros podamos llegar allí donde nos precedió nuestro glorioso Hermano y, por los méritos de su Pasión y muerte, alcancemos también nosotros un día la gloria de la resurrección. Por Cristo Nuestro Señor.

XXVII. Resucitaremos

Un cántico triunfal de Pascua dice: "Cristo ha resucitado en este día. ¡Aleluya! Gracias sean dadas a Dios. ¡Aleluya! Para que el hombre se alegre. ¡Aleluya!"...

"Para que el hombre se alegre." Pero ¿por qué hemos de alegrarnos? ¿Qué motivo tenemos para regocijarnos?

¿Hemos de alegrarnos acaso porque Cristo venció a sus enemigos? ¿Porque la verdad, antes pisoteada, ha resurgido triunfante? ¿Porque Cristo obró su más grande milagro y demostró de un modo manifiesto su poder divino? Sí; motivos son estos de regocijo; por todas estas razones hemos de alegrarnos, al pensar en la resurrección de Cristo.

Pero hay todavía otro motivo para alegrarnos: *"Si Cristo ha resucitado, también nosotros resucitaremos"* (I Corintios 6,14). Este, es pues, el pensamiento sublime y consolador que surge de la Resurrección triunfal de Cristo.

¡Un verdadero notición!

Muchos dicen del cristianismo que es una religión exigente. Y tienen razón. Podemos mirar las otras religiones, sean cuales fueren; todas son mucho más complacientes que la nuestra con las debilidades humanas, con los defectos y con el cuerpo comodón del hombre. *"No he venido a traer la paz, sino la espada"* –dice Cristo; y realmente con esta espada corta muchas veces en lo más profundo y vivo de la persona.

No me basta tu oración —nos dice—, no me basta que vayas a la iglesia; no me basta que des limosna; yo quiero toda tu vida: tus pensamientos, tus palabras, tus obras. Te prohíbo todo goce pecaminoso y todo mal pensamiento. Es verdad que el pecado te atrae y te seduce; mas ¡no lo permito¡ ¡No permito que reniegues de mí!...

Realmente Cristo es exigente. Nos exige refrenar el cuerpo, vencer nuestros instintos desordenados y sacrificar la misma vida por Él, pero nos promete una cosa que nadie jamás nos ha

prometido: resucitaremos. “Si Cristo ha recitado, también resucitaremos nosotros”.

Es tan inaudita esta promesa que casi parece increíble.

Razones por las que creemos en la resurrección

La fe en nuestra resurrección es realmente un dogma tan incomparable que si no nos lo hubiese anunciado antes el Señor, la razón humana nunca habría pensado en cosa semejante.

Pero Nuestro Señor Jesucristo nos lo enseñó con palabras tan claras, que después de ellas no cabe la menor vacilación o duda.

Pocas verdades ha repetido Jesús tantas y tantas veces. Probablemente porque es tan increíble, porque se trata de una cosa tan opuesta a la experiencia de todos los días.

¡Con qué firmeza habla de ella en el Evangelio según SAN JUAN: *"Vendrá tiempo en que todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios: y saldrán los que hicieron buenas obras a resucitar para la vida; pero los que las hicieron malas resucitarán para ser condenados*" (Juan 5,29-29). *"La voluntad de mi Padre, que me ha enviado, es que todo aquel que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el último día"* (Juan 6,40). *"Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día"* (Juan 6,55)

Y lo arraigada estaba esta creencia entre los discípulos del Señor, lo demuestra la respuesta de Marta a raíz de la muerte de Lázaro. Cristo la consuela por haber muerto su hermano, diciéndole que resucitará. Y con naturalidad le contesta MARTA: *"Bien sé que resucitará en la resurrección en el último día"* (Juan 11,24). Entonces el SEÑOR proclama una vez más la doctrina de la resurrección: "Yo soy *la resurrección y la vida: quien cree en mí, aunque haya muerto, vivirá"* (Juan 11,25).

En cierta ocasión los saduceos, que no creían en la resurrección de los muertos, quisieron ponerle una trampa a Jesucristo con una difícil cuestión: "Mira, vivió entre nosotros una mujer que tuvo siete esposos. Murieron todos y al final también la mujer. ¿de cuál de ellos será la mujer cuando resucite de entre los muertos?"

He ahí lo que les respondió el SEÑOR: *"Los hijos de este mundo toman mujeres y maridos. Pero los juzgados dignos del*

otro mundo y de la resurrección de los muertos, ni tomarán mujeres ni maridos, porque ya no pueden morir y son semejantes a los ángeles e hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección " (Lucas 20,34-36).

Este es el hecho innegable: Jesucristo enseñó con frecuencia y con claridad que un día los muertos resucitarán. Y no solamente lo enseñó, sino que lo *demostró con ejemplos*.

Y no aludo tan sólo a los tres muertos que en la Sagrada Escritura consta que fueron resucitados por Jesucristo. Me refiero en primer lugar al milagro más asombroso del Señor: *su propia resurrección.*

Mientras las piadosas mujeres se encaminaban en la madrugada de Pascua hacia el sepulcro de Cristo, para ungir con bálsamos perfumados los preciosos restos, se preguntaban preocupadas: ¿Quién nos quitará del sepulcro la piedra?

Esta pesada losa es imagen de la desesperación que pesaba sobre el alma humana que veía en la muerte la estación final y definitiva.

Pero Jesucristo resucitado nos quitó esta pesada losa.

"Yo soy la resurrección y la vida: quien cree en mí, aunque haya muerto, vivirá" (Juan 11,25).

¡Cristo ha resucitado! Sí, no puede haber exageración en sus palabras. También nosotros hemos de exclamar con SAN PASBLO: *"Pues si de Cristo se predica que ha resucitado de entre los muertos, ¿cómo entre vosotros dicen algunos que no hay resurrección de los muertos?"* (I Corintios 15,12).

Al igual que el Señor estuvo en el sepulcro esperando la madrugada pascual, nuestros muertos esperan la gran Pascua de Resurrección.

Los hombres siguen muriendo después de Cristo, como murieron antes. Pero desde Cristo ponemos en las lápidas frases como ésta: "Aquí descansa en la esperanza de la dichosa resurrección."

Y esta verdad de nuestra futura resurrección *está en perfecta consonancia con el proyecto creador de Dios.*

El hombre sólo es hombre cuando tiene un cuerpo. En nosotros las manifestaciones más insignificantes del espíritu están en conexión con el cuerpo. Si el alma está triste, los ojos lloran; si se alegra, el rostro esboza una sonrisa. El hombre sólo es

completamente hombre, si están juntos el cuerpo y el alma. De ahí que para la perfección definitiva de la vida humana es conveniente que el cuerpo y el alma, separados por la muerte, se unan de nuevo.

La majestad de Dios exige nuestra resurrección

La majestad de Dios exige la gran confrontación definitiva, en que se pongan de manifiesto todos los pecados, en que se derrumben todas las grandezas ficticias, en que la bendición o la maldición, el galardón o el castigo se otorguen según la justicia omnisciente del Juez eterno. Allí se pondrá en evidencia que las leyes de Dios no pueden ser pisoteadas impunemente.

Es necesario este último homenaje al Creador del mundo; es necesario que se doblen ante Él todas las rodillas, de buen o mal grado, y que todos confiesen: Tú, Dios único y eterno, Tú has sido y eres el centro de la humanidad y de toda la creación.

La resurrección de los hombres es conforme también a la justicia de Dios.

Si por amor a Cristo me he sacrificado; si por Cristo ha soportado mi cuerpo muchas privaciones; si he refrenado los deseos de mi cuerpo, impidiendo que se esclavice al pecado seductor, es lógico que este cuerpo participe también del galardón de Cristo.

La razón está conforme con la fe. Es muy conforme al plan de Dios que haya resurrección. Nuestra vida terrena es una continua guerra de sacrificio y abnegación. Es muy conforme a la naturaleza que los que han pecado en su cuerpo sean también castigados en su cuerpo, y los que han vencido con él, también en él reciban su galardón.

En este día solemne de la resurrección general los que hayan vivido con Cristo resucitarán para la vida eterna.

Lo creo. Me lo ha dicho Jesucristo y me lo atestigua su propia resurrección. La razón lo corrobora.

Dificultades contra la fe en la resurrección

Naturalmente todos sabemos que la resurrección no puede ser sino efecto de la voluntad omnipotente de Dios creador.

Esta voluntad omnipotente nos sirve de respuesta a las dificultades y objeciones que algunos nos pueden presentar. Por

ejemplo, a los que preguntan: ¿Qué será de aquellos que fueron destrozados por una bala de cañón? ¿También ellos resucitarán? ¿Es posible?

Pero —pregunto a mi vez—, ¿puede haber obstáculo para la omnipotencia de Dios? El que creó la primera vida, el que la hizo de la nada, ¿no podrá resucitar al que murió? ¿Es acaso más difícil infundir una nueva vida en el cuerpo del que murió que crear un cuerpo que aún no ha existido? Aquel Señor que con un solo acto de su voluntad creadora llamó a la existencia este gran universo, ¿no será lo bastante poderoso como para resucitar a los muertos?

La cuestión ya fue propuesta a San PABLO: *"Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitan los muertos? ¿Con qué cuerpo lo harán?"* (I Corintios 15,35). ¿Qué contestó? "Insipiens", *"Necio. Lo que tú siembras no revive si no muere"*.

Realmente, ¿qué otra cosa podía contestar? ¡Necio! El que dio la vida por vez primera, ¿no podrá darla por segunda vez? ¡Necio! ¿Puede deshacerse algo hasta tal punto que ni siquiera el Creador pueda devolverle la vida? ¡Necio! ¿Puede ser destrozado el cuerpo por un obús, o ser tragado por la tierra de tal forma que el Omnipotente no pueda resucitarlo? ¡Necio!

Aunque en el sepulcro el cuerpo se pudre y se deshace en polvo, no importa. Porque los muertos "oirán la voz del Hijo del hombre". Como cuando muerto fue llevado al cementerio el joven de Naim, y ante su féretro resonó la voz poderosa de Jesucristo: *"Muchacho, a ti te lo mando: Levántate"* (Lucas 7,2); y el muerto resucitó. La hija de Jairo yacía muerta, y ante su lecho resonó también esta voz: *"Levántate"* (Mateo 5,91); y la muerta resucitó. Hacía cuatro días que estaba Lázaro sepultado, y ante su tumba resonó esta voz: *"¡sal afuera!"* Lázaro resucitó. Cuando resuene de nuevo esta voz, resucitarán los muertos.

Nuestro Dios, que es Dios de vida, imprimió ya en el mundo material señales de esta victoria. A la noche sigue la aurora; después del invierno viene la primavera; la simiente que muere en tierra da una nueva cosecha. No puede ser el hombre la única criatura que pase sin dejar huellas.

Sí; habrá resurrección de los muertos. Así concluirá la obra de la Redención, venciendo a la muerte: *"Todo aquel que ve al Hijo y cree en él, tendrá vida eterna: y yo le resucitaré en el último día"* (I Corintios 15,26). *"Dios enjugará las lágrimas de sus ojos, y la*

muerte no existirá más, ni habrá, ni habrá duelo, ni gritos, ni trabajo, porque todo esto es ya pasado" (Apocalipsis 21,4).

¿Qué nos da la fe en la resurrección de los muertos?

Primera consecuencia: Me ayuda a prepararme para este gran día. Será el día más grande de la historia universal. No hubo más que uno semejante a él: el primer día; aquel día en que se oyó la voz del Creador: *"Sea hecha la luz".* Ahora se oirá de labios del mismo Dios: "Acábese la vida terrenal". Y entonces se estremecerá la tierra y saldrán los muertos... millones y más millones...; saldrán de los sepulcros y ataúdes, del fondo del mar, del seno de la tierra... los muertos olvidados, de quienes nadie sabía nada, los que tanto sufrieron en la vida, los que perseveraron fieles a Cristo y los que renegaron de Él... y verán al Hijo del hombre venir con grande poder y gloria.

¡Preparémonos para ese gran día!

Una vez resucitado no tendré excusas por no haber servido mejor *a* Dios (servir es hacer algo por alguien; en este caso por Alguien que me ha creado y me ama). Debo prepararme. Yo tengo ansías de vida eterna. Pero la plenitud de la vida eterna no puede brotar de una vida vacía y sin sentido. Hemos de prepararnos.

Segunda consecuencia: "Ahora bien, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba" (Colosenses 3,1).

La fe en la resurrección *nos da fuerzas en la tentación.* Yo persevero fiel a Cristo —no me importa hasta cuándo— porque vendrá con toda seguridad el gran día. Por muy oscura que sea mi vida, es cierto que un día habrá de amanecer.

No sé hasta cuándo tendré que esperar. Tendré que tener paciencia. No se puede vendimiar antes de tiempo. No es lícito rebelarse contra el sufrimiento, cuando sé que todos mis sufrimientos se trocarán en brillantes diamantes, así como ahora brillan las cinco llagas de Cristo resucitado?

Tercera consecuencia: La fe en la resurrección también me sirve de consuelo ante la proximidad de la muerte.

¿Has visto, estimado lector, un eclipse de sol? Solamente dura un momento. Así es la muerte. ¡Qué consuelo para nosotros! Porque sabemos que la muerte no dura más que un momento. No lloramos ante la pérdida de nuestros seres queridos como aquellos

que *“no tienen esperanza"* (I Tesalonicenses 4,12), porque sabemos que si Cristo ha resucitado, también nosotros resucitaremos.

Sabemos que aunque se pudra bajo la tierra la semilla, un día germinará, florecerá y dará fruto. Sabemos *"que quien resucitó a Jesús nos resucitará también a nosotros” (2 Corintios 4,14).*

Los que creen en Cristo avanzan serenos y esperanzados hacia la muerte. Cristo resucitado les anima porque tiene la palma de la victoria sobre la muerte. Les espera una vida eterna, infinita, y no pueden contentarse con menos.

Más allá de la lucha, más allá del sufrimiento, más allá de las *pruebas, más allá de la tumba, nos espera la corona dichosa de una vida que no se acaba, de una vida eterna.*

Cristo ha resucitado. ¡Aleluya!

Para que el hombre se alegre. ¡Aleluya!

Creo en la resurrección de la carne, creo en mi propia resurrección. ¡Aleluya! ¡Aleluya!

XXVIII. El consuelo del Cristo resucitado

En la aurora pascual corren las mujeres presurosas al sepulcro de Cristo para ungir el santo cadáver. Pero encuentran el sepulcro vacío; un ángel que está sentado sobre la piedra, les dice: *"Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el sitio en que le pusieron"* (Marcos 16,6).

Esta frase es como el epitafio de la tumba de Cristo. ¿Habéis visto en alguna tumba un epitafio semejante? ¡Qué diferencia entre estas palabras y aquellas con que la piedad de los familiares y amigos suele ensalzar al difunto! "Aquí descansa"... un sabio eminente, un personaje de altísima dignidad, un invicto caudillo de ejércitos, un Jefe de Estado, un hombre favorecido por la suerte y aplaudido por el mundo, un hombre insigne de cuya inmensa fortuna y brillantes condecoraciones no quedó más que esta pequeña tumba. Aquí se deshace en polvo, en esta fosa, porque toda su fortuna no le ha valido para librarle de este lugar. La tierra que cayó sobre su ataúd le sepultaron a él y a su poderío; su tumba fue pronto olvidada... "Aquí descansa, aquí descansa".

En cambio, Jesucristo, resucita al tercer día de ser enterrado, sale triunfante del sepulcro, resplandeciente de luz.

Desde entonces la fiesta de Jesús resucitado es la fiesta más grande del cristianismo, fiesta de una alegría desbordante.

Cuando en 1683 Viena quedó libre del terrible peligro turco, las gentes se abrazaban en las calles y en las plazas, y no sabían hablar de otra cosa sino de la gran victoria: ¡Estamos libres! ¡Estamos libres!...

Una inmensa alegría inunda también a los cristianos en la madrugada pascual y les lleva a saludarse de esta manera: ¡Cristo ha resucitado! A lo que se responden: ¡Realmente ha resucitado! Los hombres ser regocijan. *¡Es el consuelo que trae Cristo resucitado!*

Nos alegramos porque su resurrección responde a los anhelos más profundos de nuestra naturaleza, pues hemos sido creados para la vida eterna. Por eso nos ponemos tristes en otoño, cuando el suelo se cubre de hojas amarillas, y nos

alegramos en la primavera, cuando millones de brotes se abren en torno nuestro y al opaco sueño invernal sucede el color vivo de los bosques que reverdecen.

El misterio pascual no alegra además porque es un canto de victoria.

En la Roma pagana, y en el circo de Nerón, se levantaba un enorme obelisco, que el emperador Calígula había hecho de Heliópolis. Este obelisco egipcio, de unos treinta metros de altura, hecho de una sola piedra, se yergue hoy, en medio de la plaza de San Pedro, y los peregrinos que llegan de todas partes del mundo pueden leer en él esta inscripción: “Cristo vive, Cristo vence, Cristo impera.”

Nunca se manifiesta con mayor claridad la verdad de estas palabras que en la madrugada pascual. Porque la oscuridad podrá luchar con la luz durante más o menos tiempo, mas será vencida definitivamente. El triunfo de la maldad no es más que provisional. Los enemigos creían que habían vencido, pero en al tercer día se abrió la tumba, y Cristo triunfó de la muerte. "Cristo vive, Cristo vence, Cristo impera”. Ya no es la muerte el final del camino, porque Cristo la venció y le quitó su aguijón.

Resuenan así en nuestra alma las palabras del Salmo: *“Yo contemplaba siempre al Señor delante de mí, como quien está a mi diestra para sostenerme. Por eso se me alegra el corazón y prorrumpe en cantos de alegría mi lengua, y aun mi carne descansa serena. Porque yo sé que no has de abandonar mi alma en el sepulcro ni permitirás a tu fiel conocer la corrupción. Me enseñarás el sendero de la vida, me colmarás de gozo en tu presencia, las delicias en tu diestra para siempre”* (Salmo 16,8-11).

Al resucitar nuestra alma recobrará el cuerpo, pero ya no pesado, terreno, sino un cuerpo espiritualizado, que no estará ya sujeto a las leyes de la materia. En esta vida presente nos tenemos que enfrentarnos constantemente con barreras y debilidades. Nos cuesta sujetar al cuerpo, nos cuesta dominarlo. Todo esto desaparecerá cuando nuestro cuerpo haya resucitado.

Miremos a Cristo que sale del Sepulcro. Pasa a través de una puerta cerrada; no hay obstáculo material que le detenga. Ahora está en Jerusalén, ahora en Galilea o en otra parte;

para Él no hay restricción de lugar. Se aparece a sus discípulos; de repente se interna en las profundidades de lo invisible; para Él no hay barreras fronterizas. Así será también nuestro cuerpo glorificado. Todas las capacidades que nuestro cuerpo en este mundo no haya desarrollado, las desarrollará a la perfección en la otra vida que nos espera.

Aquí puedo ser feo; mi belleza se verá en el cielo. Aquí puedo ser enfermizo; mi fuerza se mostrará en el cielo. Aquí puedo ser pobre; mi riqueza se manifestará en el cielo.

Los que no creen en la resurrección de Cristo y sólo aspiran a las cosas de este mundo, no aciertan a saber para que están en la vida. Nosotros, que sí creemos, vivamos en este mundo anhelando la vida eterna. Es decir, vivamos ya desde ahora esta vida eterna. Vivimos según el espíritu, vivamos en comunión con Dios, en el amor de Dios. En lo exterior tendremos que ser iguales a los demás, pero no en lo interior. Somos como el micrófono. Si pasa por él la corriente eléctrica, esparce el sonido por el ancho mundo. Si la corriente se interrumpe, no es más que un trozo de materia muerta, sin vida, inútil, que para nada sirve. Y sin embargo, por fuera no se nota el cambio; es igual que antes, en lo único que se diferencia en es lo interior, lo que le falta es la corriente, eso que no se ve y que al faltar, trueca el micrófono en algo inútil. Esto es lo que le pasa al hombre que cortó su comunicación con Dios. Este hombre vive apegado a lo material, no tiene sentido de la trascendencia, se torna inútil para amar.

"Así como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva" (Romanos 6,4) —nos exhorta SAN PABLO.

¡He de empezar una vida nueva! ¿Qué significa esto? Significa que he de vivir para Dios. He de vivir en este mundo sin apegarme a la tierra. He de vivir en el mundo, sin ser del mundo. Y aunque algunas veces me sienta abandonado y desamparado, no he de desesperarme, he de saber que mi Padre celestial está conmigo.

Vivir para Dios significa ser paciente y manso, aunque los hombres me resulten insoportables e ingratos. Vivir para Dios significa que si algunas veces la vida me sacude, me azota, me corona de espinas y me carga una cruz sobre los hombros... he de llevar la cruz pensando en la premio que me espera, como lo hizo Cristo.

¿Quieres ser feliz en la vida eterna? Haz siempre el bien en la vida presente. De una vida vacía, miserable, pecadora, no saldrá nunca una vida eterna dichosa.

Cristo resucitado quiere hablarme, confortarme, alentarme, consolarme, en mis luchas y sufrimientos. No he de desalentarme ni desesperarme nunca. Para llegar a la victoria sobre la muerte se requiere pasar antes por el Calvario. Para llegar a la mañana de la Resurrección hay que haber pasado la noche del Viernes Santo.

La rosa exhala perfume, pero no crece sino entre espinas. El vencedor goza la victoria, pero después de haber sostenido una dura lucha.

Nosotros celebramos en Jesucristo resucitado la victoria definitiva de la Vida sobre la Muerte, el triunfo de la Vida que nunca pasa.

¡Resucitaremos!" Nuestra fe se funda en la Resurrección de Cristo. El final de esta vida terrena es el principio de la vida eterna. Esta vida es solamente el comienzo; aquí soy semilla de eternidad, mi vida plena será en el cielo.

XXix. El mensaje de Cristo resucitado

Misa de Sábado Santo, mayor alegría y regocijo no puede haber. El sacerdote, revestido ya con los ornamentos dorados de la alegría, se acerca al altar del santo sacrificio. Se percibe la tensión extrema por la alegría ahogada a punto de estallar.

Y de repente... se corta el gran silencio con el cántico jubiloloso: *"¡Gloria in excelsis Deo!"* "Gloria a Dios en las alturas". Resuena el órgano y suenan las campanas, que estaban calladas desde el Jueves Santo. Todos se regocijan.

Cristo resucitado se aparece en primer lugar a la Virgen María, su madre, por ser de sentido común. Después se aparece a las piadosas mujeres, en agradecimiento al amor que le tienen; y después a los demás. Vamos a meditar algo de los mensajes que Cristo nos trae con estas apariciones.

Mensaje a Pedro, el que le negó

En la primera aparición, a las mujeres, el ángel les había dicho: *"Ha resucitado; no está aquí: mirad el sitio donde le pusieron. Pero id a decir a sus discípulos y a Pedro que os precederá a Galilea: allí le veréis, como os ha dicho"* (Mateo 16,6-7).

"Decid a Pedro." ¡Pobre Pedro! ¿Dónde le sorprendió la mañana pascual? Probablemente estaba con el alma oprimida, junto con los demás apóstoles, encerrado en un aposento. Sobre su espíritu pesaba el recuerdo de su negación; sobre el de San Juan, la última mirada de Cristo moribundo; sobre el de los otros apóstoles, el problema angustioso de un porvenir incierto. Estaban sentados en silencio, sin proferir palabra. De repente tocan con vehemencia en la puerta... una y otra vez... Se oyen voces de mujeres que gritan: ¡Pedro! ¡Aprisa! ¡Pedro! ¡El Señor ha resucitado y te manda un saludo!

¡Pedro! ¿Lo oyes? ¡Te manda un saludo! ¡A ti, que le has negado! ¡A ti, que has jurado que no le conocías! Le has negado,

pero te has arrepentido; le has negado, pero has hecho penitencia; por esto Él ya no se acuerda de tu caída, y te saluda.

Es el perdón de Cristo. Lo olvida todo y quiere que sea de nuevo su amigo.

Mensaje a María Magdalena

El sol de la mañana brilla en todo su esplendor; pero junto al sepulcro vacío María Magdalena solloza desconsolada y sin esperanza. *"Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto"* (Juan 20,13). De repente se aparece Jesús; pero ella no le reconoce. Jesús le pregunta: *"¿Por qué lloras? ¿A quién buscas?"* Ella piensa que es el hortelano y contesta: *"Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo me lo llevaré."* Entonces Jesús le dice: *"¡María!"* (Juan 20,13-16).

¡Cuántas cosas pasaron por el alma de María Magdalena en aquel momento!...

Ha llegado la hora de la cual había dicho el Señor: *"Cuando me haya ido, y os haya preparado un lugar, vendré otra vez, y os llevaré conmigo"* (Juan 14,3). Ha pasado aquel "poco" de tiempo, durante el cual "no me veréis"; y llega el tiempo de la otra promesa: *"Poco después me volveréis a ver"* (Juan 16,16). María Magdalena realmente creía que ya había llegado el momento en que iba a brillar en todo su esplendor el reino de Cristo.

Pero el SEÑOR le dice: *"No me toques, porque todavía no he subido a mi Padre"* (Juan 20,17).

Es decir, el reino de Dios no se ha realizado aún. El Hijo de Dios ha vencido al pecado, ha borrado la deuda, ha derrotado a la muerte; pero la plenitud de su reino llegará cuando el tiempo ya no se mida por el sol y la luna, sino cuando vuelva de nuevo Jesucristo.

El Señor señala con claridad la diferencia que existe entre su cuerpo glorificado y nuestro cuerpo terreno; pero para que no nos entristezcamos, nos consuela enseguida: *"Subo a mi Padre, y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios"* (Juan 20,17). Es decir, voy a casa, como cabeza de aquel cuerpo del cual sois miembros vosotros. Vuelvo a casa como primer participe de aquella gloria que os está reservada también a vosotros.

Cristo vuelve *a* casa para preparar un lugar a todos aquellos que "*creen en su nombre"* (Hechos 1,11). *"No se turbe vuestro corazón... En la casa de mi Padre hay muchas moradas... Y cuando haya ido, y os haya preparado un lugar, vendré otra vez, y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy, estéis también vosotros"* (Juan 14,1-3).

Es el mensaje de Cristo Resucitado: En cualquier tribulación, lucha y tentación que os encontréis, manteneos fieles, hijos míos; no me abandonéis, porque *"vendré otra vez y os llevaré conmigo"*.

Mensaje a sus enemigos

Es la noche que va del Sábado Santo a la mañana de Pascua. Duerme toda Jerusalén. Duerme Pilatos, que cobardemente entregó al Señor al terrible suplicio. Duermen los príncipes de los sacerdotes; descansan tranquilidad y ufanos: "¡Por fin se deshicieron del peligroso profeta, por fin habrá calma en el país!" Duerme el pueblo amotinado, que pidió que la sangre de Cristo cayese sobre sus propios hijos.

Pero he ahí que unos soldados romanos, pálidos de miedo, van en busca del sumo sacerdote. ¡El muerto crucificado y enterrado, no sabemos dónde está, ha salido del sepulcro!

La noticia cae como un rayo. Hay que obrar con rapidez... Si todo hemos fracasado porque ha resucitado, habrá que mentir. ¡Propagar grandes mentiras! El pueblo de todos modos lo creerá...

¡Cuántas veces se vuelve a repetir lo mismo! Grandes personajes que tratan de engañar al pueblo. ¡Propagan mentiras entre el pueblo respecto de Cristo, de la Iglesia, de la religión... sabiendo que el pueblo de todos modos se lo creerá!

Desde ese primer Viernes Santo, cuántas veces ha gritado la turba fanática contra la Iglesia de Cristo: ¡Crucifícale! ¡Que caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!

La Santa Iglesia católica no es más que el mismo Cristo que sigue viviendo en medio de nosotros. ¡Cuántas veces ha tenido que sufrir la Pasión el Cuerpo Místico de Cristo! ¡Cuántas veces han ido a descansar sus enemigos pensando: !Por fin! ¡Por fin hemos acabado con la Iglesia!

¡Pero la aurora pascual siempre vuelve a clarear de nuevo!

El odio de los enemigos quiso aniquilar al Señor con el instrumento de la ignominia, la cruz; y Él, desde entonces reina desde la cruz. *"Cuando sea levantado en alto sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí"* (Juan 12,6). *"Los señores y los potentados de la tierra se aliaron contra Él, pero el Altísimo se burló de ellos"* (Salmo 2,4).

Estos enemigos de la Iglesia hace tiempo que murieron, mientras que el pregón de la Iglesia sigue clamando: "He ahí el madero de la cruz, del que estuvo clavado el Redentor del mundo, venid, adoremos!"

Hombres llenos de odio gritaron al pie de la cruz: "No queremos rendirle homenaje; no queremos que sea nuestro rey." Hoy sus voces ya se han apagado, mientras que sigue resonando el cántico: "Te adoramos, Cristo, y te bendecimos, porque por tu santa cruz redimiste al mundo."

He ahí el mensaje del Cristo resucitado a sus enemigos: Venid a mí, porque de lo contrario, pereceréis."

Mensaje a sus fieles

Atardece. En las casas se encienden ya las luces. En la sala la Ultima Cena, los apóstoles están reunidos, tristes y llenos de miedo, con las puertas cerradas. Hablan constantemente de Cristo. Pedro y Juan han visitado el sepulcro y lo han encontrado vacío. Las mujeres cuentan también muchas cosas. Los apóstoles están temerosos. ¿Qué pasa?... ¿Qué es aquella luz? ¡Es el Señor! Con gran alegría, llorando de emoción, con las manos temblorosas acarician las orlas de su vestido: ¡Es Jesús, nuestro dulce Maestro!

Y el SEÑOR les dice: *"La paz sea con vosotros. Soy yo; no temáis"* (Lucas 24,36). Como si dijera: ¡Basta ya de tristeza! ¡Mirad, he vencido! ¡He vencido al pecado y a la muerte!

Es el último gran mensaje del Señor: *Cristo ha vencido al pecado.*

"La paz sea con vosotros." Y después, sopló sobre ellos y les dijo: *"Recibid el Espíritu Santo, a quien perdonéis los pecados, les serán perdonados, y a quienes se los retengáis, les serán retenidos"*. (Juan 20,22-23). Les confirió en este momento el poder de perdonar los pecados.

¡Qué bien conocía el alma humana! Sabía que desea la paz; pero el pecado y la paz se excluyen. Para que pudiésemos alcanzar la paz, nos dio la remisión de los pecados.

El alma pecadora realmente no puede tener paz. ¿Por qué? Porque el alma humana es un soplo de Dios, que no puede estar tranquila mientras no viva su semejanza divina. El que no está en paz con Dios, ¿cómo podrá estarlo consigo mismo? ¡Bendita la confesión que nos trae la paz! Sin el Sacramento de la Reconciliación no puede haber paz y alegría pascual.

Cristo ha vencido a la muerte

Después de la Resurrección de Cristo el hombre sigue muriendo; pero ya no es la muerte quien tiene la última palabra. Porque si estamos injertados en Jesucristo resucitado, hay en nosotros una semilla de vida eterna. Naturalmente que esta vida la tenemos sólo en germen, en esperanza: *"Muertos estáis ya, y vuestra vida esta escondida con Cristo en Dios"* (Colosenses 3,3) —nos dice SAN PABLO; pero esta semilla está germinando y florecerá en el día de nuestra resurrección. *"Cuando aparezca Cristo, que es vuestra vida, entonces apareceréis también vosotros con Él gloriosamente"* (Colosenses 3,4).

En cuanto empezamos vivir, empezamos también a morir, y conforme vamos dando pasos en la vida, otros tantos nos acercan a la muerte. La vida es un gran enigma, y no lo es menos la muerte. La muerte es el señor del mundo, es el señor más poderoso de la tierra, porque todos le obedecen y acaban muriendo.

¡Pero ha habido Alguien que ha vencido a este señor tan poderoso!

"Cuando este cuerpo mortal haya sido revestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la *palabra escrita: La muerte será absorbida por* la *victoria. ¿Dónde está, ¡oh muerte!, tu victoria? ¿dónde está, ¡oh muerte!, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado, y lo que da fuerza al pecado es la ley. Pero Dios nos ha dado la victoria por la virtud de Nuestro Señor Jesucristo"* (I Corintios 54-57).

Según Platón durante esta vida terrena estamos como en una prisión; pero la vida virtuosa es seguida de otra forma de vida superior, en un mundo más elevado, donde en comunicación con los dioses el mismo hombre se hace Dios.

Kant dice que la inmortalidad del ser humano es un postulado de la razón práctica.

Leibniz afirma que la inmortalidad es el fundamento de las razonamientos éticos. *Goethe* dice algo parecido.

Estos pensamientos no son más que una muestra de la creencia en la vida eterna. Los hombres más insignes han sentido que tiene que ser así; pero quien de verdad demuestra verdaderamente la inmoralidad del alma humana, y que no es tan sólo un juego de la razón que filosofa, sino una realidad, es la Resurrección de Cristo. Ella le pone sello de autenticidad.

El cristianismo es la religión del Evangelio. Evangelio significa "Buena Nueva". Y el cristianismo se hizo "buena nueva", anunciando principalmente la muerte de Cristo, en que quedó vencido el pecado, y pregonando la Resurrección de Cristo, que venció a la muerte para que nosotros también la venzamos.

Cristo padeció la muerte más ignominiosa, pero ella no fue más que un peldaño, por el cual tuvo que pasar, para llegar a la gloria más encumbrada. Y desde entonces la Pascua nos anuncia nuevas verdades: Vivimos para morir, es verdad; pero morimos para vivir después con más perfección. Este “valle de lágrimas” en que vivimos acá abajo, no es más que el vestíbulo de la casa eterna en que viviremos. La muerte no es una estación final, sino la puerta por la cual hemos de pasar y tras la cual nos espera una vida incomparablemente más plena: la vida eterna. Es el mensaje sublime de Jesucristo resucitado.

"¡Aleluya, aleluya, aleluya!" Por todo el mundo resuena el cántico triunfal que la Iglesia lanza en la Misa del Sábado Santo. Y lo hace con todo derecho. Porque la serpiente de la duda y el ángel rebelde de la negación se acallan impotentes al ver la victoria de Jesucristo resucitado.

La Resurrección de Cristo es un dogma tan fundamental y central del cristianismo, que bastó para cambiar la faz del mundo. De este dogma brotó el fervor ardoroso de los apóstoles; la valentía de los mártires; la fe abnegada de los santos; toda la grandeza espiritual y todos los anhelos santos que desde hace 2000 años florece en el fértil suelo del cristianismo. El sepulcro vacío de Jesucristo encendió la fantasía de los poetas, movió el pincel de los pintores, guió el cincel de los escultores. Todo cuanto de grande y sublime ha creado la pintura, la escultura, la música y

la arquitectura desde hace 2000 años, es consecuencia de la alegría triunfal que nos trae Jesucristo resucitado.

XXX. Subió a los cielos

Han llegado los últimos momentos de la estancia del Señor en la tierra. Por última vez reúne en torno suyo a sus discípulos, y les habla: *"Se me ha dado todo el poder en el cielo y en la tierra. Id y bautizad a todas las gentes, en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándolas a observar todas las cosas que os he mandado. Y estad ciertos que yo estaré siempre con vosotros hasta la consumación de los siglos"* (Mateo 28,18-20).

Después, a la vista de todos, subió con majestad hacia los cielos, y ya lejos de la tierra, una nube se puso bajo sus pies y le ocultó a las miradas de sus apóstoles, que seguían mirando el cielo.

Sube al cielo el que ha pasado su vida haciendo el bien, el que ha vertido su propia sangre por nuestra salvación, el manso y humilde por excelencia.

En un templo de Copenhague hay una magnífica estatua de Cristo. Un turista miró la estatua con cierta desilusión; no acababa de comprender en qué podía consistir su famosa belleza. El artista le dijo entonces: "Pruebe usted a arrodillarse y mire desde abajo la cara de Jesucristo." El turista siguió el consejo, y entonces apreció toda la belleza de aquella obra magnífica.

Humildemente queremos también nosotros arrodillarnos a los pies de Jesús, que se despide de nosotros y que sube a los cielos. Abramos nuestro corazón para escuchar sus últimas enseñanzas.

He realizado la obra que me encomendaste

Después de su Resurrección, Nuestro Señor Jesucristo permaneció cuarenta días entre sus discípulos enseñándoles. Entonces los condujo al Monte de los Olivos, y desde allí, a la vista de todos, ascendió a la casa del Padre. No quiso abandonar la tierra ocultamente, sino en pleno día, a la luz del sol, a la vista de sus discípulos.

Tratemos de revivir los sentimientos que embargaban el alma de Cristo en estos momentos de la despedida. Su alma debía de

estar inundada de una suave alegría por la obra realizada. Repetiría al Padre: *"Te he glorificado sobre la tierra llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar"* (Juan 27,4).

¡Qué felicidad sentiría Jesucristo al tener conciencia del deber cumplido al final de su vida! ¡Qué dichoso será quien pueda pensar lo mismo al final de sus días!

¿He disfrutado de una gran fortuna, de mucho dinero, de un lujoso auto? ¿He sido mundialmente famoso, he tenido poder, autoridad? ¿He disfrutado noventa años de bienestar continuo? No importa. Lo que importa es poder decir: "Padre mío, he acabado la obra que me encomendaste realizar."

Confía a sus discípulos continuar su obra

Jesús al despedirse también se preocupó porque continuase la obra que había comenzado. Fue Él quien arrojó la semilla, y ahora confía la suerte de la misma a sus apóstoles. *"Seréis mis testigos en Jerusalén, y en toda Judea, en Samaría, y hasta el fin del mundo"* (Hechos 1,8). *"Id por todo el mundo; predicad el Evangelio a todas las criaturas"* (Marcos 16,15).

¡Qué órdenes más diferentes habrían esperado algunos de Cristo, cuando triunfó de sus enemigos! ¡Id y vengadme! ¡Castigad a aquellos que me han atormentado y asesinado!

Mas no fue éste su mandato.

Su mandato fue: Id y pregonad la alegría inefable de veros redimidos de la esclavitud. Id y borrad el pecado; mitigad la miseria del espíritu; consolad a los hombres; confortadlos; cerrad el infierno; abrid el cielo.

¡Qué sencillas parecen las palabras de Cristo al despedirse! Y con todo, ¿qué *resultado más admirable, más increíble tuvieron!* Y si alguien dudase todavía de la divinidad de Jesucristo, si tuviese todavía dificultades para creer que Cristo se quedó o no en el sepulcro, si su cuerpo sufrió la corrupción, si resucitó realmente y si vive... que medite las trascendentales consecuencias que produjeron en todo el mundo las últimas palabras de Cristo: "Id y enseñad a todas las gentes."

Los apóstoles se ponen en camino. No tienen nada de lo que podría darles autoridad ante el mundo. Su origen es humilde, su familia modesta, su educación aldeana. Dinero no tienen. Doce

trabajadores sencillos se encuentran frente a frente con el poder de un mundo refinado y astuto. En el Huerto de los Olivos bastó para apresar a su Maestro un pelotón de soldados. ¡Qué aprisa acabará el mundo con los discípulos!

Pero ¿qué sucede? Los apóstoles, que cobardes huyeron del lado de Cristo cuando le tenían en forma visible, ahora toman muy a pecho la conquista del mundo y no hay peligro capaz de separarlos de Jesucristo ausente.

¿Ha muerto definitivamente Cristo? ¿Sería posible todo esto si Cristo estuviese muerto? ¿Sería posible que aquel PEDRO, que negó a Cristo por miedo a una criada, se plantara después desafiante en la Roma imperial, y allí gritara que todas las estatuas de los dioses paganos son insensatez y que es aberración lo que los romanos durante siglos gloriosos consideraron como su religión? Y no es esto lo admirable. Lo admirable es que la palabra de este pobre pescador, forastero, sin conocidos, produce un respuesta pronta en muchos romanos de espíritu altivo. ¿Cómo se comprende si Cristo está muerto? ¿Es capaz un muerto de lograr tales resultados?

Imaginémonos que no hubiese sido un sencillo pescador, sino el mismo emperador romano quien se propuso propagar una nueva doctrina que diese al traste con los antiguos conceptos religiosos. ¡Qué inmensa maquinaria estatal hubiese tenido que poner en movimiento, cuánto terror hubiese tenido que causar; cómo habría tenido que diezmar los pueblos para imponer su nueva doctrina! En cambio, los apóstoles no tienen armas y legiones, no matan a nadie para imponer su doctrina, sino que con gusto se dejan matar por causa de ella.

La fe en Jesucristo resucitado ha cambiado el mundo

Todo el mundo antiguo, que hasta entonces sólo admiraba la belleza terrena, el placer y el poder, se inclina ante las enseñanzas exigentes de un hombre condenado a muerte.

En aquella Roma que despreciaba a los pobres, ante la palabra de Cristo crucificado los ricos y distinguidos distribuyen su fortuna para socorrer a los desvalidos. ¿Es capaz un muerto de producir estos resultados?

Muchas doncellas romanas, aun pertenecientes a las familias más nobles, por amor a Cristo crucificado se comprometen a vivir en

virginidad perpetua. ¿Puede lograr un muerto tan asombrosos cambios?

"El cielo y la tierra pasarán; pero mis palabras no pasarán" (Mateo 25,35), dijo un día el SALVADOR. Hoy vemos cuánta razón tenía. De sus palabras apenas han quedado las necesarias para llenar algunas páginas; cualquiera de los Evangelios puede ser editado en un pequeño opúsculo, y con todo, ¡qué influencia han tenido, cómo conmovieron el mundo y qué poder sugestivo siguen teniendo aún hoy sus palabras!

En las librerías podemos ver títulos como éste: "Obras completas de N. N. en veinte tomos". Son volúmenes de gran tamaño. Pero ¿quién los lee?... Las “obras completas” de Jesucristo no llenan más que un pequeño libro, pero de cada una de estas palabras irradia una fuerza capaz de moldear un mundo.

Pero ¿no es una exageración afirmar que en la doctrina de Cristo encontramos la solución para todos los problemas espirituales, el bálsamo para todas las heridas, la medicina para todos los pecados? Aquel Evangelio de unas escasas páginas, ¿contiene realmente la respuesta a las mil y mil cuestiones increíblemente intrincadas de la vida moderna?

Sí; encontramos respuesta para todo y la medicina que necesitamos, porque el Maestro de los maestros, y el Médico de los médicos que aquí habla no se limita a resolver algunos problemas y a suprimir los síntomas de la enfermedad, sino que llega a la raíz de todo mal y miseria, al origen de nuestras pasiones perversas.

Desde que Cristo vivió entre nosotros, no podemos pensar ni vivir como antes. Ahora sabemos algo que antes no sabíamos: c*onocemos el valor de nuestra alma; sabemos cómo tenemos que vivir, y si caemos en pecado, sentimos que hemos traicionado a Alguien*.

Jesucristo nos mostró al hombre perfecto, y su ejemplo ya no nos deja descansar, sino que nos instiga y espolea como diciéndonos: ¡Qué lejos te encuentras aún de ser como Él! ¡Adelante, adelante, trata de imitarle!

Realmente, si Cristo no hubiese sido más que un ajusticiado que se pudre en el sepulcro, entonces la historia y la vida del cristianismo que contemplamos hubiese sido del todo imposibles. Si

Cristo no hubiese resucitado, el mundo habría proseguido su antiguo camino.

Porque si no hubiese Jesucristo resucitado no hubiesen tenido los apóstoles el ánimo necesario para evangelizar, ni hubiese emprendido sus viajes San Pablo, ni hubiese habido mártires, ni Papado, ni Santos, ni hubiese pintado Rafael sus cuadros, ni edificado Miguel Ángel lo que hizo, ni escrito Dante, ni hubiese habido Basílica de San Pedro, ni Catedral de Colonia, ni hubiese habido una cultura cristiana para sacar de sus quicios el mundo. No habría nada de esto si Cristo no hubiese resucitado y dicho al despedirse: "Id por todo. el mundo y predicad el Evangelio a todas las criaturas."

El consuelo que nos deja Cristo al despedirse

"El Señor, después de haber hablado con ellos, fue levantado a los cielos, y está sentado a la diestra de Dios" (Marcos 16,19). En esta frase percibimos, no ya un mandato, sino el consuelo quiere dejar Cristo al despedirse.

Cristo quiso subir a la gloria del cielo partiendo precisamente del Monte de los Olivos. De aquel Huerto que aún estaba casi empapado de sangre por el sudor de la agonía del Jueves Santo. De aquel Huerto en que casi resonaba aún el grito con que el corazón oprimido de Cristo buscaba al Padre, donde todavía se veían las pisadas del Judas el traidor y de los soldados. Del mismo lugar en que sufrió, quiso Cristo subir a los cielos. Con esto nos quiere consolar y decir que todo cuanto de malo nos pueda suceder, antes le ha sucedido a Él, y así como el Señor asciende al cielo, así será nuestra suerte si le seguimos. Él es nuestra esperanza y el cumplimiento de todos nuestros deseos.

En medio de todos nuestros males y sufrimientos, hemos de recordar la gran lección: *"¿Por ventura no era conveniente que Cristo padeciese todas estas cosas y entrase así en la gloria?"* (Lucas 24,26). *"Buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. Saboread las cosas del cielo, no las de la tierra"* (Colosenses 3,1-2).

Después de sufrir en esta vida, nos espera la gloria de la vida eterna. Es el gran consuelo que nos deja Cristo en su Ascensión a los cielos. Y para que nosotros podamos llegar a la patria celestial, está Él sentado a la diestra del Padre intercediendo por nosotros.

"Está sentado a la diestra de Dios Padre"... He de advertir que se trata de una expresión simbólica. Dios no tiene ni diestra ni siniestra, porque no tiene cuerpo, y porque está presente por completo en todas partes. Pero nosotros los hombres, para honrar a alguien, le hacemos pasar a nuestra derecha. Por esto también decimos qué Cristo está sentado a la diestra del Padre.

Y éste es otro motivo de consuelo: Cristo presenta en el cielo ante el Padre nuestra causa, los asuntos de sus hermanos que viven y luchan en la tierra.

"Jesucristo no solamente murió, sino que también resucitó, y está sentado a diestra de Dios, donde intercede por nosotros" (Romanos 8,34).

"Hijitos míos, os escribo esto para que no pequéis. Si alguno peca, abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo" (Juan 2,1). Es decir, por más que nos abrume la conciencia de nuestra debilidad humana frente a la infinidad de Dios, podemos, no obstante, dirigirnos confiadamente a nuestro Padre, porque junto a ÉI está nuestro gran Hermano que intercede por nosotros. Por esto decimos *"por Jesucristo Nuestro Señor"*.

Mucho más que el sol nos ilumina y nos calienta, mucho más lo hace Cristo, el verdadero sol de justicia, desde el cielo. Él nos mira con amor y nos anima seguirle, a los que imploramos su ayuda.

Alegrémonos, pues, Cristo nos espera en el cielo. *"Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde esperamos un Salvador: Jesucristo Señor nuestro"* (Filipenses 3,20).

"Subió a los cielos", es decir, se fue a un mundo distinto. A un mundo donde no hay espacio ni tiempo, donde no hay mañana ni noche, donde no se levantan, ni se acuestan los hombres, donde no hay hambre ni alimentación, ni desengaño, ni pecado ni muerte, donde no hay más que Dios y su mundo.

Estas palabras: "subió a los cielos", traspasan como un rayo nuestro modo de pensar tan a ras de tierra. *¿Existe realmente el otro mundo? ¿Hay de veras un más allá?* ¡Estamos tan metidos en esta vida terrena que no pensamos que haya otra cosa! ¡Cuántos hombres se han instalado definitivamente en este mundo rastrero! ¡Cuántos hay que no tienen otro deseo, otro anhelo, otro objetivo, que poseer un trocito de terreno, reunir un montoncito de oro, aunque tengan que sacrificar algo o mucho de su espíritu!

Los errados judíos adoraron el becerro de oro en el desierto; y ¿qué es esto en parangón con la idolatría del hombre de nuestros días, que adora este globo terráqueo lleno de barro, y le rinde culto como si fuera un dios?

Y he ahí que Cristo asciende al cielo. Mientras cumplió su misión en la tierra usó de las cosas tanto en cuanto lo requería su noble empresa. Pero ahora nos dice cuando asciende al cielo: “¡Hombres! Esta vida terrena no es más que una escala para subir. ¡Ay de vosotros si lo olvidáis! ¡Ay de vosotros si queréis edificaros una morada perpetua en esta tierra! ¡Ay de vosotros si no aprovecháis las alegrías y los dolores, la bonanza y los días nublados de la vida para formaros, levantaros, purificaros y así poder venir un día a donde Yo estoy”

"¡Otro mundo!" ¡Qué extraño suena este nombre en los oídos de muchos! ¡Con qué escéptica incredulidad mueven la cabeza y exclaman: "Es imposible que exista. Nadie lo ha visto, nadie se ha conectado con él...! No puede ser, no sabemos ni cómo es, ni dónde se encuentra.

Yo tampoco lo creería si no tuviese tan buenos testimonios. Fue el mismo Cristo quien dio testimonio de él, de una forma tan clara y precisa. No veo el otro mundo, no lo percibo con mis sentidos, *pero he de creer a Cristo.*

No podemos percibirlo con nuestros sentidos. Nada habríamos sospechado de este otro mundo si Nuestro Señor Jesucristo no nos hubiese hablado de él muchas veces y de muchas maneras.

No podemos percibirlo con nuestros sentidos, tan sólo sabemos lo que nos dice SAN PABLO: *“ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó por la mente humana, lo que Dios tiene preparado para los que le aman"* (I Corintios 2,9).

No podemos percibirlo con nuestros sentidos; pero Cristo se trasladó allí y desde allí nos hace señas. Y prometió a sus apóstoles que al dejarlos, les enviaría el Espíritu Santo, la fuerza de lo alto para recordarles todo (Lucas 24,49), y cumplió su promesa.

Se fue el Señor. ¿Le perdieron por completo los apóstoles? De ningún modo. ¡Qué abatidos, qué tristes se hubiesen quedado los

pobres! Pero he ahí que *"regresaron a Jerusalén con gran alegría"* (Lucas 24,52).

Ahí está la fuerza, el mensaje de Cristo desde las alturas. Los apóstoles le vieron ascender al cielo, y esta visión los guió después por toda la tierra predicar. Esta visión les infundió fuerzas a dar la vida por Él. Gracias a que ellos vieron, nosotros creemos. Esta fe ha sostenido en sus innumerables luchas a los misioneros. Esta fe ha servido durante 2.000 años de aliento, de fortaleza a todo cristiano que vive inmerso en la oscuridad de la vida. Esta fe es la que hace que un hombre mantenga el equilibrio aunque haya perdido toda su fortuna, su salud o un familiar querido, aunque haya visto derrumbarse todos sus proyectos. ¡La fe en el más allá!

Sí; hemos de creer que existe un más allá, que hay otro mundo, mucho mayor que el nuestro. El mundo de los muertos es mucho mayor que el de los vivos; hay millones y millones de veces más muertos que vivos.

Pero ¿dónde están? ¿Es posible que exista todo un mundo en torno nuestro, un mundo de millones y millones de seres vivientes, sin que no sepamos nada de él, sin que lo perciban nuestros sentidos? ¿Es posible?

Quien haya visitado un buen acuario, seguramente habrá mirado con muda emoción el mundo misterioso del fondo del mar. Los visitantes se sientan detrás de la pared de vidrio y contemplan admirados lo que pasa delante de sus ojos. Seres vivos de las más variadas formas, unos pululan en el agua, otros saltan en el fondo, otros ni siquiera se mueven, sino que están fijos en un sitio; éste parece que es una estrella, y, sin embargo, es un ser viviente; el otro parece una planta, cuando es una animal; el tercero presenta el aspecto de una rosa o de un velo de encajes, y, sin embargo, también es un animal. Este mundo lleno de misterios vibra en el fondo del mar; los seres que lo habitan, ni siquiera sospechan que les están observando detrás de un cristal; no sospechan que más allá de su mundo, fuera de su trocito de mar, haya otra cosa en el mundo, que existan hombres de corazón sensible que se alegran y entristecen, y que estos hombres tengan un mundo tan peculiar, *tan distinto del suyo.*

Pues decidme ahora, queridos lectores: ¿Realmente es tan increíble, tan imposible que en torno nuestro haya un mundo tan distinto; el "otro mundo", el gran mundo de las almas, sin que

nosotros lo veamos, sin que nosotros percibamos algo de él con nuestros sentidos, siendo así que aquel animal de encajes no sabe en el fondo del mar que alguien le esta mirando desde otro mundo?

¿Otro mundo? ¿Dónde está? ¿Entre las estrellas? ¿Tras la bóveda azul? ¡Ah, es un modo de pensar muy rastrero, muy pegado a la tierra y a la materia! Pues ¿dónde está? *Donde está Dios y donde nosotros podemos verle.* Donde puedo ver a Dios allí está el reino de los cielos, allí está el más allá, lleno de dicha; y si no puedo ver a Dios, esto será para mí el infierno, el "otro mundo" de los condenados.

¡Cómo intercede por nosotros el Señor! *"¡Padre! Quiero que los que tú me has dado, estén ellos también conmigo"* (Juan 17,24). Por tanto, el otro mundo está donde está el Padre.

Jesucristo está en los cielos, pero sigue viviendo entre nosotros. Desde hace 2000 años atrae como un imán los corazones. Desde el tiempo en que, según el Evangelio, *"todo el mundo se va en pos de él"* (Juan 12,19); desde el tiempo en que el alma fogosa de SAN PABLO suspiró: *"Cuánto deseo verme libre de las ataduras de este cuerpo para estar con Cristo*" (Filipenses 1,23). Desde entonces un ansia santa nos asalta: el anhelo por el otro mundo, por el reino de Cristo.

Si; son necesarios la técnica, los medios de comunicación modernos, la industria, los laboratorios, el comercio; tenemos que trabajar, es cierto, gran parte de nuestra vida. Todo esto es necesario, pero que no nos quite nuestro objetivo; no olvidemos que toda la ciencia humana es incapaz de ahuyentar la muerte al final de nuestra vida efímera, y que después de esta vida viene el "otro mundo”, la vida que no se acaba.

Estaremos aquí "un poco de tiempo"; las leyes materiales nos encadenan "un poco" al planeta "Tierra", pero después sacudiremos la materia que nos ata y regresaremos al Padre.

Alguno me podrá objetar y establecer este díalogo conmigo:

—Pero, ¿usted cree realmente todas estas cosas?

—Si, las creo.

—¿Está usted tan seguro de que todo esto sucederá un día?

—Sí, estoy seguro.

—¿Tan seguro como que hoy es domingo y mañana será lunes?

—No. Más seguro incluso.

—¿Tan seguro como que hoy por la mañana salió el sol y se pondrá por la noche?

—Más seguro incluso.

—¿Tan seguro como que después del invierno sigue la primavera?

—Más seguro. ¡Sí; mucho más seguro! Porque habrá un domingo al que no seguirá el lunes; habrá una mañana sin que le suceda la puesta del sol; habrá un invierno que no será seguido por la primavera. Pero nunca sucederá, porque es imposible, que las palabras de Cristo no se cumplan.

¿Qué palabras?

Estas: *"Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en mí, aunque haya muerto, vivirá"* (Juan 11,25). *"La voluntad de mi Padre, que me ha enviado, es que todo aquel que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna: y yo le resucitaré en el último día"* (Juan 6,40).

¡Señor Jesús, creo que has ascendido a los cielos! Yo creo en Ti. Ahora creo... y un día te voy a ver.

XXXI. “Ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos"

Esta frase de nuestro Credo, a muchos inquieta. Hay quienes creen y confiesan con gusto todos los anteriores artículos del Credo; se alegran del nacimiento del Niño Jesús en Belén; se apiadan de Cristo en su Pasión; lloran por el Salvador que muere por nosotros; pero al llegar a esta frase: "Cristo vendrá desde los cielos para juzgar a los vivos y a los muertos", sienten un escalofrío, se turban, y en son de protesta dicen: "Le ruego encarecidamente que no hablemos de esto. Es un tema tan ingrato y desabrido, que más valdría que la Iglesia católica no exasperara nuestros nervios, ya de suyo bastante sobrecargados..."

Y, sin embargo, por muy grave e inquietante que sea el pensamiento del Juicio final, no podemos esquivarlo. Es una verdad que está contenida en el Credo, y es una verdad revelada. Por muy incómoda que nos resulte, vale más enfrentarnos con ella y meditar sus consecuencias prácticas que esconder asustados la cabeza, como el avestruz en la arena, para hacernos la ilusión de que no habrá tal Juicio final.

Si nos ponemos a meditar estos puntos: *¿Habrá realmente Juicio final?; ¿Cómo será? ¿Cómo es posible compaginar esta realidad con la bondad de Dios?,* naturalmente que nos pueden causar inquietud o turbación en algún sentido, pues se trata de una verdad que nos amonesta y que nos recuerda que somos responsables de nuestros actos.

¿Habrá realmente Juicio final?

¿De dónde sabemos que un día Dios ha de llamar a los hombres que murieron —haciéndolos salir de los sepulcros—para congregarlos, junto con los que entonces vivan todavía, para juzgarlos a todos en un juicio definitivo que ponga punto final a la historia del mundo? Lo sabemos por las enseñanzas de Jesucristo.

¡Cuántas veces habló el Señor del Juicio final! Una vez alude a él en el Sermón de la. Montaña (Mateo 7,22 y sig.). En otra ocasión dice que *"Sodoma y Gomorra serán tratadas con menos rigor en el día del Juicio”* que la ciudad que no quiso recibir a los apóstoles

(Mateo 10,15). También pregona esta verdad del Juicio final en muchas parábolas: al hablar de la cizaña, de la red, de las diez vírgenes, del Señor que pide cuentas, de los viñadores, de los talentos, del banquete nupcial. Pero sobre todo nos impresiona el discurso en que Jesús reveló con toda minuciosidad las terribles escenas que han de preceder a tan grande acontecimiento. Muchas veces las hemos meditado; pero por mucho que las repasemos siempre nos impresionan. *"El sol se oscurecerá; la luna dejará de alumbrar; las estrellas caerán del cielo; las poderes del cielo temblarán. Entonces aparecerá en el cielo el estandarte del Hijo del Hijo del hombre, a cuya vista todos los pueblos de la tierra prorrumpirán en llantos y verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad"* (Mateo 24,29-30).

¿Cuándo sucederá todo esto? ¿Cuándo quedará parado el reloj del mundo? ¿Quién podrá saberlo?

Hombres soñadores y sectas religiosas han querido calcular hasta el día exacto, olvidándose de las palabras del Señor: *"Mas respecto del día y de la hora, nadie lo sabe, ni aun los ángeles del cielo, sino sólo mi Padre"* (Mateo 24,36).

El Señor no quiso comunicarnos la fecha de este juicio.

¿Por qué? Porque no nos importa el saberlo. ¿Seríamos acaso mejores y más buenos si lo supiéramos? No.

“No importa que sepamos o no cuándo será el día del juicio —dice SAN AGUSTÍN—. Haz lo que harías si el juicio fuera mañana, y así nunca temerás la llegada del Juez."

Lo que el Señor quiso mostrarnos no fue tanto el cómo y cuándo del Juicio, cuanto su existencia: habrá Juicio final. Vendrá ciertamente un día que será el último; será el día de los grandes descubrimientos; el día de la justicia. El Hijo de Dios, que bajó a nosotros en la noche de Navidad, y que nos dejó el día de la Ascensión, volverá a venir; pero no como la primera vez. *"Entonces aparecerá en el cielo el estandarte del Hijo del hombre, a cuya vista todos los pueblos de la tierra prorrumpirán en llantos"* (Mateo 24,30).

Jesucristo aparecerá con infinita majestad. Ante Él tocarán sus trompetas los ángeles, para que ante su estrépito se abran los

sepulcros y resuciten los muertos, y acudan a Ti, unos con alegría jubilosa y otros con el miedo que hiela la sangre de puro espanto.

Sí, ¡esto sucederá un día! Las palabras de Cristo son claras y contundentes.

¿Cómo será el Juicio final?

El día de Navidad del año 1541 fue descubierta la cabecera de la Capilla Sixtina, en la que *Miguel Ángel* había representado en pintura el "Juicio final". En ella la figura del Señor aparece con terrible majestad. Son más de trescientas las figuras: profetas, apóstoles, mártires y Santos Padres. Los ángeles tocan las trompetas y los muertos salen de las tumbas; los padres se abrazan con sus hijos; el amigo con su amigo; ¡pero en todos los rostros se notan huellas de gran preocupación por el decisivo momento!

Imaginémonos por un momento cómo acaecerá, cuando hayamos de comparecer ante Cristo cuando venga como Juez, para escuchar de sus labios el fallo inapelable.

Aparecerá en el cielo el estandarte del Hijo del hombre. Aparecerá la cruz, y el hombre pecador temblará y se dirá: “Esta es la cruz que he escarnecido tantas veces con mi vida de pecado. ¡La cruz bañada con la sangre de Cristo que dio la vida por mí, y que no supe apreciar! La cruz que ahora me acusa, la que fue grabada en mí frente en el santo bautismo.”

¡Y vendrá Cristo! Más brillante que la estrella de la aurora; más radiante que miles de soles; con poder y majestad, al lado del cual toda la pompa de los reyes es como ceniza. Vendrá Cristo. Le acompañarán legiones de ángeles. Ya en su vida mortal brilló un rayo de su majestad y de su poder; nada más que un rayo; pero los que lo vieron, cayeron desplomados en tierra. Fue en el Monte de los Olivos, y les sucedió a los alguaciles de los pontífices y fariseos, los que provistos de cuerdas, lanzas y espadas buscaban a Jesús de Nazaret. "¡Soy yo!" —les dijo Cristo. No dijo nada más. Tan sólo estas dos palabras. Pero el fulgor de sus ojos los hizo retroceder y los derribó.

¿Qué pasará conmigo cuando Cristo repita delante de mí estas dos palabras: "Soy yo"? ¿Con qué acento las dirá? ¿Con qué mirada las acompañará?

Soy yo, Cristo, el que tanto sufrió por ti para salvarte; pero tú no hiciste caso de mi Pasión y muerte.

Soy yo, Cristo, el que te enseñó a vivir en el amor y en la moralidad que tú pisoteaste.

Soy yo, Cristo, de quien está escrito que *"a su Nombre se doblará toda rodilla"* (Filipenses 2,10), pero tú no me diste el homenaje debido.

Soy yo, Cristo, a quien *"se ha dado toda potestad en el cielo y en* la *tierra"* (Mateo 28,18), pero tú creíste poder rebelarte impunemente contra mí.

Soy yo, Cristo, que deseó tanto reunir en el reino de su Padre a los hombres, así "como *la gallina recoge sus polluelos bajo las alas"* (Mateo 13,37), pero tú no quisiste.

¡Qué temibles sonarán entonces estas palabras: “Soy yo"!

Después Cristo dará su fallo inapelable sobre los buenos y los malos.

Entonces el Rey dirá a, los que estén a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino que os está preparado desde el principio del mundo" *(Mateo 25,34).*

¡Qué atronador aplauso resonará! ¡Qué dichosa victoria final!

¡Venid! Vosotros que tanto habéis luchado contra vuestras inclinaciones pecaminosas, y contra las múltiples tentaciones del mundo. Venid, vosotros, que supisteis manteneros coherentes, honrados y limpios de corazón en medio de un mundo que menospreciaba la virtud y la nobleza de espíritu. Sé cuánto habéis sufrido por Mí. Sé cuántas burlas habéis tenido que aguantar. Por eso, venid ahora. *¡benditos de mi Padre!*

En tres ocasiones los Evangelios narra que el Señor dé su bendición. Primero, cuando bendijo a los niños, los limpios de corazón; después, cuando bendijo en la Ascensión a sus discípulos, los que estaban a punto de empezar una vida de abnegación y entrega por su causa; y finalmente, cuando dé su bendición en el día del Juicio a cuantos hayan salido victoriosos de la batalla. ¡Qué bendición será ésta, en la que estará contenida toda su gratitud y aprobación, toda la recompensa prometida, todos los galardones del Señor!

Pero ¡qué maldición les caerá a los otros! *"Al mismo tiempo dirá a los que estén a su izquierda: Apartaos de mí, malditos: id al fuego eterno, que fue destinado para el diablo y sus ángeles"* (Mateo 24,41).

¡Malditos! Nunca, en ninguna otra parte de la Sagrada Escritura, resuena esta palabra como salida de la boca del mismo Dios. Incluso cuando se cometen los pecados más horrorosos —rebelión, inmoralidad, asesinato— en ninguno de estos casos pronuncia el Señor tan espantosas palabras. Pero ahora sí, al fin de todo, en el día del gran juicio.

¡Apartaos de mí! ¡No podéis decir que he sido demasiado duro! Toda vuestra vida os mantuvisteis lejos de mí; lo que preferisteis entonces, lo recibís ahora definitivamente: Vivir de espaldas a Dios. ¡Una separación definitiva! La condenación eterna.

Conocíais mis mandamientos y nos los habéis cumplido; ahora yo no os conozco a vosotros. Cuidabais vuestros cuerpos, pero no os preocupabais de vuestra alma; ¿qué queréis ahora?

Habéis manchado vuestra vida con pecados horrorosos, vuestros labios, con blasfemias; habéis servido al pecado, me habéis despreciado. ¿Qué queréis? ¿Queréis entrar? Está bien. ¿Dónde están vuestras credenciales para poder entrar? Estás son las credenciales que se necesitan: la oración, el ayuno, la mortificación, el cumplimiento del deber, la honradez, el amor, la fidelidad, el arrepentimiento sincero... ¿dónde están?

Acaso conteste alguno:

—Señor, ¿no me conoces de veras? Mira, yo he sido cristiano, llevaba grabada en mí alma por el bautismo la señal de tu santa cruz; he creído en Ti... ¿no me conoces?”

Y el Señor le responderá:

—No te conozco. Sí; me llamabas Señor, pero no me obedecías. Estabas bautizado, pero cubrías de ignominia el nombre cristiano. ¿No oíste mis palabras? *"No todo aquel que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial: ése es el que entrará en el reino de los cielos*?*"* (Mateo 7,21).

¡Apartaos de mí! De mí, que he dado mi vida por vosotros. De mí, que tantas veces he querido salvaros. De mí, que he os he aguantado tanto tiempo y que en tantas confesiones he perdonado vuestros pecados. De mí, junto a quien podíais encontrar la felicidad, pero me rechazasteis. ¡Apartaos! Vosotros sois los que habéis querido llegar a tal extremo, vosotros habéis preferido que sea así.

Parte un buque para un largo viaje. Los hijos llorando se despiden de sus padres: “¡Madre! ¡Padre! Hasta que nos veamos." Es una despedida muy triste; pero en medio de todo les alienta la esperanza: "¡Adiós! ¡Hasta que nos volvamos a ver!" Mas los condenados tendrán que oír estas palabras: "¡Dios lejos de ti! ¡Para siempre!"

¿Qué significará no ver nunca al Señor? Un viajero en el Polo Norte escribe: "No he visto en la naturaleza nada más espantoso que la noche polar. El deseo de ver el sol era lo único que ansiábamos." El hombre se deprime y entristece si durante mucho tiempo no ve el sol. ¡Qué será, pues, no ver jamás al Señor!

No veré el cielo, la patria de la dicha eterna, a donde también yo pude llegar; pero he vivido en el egoísmo, y mis pecados me han cerrado tus puertas para siempre. No podré verte, Padre celestial, que tanto me amaste. No podré verte, dulcísimo Redentor, que fuiste a la Cruz por mí. No podré verte, porque tus palabras como juez darán el fallo inapelable: *"Apartaos de mí, malditos; id al fuego eterno"* (Mateo 15,41). *"Allí será el llanto y el rechinar de dientes"* (Mateo 13,42).

La misericordia de Dios y la severidad de Dios

Si esto es así, *¿dónde está entonces la misericordia de Dios? ¿Es Dios realmente bueno, infinitamente bueno, si por otra parte es tan severo?*

En el National Museum de Munich hay una pintura que representa a Cristo saliendo del sepulcro. El Señor aparece lleno de señoría y con un rostro severo. Nos parece sentir en su mirada que Él es el Señor victorioso de la vida y de la muerte, resumen de la historia universal, el que dejando este miserable mundo, se dispone para entrar en su reino eterno.

Esta pintura nos inspira profundos pensamientos. Pero hay muchos que se escandalizan. “¿Cómo es posible representar de esta manera a Cristo? —dicen— ¿A Cristo, tan manso, tan bueno para con todos y que todo lo perdona? ¿Cómo es posible representarle con una mirada tan dura, con un ceño tan adusto? ¿Este Cristo severo, duro, impertérrito, no contradice al Cristo misericordioso, bueno, lleno de amor? Dios es bueno, muy bueno. ¿Cómo puede castigar eternamente al hombre?”

Así piensan muchos hombres.

¿El día del Juicio final puede compaginarse con la noche de Belén? ¿Aquel día espantoso con esta suave noche? ¿Cómo compaginar la trompeta del Juicio final con el cántico navideño de los ángeles?

¿Cómo responder a estas preguntas?

La misericordia de Dios y la severidad del Juicio no solamente son conciliables, sino que se completan recíprocamente y se explican mutuamente.

La bondad no significa debilidad; la belleza no significa ser blando. Dios no es solamente un Padre tierno, amoroso, si no también, cuando es necesario, es Juez que castiga la infidelidad con mano dura y con sanción eterna.

Y si el arte moderno prefiere mostrarnos a Jesucristo manso y de corazón humilde, no podemos olvidar que a la imagen completa y verdadera de Cristo pertenece también el Cristo temible del Juicio final, que en medio del estrépito de las trompetas angélicas llega en un trono de nubes para juzgar al mundo.

Cristo es también Juez, el que ha de dar una sentencia perfecta y justa, para poner de manifiesto la maldad del pecado.

Falsificaríamos la imagen del Señor si le mostrásemos únicamente en su aspecto dulce y perdonador. Falsificaríamos las enseñanzas del Señor si no quisiésemos ver en ellas más que el modelo de un amor que perdona de continuo. No nos es lícito imaginarnos a un Cristo tan blando y lleno de perdón, hasta el punto de que palidezca la inscripción que, según el Apocalipsis, lleva en su vestidura: *"Rey de reyes y Señor de los señores"* (Apocalipsis 19,16). Sí; Él es nuestro Señor, Señor de la vida y de la muerte; dulce y lleno de perdón mientras vivimos en este mundo; severo e inexorable cuando hayamos de ser juzgados.

Ante la presencia del Señor, en el Juicio final, quedarán patentes todos nuestros pecados no confesados, todos los que cometimos durante nuestra vida, de pensamiento, palabra y obra.

"Y vi a los muertos, grandes y pequeños, estar delante del trono, y se abrieron los libros, y se abrió también otro Libro, que es el de la vida, y fueron juzgados los muertos por las cosas escritas en los libros, según sus obras" (Apocalipsis 19,16).

A una palabra de Dios un ángel pasará las hojas del libro de nuestra vida. Cada página corresponderá a un día. Allí estarán los días de tu niñez. Allí estarán consignadas todas las oraciones que rezaste en el regazo de tu madre, acaso sin entenderlas aún, pero con el corazón lleno de fervor. Allí también tu primera confesión. ¡Con qué dolor lloraste tus pecados leves!...

El ángel seguirá leyendo: ¡aunque crecías corporalmente, tu alma no creció a la par! No se habrá escapado ni una sola de tus palabras, ni uno solo de tus pensamientos; allí estarán anotadas todas tus buenas obras, aun las más insignificantes, todas tus victorias espirituales.

El ángel seguirá hojeando; su rostro se pondrá serio y sentirás que la turbación te embarga. Hay bastantes manchas en las páginas: son los pecados. Ahora viene una página completamente negra: tu primer pecado mortal. Y otras páginas también negras. ¡Cuántas son! ¡Pecados y más pecados de los que no te has arrepentido y que no has confesado!

Y la última página —la del día de tu muerte— también es negra: faltan en ella la última confesión y la unción de los enfermos. El ángel cerrará el libro de tu vida, de una vida que comenzó con tantas promesas y esperanzas tan risueñas para acabar tan tristemente... Tu ángel custodio te abandonará llorando; vendrá el ángel caído a ocupar su sitio y dirá: "Tú, Juez divino, has bajado a la tierra por este hombre. ¡Tú, y no yo! Has vivido por él pobremente durante treinta y tres años. ¡Tú, y no yo! Has sufrido por él en el Monte de los Olivos. ¡Tú, y no yo! Has llevado una corona espinas por él; fuiste crucificado por él. ¡Tú, y no yo! Has muerto por él en medio de los tormentos más atroces. ¡Tú, y no yo! Todo esto lo hiciste Tú por esta alma, y no yo; y, a pesar de todo, ella no Te sirvió a Ti, sino a mí. Falla, pues, a quién ha de pertenecer eternamente: ¿a Ti, a quien ha negado, o a mí, a quien ha sido fiel durante toda su vida?"

"E irán éstos al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna" (Mateo 25,46). Y sobre la puerta del Infierno pone DANTE estas palabras espantosas*: "*Abandonad toda esperanza, vosotros los que entráis."

Esta descripción imaginaria del libro de mi vida por ahora tan solo es una posibilidad. Pero en verdad, todavía podemos salvarnos, todavía hay tiempo. De cada uno de nosotros depende.

¿Cómo quiero vivir en adelante?... Arrepentidos de nuestra vida pasada, arrodillémonos ante el Crucifijo y recitemos esta oración:

Recuerda, amante de mi vida,
Que yo fui causa de tu venida.
No se pierda mi alma afligida.

Tú, por buscarnos te has fatigado,
Por redimirme fuiste enclavado.
No quede inútil tanto trabajo.

Esto te pido, puesto de hinojos,
Contristada el alma y húmedo el rostro,
No sea objeto de tus enojos.

(De la sentencia "El día de la ira")

XXXII. El consuelo del Juicio final

El Consejo Inglés de Salud Industrial da cuenta en uno de sus informes de un interesante experimento psicológico.

El experimento consistió en lo siguiente: Un mensajero fue enviado a los obreros y empleados de algunas empresas industriales y financieras, y les decía: "El presidente de la compañía quiere hablar con usted."

La impresión que suscitaron estas breves y sencillas palabras fue increíble. Los que recibían el aviso —aunque no tuviesen nada que reprocharse— se ponían y se preguntaban: “¿Qué habrá pasado? ¿Me irán a reprender por algo? Tal vez me castiguen y me despidan...” Y, sin embargo, sólo habían oído estas pocas palabras: "El presidente de la compañía quiere hablar con usted." Sí, sí —pensarían para sus adentros—; el presidente acaso se llegó a enterar de alguna negligencia mía; está en juego mi suerte, mi trabajo, mi porvenir..,

Si estos hombres sintieron oprimírseles el corazón con sólo pensar que tenían que comparecer delante del presidente de su compañía, ¿qué será de nosotros cuando en el día del juicio sean los mensajeros de Dios, los ángeles con sus trompetas, los que lleven a nuestra tumba la noticia: "¡El Señor quiere hablar contigo!"?

Mas el Señor habrá descubierto, no ya alguna de tus negligencias, sino que tendrá tu vida escrita en su libro abierto! ¡Y el Señor no tendrá que decidir sobre tu empleo, sino sobre tu suerte eterna!

Se comprende muy bien que el pensamiento del Juicio nos impresiones e intranquilice. Pero este pensamiento es al la vez una advertencia provechosa, y aún más, un consuelo para nosotros.

"En todas tus acciones —dice la SAGRADA ESCRITURA— *acuérdate de tus postrimerías, y nunca pecarás"* (Eclesiástico 7,14).

Por tanto, si en el capítulo anterior la severidad y la gravedad del juicio conmovió nuestra alma, es necesario ahora que su recuerdo nos levante el ánimo y nos fortalezca.

De mi depende que el día del Juicio no sea un día espantoso, sino jubiloso. Para todos los hombres honrados, ese día será de alegría, al ver que la maldad jactanciosa del mundo recibirá por fin su justo castigo. En ese día la honestidad pisoteada, que pasó inadvertida y fue ridiculizada tantas veces, recibirá por fin su merecido galardón.

En ese día, ningún pecado quedará sin castigo, y ninguna acción buena quedará sin galardón.

Ningún pecado quedará sin castigo

El primer pensamiento consolador del Juicio final es el *triunfo definitivo de la justicia.* En este mundo la maldad se jacta muchas veces tan descaradamente, se impone de un modo tan insolente, y ejerce su tiranía de un modo tan cruel, que para todo hombre honrado ha de ser un verdadero alivio el anuncio del Juicio final, del triunfo definitivo de la justicia, de la honradez y de la bondad.

El Señor comenzó la historia universal diciendo: *"Hágase la luz"*. El mundo acabará cuando el Señor diga: *"¡Resucitad, muertos!"*. Con la primeras palabras dio comienzo la inmensa representación teatral que es este mundo; con las segundas palabras caerá el telón, y serán juzgados cada uno según el modo cómo hayan interpretado su papel.

¡Que reunión será aquélla! Héroes y hombres vulgares, personajes célebres y pobres desconocidos, ancianos y jóvenes, santos y pecadores.... todos comparecerán ante el juez; los que son mencionados en las historias y los millones de ignorados, la gran turba... todos.

Pero allí los puestos serán distribuidos de una manera muy distinta de la acostumbrada en este mundo. ¡Qué diferencia a la hora de otorgar los puestos y los rangos, las alabanzas y los vituperios.

Un personaje importante habrá tenido un hermoso funeral, con discursos y alabanzas, y hasta un rico monumento de mármol, con un epitafio para pregonar su fama. Pero ahora, al llegar el Juicio

final, todo eso, de nada le servirá... el justo Dios rasgará el velo que encubría los secretos de su corazón.

El SEÑOR habló un día por boca de Ezequiel a su pueblo pecador: *"Llega ahora el fin para ti, y yo derramaré sobre ti mi furor, y te juzgaré según tu proceder, y pondré delante de ti todas tus abominaciones. Y no te miraré con ojos compasivos: pondré tus obras delante de ti"* (Ezequiel 7,3-4).

"¡Pondré tus obras delante de ti!" Esto es lo que nos dirá también a nosotros en ese día. "Pondré delante de ti" todos los pecados que no hayas confesado y por los que no hayas hecho penitencia; todo el mundo los verá. Tus deseos pecaminosos y ocultos serán descubiertos ante todos. Tus conversaciones sucias las sabrá todo el mundo. De los pecados secretos que llenaron tu vida, todo el mundo se enterará. Todos los pecados que nunca hayas revelado a nadie, se harán públicos.

Tú mismo incluso no los recuerdas ahora. ¡Qué cosas hiciste cuando niño! Cuando joven; cuando hombre, al casarte...; todo, todo quedará patente. Lo que has pecado con tu lengua, con tus ojos, con tus manos... lo sabrá todo el mundo. *"¡Tus pecados los pondré delante de ti!"*

Todo lo oculto saldrá a plena luz

El Señor, *"sacará a plena luz lo que está en los escondrijos de las tinieblas, y descubrirá las intenciones de los corazones"* (I Corintios 4,5).

¡En la vida son tantos los que se ocultan bajo una careta! Pero en el juicio no podrán hacerlo. ¡Qué de sorpresas habrá! A éste se le consideró siempre todo un "caballero", una persona digna; y ved ahí cuánto ha engañado y estafado.

A ésta se la tuvo siempre por esposa fiel; y ved ahí ¡cómo sabía coquetear con el pecado y cuántas veces cayó en él!

Este pasaba como oveja mansa; y era un lobo.

Ese otro parecía un hombre piadoso; y ved ahí ¡cómo su religión no era más que un barniz exterior, sin alma!

¡Qué tragedia cuando se descubra lo que hay en las almas almas!

Allí está aquel hombre, admirado de todos por su honradez y su espléndida generosidad, que parecía tan altruísta... ¡cómo engañaba, cuán egoísta fue!

Más allá, un empleado, a quien todos creían insobornable; por dinero vendió la causa de los inocentes.

Allí está un esposo, un padre, que tenía una cariñosa esposa y unos hijos que le querían; pero sus deseos y sus pecados le llevaron por otros derroteros.

Allí está un joven de quien todos se hacían lenguas por su cultura y su educación; pero su alma estaba llena de inmundicias y abominaciones.

¡Y si estuvieras solo! Pero mira, ¿quiénes vienen por ahí? ¿Quiénes corren hacia ti con la cara contorsionada, con palabras de maldición? Los que tú has llevado al pecado. Y te dirán:

—Tú eres el seductor maldito que me ha robado la virtud, la dignidad y la felicidad eterna —gemirá una pobre infeliz.

—Tú fuiste, mujer maldita, la que me indujo a pecar —gritará el otro.

—Vosotros sois, padre y madre sin entrañas, quienes más habéis influido para que me condene; nunca me enseñasteis con vuestro ejemplo; nunca os vi en la Iglesia, ni en el confesionario; sólo me enseñasteis malos ejemplos.

—Tú eres el que me has hecho incrédulo con tus libros. Tú eres el que me has perdido con tus obras teatrales, con tus películas...

"Pondré tus pecados delante de ti."

¿Quién podría nombrarlos todos?

No tratemos frívolamente el tema del infierno. La condenación eterna es algo espantoso, de sólo pensar en el infierno se turba la razón. El hecho de que triunfe el pecado en esta tierra, de que tan jactanciosa se vuelva la maldad en esta vida, necesariamente obliga a que ha de haber infierno y condenación; porque de otro modo nos veríamos obligados a poner en tela de juicio la existencia de Dios.

¿He de poner ejemplos para mostrar con qué desfachatez se ufana en esta tierra la maldad; cómo comparecen algunos con las manos completamente vacías ante Dios, y cómo se zambullen otros escandalosamente en lo más profundo del pecado?

Decidme, ¿no se subleva en vosotros el sentido de la justicia al ver estas cosas? ¿No veis que necesariamente tiene que haber un Juicio final?

Las injusticias claman por un Juicio final

En los días espantosos de la Revolución francesa un párroco de Lyon fue arrastrado ante los Tribunales.

—¿Crees que hay infierno? —le preguntó con sorna un revolucionario.

—Claro que sí —contestó el párroco—; tengo por fuerza que creerlo al ver vuestros crímenes. Si antes no lo hubiese creído, vuestros crímenes, que claman al cielo, me obligan a creerlo ahora.

Realmente al ver las bajezas, maldades y crímenes que los hombres cometen impunemente, pueden darse dos posturas: o desesperarnos y negar la existencia de Dios, o creer en la justicia ineludible del Juicio final.

Que ha de haber justicia, lo dice la Sagrada Escritura: *"Esperamos, conforme a sus promesas, nuevos cielos y nueva tierra, donde habitará la justicia"* (2 Pedro 3,13). Si no la hay en esta vida, la habrá después, al presentarnos ante Dios eterno.

No solamente la maldad es espantosa, sino también la frivolidad con que viven algunos... Pasan la vida entre juergas y fiestas; la gastan cometiendo toda clase de iniquidades, y ni siquiera quieren ver al sacerdote para confesarse cuando agonizan. "¡Qué voy a confesarme! No me arrepiento de nada." Y mueren impenitentes, con el alma endurecida por el pecado.

¿No ha de venir el día de que habló Jesucristo, en que *"enviará el Hijo del hombre a sus ángeles, y quitarán de su reino a todos los escandalosos y a todos los obradores de iniquidad, y los arrojarán en el horno del fuego, donde habrá llanto y el rechinar de dientes?* (Mateo 13,41-42).

Quizá pregunte asustado alguno de mis lectores: ¿Pero no estamos hablando del consuelo que nos trae el pensamiento del Juicio final? ¿Es esto un consuelo? ¿Nos puede consolar pensar en el horror del Juicio final?

Sí. Para el hombre que sufre sin culpa injusticias sin cuento, es consolador este pensamiento: Creo en la justicia eterna de Dios. Creo que un día Dios hará triunfar la justicia.

No hemos de olvidar que el triunfo de la justicia necesariamente acarrea la humillación de la maldad. No puede ser de otra manera.

A la luz del sol se pone de manifiesto lo que antes se escondía en la oscuridad de la noche. Cuando venga de nuevo Cristo, el verdadero sol de justicia, la santidad viviente, sus rayos penetrantes pondrán a plena luz todos los pecados ocultos de los hombres.

¡Qué juicio será aquél! Un careo imponente y definitivo: De un lado Cristo con sus amigos; del otro, todos sus enemigos. ¡Menudo encuentro!

¡Cristo y San Agustín! ¡ Cristo y San Esteban! ¡ Cristo y San Francisco de Asís! ¡Cristo y Santa Isabel!... Pero también: ¡Cristo y Pilatos, Cristo y Herodes y Judas y Nerón!... ¿Para qué proseguir? Sí; todavía hay uno: ¡Cristo y... yo!

Y esto es lo que más me importa: ¿cómo compareceré yo delante de Cristo, el juez supremo?

Ninguna acción buena quedará sin galardón

Llegamos a otra enseñanza del Juicio final: *Ninguna acción buena quedará sin galardón*. ¡Cuánto nos consuela y alienta esta verdad!

El juicio final es, sin duda alguna, un tremendo aviso. En una tumba de la época de los primeros cristianos se leen estas breves y sublimes palabras: *"Decessit in osculo Domini"* "Murió en el beso del Señor" (es decir, abrazando al Señor). ¡"Qué dichosa muerte!

Hermano mío, pregúntate a ti mismo: ¿Estás preparado en todo momento para realizar el último viaje? Es una inmensa desgracia caer en pecado mortal; pero la osadía, la desgracia y la culpa es aún mayor si se sigue viviendo durante días o semanas con este pecado en el alma.

Al agonizar Santa Margarita de Alacoque, sus Hermanas en religión le preguntaron si alguna cosilla le inquietaba. "No; estoy preparada", contestó ella. ¡Ojalá si también nosotros pudiésemos decir lo mismo!

¿Y si tuvieras que comparecer hoy mismo delante del Señor?... ¿Están en orden todos tus asuntos? ¿No tendrías que pedir antes perdón a alguien? ¿No te has portado alguna vez mal con alguno, y tendrías por lo mismo que hacer las paces? ¿No dejaste de cumplir algún deber importante? ¿No hay algún pecado que borrar de tu alma con el sacramento de la penitencia?

Pon orden en todo, porque *"a la hora que menos penséis, vendrá el Hijo del hombre"* (Lucas 12,40). ¡Qué prudente y hermosa es la costumbre de hacer cada noche antes de acostarse un corto examen de conciencia, y sólo así entregarse al descanso con el alma purificada, después de haber tenido un arrepentimiento sincero.

En otra tumba cristiana de los primeros tiempos del cristianismo se leen estas palabras: *"Decessit in albis",* "Murió con los vestidos blancos", es decir, cuando todavía llevaba la túnica blanca que había recibido en el bautismo. ¡Ojalá se pudiese decir de mí que mi alma estaba blanca cuando vino a buscarme el Señor! ¡Que se pudiese escribir sobre mi tumba: "No ha muerto, sino que ahora empiezan a vivir"!

Cuando llegue el día del Juicio final", el cielo y la tierra se conmoverán y todo este mundo perecerá. Pero no todo exactamente perecerá. Solamente la basura, la paja, la cizaña, la apariencia, la mentira, el engaño... *El verdadero tesoro, la piedra preciosa, el valor eterno que resiste al tiempo, eso no, eso triunfará de los horrores del tiempo, del día del Juicio final". Y* esto es nuestro consuelo.

En el momento de la creación habló el Señor, y a su palabra la luz se separó de las tinieblas. El Señor hablará nuevamente, y *las almas que brillen de luz, de santidad, se apartarán de las que han vivido en la oscuridad, en el pecado*; las almas en que Dios descubra su semejanza se apartarán de aquellas que desfiguraron durante su vida terrena la imagen de Dios.

Los buenos serán contados entre los hijos de Dios

Ha de llegar el día en que se cumpla lo que dice el LIBRO DE LA SABIDURÍA:

"Entonces se presentará el justo con gran valor frente a los que le afligían y menospreciaban sus obras.

Al verlo se turbarán con terrible espanto, y quedarán fuera de sí ante la inesperada salvación del justo.

Arrepentidos, se dirán, gimiendo en la angustia de su espíritu: "Este es el que en otro tiempo tomamos a risa y fue objeto de nuestros escarnios.

Nosotros, insensatos, tuvimos su vida por locura y su fin por deshonra.

Mirad cómo es contado entre los hijos de Dios y tiene su heredad entre los santos.

Luego nos extraviamos de la senda de la verdad y la luz de la justicia no nos alumbró, y el sol no salió para nosotros.

Nos cansamos de andar por sendas de iniquidad y de perdición; y caminamos por desiertos intransitables, sin conocer el camino del Señor.

¿De qué nos ha servido tanta soberbia? ¿Qué provecho nos trajeron la riqueza y la jactancia?". (Sabiduría 5,1-8).

"Pero los justos viven para siempre, y su recompensa está en el Señor, que con su diestra los protege.

Por esto recibirán un glorioso reino, una hermosa corona de mano del Señor" (Sabiduría 5,1-17).

Y por esto el pensamiento del Juicio final es *aliento poderoso para la lucha espiritual.*

Cuando Napoleón, con ocasión de una solemne revista militar, pasó montado a caballo ante las filas de los soldados, se fijó en un sargento mayor, avanzado en edad, cubierto de cicatrices. Se fue a él y según su costumbre, le dirigió unas preguntas.

—¿En Ulm?

—Estuve.

—¿En Austerlitz?

—Estuve.

—¿En Yena?

—Estuve.

—¿En Wagram?

—Estuve.

-¿En Smolensk?

—Estuve.

—¿En Dresda?

—Estuve.

—Está bien, mi valeroso capitán —dijo Napoleón, y le puso en el pecho del soldado la gran cruz de honor.

¡Ojalá que cuando aparezca Nuestro Señor Jesucristo delante de toda la humanidad pueda yo contestar con tanto aplomo a sus preguntas!

—¿En la Misa dominical?

—Estuve.

—¿En la confesión frecuente?

—Estuve.

—¿En la comunión frecuente?

—Estuve.

—¿En el servicio a los pobres?

—Estuve.

—¿En las actividades de apostolado?

—Estuve.

—¿En la lucha contra el pecado?

—Estuve.

—¿En las vejaciones a causa de la Fe?

—Estuve.

¿No sientes cuánto ánimo te comunica el pensamiento del Juicio final? ¡Cómo te infunde confianza para los días grises y difíciles! ¡Cómo te da fuerzas para soportar las tentaciones! No hay lucha demasiado difícil para quien se acuerda de este supremo día.

Seguramente pensaba en este día SAN PABLO cuando escribió: *"Arrojemos el peso del pecado que nos asedia y por la paciencia corramos al combate que se nos ofrece, puestos los ojos en el autor y consumador de la fe, Jesús; el cual, en vez del gozo que se le ofrecía, soportó la cruz, sin hacer caso de la ignominia, y está sentado a la diestra del trono de Dios."* (Hebreos 12, 1-2).

Dime, ¿deseas de verdad que llegue la vida eterna? ¿Deseas vivir en compañía de los Santos? ¿Deseas ver a Cristo, por quien has sufrido con paciencia manteniéndote fiel en medio de

las tentaciones? Si es así, entonces te consolará pensar en el Juicio final.

No temamos, pues, no vacilemos en renunciar a nuestros deseos egoístas para cumplir los mandamientos de Dios. No nos arredre el tener que sacrificar, para mantener limpia el alma, la prosperidad, un partido ventajoso, la carrera, o lo que sea...

Vendrá el día de las cuentas, el día del Dios justo en que nos recompensará de todo lo que sufrimos por Él. Nos dará el ciento por uno de lo que le hayamos dado. *"El Hijo del hombre vendrá revestido de la gloria de su Padre, acompañado de sus ángeles; y entonces dará a cada uno la paga según sus obras"* (Mateo 16,27).

Nuestra fe cristiana nos dice que la muerte no es más que un puente que une esta vida con la eternidad. La eternidad nos espera a todos: hay quienes llegan más pronto, hay quienes llegan más tarde. Pero lo importante no es esto. Lo importante es saber si hemos cumplido o no con nuestro deber, por muy insignificante que sea; si hemos recorrido o no el camino que nos trazó; si hemos correspondido o no al puesto que nos señaló Dios, por muy humilde que sea este puesto.

Amigo lector, ¡sé sensato! ¿Te amas mucho? Pues bien, entonces pon todos los medios para salvarte y ser feliz en la vida eterna.

¿Qué quieres? ¿Una juventud plena? La tendrás. ¿Una belleza encantadora? La tendrás. ¿Una alegría indecible? La tendrás. Con tal que vivas de manera que puedas estar a la diestra de Cristo.

XXXIII. “Jesucristo es el mismo ayer y hoy, y lo será por los siglos de los siglos”

"Jesucristo es el mismo ayer y hoy, y lo será por los siglos de los siglos." (Carta a los Hebreos, 12). Es decir, si Cristo viniese hoy al mundo, enseñaría lo mismo, palabra por palabra, y haría lo mismo punto por punto, que lo que enseñó e hizo hace 2000 años.

Porque lo que nos enseñó no puede ser superado por hombre alguno; y lo que hizo por nosotros demuestra que nadie puede tenernos un amor más grande que Él.

Lo que Cristo nos enseñó no puede ser superado por hombre alguno. En Cristo se puede facilimente reconocer a Dios; en Cristo se puede con facilidad amar a Dios; en Cristo nos acercamos al Altísimo Señor.

Antes de Cristo iba el hombre por los caminos de la tierra como el filósofo que va a tientas en la oscuridad, y no sabía quién nos ha traído al mundo, y por qué nos ha traído, y qué es lo que le espera después de la muerte, la suerte que tanto nos espanta. Mas desde Jesucristo tienen solución los graves problemas que aquejan a la humanidad.

Hemos sido creados para la vida eterna

Hay un solo Dios. Él es el Creador poderoso del universo; pero además es también nuestro bendito Padre celestial. Este Dios lo ha creado todo y nos ha creado a todos; por tanto, todos —blancos y negros, ricos y pobres, sabios y analfabetos...— somos hijos adoptivos del único Dios, y hermanos entre nosotros.

Dios, nuestro Padre celestial, nos ha señalado en esta tierra un período de prueba, para que después de una corta vida, conforme a su santa voluntad, podamos ir a su reino y recibir el galardón eterno. Al nacer pisamos un puente; hemos de atravesarlo incorruptos. Al otro lado del puente Dios nos espera en nuestra futura y definitiva casa.

Pero el pecado del primer hombre abrió en nosotros una herida mortal, y para que no muramos a causa de esta herida, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Unigénito del Padre, asumió

cuerpo humano y apareció en la tierra, para dar satisfacción con su Pasión y muerte a la justicia divina ofendida...

Es lo que nos enseñó Cristo; y si volviese hoy día en medio de nosotros, enseñaría lo mismo. Subiría nuevamente al monte y pronunciaría otra vez su discurso de belleza incomparable. Promulgaría sus leyes y al fin añadiría: *"El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán."* Sí, porque *"Jesucristo es el mismo ayer y hoy, y lo será por los siglos de los siglos".*

Si Cristo volviese hoy en medio de nosotros, no solamente nos enseñaría lo mismo, sino que también haría hoy por nosotros lo mismo que hizo entonces: sufriría lo mismo que sufrió por nosotros. *Y lo que hizo y sufrió por nosotros demuestra que ningún otro nos tendrá nunca un amor tan grande.*

Su amor infinito le llevaría también hoy al Huerto de Getsemaní, para cargar sobre sus hombros todos los pecados del mundo y sentir su enorme peso, que le llevaron a postrarse en tierra y sudando gotas de sangre. Hoy tampoco llamaría en su ayuda legiones de ángeles para que le ayudasen y socorriesen.

Hoy tampoco apartaría su divino rostro cuando le golpeasen en la mejilla. Hoy tampoco se defendería cuando le pusisen la corona de espinas. Y al caer sobre Él todo el odio de la humanidad, también hoy clamaría de esta manera: *"Padre mío, perdónales, porque no saben lo que hacen."* Sí, todo esto lo haría de nuevo hoy; porque *"Jesucristo es el mismo ayer y hoy, y lo será por los siglos de los siglos*".

Y en el altar de la cruz, bañado de sangre, gritaría de nuevo el *"Consummatum est"*, "¡Todo se ha cumplido!" Se ha cumplido la obra de la Redención, y el hombre que gemía en las cadenas de la esclavitud puede ser nuevamente hijo libre, amado de Dios; todos pueden gozar de la Redención, si lo quieren de veras, si acercan sus labios a la fuente redentora que brota de la cruz.

Sí; si Cristo viniese hoy en medio de nosotros, todo esto haría nuevamente por nuestra salvación.

Pero Cristo no necesita volver, porque si bien se alejó de nosotros en su figura visible, sigue viviendo para siempre en medio de nosotros, y su historia no ha terminado.

La historia de Cristo no ha terminado

Hace años estuvo de moda un libro de PAPINI: "La historia de Cristo". La gente presumía de haberlo leído. Una señora quiso prestar el libro a cierta amiga, contándole de paso lo que allí se decía. "¡Ay, no me lo cuentes —le interrumpió la amiga—. ¡Ya no me interesará si sé cómo termina!"

No tenía por qué temer. La historia de Cristo no ha terminado con la Ascensión; antes al contrario, *precisamente desde que terminó su vida mortal, comienza su obra a adquirir dimensiones gigantescas.*

"¿Con que tú eres Rey?" —preguntó maravillado Pilatos a Cristo, que estaba delante maniatado. *"Así es, tú lo has dicho: yo soy Rey"* (Juan 18,37) —le contestó CRISTO, poco después de ser coronado de espinas.

Entonces este divino Rey fue crucificado; pero desde ese momento comenzaron a cumplirse sus palabras: *"Cuando yo sea levantado en alto sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí"* (Juan 12,32). Precisamente desde que Jesucristo murió en la cruz su reino crece cada día más. No está ya en medio de nosotros en forma visible, pero desde hace 2000 años millones y millones de hombres han creído y creen en Él, millones de personas sienten que Cristo vive realmente y está con ellos.

Por millares se cuentan los hombres que durante su vida tuvieron más fama, más poder terreno, más dinero, más prosélitos entusiastas que Jesucristo; pero ¿y hoy? ¿Dónde están ellos?

Ramsés, César, Nerón, Alejandro Magno, Aníbal, Atila, Gengiskhan... hombres de fama mundial...; ¿quién se entusiasma hoy día por ellos? *¿Quién les teme aún hoy?* Si la vida se hace dura y difícil, ¿quién se dirige a ellos buscando ayuda? ¿Quién les menciona y pone sus nombres en su oración?

Luis XIV, rey de Francia, deslumbrado por su poder, por su gloria, por su fortuna y por la adulación de los cortesanos, tomó el nombre de "Rey Sol". Y en su funeral fue encargado Masillon, el gran orador, de pronunciar el discurso para la ocasión. Se puso cerca del féretro, donde yacía el cadáver del que había vivido en la pompa más deslumbrante, y empezó su discurso con estas palabras: "Sólo Dios es grande".

Sí, solamente Dios es grande, y nosotros, los hombres, somos nada en comparación con Él. Tú, Luis XIV, nada eres junto a Dios; por mucho que hayas vivido en medio del esplendor, has muerto y has vuelto a ser polvo.

Vosotros, Alejandro Magno, César, Carlomagno, Federico, Napoleón, nada sois junto a Dios: habéis muerto y habéis vuelto a ser polvo.

Vosotros, Fidias, Miguel Angel, Rafael, Beethoven, Haydn, Mozart, Schubert, Platón, Sócrates, Aristóteles.:. nada sois junto a Dios, habéis muerto.

Solamente Dios es grande, el Dios que murió en la cruz, que resucitó y vive eternamente. "Jesucristo, el mismo ayer y hoy, y lo será por los siglos de los siglos."

—Pero la vida y la Resurrección de Cristo, ¿no ha podido ser todo un engaño, pura ilusión? —preguntará todavía alguno con zozobra.

¿Qué responderemos? Si el cristianismo —el que ha conquistado desde hace dos mil años a las voluntades y corazones más generosos, el que ha sido el causante de grandes e innumerables obras del espíritu—, no es más que una pura fantasía, entonces para nada podremos confiar en adelante en el hombre. Si el hombre ha podido equivocarse durante tanto tiempo y tan gravemente en un tema tan importante, ¿cómo estaremos seguros de poder conocer la verdad? Si esto es así, estamos abriendo paso a las ideas más desesperadas respecto de la humanidad.

Y su reino no tendrá fin

Las fuentes milenarias de la grandeza y fuerza del alma, de su espíritu de sacrificio, no pueden alimentarse de engaños e ilusiones. Lo que es ilusión y no realidad, un día u otro ha de verse derrumbado por la fuerza inexorable de la verdad.

Que Jesucristo siga viviendo aquí en medio de nosotros de un modo invisible, no es pura ilusión, sino una verdad incontrastable. Que la humanidad no pueda olvidar ya nunca a Jesucristo, no es pura ilusión, sino una realidad. Que *"su reino no tendrá fin"* (Lucas 1,33), no es pura ilusión, sino una realidad santa la promesa que nos hizo: *"Yo mismo estaré siempre con*

vosotros, hasta la consumación de los siglos" (Mateo 28,20). Él es nuestra fuerza y nuestro consuelo.

"Yo estaré contigo" (Éxodo 3,12). Con esta palabras alienta el Señor a Moisés, y Moisés cobra valor.

"El Señor es contigo", (Lucas 1,28) —así alienta el ángel a María, y María cobra valor.

"Yo estaré con vosotros" —así alienta Cristo a su Iglesia en el momento de la Ascensión, y los cristianos toman valor y fuerzas.

¡Valor y fuerzas! ¿Para qué? Para perseverar en la lucha. Para seguir siendo fieles. *"Quien perseverare hasta el fin, éste se salvará"* (Mateo 10,22).

¿Qué significa este *"hasta el fin"*? ¿Cuándo será el fin del mundo? No lo sé. ¿Dentro de cuántos miles de años? No me interesa, ni me importa. Sólo me importa que Cristo esté conmigo hasta el fin de mi vida, hasta la hora de mi muerte; que yo viva en Él, que viva por Él, que le imite; y que no pase nunca un solo momento sin su compañía, a fin de que también así se cumplan las palabras de CRISTO: *"Yo mismo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos."*

Yo he vencido al mundo

Si no supiéramos que Cristo, el Hijo de Dios, un día ha de vencer definitivamente; si no hubiésemos oído de su propia boca las siguientes palabras: *"Tened confianza: yo he vencido al mundo"* (Juan 16,33), y la otra promesa: *"Yo estaré siempre con vosotros, hasta la consumación de los siglos";* si no hubiésemos oído estas palabras, tendríamos motivos para desesperarnos al ver como la malicia parece que impera en el mundo.

Siempre ha habido en la tierra hombres amargados, desengañados de sí mismos y de Dios, pero hoy día estos hombres se organizan en asociaciones públicas que propagan el odio hacia Dios, hacen befa de la religión y pisotean los más sagrados sentimientos humanos, a través de poderosos medios de comunicación.

¡Es el movimiento de los sin-Dios! Una enfermedad espiritual que se extiende como una epidemia por todo el mundo?

Y, no obstante, no nos desalentamos. Sabemos que esa epidemia tendrá su fin; porque donde no está Cristo todo se derrumba.

¡No! La humanidad no puede ser atea. Porque, ¿sabéis qué significa ser ateo? Ser ateo significa vivir sin Dios.

Ser ateo significa vivir en guerra consigo mismo y con el mundo, lejos de Dios.

Ser ateo significa caminar sin estrellas en la oscuridad de la noche.

Ser ateo significa ser triturado por el materialismo.

Ser ateo significa negar los sentimientos más hondos de la naturaleza humana.

Ser ateo significa derribar el fundamento de la convivencia humana.

No. La humanidad no puede ser atea. *"Jesucristo es el mismo ayer y hoy; y lo será por los siglos de los siglos".*

Sin Cristo la vida no tiene sentido

No se puede vivir sin Cristo. ¿Por qué? *Porque sin Él el destino humano sería una tragedia sin solución.*

La humanidad actual ha querido acallar el mundo sobrenatural mediante una febril actividad. Pero desengañada ya de la técnica y del trabajo, clama ardorosamente por la Redención de Cristo.

La vida material es tan sólo una mitad de nuestra existencia, y ni siquiera la mitad más valiosa. Necesitamos, sí, la técnica, que sirve a nuestra vida material; pero no puede agotarse en ella todo el contenido de la vida humana. Y a medida que el hombre va comprendiéndolo mejor, empieza a comprender también las palabras de SAN PABLO: *"Mi vivir es Cristo"* (Filipenses 1, 21).

Es decir, empieza a reconocer que Cristo es el sol de su vida y el eje del mundo; que lo que hay de noble, grande, hermoso y santo en el mundo, todo se encuentra reunido en la persona de Cristo, y que el mundo sin Cristo es como caminar sin brújula: moverse y andar sin saber adónde dirigirse, sin saber siquiera dónde se está.

El hombre moderno ha probado vivir sin Cristo, pero esto no le ha dado resultado.

Si a un girasol lo ponemos en un sitio sin sol, pronto empezará a palidecer y a marchitarse; y si lo tenemos así por mucho tiempo, acabará secándose. Lo mismo pasa con el alma humana, tan sedienta de Dios, cuando se aparta de Él. O Cristo o muerte.

O vuelve la humanidad a Cristo y se cura, o se aparta aún más de Él y muere. Porque "Jesucristo es el mismo ayer y hoy; y lo será por los siglos de los siglos".

Conclusión final

Yo, como San Pablo, en las páginas de este libro *"no me he preciado de saber cosa alguna sino a Jesucristo, y éste crucificado..."* Y he querido que mi palabra y mi predicación no se basara *"en persuasivos discursos de sabiduría humana, sino en la manifestación del Espíritu y del poder, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios"* (1 Corintios 2,2,4-5).

Porque, *"desventurado de mí, si no predico el Evangelio"* (1Corintios 9,16).

Porque creo que Jesucristo vivió, padeció y murió por mí.

Porque creo que *"nadie puede poner otro fundamento que el que ya ha sido puesto, el cual es Jesucristo"* (1 Corintios 3,2).

Creo que Jesucristo *"fue constituido por Dios para nosotros como fuente de sabiduría, de justicia, de santificación, y de redención nuestra"* (1 Corintios 1,30).

Y por esto, creo que al final de mi vida no me espera la puerta oscura de la tumba, sino la puerta radiante de la vida eterna. Aunque mi cuerpo se deshaga un día como polvo en el sepulcro, un día resucitará y vivirá para siempre.

Con esta esperanza te pido, Señor mío, que me ayudes a vivir en tu amor, perseverando en la lucha y en la guerra contra el pecado, para que pueda gozar eternamente en el cielo junto a Ti.